# Escritores Chilenos de Origen Arabe

Matías Rafide



INSTITUTO (LENO-ARABE

BIBLIOTECA NACIONAL

0344658

Este libro constituye una nueva corroboración de que Chile es una tarea común, abierta al aporte de todos.

Con datos y muestras, precedidos por un esclarecedor prólogo, el poeta Matías Rafide, Doctor en Filosofía y Letras, catedrático universitario y Académico de la Lengua, nos entrega convincentes argumentos de la contribución de escritores de origen árabe al patrimonio literario de nuestro país.

Están presentes, en número no inferior a cuarenta, en la lírica y la narrativa, la dramaturgia y el ensayo. Los hay de ayer y de hoy, mujeres y varones, vivos los más, pero desaparecidos ya algunos.

Es una fluencia sostenida. ininterrumpida ya, de sangre y savia del oriente a esta tierra que hicieron suya. Se hace propia de una tierra cuando al servicio de su humanización se pone el ingrediente de la identidad que nos define. La identidad no es de etnias ni colores. Es la impronta de un espíritu.

Este libro es un cantar de la epopeya del espíritu que toma como apellidos Sabella y Atías, Massis y Sarah. Mussa y Littin, Chuaqui y Eltit, Rafide y Garib.

Para bien de todos, como habría dicho Martín Fierro.

Ernesto Livacić Gazzano

## 1151-40) 989 Copia 1 12846 1AG3128

NACIONAL DE CHILE

### ESCRITORES CHILENOS DE ORIGEN ARABE

© Matías Rafide, 1989 Inscripción Nº 71.612

Se terminó de imprimir esta 1ª edición en los talleres de Editorial Universitaria San Francisco 454. Santiago de Chile en el mes de junio de 1989

# Escritores Chilenos de Origen Arabe

Ensayo y Antología

Matías Rafide



Instituto Chileno - Arabe de Cultura 1989

### INDICE

	Págs.
Epígrafe	9
Dedicatoria	11
Reconocimientos	13
Dos palabras	15
Introducción	17
Breve panorama generacional	21
Benedicto Chuaqui K.	23
Moisés Mussa B.	35
José Auil H.	45
Ema Cabar K.	51
Raúl Yazigi J.	61
Salvador Yanini P.	65
Alejandro Chelén R.	71
Amador Neghme R.	75
Andrés Sabella G.	87
Roberto Sarah C.	105
Abraham Hirmas R.	125
Mahfud Massis	133
Guillermo Atías M.	149
Emilio Mohor Z.	159
Waldo Atías M.	165
Eduardo Abufhele H.	173
Olga Lolas N.	179
Hernán Tuane E.	187
Farid Metuaze G.	193
Matías Rafide B.	199
Walter Garib Ch.	213
Raúl Hasbún Z.	231
Norma Yunis	237
Sergio Bitar Ch.	245
Miguel Littin K.	249
Naín Nomez	253
María Lidia Neghme R.	261
Jaime Hales D.	265
Fernando Lolas S.	271
Diamela Eltit G.	279
José Dedes P.	287
Farid Hidd N.	293
Teodoro El-Saca	299

Otros escritores de origen árabe	
Félix Elías P.	307
Amely Giadach S.	307
Luis Zaror C.	307
Norman Merchak A.	307
Escritores en lengua árabe	
Jean Zalaquett H.	311
Mary Yanni de Atala	312
Abraham Atala	312
El periodismo árabe en Chile	315
Bibliografía	319
Diolografia	319

Eres el arco que lanza tus hijos como flechas vivientes. El arquero divisa el blanco en la senda del infinito y te dobla con Su fuerza para que sus saetas veloces vayan lejos.

GIBRÁN JALIL GIBRÁN

### DEDICATORIA

A mis padres Salomón Rafide B. y Emilia Batarce S. y a don Salomón Hasbún Hasbún y Graciela Hasbún Selman, que hicieron de esta tierra su país de adopción y que amaron sus valles y montañas, sin olvidar los cielos y palmeras de la bíblica Palestina.

En ellos personifico mi admiración a los inmigrantes árabes, que han contribuido con su esfuerzo al progreso de nuestra querida patria.

MATÍAS RAFIDE B.

### RECONOCIMIENTOS

A cuantos han colaborado con sugerencias, datos y consejos; de manera especial a Justo Alarcón y personal de la Sección Referencias Críticas de la Biblioteca Nacional, por su eficiente entrega de materiales bibliográficos; a Eugenio García-Díaz, por la fina semblanza sobre el autor; a Emilio Mohor Z., por su entusiasta participación; al Instituto Chileno-Arabe de Cultura, por su alto patrocinio; a mi esposa Ana Valmi, por su apoyo y paciencia en la revisión de fichas y fotocopias, y al amigo Alfredo Hasbún Hasbún, en su doble condición: de buscador acucioso de fotos y documentos y su incondicional ayuda, sin cuya acción de generoso mecenas, este libro no habría podido publicarse.

### DOS PALABRAS

Es propio del ser humano interesarse por los elementos que configuran la esencialidad del hombre. Sentir atracción por su entorno existencial, por sus raíces y proyecciones.

Sin duda que uno de esos factores lo constituye el vínculo con la historia y con la

sangre, vale decir, los sueños e inquietudes de los ancestros.

Desde siempre me ha preocupado la problemática de la inmigración árabe a América, especialmente a Chile, sus motivaciones, causas y realidades en el ámbito sociopolítico, económico y cultural.

Faena digna de estudio y análisis en sus múltiples facetas e implicancias. Establece un desafío para ser abordado, con entusiasmo y tenacidad, por especialistas en los diversos campos específicos del saber.

Ahora creo haber dado el primer paso en los aspectos que dicen relación con el aporte de los árabes y de sus descendientes a la literatura chilena.

Otros deberán complementar la investigación en lo económico, empresarial, profesional, artístico, etcétera.

El presente trabajo ha sido arduo y nada fácil, sobre todo por la carencia de estudios sistemáticos en la mayoría de los casos. Han sido tres años y medio de investigación, a la cual he dedicado varias horas semanales durante dicho lapso. Estoy consciente de que faltan autores en esta reseña. Eso sí ahí están los más importantes y con una obra más vasta y significativa.

En futuras ediciones se irán compleiando nombres y obras hasta plasmar el panora-

ma completo de la literatura chilena de origen árabe.

### INTRODUCCION

No es mi intención hacer un recuento de la influencia árabe en el idioma español ni tampoco la acción, por muchos conceptos notables, de los ingredientes y costumbres arábigas que han pasado a Chile, a través de la cultura hispánica.

Bástenos, en este sentido, citar al eximio historiador Américo Castro: "De lo que sabemos resulta que no basta con decir que los cristianos introdujeron nombres de cosas, o sufrieron 'influencias', porque lo que esas palabras descubren es el espacio que en la vida cristiana ocupaban las actividades, y no sólo las cosas, de la gente musulmana: se trata de la proyección de un cierto tipo de vida para el cual eran importantes el cultivo y el culto de la tierra madre, la apetencia de placeres físicos y estéticos, y el ejercicio de la guerra".

La presencia cultural árabe en nuestro país llega con los conquistadores españoles. "Durante los siglos de permanencia de los árabes en España surgen fenómenos culturales entre los dos grupos humanos, que provocan el traspaso de una serie de pautas conductuales a los futuros conquistadores de América apreciables en nuestro país, y no tan sólo la cultura, sino también la sangre de éstos va a poseer elementos árabes resultantes del entrecruzamiento de estirpes propias de una convivencia por más de cuarenta generaciones biológicas. Más aún, en el caso de nuestro país, donde un 33 por ciento de los hispanos que llegan a Chile provienen de Andalucía, tierra que fue el último bastión árabe, región de la península que constituye el centro esencial de todos los contactos entre lo árabe y lo hispano"<sup>2</sup>.

La emigración árabe directa a Chile se inició en la segunda mitad del siglo xix; según algunos en 1854 llegan los primeros emigrantes provenientes de Palestina, Siria y El Líbano; según otros en 1888, aproximadamente. En todo caso, entre 1860 y 1900 se embarcan seiscientos mil árabes rumbo a América, utilizando para ello principalmente los puertos de El Líbano, Palestina y Egipto.

La mayor inmigración árabe a Chile y a América, en general, se realiza entre 1900 y 1914, estimándose en más de un millón los hombres y mujeres que abandonan el Medio Oriente, debido a problemas económicos y sobre todo a la intensificación de la crisis política y militar que desembocaría en la Primera Guerra Mundial.

"En los primeros años el flujo migratorio se dirige a Norteamérica, desviándose éste a fines del siglo XIX a Iberoamérica, terminando por predominar la

<sup>1</sup>Castro, Américo: España en su historia (p. 64).

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup>Снаниа́n, Eugenio: *Presencia árabe en Chile*. Revista Chilena de Humanidades, N° 4, Santiago, 1983 (р. 39).

emigración árabe hacia ese sector del continente. Se destacan principalmente por su número las colectividades árabes de Brasil y Argentina".

La situación explosiva en aquella región del mundo árabe actúa como causa fundamental del proceso migratorio, a su vez resultante de la cuña turca que trata de implantar el Imperio Otomano en Siria, Palestina y el Líbano, des-

pués de perder su dominio balcánico a principios del siglo xix.

Sin embargo, después de concluida la Primera Guerra Mundial y como consecuencia de ésta, destruido el Imperio Otomano, la paz de Versalles, lejos de emancipar a los países árabes del Cercano Oriente, los reparte a través de mandatos entre las potencias europeas, provocándose una gran frustración en el pueblo árabe que lucha durante la primera guerra contra los turcos para así lograr sus aspiraciones nacionales, hecho que mantiene latentes las causas expulsivas del proceso migratorio.

Entre los años 1920 y 1946 los países árabes de Siria y el Líbano logran su independencia y disminuye su flujo migratorio. Sin embargo, la situación bélica que se ha mantenido en el Medio Oriente ha contribuido a mantener una corriente migratoria de esta región, de ostensible repercusión en Chile, país donde se encuentra la colectividad palestina más numerosa fuera del

mundo árabe.

La ruta seguida por los emigrantes árabes a nuestro país se inicia en los puertos de Beirut, Haifa y Alejandría, pasando por Marsella o Génova, hasta llegar a nuestro continente por Buenos Aires, prosiguiendo su camino atravesando la cordillera de los Andes a lomo de mula y posteriormente en el ferrocarril trasandino.

Una descripción de esta epopeya, como asimismo una descripción de los lugares de orígenes de los emigrantes árabes, la encontramos en las obras "Memorias de un emigrante", de Benedicto Chuaqui; "Los turcos", de Rober-

to Sarah, y "La aldea blanca", de José Auil, entre otras<sup>3</sup>.

Gran parte de los jóvenes inmigrantes - algunos sólo niños o adolescentes— llegaron acompañados de sus padres, tíos o abuelos. Viajaron con pasaporte turco, de ahí el apelativo de "turcos" que se les diera a los árabes que se establecieron en tierras del Nuevo Mundo. Esta equívoca denominación desagradó a quienes provenían de territorios árabes, ya que los turcos eran en ese momento los opresores y enemigos. Por lo demás los árabes son de origen semita y los turcos, dinárico.

Muchos vinieron con la esperanza de retornar algún día a la tierra natal. La inmensa mayoría se quedó en este terruño, bello y generoso. Chile los atrapó con sus invisibles redes y se quedaron para siempre. Aquí iniciaron una nueva vida y muy pronto se asimilaron a las nuevas costumbres y realidades.

Tomaron parte activa en todos los trabajos y oficios públicos y privados: el

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup>Chahuán, Eugenio: Presencia árabe en Chile. Revista Chilena de Humanidades, Nº 4, Santiago, 1983 (p. 43).

comercio, la industria, la agricultura, las profesiones liberales, la política, las artes y las letras. En cada uno de los sectores de la vida ciudadana pusieron su cuota de esfuerzo y sacrificio, contribuyendo de esta manera al engrandecimiento de la patria chilena: la adoptiva de los mayores y la natal de los hijos y descendientes.

En la literatura también aportaron su presencia significativa. Benedicto Chuaqui, creador del Círculo de Amigos de la Cultura Arabe y organizador de nobles iniciativas artísticas y culturales, Moisés Mussa, traductor de Gibrán Jalil Gibrán y pedagogo, forjador de numerosas generaciones de maestros, el poeta y ensayista, Andrés Sabella, de polifacética textura creativa, Roberto Sarah, notable dramaturgo y siquiatra, los novelistas Guillermo y Waldo Atías, Walter Garib, Diamela Eltit; los poetas Mahfud Massis, Matías Rafide y Naín Nomez, entre otros, y todos los que aquí se incluyen, con mayor o menor fortuna, han participado o participan en las estimables faenas de la creación literaria.

### BREVE PANORAMA GENERACIONAL DE LOS ESCRITORES DE ASCENDENCIA ARABE

La Generación del 27 comprende a los escritores nacidos entre 1890 y 1904. Es conocida también como "Generación de 1920".

Las características de la narrativa, sobre todo, siguen siendo tradicionales, salvo unas pocas excepciones. Mantiene su vigencia un narrador básico, que exhibe un mundo objetivo, "regido por un riguroso causalismo", "en que las consecuencias se organizan en un orden progresivo, coherente y subordinado, en que sigue primando lo interpretativo sobre lo meramente presentativo".

La figura más importante, entre los escritores de origen árabe, es, sin duda, Benedicto Chuaqui. Otros dignos de citarse son José Auil Hanna y Moisés Mussa.

A la Generación de 1942, integrada por los nacidos entre 1905 y 1919, se le conoce asimismo, por algunos críticos, como Generación Neocriollista de 1938. Nace bajo el signo de los cambios sociales y políticos de ese año, que significó, entre otras acciones, llevar al poder a importantes sectores de la clase media, hecho que se tradujo en un naturalismo constructivo "en que se integran significativamente las capas sociales en descomposición y las fuerzas promisorias de los grupos en ascenso". No se trata ahora de una recreación estética de un ambiente de autenticidad discutible, sino de hurgar hondo en busca de las causas infraestructurales que originan el proceso que angustia y oprime a las clases desposeídas o grupos laborantes. Este naturalismo proletario, esta verdadera épica social, como alguien señaló, produjo un "ansia apasionada de cambiar la vida nacional... de dar al obrero y al campesino... un sitio de dignidad".

Pertenecen a esta promoción, entre otros, Andrés Sabella, Roberto Sarah, Mahfud Massis y Guillermo Atías.

La siguiente Generación del 50 o del 57 posee un carácter más universalista, es lectora de autores europeos y norteamericanos, como Virginia Woolf, Graham Greene, Franz Kafka, William Faulkner, Marcel Proust, etcétera. Se preocupa de incorporar nuevas técnicas y de indagar en problemáticas, a veces, ajenas a nuestra realidad social, al menos en algunos integrantes.

"En la conciencia de los novelistas de esta generación, hay la más cabal concepción de la autonomía de la obra literaria y de su autosuficiencia. Del

<sup>&</sup>lt;sup>4</sup>Montes, Hugo y Orlandi, Julio: *Historia de la literatura chilena*. Santiago, 1974 (p. 180). <sup>5</sup>*Ibidem* (pp. 209-210).

mismo modo aparece manifiesta la más clara conciencia de la especificidad de lo literario y de la literatura imaginaria"<sup>6</sup>.

El mismo fenómeno se da en la poesía, ya que ésta es una generación irrealista, interesada en la metafísica y en los problemas existenciales.

Comprende a los nacidos entre 1920 y 1934 y la integran, Walter Garib, Waldo Atías y Matías Rafide, entre los más importantes.

En la Generación del 72, aparecen como figuras centrales, Naín Nómez, Diamela Eltit, Miguel Littin. Agrupa a los nacidos entre 1935 y 1949. Si bien los rasgos esenciales se aplican tanto a los narradores como a los poetas y dramaturgos, es en los novelistas donde se hace más patente "la opción ejercida con cierta unilateralidad sobre una esfera de la realidad y un modo de experiencia consecuentemente bien definido: el mundo de la infancia y especialmente de la adolescencia. La contraposición de autenticidad e inautenticidad, apariencia y realidad, verdad y falsedad, opera como forma interior de la representación de un mundo larvario o de la precariedad de todo lo real".

La última generación comprende a los escritores nacidos entre 1950 y 1964. Ellos utilizan, casi siempre, un lenguaje coloquial, pero donde los elementos irreales ocupan un espacio insoslayable. Pertenecen a ella, José Dedes y Farid Hidd Nassar.

<sup>&</sup>lt;sup>6</sup>GOIC, CEDOMIL: *Historia de la novela hispanoamericana*. Ed. Universitarias de Valparaíso, 1972 (p. 245).

<sup>&</sup>lt;sup>7</sup>Ibidem (p. 276).



Benedicto Chuaqui Ketlun

### BENEDICTO CHUAQUI KETLUN (1895-1970)

Benedicto Chuaqui es el escritor árabe que abre el camino a la integración cultural de Chile y el Medio Oriente.

Su obra y su actividad literaria constituyen un ejemplo de honestidad y de esfuerzo intelectual. Nació en Homs, Siria, el 19 de enero de 1895. Allí cursó las preparatorias, únicos estudios sistemáticos que realizó, convirtiéndose en un caso plausible de autodidactismo. Llega a nuestro país en 1908, cuando apenas tiene trece años. Se establece en Santiago y trabaja con tesón y modestia; supo de privaciones y sacrificios, hasta que logró formarse una sólida situación económica. Integrado profundamente a su patria adoptiva, se naturaliza ciudadano chileno en 1917. Desde entonces participa activamente en la vida social y cultural del país. De esta manera se hace miembro de la Juventud Homsiense, del Cuerpo de Bomberos, de la Sociedad de Escritores de Chile donde ocupó los cargos de vicepresidente y director durante varios períodos, del Sindicato de Escritores, cuya presidencia ejerció entre 1951 y 1956. Perteneció también al Pen Club y a otras instituciones literarias. En 1916 funda el seminario árabe-castellano "La Juventud", cuya dirección mantiene hasta 1920. Funda y preside el Círculo de Amigos de la Cultura Arabe, que realiza una activa labor de divulgación entre 1940 y 1950, año en que se convierte en el Instituto Chileno-Arabe de Cultura, institución de la cual fue director toda su vida.

Benedicto Chuaqui era de baja estatura y usaba unos anteojos muy gruesos, que limpiaba ceremoniosamente. Poseía ademanes caballerosos y un corazón sin dobleces ni reticencias. No olvidó jamás a Siria, la que recordaba con nostalgia, pero amó a Chile intensamente. Tenía una honda fe en el ser humano. Su máximo ideal era la tolerancia y la búsqueda permanente de la verdad. Auténtico mecenas, ayudó a muchos escritores e instituciones culturales. Fue, sin duda, el primer divulgador de la cultura árabe a través de numerosas traducciones, artículos y conferencias. Anhelaba ser escritor en un idioma que no era el suyo. Para eso estudió con ahínco la lengua castellana y leyó las obras más notables de la literatura universal. Sólo entonces se dio a la tarea de traspasar al papel las ideas e impresiones que bullían dentro de su espíritu.

Luis Merino Reyes, en un interesante artículo, traza así la semblanza de Benedicto Chuaqui: "Nos ligó con Benedicto Chuaqui una amistad de casi treinta años. Creo haberlo visto por primera vez, en una noche de festejos gastronómicos en el Hotel Crillón. Había mucha gente y Benedicto me recibió como dueño de casa. Vi a un hombre de baja estatura, semicalvo, de tez rosada y anteojos. Yo me lo imaginaba gordo y lento para andar, alguien como un

hermano mellizo de Luis Durand con quien era ya íntimo amigo. Benedicto me estrechó al instante con su mano pequeña y firme y después de las presentaciones y saludos del caso, nos sentamos a la mesa. Quedamos agrupados con Mariano Latorre y el poeta Omar Cerda. A los pocos momentos, alguien provocó una discusión política y yo me lancé con la impetuosidad propia de los 29 años". Latorre espetó, habituado como estaba a sus caricaturas verbales: "El elegante izquierdista que tenemos sentado al frente..." Se refirió también a mi flamante cuello duro y a mi corbata. Benedicto habló a su vez sentenciosamente: "Lo que vale, dijo, más o menos, son los hombres, su rectitud, su intención de hacer el bien. De nada sirven los regímenes políticos, si los hombres que los encarnan están podridos. Sería igual que construir edificios sin cimientos". Latorre oyó pestañeando en una actitud mezcla de burla y de admiración.

Había en Chuaqui una rara lucidez, una intuición para entender a los hombres de una sola mirada.

Luis Durand no soportaba que Chuaqui mantuviera la amistad en los lindes precisos, sin alterar el ritmo de su trabajo, que comiera diariamente en el Restaurante Naturista, donde sólo se expendían jugos y guisos vegetarianos, que pontificara acerca del amor conyugal y otras severidades éticas.

Poseía benedicto un ánimo de trabajo, más allá de todo lo imaginable. Salía de la casa muy de mañana, se iba a los bancos, a su industria, almorzaba de prisa, volvía a su oficina, salía después a vender mercaderías o a contratar seguros.

El se preocupaba por la literatura, el ajetreo económico, el incremento de su industria; mas gastaba, sin mirar detalles en algunas empresas culturales. Los cuadernillos del Círculo de Amigos de la Cultura Arabe eran impresos de su peculio. En sus páginas, se insertaban tres ensayos, o sea, tres conferencias leídas en el programa cultural del Círculo y una Antología Poética de los liridas más jóvenes en boga entonces. Este folleto se transformó, después, en el Boletín del Instituto Chileno-Arabe de Cultura, que Chuaqui publicó, obteniendo fondos de sus amigos comerciantes prósperos. Ya se había iniciado el declinar en su fortuna.

Su salud era frágil; empero él no alteraba el paso de su energía por las reconvenciones de los médicos. En ese aspecto, tuvo razón y ganó la partida, al vivir más de 75 años. "Si yo me guiara por lo que me recomiendan los médicos, me dijo cierta vez, ya me habría muerto hace muchos años. Me habrían recluido en la casa, sin tener nada que hacer, consumiendo mi poca vida".

Yo lo conocí en 1950. Me alentó con su palabra y sus consejos y prologó mi primer libro "La Noria". Una vez le manifesté mi interés en conocer a algunos escritores chilenos y extranjeros, con quienes compartía habitualmente. El entonces me invitó a cenar al Club Sirio. Entre los comensales de esa noche recuerdo a Luis Durand, el chispeante y cazurro novelista de "Frontera", a Luis Merino Reyes, el vigoroso narrador de "Los Feroces Burgueses", a los

catedráticos y ensayistas españoles Eleazar Huerta y Vicente Mengod, entre otros.

En 1939 publica Por el bien de los hombres (Granitos de arena), que contiene una serie de máximas y reflexiones de carácter ético.

En 1941 traduce del árabe, la novela La fuga de Abdul Hamid, que tuvo varias ediciones, y ese mismo año edita Meditaciones Mínimas (ensayo sobre paremiología árabe). Continúa en esa línea con Dos razas a través de sus refranes (1942), verdadero tratado de paremiología comparada. En esta obra estudia las semejanzas y diferencias entre los refranes españoles y los árabes. Conviene recordar que muchos refranes o apotegmas peninsulares pasaron a Chile. Por eso es doblemente importante cotejar algunos ejemplos. El refrán 299 dice en su versión árabe: "Es insensato e hijo de insensato el que atiende al consejo de su mujer". Su equivalente castellano expresa: "El consejo de la mujer es poco, y el que lo sigue es loco".

Hay unos sumamente curiosos y expresivos, como los siguientes: "Averigua por el vecino antes que por la vivienda"; "Más costó la rienda que el caballo", nos recuerda a "Más caro cuesta la vaina que el sable".

"Oigo el ruido de la molienda, pero no veo la molienda"; "Han trocado sus gacelas por monas"; "Por falta de caballos se han tenido que ensillar los perros".

Para destacar el sentido de la lealtad: "El que come el pan del sultán, debe desenvainar su espada por él".

El ensayo sobre paremiología árabe incluye 480 refranes, explicados y comparados, 134 máximas, 7 refranes "perniciosos", 131 sentencias y 35 dichos comparativos.

Creemos pertinente citar otros ejemplos que encierran una gran dosis de sabiduría y experiencia: "Estira tus piernas según el tamaño de tu alfombra"; "La mano acostumbrada al tamboreo, seguirá tamboreando siempre" (nos recuerda la sentencia castellana: "El que nació chicharra, debe morir cantando"); "Más vale un perro vivo que un león muerto"; "El que se deja conducir por un gallo, tendrá que pernoctar en un gallinero"; "Se libró del oso para caer en el pozo".

Uno de los más sugestivos proverbios árabes dice: "Una excusa es peor que una falta". Chuaqui lo explica así: "Con frecuencia, al presentar disculpas por alguna falta cometida, se agrava la torpeza que tratamos de excusar. A este respecto vale la pena relatar la siguiente anécdota: Cuéntase que un día Harún el Raschid se indignó con su bufón y lo condenó a una severa pena, de la cual sólo se podía librar si dentro de una semana, le presentaba una excusa que fuera más enfadosa que el delito cometido. A los pocos días, se efectuaba una revista militar y mientras el monarca presidía la ceremonia, se le acerca el bufón, inadvertidamente, y le da un pellizco. Encolerizado el soberano, protesta por la irreverencia y, entonces, el bufón se disculpó humildemente: "Perdonad, Majestad, os confundí con la reina".

El año 1942 fue de gran actividad editorial para Benedicto Chuaqui. Publica Pensamientos de Gibrán Jalil Gibrán y Sugerencias Humanas (ensayos). Al mismo tiempo da a la publicidad Disquisiciones Intimas (máximas y pensamientos) y Memorias de un emigrante, tal vez su obra más importante. Luis Durand, en un comprensivo prólogo, señala: "El autor de estas Memorias de un emigrante es un soñador, es el libro diario de un hombre que anota todo lo que sus ojos ven, todo lo que hiere su sensibilidad. Es la expresión sincera y espontánea de quien no se limita a contar hechos vulgares sino a mostrar la vida en toda su trayectoria inesperada y desconcertante".

Este volumen de grata lectura, obtuvo el Premio Municipal de Novela en 1942 y consiguió una segunda edición por la Editorial Nascimento en 1957.

El autor narra su infancia en Homs, las peripecias del viaje a Chile y su

juventud en tierras americanas.

Desde el comienzo se establece una corriente de profunda simpatía entre el narrador y el lector. A éste le interesa la aventura del protagonista, sufre con sus problemas y se alegra con sus éxitos. Significa la lucha esforzada e inclaudicable por alcanzar mejores horizontes.

"Benedicto Chuaqui retrata en sus Memorias de un emigrante su proeza en tierras de América, desde un baratillo en el arrabal santiaguino hasta ocupar

una situación esplendente.

Obra apreciable, sobre todo, por el documento humano oculto en sus páginas, cuya pureza de fondo va unida a una extrema limpidez de la forma, algo que ya no corresponde al artificio o al pulimiento retórico, sino que engarza en la idiosincrasia de este escritor emigrante, acorazado en una ética práctica, de angustia original".

En la primera parte se ofrecen detalles pintorescos, y en ocasiones, dramáticos, sobre la vida en Siria, como el episodio de la muerte de la madre; el de la idiotez irreversible de la prima, las anécdotas que muestran la honda ternura

del padre, etcétera.

En la página treinta del libro leemos: "El pregón de los comerciantes era de singular interés. Eran casi cantos en los que elogiaban su mercadería, valiéndose de expresiones poéticas. Así, por ejemplo, el vendedor de manzanas cantaba:

—"Tus mejillas son frescas y rosadas, ¡Oh manzana!, y el de las betarragas:

-¡Betarraga buena y dulce, eres el mejor remedio para la tos!".

Lo que más atrae en "Memorias de un emigrante" es la llaneza y sencillez del estilo, la falta absoluta de vana retórica. La pluma narrativa de Chuaqui fluye natural, ágil, deleitosamente. Pero, sin duda, la nota más amable, además de la espontaneidad, la constituye el profundo calor humano que exhiben estos relatos y el valor documental que encierran. Sus visiones de hace

<sup>&</sup>lt;sup>8</sup>Merino Reyes, Luis: *Diccionario de la literatura latinoamericana*. Chile. Unión Panamericana, W.D.C., 1958 (pp. 49-50).

setenta años sirven como fuente inapreciable para reconstruir el ambiente social y antropológico de esos años. "Esos baratillos humildes y pintorescos que se adosaban a cualquier muro estratégico; esos turcos ambulantes que iban pregonando melancólicamente por las barriadas sus cosa tenda; esas filarmónicas que apestaban a cada tranco los oídos y la moral con sus siúticas musiquerías; esas muchachas confianzudas que se veían a menudo acodadas en los mostradores de los buenos caseros".

Algunos hechos anecdóticos muestran las precarias condiciones en que se desenvolvía la existencia de los emigrantes.

"Un día vino a comprar un español, dependiente de una agencia próxima, y nos aconsejó dormir en el mismo local del negocio. Las camas se podrían hacer encima del mostrador.

Desde esa misma noche, después de cerrar, puse en práctica el consejo; pero como el mostrador era muy angosto, al darme vuelta en una ocasión sufrí un atroz porrazo que me tuvo a mal traer durante varios días. Entonces resolví hacer mi cama en el suelo" (pp. 120-21).

Muchas bromas debieron soportar los extranjeros, especialmente a causa del desconocimiento del idioma.

"Necesitaba comprar carbón y pregunté a un vecino el nombre español de este combustible. Para estar más seguro lo escribí en un papel. Pero el bribón me hizo poner cabrón, en vez de la palabra verdadera. Fui repitiéndola hasta llegar al depósito de leña, cuyo dueño era un hombre de mal talante, chato, obeso, con la nariz granujienta y roja. Estaban con él, en ese momento, algunas personas que, al oírme decir: Véndame cabrón, les dio un verdadero ataque de risa. En cambio, al vendedor le faltó poco para darme una paliza" (p.123).

Hay otra anécdota que revela la situación que les tocó vivir a los emigrantes.

"Al día siguiente me acerqué a un grupo de campesinos, con el fin de ofrecerles algo, y lo hice en forma de pregón, a fin de no ponerme a dialogar con ellos". En ese tiempo se usaban unas medias de color crudo con franjas rojas, entre los trabajadores del campo. Y no hice más que gritar: "Medias crudas", cuando un pillete, en el cual no había reparado y que estaba por ahí cerca con su canasto tapado con manteles, gritó a renglón seguido:

"Empanadas fritas" (p. 138).

Carlos Ruiz Tagle, refiriéndose a "Memorias de un emigrante", dice: "debieran leerse en todos los colegios como lectura obligatoria. Nada puede hacernos mejor que mirar las cosas desde el punto de vista de un sirio que llega a nuestro país y lo ve tal cual es. Vale decir, nada puede hacernos mejor que el ojo nuevo, la mirada nueva del recién llegado que descubre una serie de

<sup>&</sup>lt;sup>9</sup>KOENENKAMPF, GUILLERMO: Memorias de un emigrante. "El Diario Ilustrado", Santiago, 27-XII-1942.

cosas que nosotros ya no vemos porque estamos demasiado acostumbrados a ellas"<sup>10</sup>.

El escritor Victoriano Reyes Covarrubias, le preguntó en una oportunidad al autor homsiense: "Los libros que ha escrito son hijos suyos. ¿Con quién casó su intelecto para producirlos?

—Con la vida —le contestó. Y así es en realidad, Benedicto Chuaqui extrae sus temas y motivos de la existencia misma. Por eso es un escritor realista, que, sin embargo, sueña con la fraternidad de los hombres y de los pueblos.

Benedicto Chuaqui falleció en Santiago el 8 de noviembre de 1970.

### OBRAS

Por el bien de los hombres (ensayos), 1939.

La Fuga de Abdul Hamid (novela, traducción del árabe), 1941.

Meditaciones Mínimas (ensayos sobre paremiología árabe), 1941

Dos Razas a Través de sus Refranes (Estudio comparado de paremiología árabeespañola), 1942.

Pensamientos de Gibrán Jalil Gibrán (traducciones), 1942.

Memorias de un Emigrante, novela, 1942.

Sugerencias Humanas (ensayo), 1942.

Disquisiciones Intimas (máximas y pensamientos), 1943.

Un Hombre Sin Suerte (cuentos), 1944.

Treinta y Tres Poetas Arabes desde el Año 560 hasta los Contemporáneos (traducción del árabe), 1945.

Imágenes y Confidencias (segunda parte de "Memorias de un Emigrante"), 1945 Cosa Tenda (cuentos), 1946.

La Eternidad Contigo (poemas en prosa), 1947.

Celda de Conjeturas (poemas en prosa), 1948.

Morada de los Gigantes (poemas en prosa), 1949.

Otras Poesías Arabes (traducción del árabe), 1950.

Sombra y Sentido de Omar Khayyam (ensayo), 1950.

<sup>&</sup>lt;sup>10</sup>Ruiz Tagle, Carlos: Memorias de un emigrante. "La Tercera". Stgo., 30-IV-1978.

### MEMORIAS DE UN EMIGRANTE

#### PRIMEROS PASOS

En una casa que tenía un amplio local a la calle una pieza contigua y un patio a través del cual corría una acequia, instalamos nuestro negocio.

La pieza la destinamos para dormir y comer, aunque era muy oscura y húmeda por la vecindad de la acequia, de la cual escapaba toda la pestilencia de sus emanaciones.

En el patio había una verdadera montaña de basuras. Papeles, zapatos viejos, tarros vacíos y todos los desperdicios que los anteriores moradores dejaron allí. Al comienzo me causaba espanto contemplar aquel muladar.

Ese negocio nuestro fue una verdadera novedad en medio de ese barrio de cocinerías, depósitos de licores, almacenes de abarrotes, burdeles, etcétera.

A poco de habitar aquel cuartucho, la humedad y la fetidez se hicieron tan espantosas que mi abuelo y yo empezamos a sentir muy pronto sus efectos malsanos. Un día vino a comprar un español, dependiente de una agencia próxima, y nos aconsejó dormir en el mismo local del negocio. Las camas se podían hacer encima del mostrador. En la agencia ellos lo hacían así.

Desde esa misma noche, después de cerrar, puse en práctica el consejo; pero, como el mostrador era muy angosto, al darme vuelta en una ocasión sufrí un feroz porrazo que me tuvo a mal traer durante varios días. Entonces resolví hacer mi cama en el suelo.

Mi abuelo no quiso hacer lo mismo. Por su edad y su afección nerviosa, dormía muy poco. Pasaba gran parte de la noche trajinando o macerando tabaco para llenar su pipa. A veces leía lentamente algún periódico árabe que llegaba a nuestras manos. Una de mis tías le ofreció una buena habitación en su casa, que distaba sólo cinco cuadras de la nuestra. Pero él se empecinó en seguir durmiendo, en aquel cuarto insalubre. No se resignaba a dejarme solo. El barrio era peligroso. Por él pululaban ladrones, asesinos, prostitutas y toda clase de gente de mal vivir.

El negocio daba muy poco. Las ganancias se invertían casi totalmente en los exiguos gastos de arriendo y alimentación; comíamos papas, pan y leche. A veces el abuelo guisaba las papas con tomates. ¡Qué ricas las encontraba yo! Porque siempre estaba con un hambre de lobo. Era un hambre permanente que me hacía sufrir, aunque yo jamás se lo decía al abuelo. Por las mañanas, cuando llegaba el carretón panadero, yo sentía una especie de embriaguez. Aquel tibio aroma del pan me acariciaba en tal forma que me parecía que me iba a desmayar.

El lechero era un hombre muy travieso. Siempre estaba de chanzas conmigo. Aunque yo no entendía sus bromas, por su actitud me daba cuenta que ellas eran cariñosas. Yo tenía muchos deseos de corresponder a sus travesuras, pero no atinaba a traducir al español la frase que en árabe tenía pensada. Por fin logré arreglármelas y un día mientras él me vaciaba la leche en el tiesto, agregando la consabida "llapa", le dije: "Su leche tres cuarto agua".

Le hizo tanta gracia que todas las mañanas, al llegar, me saludaba con aquella frase. Cuando nos mudamos de ese local lo perdí de vista y creí que para siempre. Pero no fue así. Veinticinco años más tarde, en la Avenida Independencia, me encontré con un huaso gordo, de gran sombrero alón y reluciente cadena de plata, que me quedó mirando con mucha atención. De pronto prorrumpió en una alegre carcajada.

-¡Quiubo! ¡Cómo le baila, paisano, tres cuartos agua!

Un buen día llegó uno de mis tíos a visitarnos. En ese momento el abuelito se ocupaba en encender fuego en el patio. Súbitamente un golpe de viento extendió la llama, que se propagó por los papeles y pedazos de tablas diseminados en el patio. Seguramente nos habríamos incendiado, dando al traste con nuestro negocio, si entre los tres no hubiéramos sofocado las llamas, que ya se extendían amenazadoras, con el agua de la acequia. Entonces el tío nos conminó a no encender más fuego allí. Fue de este modo como nos hicimos pensionistas de una de las cocinerías del lado.

Entretanto, por medio de los diarios y de las gentes que llegaban al baratillo, me preocupaba afanosamente de aprender el español. Palabra que oía, la retenía cuidado-samente, buscando la manera de emplearla en la primera oportunidad. Me habían enseñando a contestar "no se puede", para el caso en que se ofrecía un precio inaceptable por una mercadería. Es probable que por una falla del oído, o no me explico por qué circunstancias, entendí "no si puede". Imaginé que el "no" era el rechazo del "si puede".

Y cada vez que se me hacía una oferta inadmisible, yo respondía resueltamente: "No si puede".

Había en el barrio una muchacha traviesa y alegre, a la que nunca le faltaba pretexto para entrar al negocio. Preguntaba por cuanto se le ocurría, ofreciendo precios estrafalarios. Cada una de mis respuestas, empleando el consabido "no si puede", era recibida por ella con una alegre carcajada, sin que yo me percatara del motivo de su risa.

Una noche entró acompañada de unas cuantas mujeres y chiquillas de su edad, que comenzaron a pedirme precios de algunas mercaderías. Y no hice más que contestarle "no si puede", cuando todas estallaron en una sola carcajada, tan estrepitosa y burlesca, que me turbó por completo.

Tímido y apocado, me sentí desfallecer de vergüenza. Mis trece años y mi carácter no me dieron entereza para sobreponerme. Agobiado, no supe cómo prorrumpí en desesperado llanto. Fue tal el desconcierto que esto les causó, que callaron súbitamente. Y entonces, a su vez, avergonzadas, salieron en silencio, con la vista baja. La chica que promovió la broma no volvió más a presentarse en mi negocio.

Intrigado por conocer el motivo de la broma, relaté el hecho a Sabina, la hija del dueño de la cocinería del lado. Y entonces ella me explicó la razón. Desde ese día me cuidé de no decir una palabra sin estar bien seguro de su correcta pronunciación.

Muchas otras bromas me hicieron algunos "graciosos". Entre ellas recuerdo ésta: Necesitaba comprar carbón y pregunté a un vecino el nombre español de este combustible. Para estar más seguro lo escribí en un papel. Pero el bribón me hizo poner "cabrón" en vez de la palabra verdadera.

Fui repitiéndola hasta llegar al depósito de leña, cuyo dueño era un hombre de mal talante, chato, obeso, con la nariz granujienta y roja. Estaban con él, en ese momento, algunas personas que, al oírme decir: "Véndame cabrón", les dio un verdadero ataque de risa. En cambio, al vendedor le faltó poco para darme una paliza.

Estas incidencias y algunas costumbres que me chocaban, me hacían añorar mi tierra. Sentía nostalgia de las comidas, de la música, de las costumbres de allá. En cambio, me llamaban poderosamente la atención la libertad que aquí existía. El

hombre vivía como le daba la gana, sin sujeción a ninguna traba en sus derechos ciudadanos. Y allá teníamos la tiranía de los turcos, el fanatismo religioso y la triste opresión en que vivían las mujeres. Aquí cada cual era dueño de pensar como se le ocurría y expresar en voz alta sus convicciones sin temor a nadie. La religión no era motivo de rencillas ni disgustos. Era agradable sentir a nuestro alrededor esa tranquilidad del hombre que hace lo que le gusta y le conviene.

Otra cualidad de los chilenos que me causó admiración, fue su falta de rencor. A

este respecto viene a mi memoria el siguiente caso:

Una noche entró al baratillo un hombre ebrio a comprar un pañuelo grande para el cuello. Puse sobre el mostrador tres de distintos colores, a fin de que eligiera. Al volverme, después, a sacar otra caja, vi que sólo había dos pañuelos. Le pregunté por el otro y me contestó que sólo eran dos. Como estaba seguro de lo contario, llamé al abuelo para explicarle lo ocurrido. ¿Cómo íbamos a perder un pañuelo que valía cincuenta centavos?

Mientras el abuelito cuidaba de que el ebrio no se fuera, yo corría en busca de un guardián. Tuve la suerte de encontrar uno en las inmediaciones y éste procedió a trajinar al borracho, que se había metido el pañuelo debajo del sobaco. Irritado, al verse descubierto, el hombre lanzó inesperadamente una bofetada al guardián, tratando, en seguida, de huir. Mas, el policía lo sujetó, dándole un par de golpes en la cara, bañándolo en sangre. En seguida se lo llevó preso. Yo me quedé temblando de miedo por las consecuencias que ese desagradable incidente pudiera tener. ¿Cómo era posible que se atreviera la gente a faltarle el respeto a un representante de la autoridad?

Creí que el hombre ya había olvidado el sitio donde ocurriera el percance, cuando lo vi pasar un día frente a mi puerta. Al verlo con las huellas de los machucones en el rostro, traté de escabullir el bulto, mas él, al divisarme, me gritó alegremente:

—¡Quiubo, paisanito! ¿Está enojado conmigo todavía? Discúlpeme por lo del otro día. Andaba curado, pero ya no lo volveré a molestar. Véndame ahora un par de calcetines de a peso. Aquí está la plata.

Y sin sombra de rencor en los ojos, hizo sonar una moneda reluciente sobre el

mostrador.

Y así era en general la gente del pueblo. Sólo cuando estaban bebidos se sentían inclinados a fastidiar. A veces robaban una camiseta, haciéndola jirones al arrancarla de los clavos que la sujetaban. Una vez, persiguiendo a un pillo que huyó llevándose una ruma de cajas con cuellos de goma, me arrojó al suelo de una manotada en el momento de alcanzarlo.

Y es que me veían flacucho y débil. Bien sabían que yo no podía hacerme respetar por mí mismo.

Algunos chuscos entraban a veces preguntando:

—¿Tienen mangas para chaleco?

Yo, creyendo que por acá se usaban esas prendas, les repondía muy serio:

—No tenemos pero las vamos a pedir.

Y en una lista que llevé a mi proveedor, iba anotado en un renglón: "Mangas para

chalecos". Fue él quien me sacó del error.

Tenía motivos para repudiar a los chilenos y también para estimarlos, pues conocí gente bondadosa y caritativa en extremo. Mujeres que lloraban en presencia de un caballo herido y personas que perdían días enteros, dejando de trabajar, por acompa-

ñar a un forastero desconocido que no atinaba a orientarse en la ciudad. Otras, que se quedaban sin un centavo por auxiliar a un desgraciado. Llegué de este modo a formarme la convicción de que éste era el país donde había más gente caritativa.

Esto, muchas veces, conducía a extremos reprobables, como en los casos en que el público trataba de quitarle un delincuente al guardián, dificultando su labor. Insultando al cobrador tranviario porque obligaba a descender a un borracho que molestaba a los pasajeros. En distintos aspectos de la vida social podía verse este espíritu de exagerada conmiseración para con los bribones. Un día, en un teatro, la mitad del programa quedó sin realizarse. El público vociferaba amenazadoramente. Pero uno de los empresarios dijo, con mucha gracia, una chuscada que fue calurosamente celebrada. Y todos se marcharon felices. Al contrario, agradecían la estafa que se les hacía.



(Foto tomada en 1928).

### Moisés Mussa Battal

The Care un notable contraction of the care of the car

Clinamia en al, orden, sobriedad y secretado, plana y eta el tratago, junto tama perseverancia (error A) rusono ucason, era un alesto debeada dilina, apasionado por lo entrario, ta pinto a la entrario y esas artes na

the felix matrimonio con Lili Caterra Namez, operna petade formabetando titira, le dio la par necesaria que requisico la expositio selectora el electro per el seno. Ella como esposa, duena de casa a por anadetirra se se retari

Carriello distrutar de la transmittelad en se sasagnima de Nuncia, con esti

### MOISES MUSSA BATTAL (1900-1982)

Educador y ensayista, de origen sirio, nace en Valparaíso el 1 de enero de 1900. Era aún muy niño cuando su familia se traslada a Rancagua. Allí cursa sus primeros estudios en la Escuela Nº 1. Más tarde ingresa a la Escuela Normal de Preceptores, posteriormente denominada Escuela Normal Superior "José Abelardo Núñez". Después pasa al Instituto Pedagógico, graduándose de Profesor de Estado en Castellano y Filosofía en 1925. En 1927 gana una beca para Estados Unidos, donde obtiene el Master of Arts y el Diploma de Profesor de Educación en la Universidad de Columbia de Nueva York. Al año siguiente recibe el doctorado en Filosofía y Letras en la Universidad Central de Madrid.

La larga y fructífera carrera docente de Moisés Mussa se inicia en 1919 como profesor de la Escuela Nº 1 de Rancagua. En 1926 es designado profesor de la Escuela Normal de Copiapó. Viaja por diversas ciudades del Viejo y Nuevo Mundo dictando conferencias sobre la educación chilena. A su regreso al país se desempeña como profesor de Castellano y Pedagogía y luego director de la Escuela Normal "José Abelardo Núñez". Ejerció también la asignatura de Castellano y Filosofía en el Liceo de Aplicación y en el Instituto Nacional, llegando finalmente a ocupar los cargos de profesor de la Escuela de Aviación, del Instituto Superior de Carabineros y catedrático de la Universidad de Chile y de la Universidad Técnica del Estado.

Moisés Mussa no sólo sobresalió en la docencia sino también en el desempeño de importantes funciones administrativas. Fue jefe de la Sección Pedagógica del Ministerio de Educación, Jefe del Departamento de Enseñanza Normal y Director de la Revista de Educación.

Poseía una clara inteligencia y una facilidad de palabra poco comunes, que lo hicieron un notable conferenciante y autor de obras pedagógicas y literarias.

"Reunía en sí, orden, sobriedad y severa disciplina para el trabajo, junto con una perseverancia férrea. Al mismo tiempo, era un alma delicada y poética, apasionado por lo estético, la pintura, la escultura y esas artes menores.

Su feliz matrimonio con Lilí Guerra Núñez, sobrina nieta de José Abelardo Núñez, le dio la paz necesaria que requieren los espíritus selectos y delicados como el suyo. Ella como esposa, dueña de casa y por añadidura su secretaria vitalicia, supo comprenderlo en todo.

Gustaba disfrutar de la tranquilidad en su casaquinta de Ñuñoa, con estilo

propio, y un jardín maravilloso rodeado de una reja de fierro forjado que recordaba las líneas de la Alhambra<sup>11</sup>.

En "Nuestro problema educacional" hace un agudo análisis de la situación de la educación en Chile, abordando con profundidad las necesidades y las posibles soluciones, tomando en cuenta una serie de factores geográficos, psicológicos, morales, económicos, políticos y sociales.

Destaca, con firmeza, la ausencia de una política educacional coherente, el estado "precario de las condiciones higiénicas y pedagógicas indispensables de los locales escolares y la supervivencia de métodos y procedimientos arcaicos en la práctica educacional, que desvirtúan la enseñanza y matan todo espíritu de iniciativa y de trabajo en los alumnos".

"Además, rechaza el verbalismo, la desconexión de la escuela con la vida

real y los intereses del niño, y la rigidez de los programas"12.

No sólo fue un teórico de la educación, sino también un maestro que buscó realizar sus planteamientos. Junto con Darío Salas luchó denodadamente para hacer realidad la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria.

Algunos años después se constituye en uno de los más entusiastas impulsores de la reforma integral de la educación, desde el seno de la Asociación General de Profesores.

Moisés Mussa sostenía que el profesor debía ser un hombre culto, en la

acepción etimológica de la palabra cultura.

Según su concepto, cultura "de cultivar, hacer crecer" es formación con vista a un ideal de perfección, y no un hacinamiento de saber, mera información. Por ser su proceso el desenvolvimiento y desarrollo humano hacia lo delicado y puro, hacia la posesión del "yo" y en lo posible, del "medio", se identifica con educación; pero no totalmente, pues no es lo mismo "educado" que "culto".

Rechaza la dicotomía entre las asignaturas "vocacionales" y las "culturales", pues toda obra hecha con amor e inteligencia revela refinamiento y cultura.

Por otra parte, la educación debe proyectarse hacia el futuro y dentro de un contexto social. Por eso afirma: "En tanto la educación no se adapta a las necesidades e intereses individuales y colectivos, en su perfecto y natural equilibrio, no dará los frutos que se esperan de ella".

Mussa fue fundador de la Sociedad de Profesores de Escuelas Normales e integró la directiva de numerosas entidades gremiales, culturales y profesionales. Ocupó la presidencia del Instituto Chileno Arabe de Cultura, la dirección de la Asociación Nacional de Profesores de Establecimientos Normalistas, del Círculo de Profesionales Chilenos de Ascendencia Arabe, del Círculo Libanés y de la Juventud Homsiense.

12 Ibidem (p. 59).

<sup>&</sup>lt;sup>11</sup>Muñoz de Ebensperger, Gertrudis: Moisés Mussa Battal, una inteligencia y una vocación. Revista de Educación, Nº 103, Santiago, dic. 1982.

Como traductor realizó una labor notable, tradujo al castellano innumerables obras, entre las que se cuentan, "El Profeta" y "El Jardín del Profeta" de Gibrán Jalil Gibrán.

Por su incesante actividad educativa y cultural, recibió condecoraciones de la República Arabe de Siria y de Egipto, fue Profesor Emérito de la Universidad Técnica del Estado y "Ciudadano Ilustre" de los Municipios de Rancagua y Ñuñoa.

En 1981 fue uno de los más serios aspirantes al Premio Nacional de Educación.

Falleció en Santiago el 27 de julio de 1982.

### OBRAS

Test para escuelas normales.
Guía de observaciones pedagógicas.
Nuestro problema educacional.
Investigaciones científicas en nuestra educación.
Cuestiones mínimas de educación.
Problemas vitales del magisterio chileno.
Nuestros alumnos.
Escuelas de temporada.
Posición del hombre en el universo.

### ALGUNOS PROVERBISTAS ARABES

El proverbio, entre los árabes, tuvo sus cultivadores, anónimos, los más, conocidos, los menos; y no siempre se transformó en prescripción moral, ya que, a veces, fue mordaz, sarcástico, sangrante, y se le temió más que a la lanza y a la flecha.

Los poetas de la corte y los andariegos trovadores, en los divanes, en las justas y en las "mukalamas", especie de torneos literarios, utilizaban lo sentencioso para fundar

sus afirmaciones, turbar al contrario, negar las réplicas.

No son, por cierto, estos proverbios o máximas los más valiosos. Los de mérito hay que buscarlos entre los morales. Es en éstos donde florece la forma intuitiva, popular, de la Filosofía, hija más de la espontaneidad, del instinto de la especie y de la mentalidad avizora de sus intérpretes, quienes, por ser tales, se identifican con el alma del pueblo.

Existen colecciones de proverbios árabes correspondientes a los primeros siglos de la Hégira; pero los más conocidos y celebrados son los de Zamakchari y Meidaní.

A) El primero fue un filólogo, moralista, gramático y comentarista del Korán. Vivió entre los siglos v y v1. Dejó dos célebres colecciones de proverbios, entre muchas otras: "Collares de Oro", admirada por los orientalistas y traducida al francés y al alemán, y "Nawabeh el Kalim", "Pensamientos Surgientes", de mayor mérito que la anterior, y muy comentada por arabistas de Oriente y Occidente.

Seleccionaremos, de esta última, algunos proverbios y los enunciaremos señalando

su orientación ideológica:

- a) Sabiduría: "El tonto es tan incapaz de apreciar los dulzores del saber como el hombre acatarrado de percibir los perfumes de la rosa".
- b) Resignación: "Mientras yo posea lo necesario, ¿qué caso voy a hacer de perlas y rubíes?.
- c) Desconfianza: "Desconfía del bruto, porque, aun en su alegría, no sabe sino dar coces".
- d) Generosidad: "A un bien responde con uno mayor. La luna es más brillante cuando la alumbra el sol".
- e) Prudencia: "No deposites tu secreto en otro cofre, sino en aquel formado por el corazón del más sincero de tus amigos".

f) Silencio: "Nada se impone más a los tontos, que el silencio. Responder a sus imbecilidades es darles beligerancia y enardecerlos".

B) MEIDANI, el otro paremiólogo árabe, vivió en el siglo vi. Sus obras han sido elogiadas sin reservas. En el siglo xvii, Pococke vertió al latín sus sentencias, acompa-

ñándolas de notas, explicaciones y comentarios.

Meidani extrajo su libro de otros cincuenta, después de seleccionar los proverbios mejores. A cada uno lo acompañó de una anécdota, de un estudio histórico, filológico y filosófico. Esto le restó espontaneidad a sus proverbios y les dio profundidad.

Aquí está la razón de que Freytag, autor alemán del siglo pasado, dedicara dos volúmenes a los proverbios de Meidani.

Como en el caso anterior, elegiremos algunos proverbios y los expondremos siguiendo la ruta de las disposiciones de ánimo que él recomienda:

#### a) Prevención:

- 1. "Teme el ataque del hombre generoso, cuando lo acose el hambre, y el del vil, cuando esté satisfecho".
- 2. "Si eres amigo del Sultán, cogerá tu riqueza; si enemigo, tu cabeza".
- 3. "Besa y bendice la mano que no puedas morder".
- 4. "En tres seres no pongas tu confianza: en el rey, en el caballo y en la mujer, porque el rey es mortal; el caballo, animal; y la mujer, pérfida".

#### b) Moderación:

- 1. "Camina descalzo o con sandalias hasta que Dios te procure zapatos".
- 2. "Un mediano pasar con paz en el alma, vale más que la opulencia sembrada de inquietud".

#### c) Prudencia:

- 1. "La palabra que retienes entre los labios es tu esclava; la que lanzas es tu ama y señora".
- 2. "Juicio arrojado, es una espada".
- 3. "La prudencia es la mitad de la vida".
- 4. "Antes de alquilar una casa, infórmate de tus vecinos futuros".

#### d) Amistad:

- 1. "Tener muchos amigos, es no tener ninguno".
- 2. "Frecuentando el herrero, se te pegará su hollín; frecuentando el perfumista, llevarás su perfume".
- 3. "Quien sigue a la lechuza, a la ruina irá a dar".
- 4. "El amigo y el enemigo se prueban en las malas horas. Este gozará con tu desgracia. Aquél sufrirá y te ayudará a salir de ella".
- "Si una mujer te detesta, con un tejido de araña levantará un muro de hierro para separarse de ti".

### e) Ingratitud:

"Ceba a tu perro y te morderá más fuerte".

#### f) Fatalismo:

- 1. "Soñar y no hacer nada. ¡Ah, qué dulzura de miel!".
- 2. "Disipa tus penas de hoy. ¿Sabes lo que te deparará el mañana?".
- 3. "¿A qué encerrar el viento entre mallas de acero?".

### g) Amor a la Ciencia:

"En el mundo hay dos criaturas insaciables: el hombre de ciencia y avaro".

- C) Frente a los dos proverbistas cultos, eruditos, podemos presentar, siguiendo al conde de Castries, a uno de fina cepa popular: Sidi Abder Rahman el Malldub. Van, enseguida, algunos proverbios suyos:
- 1. "La necesidad no en vano golpea al hombre. Quiere ser vencida por el laborioso e

imponerse sobre aquél que dice en verano, "el sueño me vence" o, en invierno, "el frío me impide hacer nada".

2. "No hay ríos en las montañas, ni noches cálidas en el invierno, ni generosidad en el corazón enemigo, ni sinceridad o fidelidad en el de la mujer".

3. "La adversidad se anida en el corazón y en la vida de quien carece de valor personal o de fe en la bondad de Dios".

4. "El silencio es sabiduría; de él proceden todas las sabidurías. Si callara el hijo de la torcaza, no tendría en su nido al hijo de la sierpe".

5. "Quien pierde su fortuna y viste harapos, no culpe a los perros porque le ladren".

("Tres ensayos y una breve antología poética". Ed. Gibrán, Santiago, agosto 1942 (pp. 16 a 22).

Muchos de los refranes que utiliza Sancho Panza en la inmortal obra "Don Quijote de la Mancha", son de origen musulmán, entre otros:

"Nada es más dulce que dar, ni más deleitoso que perdonar".

"El ratón no engendra leones. Engendra sólo ratones".

"El arbusto que produce la rosa produce también la espina".

"Aconséjate del que te haga llorar, y no del que te haga reír".

"Obrar con oportunidad es triunfar".

"La sabiduría es como una mujer legítima; no permite otra mujer en casa".

"El hombre tiene dos enemigos que le son caros: sus bienes y sus hijos".

"Quien estudia y no pone en práctica lo que aprende, es como aquel que ara y no siembra".

"El más largo de los días es el de la espera o el sin pan".

"Vale más decir tengo o, si se quiere, tendré, que tuve".

"Un adarme de saber requiere diez libras de sentido común y de paciencia".

"No seas de los caritativos que se parecen a los que dan de beber con cuchara a los elefantes".

"Quien aspire a tener amigos sin defectos, se quedará sin ellos".

"El escarabajo es bello a los ojos de su madre".

"Abstenerse de desear, ya es riqueza".

"Cuando las armas están listas, el buen sentido se halla ausente".

"El necio tiene la respuesta en la punta de la lengua".

"La alcancía con una moneda hace más ruido que cuando está llena".

"Una mano no puede sostener simultáneamente a dos sandías".

"El centeno no va al encuentro del asno dormido".



José Auil Hanna

### JOSE AUIL HANNA (1900-1982)

José Auil Hanna nació en Deir Atiyé, Siria, el 10 de enero de 1900. Llega a nuestro país en 1920. Aquí contrae matrimonio con Juana Atala Barcudi, de cuyo enlace nacieron cuatro hijos que siguieron carreras profesionales relacionadas con medicina, química y farmacia y contabilidad.

En 1948 obtuvo la nacionalidad chilena. Residió durante cuatro décadas en el sur de Chile, especialmente en Chile Chico, cuyo escenario de grandiosidad y lejanía, seguramente, contribuyó a recrear los sueños y aventuras de sus

relatos.

En 1975 se estableció en Santiago, falleciendo en 1982.

Su libro *La aldea blanca* (1977) es, al decir de Vicente Mengod, su prologuista, "un libro transparente. Diríase que su autor lo escribió, escuchando los ecos de su sensibilidad, dejando que las palabras, sin barroquismos, fueran la fiel imagen de un tiempo lleno de vida y de ensoñaciones".

Los relatos, que oscilan entre el cuento y la anécdota, se desarrollan principalmente en un pequeño pueblo del Medio Oriente. Ellos describen, con

nostalgia y emotividad, una infancia lejana y mágica.

Los hechos narrados acontecen por lo general en los primeros veinte años del siglo. Su estilo es sencillo, directo, casi anecdótico. Relatos que semejan

evocaciones junto al fuego en noches invernales.

José Auil Hanna dejó varios cuentos inéditos, como por ejemplo "Las tres esposas del campesino", narraciones de ambiente oriental, escritos en 1978. Entre 1979 y 1980 dio forma a veinte relatos de ambiente patagónico.

## BAJO LA SOMBRA DE UN ARBOL del libro "La Aldea Blanca"

En realidad, yo también había participado en aquella famosa batalla. No me cupo desempeñar ningún papel importante, no obstante tener un vehemente deseo de destacarme en algo, aunque fuera de poca importancia. Mi corta edad y un tardío desarrollo mental, unidos al poco vigor físico, no me permitían estar en primera línea, ni exponer alguna idea medianamente aceptable y menos hacer un alarde de coraje. Ni siquiera poseía una honda prolijamente trenzada o que restallara como el chasquido de un látigo.

Ocupaba siempre las líneas rezagadas. En nada me destacaba. Engrosaba el número de un núcleo que sólo estaban a la espera de alguien que les guiara. Poseía, sí, dos largas y flacas piernas que, a la aproximación del peligro, se movían con una celeridad prodigiosa, poniéndome en zonas de seguridad.

Cuando aquella tarde regresé a casa, con cierta demora por haberme entretenido con un discípulo, hojeando una revista egipcia que recién había recibido, encontré que el director de nuestra escuela me había ganado la delantera. No necesitaba ser muy observador para darme cuenta de que algo marchaba mal. Me apenaba ver el rostro preocupado de mi madre. El director le había informado que fui uno de los participantes en los encuentros en los campos de trilla. Que figuraba en la lista negra. Y, finalmente, que mis notas escolares eran muy bajas. No podía él concebir la idea de que, no obstante tener nuestra familia un parentesco no muy lejano con el señor Arzobispo de Damasco, tenía yo que sacar la nota más baja en religión.

- —Usted comprenderá, señora —explicaba a mi madre—, que el reglamento de nuestra escuela establece que la religión debe ser una de las materias de enseñanza obligatoria y las notas obtenidas inciden en el conjunto rebajando el promedio.
- —¿Alcanza a obtener, en conjunto —preguntó tímidamente mi madre— cincuenta puntos?
  - —Sólo obtuvo 42, —fue la respuesta.
  - —¿Ha fracasado en todos los temas?

En aritmética sacó la mejor nota del curso: 88 puntos.

Si se le exigiera —preguntó nuevamente con una leve esperanza— ¿podría hacer algún adelanto? En casa se afana estudiando.

—Lo dudo, señora. —Me temo que carece de la capacidad de comprensión y asimilación, por mucho que se afane.

Mi madre no deseaba entregarse a una pasiva resignación y, sintiéndose lastimada, manifestó:

- —Cuando el abuelo me aconsejó llevarlo al colegio, me explicó que un maestro de escuela, para el alumno, es un segundo padre. Acompañándome él, me presenté y, al profesor que me atendió, le repetí el dicho tradicional: "Para usted, la carne y para mí, los huesos". Sonrió el profesor espontáneamente y me respondió:
- —No soy de esta región, señora; pero comprendo cabalmente lo que el dicho simboliza. Merece mi completa aprobación. En realidad, ello es muy cierto. Si los padres nos respaldan en nuestras labores escolares, no les queda a los alumnos otras

alternativas que dedicarse a sus estudios, pero si este apoyo nos faltara, el aprovechamiento del alumno sería menor.

—¿No cree, señor director —volvió a insistir mi madre— que con un poco de paciencia y un poco de bondad, se lograría obtener algún adelanto?

No —respondió tajante el director—. No puede el profesor crear en el alumno lo que éste no tiene o no puede dar...

—¿Qué me aconseja? imploró afligida mi madre.

-Entiendo, respondió el director, que tienen ustedes una parcela, según recuerdo.

—Es una pequeña parcela fue la respuesta.

—Pues bien; póngalo a sembrar patatas, coles y zanahorias.

Enterado mi abuelo del resultado de la entrevista, llamó a mi acongojada madre y le dijo: Hanny, no te aflijas; deja al muchacho a mi cargo.

Tres años cortos estuve bajo la tutela de mi abuelo. Tres años, vuelvo a repetir, cortos, que volaron sin sentirlos... Sin textos escolares, ni programas oficiales, sin estar sujeto a horario determinado, olvidándome del horrible idioma inglés y del detestable sonido del francés, con el abuelo, nos dedicábamos, con espíritu y alma, al cultivo de la generosa tierra, intercalando, entre faena y faena, agradables conversaciones, amenas charlas salpicadas de hondas sabidurías y sabrosos comentarios acerca de los acontecimientos locales.

—El abuelo se asemejaba a los antiguos profesores griegos que daban charlas y lecciones bajo la sombra de un árbol frondoso, a la orilla de los caminos, al borde de las delgadas acequias de riego, con la única diferencia de que este venerable profesor contaba con un solo alumno, todo oídos, para retener y guardar las sabias enseñanzas.

La tierra respondía a nuestros esfuerzos. Nuestra labor se convertía en verdadero placer. El abuelo no descuidaba los aspectos económicos. Con el tiempo establecimos una sociedad comercial, abrimos un local en Damasco para comerciar con los productos de la tierra generosa.

Nunca podré olvidar aquellas "lecciones" en plena naturaleza, es decir, las disertaciones del abuelo, tan llenas de sabiduría. Hoy día comprendo que sus monólogos eran algo así como un canto a la realidad, una reproducción del método pedagógico que va poniendo luces en el cerebro y en el corazón de los jóvenes.



## Ema Cabar Kunkar

### EMA CABAR KUNKAR (1907)

Ema Cabar nació en Beit-Yala (Palestina) el 8 de noviembre de 1907. A los 11 años viaja a Chile y establece su residencia en diversas ciudades de la zona central: Los Angeles, Chillán y Curicó, obteniendo la ciudadanía chilena en 1953.

Desde niña demostró inquietudes literarias; sin embargo, su principal actividad la desarrolló en el comercio.

Ha escrito poemas y narraciones, que ha publicado en diarios y revistas como "Al Hilal" de Argentina y "Oriente" de Santiago.

Pertenece a la Sociedad de Escritores de Nuble.

Su novela "El Valor de Vivir" (1985) narra la atormentada existencia de una mujer, emigrante del Medio Oriente, su estancia en Caram, la aldea natal, y luego sus aventuras y tragedias en tierras americanas.

Si bien no le preocupan las novísimas técnicas o las experimentaciones lingüísticas, sabe contar con sencillez y espontaneidad, en un lenguaje funcional y transparente. No obstante ser autora de una sola obra, guía hábilmente a los personajes, para que éstos no extravíen la ruta del acontecer novelesco.

Sus páginas tienen sabor autobiográfico y se leen fácilmente. De pronto, casi sin advertirlo, el lector se siente cómplice o copartícipe de las peripecias de los protagonistas.

"Un sol cálido del verano meridional bañaba con sus rayos el pueblo. Un grupo de casas, rodeado por un anillo verde, aparecía envuelto en serena paz e invitaba al reposo y a la meditación. Era Caram, un pueblecito de Oriente...".

"Mientras tanto, los días eran tristes en Caram. Se alargaban a través de los inviernos y ardían en la piel, al llegar la primavera..." (pp. 4 y 5 de "El Valor de Vivir").

Luis Agoni Molina dice de la novela: "Tiene como primera virtud una capacidad muy grande para entretener al lector que en ningún momento se aburre de dar vuelta las páginas. El exceso de desgracias le da un tono casi melodramático. No obstante ciertas debilidades, Ema Cabar nos demuestra que es capaz de narrarnos una historia —la historia de Nora— y hacerlo con pasión, con rapidez y precisión, sin largos monólogos o disquisiciones filosóficas". Por su parte Sylvia del Valle, anota: "Es ésta una novela diferente, que demuestra oficio, sensibilidad y una vigorosa imaginación. Cuando suponemos que ya nada más puede sucederle a su protagonista —cuyos amores y desdichas causarían la envidia de los mejores autores de tragedias televisivas—, surgen nuevos conflictos que mantienen el interés del lector".

Ema Cabar Kunkar vive actualmente en Curicó.

## EL VALOR DE VIVIR (Fragmento)

Una radioemisora en una carpa, en la plaza de Chillán, daba cuenta de los muertos y heridos. Las gentes trataban de enviar mensajes en que la muerte estaba mezclada a los nombres, en forma escueta, elemental: "Papá desaparecido; nosotros, bien", "Quedé yo, mis cuatro hermanos fallecieron"...

El polvo lo envolvía todo, un ciego polvo ocre descendía de los techos destruidos, de los viejos muros, de los adobes derrumbados, se depositaba en los cabellos, en los labios, como la muerte.

Grandes rumas de escombros obstruían las calles, en algunos edificios todavía se organizaba el salvataje de personas aprisionadas entre vigas, debajo de moles de ladrillos; en el teatro continuaban retirando cadáveres, mientras los deudos con los ojos enrojecidos trataban de identificarlos.

En lugares públicos, los cuerpos mutilados, apenas cubiertos con diarios y ropas, eran exhibidos para que sus parientes los reclamaran.

El 24 de enero de 1939, un sismo había destruido la ciudad de Chillán, la noche vino enlutada y sólo el dolor y las lágrimas temblaban al amanecer.

Al día siguiente, hombres y mujeres desorientados recorrían la ciudad a la búsqueda de sus familiares. Un sol opaco lanzaba sus rayos sobre la ciudad en ruinas.

Un calor sofocante se condensaba en el ambiente haciendo más fuerte las emanaciones de los cadáveres. Centenares de brazos removían escombros para dar sepultura a las víctimas.

Una mujer avanzaba por las calles como alucinada. Sus rubios cabellos en desorden se pegaban a su frente sudorosa. Se palpó el rostro, las sienes. Una ola de viento cálido levantó una nube de polvo y fue rodeándola. En un extremo de la ciudad se alzaron las llamas de un incendio. La mujer dobló la cabeza sobre su pecho y se desplomó.

Momentos más tarde, apareció un hombre en la calle escudriñando los rincones. El incendio había llegado hasta las viviendas vecinas, y la atmósfera era sofocante. A la luz de las llamas, descubrió a la joven. La recogió, la alzó en sus brazos y avanzó con ella, sintiendo que aquel cuerpo ardía en fiebre. Nada veía a su paso, ni las manos suplicantes de quienes solicitaban ayuda, ni los rostros de quienes habían perdido a sus seres queridos, ni los cuerpos mutilados de los muertos, que asomaban entre los escombros de las viviendas.

Horas más tarde, Nora era llevada al hospital de emergencia. El médico que la atendió se sorprendió al recibirla. ¿Creía ver en ella el rostro de alguien conocido? Mientras la contemplaba, ella murmuraba palabras entrecortadas, balbucientes.

En aquellos instantes, sus recuerdos la llevaron hacia el pasado y evocó lo que había sido su existencia trágica, dolorosa, desde los días de su niñez, allá en Caram, un pequeño pueblo de oriente.

#### 1. LA ESTANCIA EN CARAM

El sol cálido del verano meridional bañaba con sus rayos el pueblo. Un grupo de casas, rodeado por un anillo verde, aparecía envuelto en serena paz e invitaba al reposo y a la meditación. Era Caram, un pueblecito de Oriente.

Sus habitantes, gente honesta, en su totalidad casi obrera, realizaban una vida sin grandes cambios. Tierra ajena al dominio feudal, a los grandes señoríos. Todos eran dueños y señores de sus pequeñas propiedades, lo que les hacía despertar el amor al terruño, el respeto a sus tradiciones, la alegría de sus sencillas costumbres lugareñas.

Entre las sombras de las arboledas, se alzaba la mansión de los Cadi. Hacía dos días solamente que su dueño, Horacio Cadi, había cruzado el umbral lleno de presagios para emprender su viaje a América, en compañía de su esposa y de su hijita de dos meses. Las otras dos niñas mayores habían quedado entregadas al cariño de sus abuelos.

Farida y Catia jugaban en el jardín con sus muñecas; pero a menudo, sus pensamientos se apartaban de sus juegos. El pensamiento de la madre ausente las entristecía. Aún sentían el eco de su voz, al despertarlas; sus cariñosas palabras unidas al agua fría que las sobresaltaba en las mañanas, brotaban de nuevo vacías de su imagen.

La abuela las sorprendió silenciosas.

-¡Lindas han estado llorando!

Las niñas, sin decir palabra, corrieron a refugiarse en el regazo de la abuela. Mientras las manos cariñosas de la anciana recorrían los cabellos de las pequeñas, un río de soledad se apretaba en su garganta. Ella también pensaba en los ausentes y sentíase llena de malos augurios. Tomó la cinta blanca que se había desprendido del cabello de Catia y, mientras volvía a hacer el nudo, le pareció volver a una primavera luminosa en que ella había llenado de lazos blancos el vestido de boda de su hija Miriam.

Miriam tenía quince años y toda la vida en sus ojos. Salió de la escuela para entrar en el matrimonio y la nueva lección no le pareció difícil. Vivió cuatro años con su marido en alegre compañía, sin otros sucesos más dignos de notar, que el nacimiento de Catia y Farida. Luego como la sombra al final del muro, vino la soledad. Su marido fue a América, deseoso de mejorar la situación. Estuvo dedicado al comercio, fue de un lado a otro y, al parecer, hizo alguna mediana fortuna.

Mientras tanto, los días eran tristes en Caram. Se alargaban a través de los inviernos y ardían en la piel, al llegar la primavera. Miriam había crecido en la soledad; pasó, bruscamente, de niña a mujer y esta experiencia la hizo triste. Por eso, cuando se anunció el regreso de su marido, creyó soñar.

Había llegado a olvidar su condición de casada y el tiempo transcurrido le parecía irreal; de los cuatro años vividos en común, lo único que podía convencerla de que no había soñado era la existencia de Catia y Farida. Horacio y Miriam apenas si recordaban haberse pertenecido. Aquella época quedaba tan atrás y estaba tan lejana. Ahora, con el regreso, tendría sus verdaderas nupcias. Volvían a encontrarse en la vida para empezar a vivir.

#### 2. Las aguas traen sombras

Hacía un año del regreso de Horacio.

Aún evocaba lugares de la tierra americana en que estaba presente su condición de

emigrante; pero era hombre de esfuerzo y esta circunstancia no le importaba. Su pensamiento estaba puesto en Miriam, en sus hijas, en la tranquilidad de una vida futura. Preocupado de hacer algún dinero, no había sentido el tiempo que pasaba. El amor, para él, sólo había tenido la forma de un acontecimiento. Sin embargo, toda su pasión se agolpó en su garganta al estrechar entre sus brazos a su mujer. Era casi como palpar un cuerpo completamente desconocido, pero en aquellos besos encontró algo suyo, cálido, afectuoso. Fue un largo río el que entró por su sangre y entonces sintió que estaba en su casa, entre los brazos de una mujer suya, junto a unas niñas que repetían su nombre como si siempre hubiera estado en el mismo lugar.

Poco habían cambiado las cosas, los objetos colgados en el muro, el tiempo que gastaba las telas y pintaba de amarillo las cortinas. Tal vez los nidos que hacían los pájaros en el entretecho eran los mismos y el jardín no se había cansado de hacer rosas. Todo lo miraba con sus grandes ojos, reconociendo rincones, reconstruyendo un tiempo que se le había ido. Su mirada se detuvo en Miriam.

Esa niña tímida que él conocía había desaparecido, dejando en su lugar a una mujer hermosa, en cuyas pupilas negrísimas brillaba la magia reveladora del amor.

-Estoy soñando- le dijo al abrazarla, el día del regreso.

—Horacio, soy la misma; pero ahora, te comprendo más, te entiendo más. Ya no soy la niña que dejaste. Qué largos me han parecido estos años.

—Pérdoname. He sido egoísta. Yo he ido de un lugar a otro sin pensar en tu soledad. Cuántas veces has debido odiarme...

—¿Odiarte? No. No vuelvas a decirlo. No niego que he sufrido; pero es indudable que ese sufrimiento y tu ausencia me han enseñado a vivir. Me siento más mujer y más digna de ti. Además, antes te amaba como una niña; ahora he aprendido a quererte, a desearte...

Horacio la estrechó entre sus brazos. Sintió el suave perfume de su pelo, el aroma de su piel se encontró con sus besos. Una alegría comenzó a inundarlo, como si un mundo nuevo se le revelara en esa mujer tierna que tenía aferrada a su corazón. La llevó estrechada a su cintura por las habitaciones y sintió que la casa se llenaba de un aroma frutal. A través de la ventana, una brisa feliz movía los olivos del huerto.

Había pasado un año. Los días felices no se cuentan. Fue repentina la determinación que tomó Horacio y a Miriam le pareció que apenas comenzaban a vivir para tomar determinaciones que cambiarían de lleno su existencia y la de sus hijas. Horacio decidió partir, viajar a América, realizar de una vez sus aspiraciones de afianzar el futuro de su familia.

—La felicidad no llega, se conquista —decía, con tono pausado, procurando convencer a Miriam que siempre se llenaba de presagios, de malos augurios.

—Esta vez no volverás, Horacio. Conté los días esperándote. Me hice mujer en la angustia de la espera; sufrí al pensar que perdía tu rostro, que se me iba borrando tu imagen. Hasta el acento de tu voz se me perdió una mañana. Cuando un tiempo dejaste de escribir, sentí que perdía hasta lo último que me permitía asirme a la realidad de tu amor. Sólo mis hijas me estaban indicando que alguna vez habías existido, que te habías sentado en esa silla y habías tomado mi mano para decirme que me querías.

—Lo he pensado bien querida. Esta vez no partiré solo. Te irás conmigo. Correremos la misma suerte, serás mi compañera; serás mi esperanza para los días tristes. Y no podría dejar tus manos, tu piel, todo lo suave y blanca que tú eres; todo lo buena y dulce que has sabido ser en todo este año que hemos convivido.

Los padres de Horacio, enterados de la decisión de su hijo, vieron derrumbarse todas las esperanzas que habían forjado para su vejez. Con la ausencia de éste les faltaría el apoyo para sus pasos tardos. Pensaban que había llegado la hora en que alguien tomara la responsabilidad que ya pesaba en ellos. La vida no les había sido fácil y se habían hecho la idea de una vejez al abrigo del hijo. Suplicaron, esgrimieron argumentos que se estrellaron ante la firme resolución de Horacio que ya había trazado sus planes.

—No hundiré mis años jóvenes y llenos de energía en este pueblo silencioso. La vida es pequeña, sin grandes esperanzas. Amo a mi mujer y a mis hijas; quiero para ellas lo mejor. Creo que es una aspiración natural. No pido mucho; pero Uds. ya saben las perspectivas que ofrece Caram. La tranquilidad a cambio de la pobreza. Por otra parte, no estaremos lejos largo tiempo. Nada más que el necesario para conquistar un mediano pasar. Uds. no han ido más allá de esos olivares. Yo he visto otras tierras, he acariciado otras esperanzas. Tengo mi oportunidad, no dejen que la pierda.

Vas en busca de imposibles, hijo —expresó sentenciosamente el padre, entrecerrando sus cansados ojos. No podemos detenerte; pero debieras meditarlo bien. La ambición...

—Padre, ya lo he pensado. Los quiero mucho y no es demasiado lo que sueño. Pronto estaré de vuelta y todos se alegrarán de que haya tomado esta decisión.

—No lo digo tanto por mí. A los viejos nos va moldeando la soledad. Un día comienza a parecerse a otro. Y ya uno se ha hecho la idea de que los hijos son aves que vuelan. Lo digo por tu madre. Está enferma y tú le das esa alegría que necesita para vivir.

Horacio sé volvió hacia su madre que cosía en silencio. Ella sintió que estaba llorando y se puso de pie como para dirigirse a la cocina. El fue a su encuentro y la estrechó entre sus brazos. La madre apoyó su rostro en el hombro y quiso desprenderse del brazo de su hijo. Horacio la retuvo fuertemente, mientras le hablaba con ternura:

—Volveré pronto, te lo aseguro y, entonces, será para quedarme para siempre a tu lado. No llores, mamá; entiendo que me quieres tener junto a ti como el niño de siempre; pero he crecido. Tú has querido lo mejor para mí. Y lo mejor es salir de Caram. Soy demasiado joven para resignarme a la inacción en este pequeño círculo que me oprime. Te lo ruego, déjame que me vaya, llevándome la impresión de que te dejo conforme.

La madre permaneció un instante en silencio. Por su mente cruzó un mundo de infancia, de sueños construidos, de soledad en derrota. Volvió a sentarse. Horacio se arrodilló a sus pies con ternura. Ella puso sus manos sobre los cabellos de su hijo. Sentía angustia de tener a su hijo lejos, sin que ella pudiera apartarle de los peligros. Sentía la fatalidad en torno a ella; permanentemente estaba preparada a todas las sopresas, a las noticias que la envolvían en tristes cavilaciones y la arrinconaban contra su soledad.

- —Está bien. Puedes irte. Yo te estaré esperando. Sólo voy a pedirte que no te lleves ni a Catia ni a Farida.
  - —Pero mamá
- —Me acompañarán; además, así estaré segura que por cariño a ellas, ni tú ni Miriam prolongarán su estada en América.
  - -Está bien, mamá.

Horacio no levantó la cabeza. Desde un ángulo de la habitación sentía sobre él la

mirada angustiosa de Miriam que no aprobaría su resolución. Pero era la única forma de consolar a su madre y hacer menos desagradable su partida. En cambio, partirían con la pequeña Nora, su niña de meses. Nora llenaba el corazón de su padre. A ella la habían visto crecer, abrir los grandes ojos cada mañana; había visto el sol sobre su pelo de oro. Horacio acariciaba la hermosa frente, las blancas manos de su hija, como planetas suaves y diminutos.

—Yo te bendigo, hijo —murmuró la madre extendiendo sus manos sobre Horacio—, que Dios te proteja y te devuelva sano y salvo a mis brazos. Que tengas éxito.

La anciana se puso de pie y se perdió en la soledad de los corredores. Nadie la vio llorar. Ni el viento de Caram que golpeaba los vitrales y entraba en los rincones lleno de sombríos presagios.

El mar encendía sus olas verdes en la mañana. Los viajeros del transatlántico conversaban despreocupados, tratando de hacer grata la larga travesía. Unos fumaban displicentemente; otros daban largos paseos por cubierta. Los días eran plácidos. Miriam y Horacio disfrutaban de esta tranquilidad. Sus pensamientos sólo se veían cruzados, a veces por el recuerdo de sus hijas que sentían cada vez más lejanas.

A veces, cuando Miriam pensaba en sus hijas sentía del temor de morir lejos de ellas, de dejarlas sin protección; eran tan niñas y ya estaban privadas de la ternura de su madre. Ella sentía su culpabilidad y se angustiaba imaginándose toda clase de tragedias. En esos momentos, su marido la abrazaba. En aquel contacto, regresaba su confianza, su fe en el porvenir.

Una noche, Miriam despertó sobresaltada. Los objetos caían sobre ella en su camarote. Sintió rumor de gentes que iban de un lado a otro. Rápida, abandonó su lecho. A duras penas se acercó hasta la puerta y, después de reiterados esfuerzos logró abrirla. Afuera reinaba la confusión, el caos. Enormes olas cruzaban el barco de parte a parte. La gente que procuraba avanzar sobre cubierta, tropezaba en los cables, caía derribada por la furia del oleaje.

La voz de alarma rasgó el silencio de la noche. Los pasajeros abandonaron sus camarotes y empezaron a circular sobre cubierta, enloquecidos, sin control alguno. Mujeres, hombres, niños, se abrazaban entre ellos; otros corrían a los botes obstaculizando la labor de los marinos. En medio de la obscuridad, brotó la luz de una lámpara. Junto a ella estaba el capitán. Comenzó a dar órdenes y a tratar de calmar a los pasajeros. Luego ordenó silencio. Sólo se volvió a oír la furia del viento y los golpes del oleaje.

—Teniente —bramó la voz del capitán— haga que todos los pasajeros se pongan sus salvavidas. Que luego se reúnan en la popa. Desenganchen todos los botes de reserva y tírenlos al mar. Pronto. ¡No hay tiempo que perder!

De súbito se sintió un estruendo. El barco experimentó un vuelco y se estremeció de proa a popa. Los pasajeros cayeron al suelo. Las calderas, puestas a excesiva presión, habían estallado. Ante el temor de la catástrofe sucedida, los pasajeros comenzaron a correr despavoridos. Unos se arrojaron al mar, otros cortaron las amarras de los botes y los lanzaron al océano. Apartaron a los marineros y se produjo la más enorme confusión.

Miriam y su hija tiritaban de frío y temor. Horacio había vuelto al camarote en busca de frazadas para abrigarlas. La desesperación comenzaba a enloquecer a Miriam.

El agua inundaba los compartimentos y debió regresar. En los momentos en que el

barco se estremeció, sus manos se soltaron de las barandas y cables y se sintió arrojado al espacio. Nadie vio su cuerpo envuelto en las olas. Luego el mar se cerró sobre él.

En un rincón de cubierta, Miriam, apretando entre sus brazos a su hija, esperaba el regreso de su marido. En torno a ella, giraba la desesperación de los tripulantes. En medio de su angustia, una extraña resignación la iba invadiendo: —Al menos, tendré el consuelo de morir con él —reflexionaba—, nadie podrá ya separarnos.

La larga espera comenzó a preocuparla cada vez más. Los minutos urgían. La cubierta comenzaba a quedar desocupada. Todo el mundo acudía a los botes salvavidas. El barco se inclinó y el agua comenzó a invadirlo. Mientras tanto, Miriam, inmóvil en su sitio y apretando a su pequeña, temblando de frío y angustia, gritaba desesperada el nombre de su marido.

Un marinero la tomó de un brazo para llevarla hasta los botes. Ella se opuso con todas sus fuerzas.

- -El tiempo urge... ¿No se da cuenta, señora, que el barco está hundiéndose?
- -No deseo desembarcar. No puedo hacerlo. Espero a mi marido.
- —Señora, no hago más que cumplir con mi deber. Esto se hunde de un momento a otro. ¿Quién le dice que su marido no ha sido obligado a embarcarse en otro bote, a estribor? Baje Ud. Pronto encontrará a su marido. Vamos.

Miriam obedeció; pero un presentimiento angustioso se apoderó de ella. Se dejó llevar, enmudecida. Sabía que no había fuerza humana capaz de impedir a su marido que acudiera en su búsqueda. La esperanza y la duda se alternaban en su cerebro. ¿Cómo averiguar la verdad en medio de esa avalancha humana?

Pocos instantes después, el barco se hundió completamente, mientras los remeros trataban de alejarse de prisa del lugar en donde las olas se arremolinaban en furioso torbellino.

El amanecer encontró a la caravana de botes, con su cargamento humano, estacionada en el mismo lugar. En todas las miradas brillaba una esperanza. Sólo en las pupilas de Miriam debió morir la ilusión. A la claridad del nuevo día, se percibía una ribera próxima, a la que no sería difícil llegar. A corta distancia, flotaba la parte alta del mástil, único vestigio de lo que fuera un gran transatlántico. Y en cuanto a esos náufragos amontonados en medio de esa inmensidad, semejaban a la luz difusa del amanecer, una caravana de sombras.



Raúl Yazigi Jáuregui

Raul Yazigi escribe en un estalo sencilio, sta pretensiones ai rebuscamien

### RAUL YAZIGI JAUREGUI (1908-1966)

Médico y escritor, nació en Santiago el 16 de marzo de 1908. Después de cursar humanidades en el Liceo Valentín Letelier, siguió la carrera de medicina en la Universidad de Chile. Recibió su título de Médico Cirujano en 1930, con una memoria de prueba "Nuevas investigaciones sobre ictericias".

Dedicado a la docencia, llegó a ser profesor extraordinario de la Facultad de Medicina. Al mismo tiempo ejerció en la Fuerza Aérea de Chile, donde alcanzó el grado de general y director de los servicios médicos de esa institu-

ción.

Hizo numerosos viajes de estudio y de perfecionamiento en el extranjero, visitando, además, Europa y el Medio Oriente.

Fue miembro fundador del Círculo de Profesionales Chilenos de Ascendencia Arabe y del Instituto Chileno-Arabe de Cultura. En éste, desempeñó, con entusiasmo, el cargo de vicepresidente y presidente subrogante.

Es autor de numerosos artículos científicos sobre su especialidad, publicados en revistas médicas nacionales y del exterior. En 1948 publicó un texto sobre "Clínica y terapéutica de la cirrosis hepática".

Sus obras literarias pertenecen al género de las memorias, las cuales fueron escritas, en su mayor parte, en períodos de enfermedad. "Entretenía sus ocios —según confesaba a sus amigos íntimos y familiares— escribiendo recuerdos de sus experiencias médicas. Muchos de sus relatos se basan en episodios de la vida real"<sup>13</sup>.

En el prefacio de "Mundo doliente" dice: "Algunos pueden parecer fantasías, pero lo que acontece a los seres humanos a veces supera toda capacidad imaginativa. Son las lecciones que se aprenden en el libro de la vida".

El crítico Hernán del Solar se refiere a esta obra en los siguientes términos: "A poco de ir leyendo este libro, se tiene una buena sorpresa, sostenida, por lo demás, hasta el final. El autor es un médico y, de pronto, en estas confidencias, se nos revela un escritor amenísimo, que sabe narrar ágilmente, con cierta seguridad de oficio que le impide extraviarse, que le hace avanzar con firme paso".

Raúl Yazigi escribe en un estilo sencillo, sin pretensiones ni rebuscamientos. Su narración es natural, evidenciando una honda penetración psicológica. Podemos concluir que efectivamente sus obras son "un balcón abierto de para en para hacia la vida. Entretionen y bacen pensar"

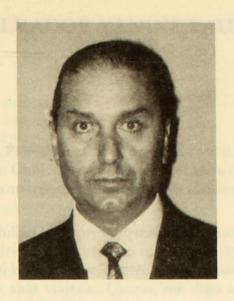
par en par hacia la vida. Entretienen y hacen pensar".

Falleció en Santiago el 2 de septiembre de 1966.

<sup>&</sup>lt;sup>13</sup>NEGHME, R. AMADOR: La obra literaria de los médicos chilenos. Ed. Andrés Bello, Santiago, 1984 (pp. 251-252).

#### OBRAS

Balcón de la vida (Confidencias de un médico), narraciones. Ed. Orbe, Santiago, 1962. Mundo doliente (Experiencias de un médico), narraciones. Imp. Arancibia Hermanos, Santiago, 1966.



## Salvador Yanine Paulo

# SALVADOR YANINE PAULO (1910)

Nació en Ain Karem, Palestina, el 27 de agosto de 1910. A los tres años llegó a Chile, radicándose en Chillán, en cuyo liceo realizó sus estudios secundarios. Los primeros poemas aparecen en "Rumbos", revista literaria de ese establecimiento educacional.

El terremoto de Chillán lo sorprendió trabajando fuera de la ciudad. En ese sismo muere su madre, acontecimiento que queda registrado en su poesía dramáticamente: "Tú bien lo sabes, madre, que yo andaba en mis giras/largas por exigencia de mi vida viajera/. Quizás, me digo a veces, yo te hubiera salvado./ Otras veces me digo, contigo habría muerto".

Para poder subsistir fue vendedor viajero, como tantos otros emigrantes. El mismo con sencillez lo explica: "Para poder comer yo y mi familia, compraba y vendía cosas. Eso me obligaba a viajar constantemente por las ciudades vecinas. Fue mi etapa más creativa, pero también la de mayor sacrificio. En cada viaje escribía, apenas me desocupaba, me iba a la pieza del hotel, siempre fría, húmeda, sola y ahí escribía".

Más tarde, cuando tuvo una mejor situación económica, hizo Cursos de Verano en la Universidad de Chile, donde aprendió Teoría Bancaria, Comercio Exterior, Balanza de Pagos, etc. Así fue como llegó a ser uno de los fundadores del Banco Arabe de Chile, institución en la cual desempeñó elevadas funciones: miembro del directorio y gerente general.

Salvador Yanine desempeñó el cargo de vicepresidente y presidente subrogante del Instituto Chileno-Arabe de Cultura.

En la actualidad reside en Santiago.

Julio Barrenechea, en el prólogo a "Humo y Ceniza", expresa: "Asomarse al borde de la poesía de Salvador Yanine es como mirar el paso de un río de aguas muy claras, pudiendo divisar el fondo de su alma. El alma de un hombre bondadoso, que no pretende realizar una falsa literatura, que canta sus sentimientos íntimos y que revela su gran amor por las cosas y por los seres".

La poesía de Yanine, de corte tradicional y de tono profundamente nostálgico, evoca a las personas y objetos amados: a la madre, a la novia adolescente, con sentimiento y ensoñación.

Viajero incansable, va en busca de horizontes y navíos fantasmas. Su lirismo puro, natural, carece de artificio: "Mi vida fue un continuo poema de inquietudes, un sollozar del hombre con los ojos cerrados".

Poesía ajena a complejidades de vanguardia, pero que expresa, con autenticidad, el amor y la soledad del hombre.

#### OBRA

Humo y Ceniza, Santiago, 1979.

Nació en Ain kierem, Palentea, el 27 de agosto de 1910. A los tres años llego a Chile, radicandose en Chillio, en cuyo licos realizó sus estudios serundarsos.

Los primeros poemas apareces en "Rumbos", revista literaria de ese establecimiento educacionale.

El terremoto de Chillán Josopprendió trabajando fuera de la ciudad. En ese simo muere su madre, acontecimiento que queda registrado en su poessa framaticamente: "I u biqu lo sabes, madre, que yo andaba en mis giras largas por exigencia de mi vida viajera. Quizas, me digo a veces, yo te hubiera alvado. Otras veces me digo, contigo hubera muerto."

Para poder subsigir fue vendedor wajero, como unuos orros emigrantes. El nismo con senciler la explica: Para pe der comer so y ini familia, compraba y rendra cosas. Eso me obligaba e supar consumemente por las ciudades ecimas. Fue mi erapa trais oventra, pero también la de mayor sacrificio. En ada viaje escribia, apenas me desocrapaba, me iba a la piera del hotel, siempre ria, humeda, sola y alta escribia.

Más tarde, cuando muo una mejor situación económica, hiso Carsos de Verano en la Universidad de Chile, donde aprendió Teoria Bancaria, Comercio Exterior, Balanca de Pagos, etc. Así fue como llegó a ser uno de los fundadores del Banco Arabe de Chile, institución en la cual desempeno elevadas funciones: miembro del directorio y gerente general.

Salvador Yanine desempeño el cargo de vicepresidente y presidente subrounte del Instituto Chileno-Arabe de Cultura.

Julio Barrenechea, en el prói go a "Humo y Ceniza", expresa: "Asomarse al borde de la poesta de Salvador Yanine es como mirar el paso de un rio de aguas muy chras, pudiendo divisar el fondo de su alma. El alma de un hombre bondadoso, que no presende realizar una falsa ineratura, que canta us sentimientos intimos y que revela su gran amor por las cosas y por los eres."

La poesía de Vanine, de corte tradicional y de tono profundamente nostálpico, evoca a las personas y objetos amados: a la madre, a la novia adolescente, on sentimiento y ensosación.

Viajero incanadale, va en busca de horizontes y navios fantasmas. Su lirismo puro, natural, carece de artificio: "Mi vida fue un continuo poema de inquietudes, un sollozar del hombre con los ojos cerrados".

Poesía ajena a complejidades de vanguardia, pero que expresa, con autenleidad, el amor y la soledad del hombre.

#### CANDIL DEL ALMA

Soy viajero incansable de locas latitudes, de vastos horizontes y misteriosos mares. Mi corazón es puerto donde atracan las penas y mis ojos dos faros mirando las distancias.

Las manos de la gloria no tocaron mi rostro ni endulzaron mis sueños como los cuentos de hadas. Mi vida fue un continuo poema de inquietudes, un sollozar del hombre con los ojos cerrados.

Viajero impenitente con su misión de estrellas, mi corazón es barco de memorias ancladas. Un día aquí, y el otro ¿quién podrá establecerlo? Mi alma es la bahía donde muere el albatros.

Amadas que endulzaron mi vida de marino, cubriendo de caricias al tierno navegante, y si al correr del tiempo soy de su amor ceniza, qué importa si sus besos mis heridas curaron.

Le dieron a mi vida sus vitales alientos, las tengo en mis recuerdos meciéndose en mi hamaca. Me amaron y fue todo, simplemente con ellas, y no puede el olvido desconocer mi llama.

#### ELEGIA A MI MADRE

Lloro tu desventura, también lloro la mía, lloro tus bellos ojos cerrados en la tierra, tu sonrisa que enciende todavía mi otoño, tu andar de gran señora, tus brazos siempre tiernos.

Esa noche de enero, tan alevosa y trágica, cayó sobre nosotros con sus brujas siniestras, temblando nuestro suelo por fuerzas subterráneas, escombros y cadáveres en montones horrendos.

Otros hijos perdieron a su querida madre, los hombres y mujeres pegados a su miedo, los niños y los viejos con las casas encima, novias que se quedaron sin el novio y la fiesta. Tú bien lo sabes, madre, que yo andaba en mis giras, largas por exigencias de mi vida viajera. Quizá, me digo a veces, yo te hubiera salvado. Otras veces me digo, contigo habría muerto.

Te fuiste, madre mía, como un soplo nocturno, como un ligero sueño con alas que se pliegan. Se fugaron de pronto las aves con sus trinos y en mi alma se apagaron las luces de tu cielo.

Te quise, madre mía, y tú bien lo sabías, con el amor del hijo que formaste en tu vientre. Tu amor era sublime como un niño en tus brazos, y el mío era risueño como un ser de tu seno.

¡Qué triste estar distante sin cerrarte los ojos, en viajes que se pierden en la rueda del tiempo! Quizá, me digo a veces, yo te hubiera salvado. Otras veces me digo, contigo habría muerto.



## Alejandro Chelén Rojas

### ALEJANDRO CHELEN ROJAS (1911)

Político y ensayista, nació en Ovalle el 25 de septiembre de 1911. A los quince años abandona el liceo de su ciudad natal y empieza a realizar rudos y humildes menesteres en las pampas salitreras. Luego ejerce otros oficios: empleado en una casa comercial, inspector de tranvías, etcétera.

Desde su juventud demostró una sistemática afición por la lectura y el estudio. Así es como asiste, en calidad de oyente, a clases de Historia en el

Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

Funda y dirige el semanario "El Inca" y "Avance", diario defensor de la clase trabajadora. En 1938 es elegido regidor. Dedicado más asiduamente al periodismo, contribuye a la creación de periódicos como "El Arado", "La Crónica" de La Serena. En Santiago dirige "La Calle", órgano oficial del Partido Socialista. Durante muchos años colaboró en "La Hora", "La Opinión" y la antigua revista "Hoy".

Integrado de lleno a la acción política, es elegido diputado por la provincia de Coquimbo en 1949, siendo reelegido en 1953. En 1957 obtiene la senaturía por Coquimbo y Atacama.

Escribe diversos folletos sobre "Aspectos históricos de la revolución mexicana", "Recabarren", "El partido de la victoria" y otros de índole social y política.

Su admiración por la figura del guerrillero Manuel Rodríguez lo llevó a investigar aspectos inéditos de la vida del prócer: "Mi interés por Manuel Rodríguez y su familia —dice— viene desde hace mucho tiempo. En mi juventud tuve una buena etapa de cesantía. Pasaba mi abundante tiempo en la Biblioteca Nacional. Allí encontré por casualidad un trabajo de Carlos Rodríguez, hermano del guerrillero, llamado *Expreso al virrey de Popayán*, en el que se denunciaban algunas irregularidades cometidas por el Ministro de Hacienda de O'Higgins, Rodríguez Aldea. Me llamó la atención la elocuencia del denunciante. Me atraía además la vida legendaria de Manuel Rodríguez. Seguí buscando documentos para formarme una idea cabal de esta familia que prestó servicios inapreciables a Chile.

"Para muchos —expresa— el guerrillero es sólo un alborotador, un personaje simpático, un conspirador nato, sin mayores luces intelectuales. Nada más falso. Los padres de los Rodríguez eran poseedores de la mejor biblioteca que existía en Santiago. Los tres hijos: Carlos, Manuel y Joaquín fueron abogados. El destino de esta familia fue trágico como el de los Carrera.

El Guerrillero no sólo es el estudio de la vida de Manuel Rodríguez, sino también de su familia, de destacada actuación en la historia nacional.

"El libro sobrepasa con mucho el perfil de los destinos de Manuel y de

Carlos Rodríguez, incluida la compañía de sus amigos y parientes. Todos ellos tienen puesto y función en los acontecimientos pertinentes, pero es el enfoque de la época en conjunto —un cabal cuarto de siglo— la resultante de lo escrito"<sup>14</sup>.

La obra obtuvo el premio de ensayo "Gabriela Mistral" de la Ilustre Municipalidad de Santiago, en 1964.

Pensamiento teórico y político del partido socialista, en colaboración con Julio César Jobet, constituye un libro polémico de la fundación, programa y trayectoria del socialismo chileno. Obra acompañada de algunos textos antológicos de los más notables personeros de dicha corriente política y social en nuestro país.

Alejandro Chelén escribe en un estilo directo y ágil. Cabe recordar que durante muchos años fue uno de los oradores del Partido Socialista en el parlamento y en la actividad proselitista.

#### OBRAS

El Guerrillero Manuel Rodríguez y su hermano Carlos (1964).

Trayectoria del socialismo (1967)

Pensamiento teórico y político del Partido Socialista (en colaboración con Julio César Jobet), 1972.

<sup>&</sup>lt;sup>14</sup>Sepúlveda, Germán: en Prólogo al libro "El Guerrillero Manuel Rodríguez y su hermano Carlos (p. 8).



Amador Neghme Rodríguez

### AMADOR NEGHME RODRIGUEZ (1912-1987)

Nació en Huara, pueblo situado al interior de Iguigue, en 1912. Allí cursó las primeras letras. Realizó las humanidades en el Instituto Nacional, para seguir posteriormente estudios de medicina en la Universidad de Chile, donde se tituló de médico-cirujano en 1938, con una tesis sobre "La Amibiasis en Chile".

Desde 1933 se había incorporado al Instituto de Biología, en calidad de ayudante, cuando éste era dirigido por el doctor Juan Noè. Más tarde le sucede en la cátedra de parasitología en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile.

En su larga carrera académica fue profesor y director del Instituto de Biología "Juan Noè", decano de la Facultad de Medicina y finalmente profesor emérito en 1976. En 1964 es designado miembro de número de la Academia de Medicina del Instituto de Chile y en 1977 ocupó el cargo de presidente de esa Corporación.

De 1977 a 1979 asumió la presidencia del Instituto de Chile. Ha participado en numerosas conferencias internacionales. En 1954 fue delegado de Chile a la XIV Conferencia Sanitaria Panamericana; en 1963 y 1968, delegado a las Conferencias de Ministros de Salud, siendo elegido en ambas oportuni-

dades, relator general.

Formó parte de la Organización Mundial de la Salud, en calidad de experto

en enfermedades parasitarias, entre 1958 y 1968.

Fue también director de la Biblioteca Regional de Medicina y Ciencias de la Salud de la Organización Panamericana de la Salud, con sede en San Pablo, Brasil. Ocupó asimismo la presidencia de importantes asociaciones internacionales de Medicina.

Es autor de numerosas publicaciones científicas, ensayos históricos y educacionales.

Amador Neghme, escritor de vasta cultura, utiliza generalmente un estilo funcional y directo, no exento de calor humano y emotividad.

Falleció en Santiago el 26 de julio de 1987.

#### OBRAS

Metodología de la Educación Médica, 1958. Biografía de Juan Noè, 1969. Biografía de Hernán Alessandri Rodríguez, 1980. Problemas Universitarios Contemporáneos, 1983.

#### ESCRITORES CHILENOS DE ORIGEN ARABE

Educación Médica en crisis, 1984.

Educación Médica, necesidades de médicos y el sector Salud, 1984.

La Obra Literaria de los Médicos Chilenos, 1984.

Hacia Ideales Culturales y Universitarios, 1986.

Semblanzas de Paradigmas Médicos (en prensa).

El Impacto de las Enfermedades Parasitarias en la Salud (en prensa).

Un Maestro de la Biología y la Medicina Chilena en Imágenes (inédito).

#### RECUERDOS DE UN MAESTRO, UN DISCIPULO Y UNA BIBLIOTECA\*

Horacio Aravena Andaur, Mario Carrasco Barrios y la Biblioteca del Instituto Nacional, 1925 a 1930

A principios de 1925, un grupo de animosos muchachos nos incorporábamos al primer año de humanidades del Instituto Nacional. Entre ellos figuraba un niño de unos doce años de edad, inquieto, juguetón, amistoso, de modales caballerosos, estudioso y buen cumplidor de sus deberes. Había venido algunos años atrás desde La Serena, lugar de su nacimiento, a vivir con su abuela materna, después de la prematura muerte de su madre, una distinguida educadora. Mario Carrasco cursó satisfactoriamente los estudios secundarios y los completó en 1930. En 1929 fue alumno del "Quinto Año F" y uno de los que subscribió la promesa solemne para reunirnos cada cierto número de años; al principio, cada cinco y a medida que pasaron los años y las huestes fueron raleando, anualmente. Todo ello, alrededor de nuestro profesor-jefe, don Horacio Arayena Andaur.

A Mario Carrasco, como a todos sus compañeros, nos cupo beneficiarnos con la sobresaliente labor educativa impartida por un grupo selecto de profesores que, por esos años, enseñaba en el histórico Colegio. Pertenecían esos profesores, en su mayoría, a las promociones preparadas en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, muchos de los cuales alcanzaron a recibir lecciones de esa falange de educadores alemanes, contratados por el Gobierno al fundarse dicho insigne plantel educacional (1889). Otros, habían sido sus discípulos o sus continuadores, imbuidos de su misma disciplina y metódica de trabajo y dotados de profundos conocimientos, de una bien inspirada sabiduría y de genuina vocación pedagógica.

Entre ellos se destacó un joven profesor de Biología y Química, don Horacio Aravena Andaur, natural de Cauquenes (Maule) y titulado, primero, en 1922, de Farmacéutico y enseguida, en 1924, de pedagogo en Biología y Química. Después de enseñar en Ovalle, se vino en 1927 a Santiago, al Liceo José Victorino Lastarria, donde lo conoció el Rector don Ulises Vergara O., quien, al asumir la Rectoría del Instituto Nacional en diciembre de 1928, lo trasladó con horario completo a este establecimiento. Tenía, entonces, apenas veintisiete años y ya era un verdadero Maestro.

Don Horacio Aravena tuvo una influencia decisiva en la formación de la juventud de esa época. Su labor educacional sobrepasa con creces sus obligaciones en las asignaturas a su cargo, para proyectarse hacia la formación del carácter de sus educandos. Ya desde su primera lección, impresionaba por su afán de dialogar con sus alumnos acerca de materias consideradas como "extraprogramáticas" pero de indudables alcances formativos. Rebasando las enseñanzas biológicas o químicas, incursionaba en temas filosóficos, culturales o científicos de carácter general. Además propiciaba

<sup>\*</sup>Charla pronunciada en nombre del Centro de "Ex alumnos del Instituto Nacional 1929 Prof. Horacio Aravena A.", con motivo de la entrega de la donación póstuma de 306 libros hecha por Mario Carrasco Barrios, el 16 de noviembre de 1984.

excursiones con sus alumnos y los reunía en sesiones de academia científica en las cuales inquietaba la mente de los educandos, enseñándoles a pensar o a interesarse por asuntos de índole intelectual o creativo y aun los médico-preventivos y sociales (alcoholismo, enfermedades venéreas, etcétera).

En 1929 fue designado nuestro profesor-jefe de curso. Fue una verdadera fortuna para nosotros y, a poco andar, conquistaba nuestra adhesión; su entusiasmo nos arrastró a cumplir tareas extraordinarias tales como el botiquín del Colegio, la organización de la Cruz Roja Juvenil, los ateneos de lecturas científicas y otras, como el fortalecimiento de los nexos entre nosotros y la promesa de periódicas reuniones.

En sus coloquios y en los diálogos que los seguían, insistía en la importancia de la lectura para ampliar nuestra cultura y ayudarnos a conocernos mejor y, en especial, a descubrir nuestras verdaderas vocaciones. Con esta finalidad, organizó visitas a los más variados planteles: institutos bacteriológicos y biológicos, mataderos, hospitales y otros. En más de una ocasión, se explayó acerca de las bibliotecas y destacó su papel en el progreso de la humanidad. Además, nos apoyó y aconsejó en algunas de las crisis que el Instituto Nacional experimentó por esos años, debido a medidas atrabiliarias y autoritarias de las autoridades designadas por el régimen dictatorial instaurado en el país desde 1927.

A mí, don Horacio me parecía la personificación de aquellas figura del Maestro, prácticamente pintada por Gibrán Jalil Gibrán en "El Profeta": "El profesor que rodeado de sus discípulos pasea por la sombra del templo, no entrega su sabiduría sino, más bien, su fe y su afecto".

A comienzos de 1929, un Ministro de Educación ordenó, por sí y ante sí, perentoriamente, la demolición de la Biblioteca del Instituto Nacional.

Esta biblioteca había comenzado a formarse al nacer el Instituto Nacional, en una modesta sala de su primitivo edificio merced a las generosas donaciones de algunos próceres, letrados y a los sucesivos rectores. Así fue paulatinamente incrementando su fondo bibliográfico en el transcurso del tiempo. Además, don Manuel Frutos Rodríguez y el Rector Carlos Ambrosio Lozier (1826) enriquecieron su acervo mediante donaciones, el primero y de adquisiciones, el segundo. La fundación oficial de la biblioteca se hizo por decreto supremo del Presidente don Manuel Montt, el 8 de enero de 1857. El eminente historiador don Diego Barros Arana, que fuera Rector del Instituto desde 1863 a 1872, se empeñó por el adelanto de la biblioteca y la dotó del primer catálogo y de numerosos libros de autores clásicos y modernos. Con sucesivas adquisiciones y donaciones, la biblioteca fue incrementándose y así llegó a ser una importante fuente de consultas para los estudiosos. En 1913, su acervo bibliográfico se estimaba en sesenta y cinco mil volúmenes.

La Biblioteca del Instituto, por su jerarquía y la calidad de sus colecciones bibliográficas, había sido declarada biblioteca pública en 1876. En 1884 se adquirió el edificio de la Iglesia "San Diego", situada en la Alameda esquina Arturo Prat, al costado de la Casa Central de la Universidad de Chile. Debidamente habilitada, allí se instaló en 1888, el rico acervo bibliográfico de la Biblioteca, penosamente atesorado con los escuálidos presupuestos anuales, suplementados por las contribuciones voluntarias de rectores, profesores, alumnos y ex alumnos, hechos con su peculio, así como con algunos legados importantes de ilustres personalidades, entre las cuales figuran don Manuel Montt, don Santiago Prado, don Diego Barros Arana, los hermanos Amunátegui (Miguel Luis, Gregorio y Víctor), don Gabriel René Moreno (culto bibliófilo boliviano), don Luis Barros Borgoño, don Juan Nepomuceno Espejo y otros.

Las autoridades del Instituto defendieron hasta donde les fue posible, su biblioteca. En 1928 se rumoreaba entre los alumnos que el retiro de los 6.570 libros del legado de don Pedro Montt era el comienzo de la destrucción de la Biblioteca. Pero nadie se imaginó lo que ocurriría en enero de 1929 con ese templo de la cultura y del saber, a la sazón frecuentado por profesores y alumnos del Instituto y público en general. Allí concurríamos con varios condiscípulos y, entre ellos, con Mario Carrasco Barrios. El local era amplio, silencioso, iluminado y acogedor, pues los espesos muros del ex templo San Diego le daban suficiente aislación y abrigo, haciendo muy confortable la permanencia en el recinto, tanto en invierno como en verano.

Fueron inútiles los esfuerzos del recién designado Rector, el eminente pedagogo don Ulises Vergara Osses, apoyado por el Vicerrector don Carlos Ramírez Salinas y por las demás autoridades del Instituto. ¡La orden había sido impartida y el acervo bibliográfico debía retirarse a la brevedad posible para dar paso a las picotas demoledoras!

El Ministro que dio este golpe de gracia a la Biblioteca del Instituto Nacional, fue el por entonces todo poderoso Biministro de Hacienda y Educación. Pablo Ramírez. Defendió su nefasta decisión abogando que en ese terreno construiría una piscina escolar. "Hay que bañar al indio", argumentaba...

Por esos tiempos, el Instituto Nacional era, en realidad, el "primer foco de luz de la nación" (como reza su himno). Su biblioteca era el reflejo del espíritu de elevación cultural que animaba a sus profesores y alumnos. Satisfacía los más exigentes y modernos cánones de calidad en su acervo bibliográfico y servía de invalorable instrumento educacional. El libro de texto podía ser completado con lecturas paralelas; los alumnos, en ella, bajo la guía de sus bibliotecarios, aprendían a buscar la información a través de obras de consulta y de referencia. Su profesorado podía cultivarse e incrementar su saber a través de la lectura de revistas científicas, técnicas, literarias y artísticas, nacionales y extranjeras (Recuerdo la célebre "Revue des Deux Mondes" completa, desde el volumen 1 a esa fecha, la Revista de Occidente, fundada por el filósofo español José Ortega y Gasset, las obras completas de Claudio Gay, el diccionario de Littré y otras verdaderas joyas literarias).

Y así, en pocos días, con una premura inusitada e inexplicable, se dio comienzo a la barbárica demolición del edificio que albergaba ese tesoro bibliográfico. ¡Cien mil volúmenes amorosamente reunidos desde su fundación y acrecentados años tras año, por las generaciones que sucesivamente pasaron por el establecimiento! Fuera de ello, su rica documentación histórica, especialmente, la Hispanoamericana y sus obras didácticas y culturales, todas ellas fueron dispersadas rápidamente. Algunas entregadas a planteles universitarios o educacionales —como el Internado Nacional y Liceos de la capital— y una parte apreciable, transferida, sin inventario, a la Biblioteca Nacional.

Desgraciadamente, como ocurre a la sombra de los regímenes dictatoriales, algunas personas —aduladoras, inescrupulosas o "sedicentes amigas" de los gobernantes—recurrieron de inmediato al empeño o a la amistad, para conseguir mediante tarjetas de favor, la entrega de determinados volúmenes de obras valiosas y difíciles de adquirir. Con estas medidas, en pocas semanas, el fondo bibliográfico quedó reducido a unos quince mil libros, los cuales fueron apresuradamente almacenados en salas de clases, habilitadas al efecto. ¡Cuán fácil resultó destruir lo que había sido trabajosamente atesorado durante más de un siglo!

Por eso, muy justos resultan los juicios emitidos por el cultísimo humanista que años más tarde (a partir de mediados de la década del treinta) asumiría la dirección de la Biblioteca: don Ernesto Boero Lillo, uno de los maestros más insignes del Instituto Nacional y el fundador del celebrado Boletín que editó entre los años 1936 hasta su desaparición. Boero enjuició así en una publicación de 1963 este acto de barbarie: "Nunca se había visto en la historia del mundo, que una rica biblioteca, inalienable tesoro cultural de la Humanidad, haya sido aventada, en tiempos de paz, por orden de gobernantes del mismo país a quien ese tesoro pertenece, gobernantes que, como tales, son sólo administradores y no dueños de los bienes, que son del país" (Ref. Ernesto Boero Lillo, Crónicas de Siglo y Medio del Instituto Nacional de Chile. Ediciones Boletín del Instituto Nacional. Santiago de Chile, 1963).

Este triste episodio ocurrió durante el receso de las vacaciones de verano de 1929. De tal manera que al reiniciar nuestras actividades y clases en marzo de 1929, ya se habían comenzado los trabajos de demolición y, lo que es más grave, se había dispersado el acervo bibliográfico. A quienes acostumbrábamos a destinar todo nuestro tiempo libre a leer en dicha biblioteca —y Mario Carrasco entre ellos— su demolición nos causó profundo desagrado. Pero el régimen dictatorial imperante, suprimidas las garantías constitucionales, nos privó de la realización de las justas manifestaciones públicas de protesta. Y así, día a día, durante tres o cuatro meses al transitar por la calle Arturo Prat, contemplábamos con desaliento el avance implacable de las picotas demoledoras. Recuerdo varias discusiones y ardientes disputas en los pasillos del Instituto, en las cuales, varios de los alumnos de la época, desahogaban su rebeldía y protesta juvenil. Mario Carrasco no fue ajeno a ellas.

Una comisión de alumnos de los cursos superiores acudió hasta el despacho del Rector Vergara para expresar su protesta. Fueron pacientemente escuchados por éste, quien los puso en antecedentes de la orden verbal impartida por el Ministro Pablo Ramírez. Aun más. Este exigió su acatamiento inmediato. De nada valieron los argumentos del Rector y de las otras autoridades que lo acompañaron. Estábamos en plena dictadura y no se podía apelar a otra instancia. El Rector Vergara nos aconsejó enfrentar el hecho con calma y serenidad, sin promover desórdenes ni crearle nuevas dificultades al Instituto. No dejó de dolernos esa pasividad a que nos veíamos condenados, aunque prosiguieron en patios y pasillos las más ardientes discusiones.

Como sucede en estas circunstancias, poco a poco se fueron aquietando los ánimos, aunque subsistió nuestro pesar. Nuestro profesor-jefe Horacio Aravena, en sus coloquios informales de los miércoles por la tarde abordó el asunto y compartió nuestra justa indignación. Otros profesores de nuestro curso también aludieron en sus clases al tema, recordando, por ejemplo, el incendio y destrucción de la biblioteca de Alejandría, en el siglo vii d.C. y sus nefastas consecuencias para el progreso artístico y científico de la época. Tan torpe decisión no podía quedar en el olvido y sin una sanción moral. En julio de 1931, un movimiento de los estudiantes universitarios, apoyado por la opinión pública, producía la caída del régimen dictatorial. En dicho movimiento participamos muchos de los ex condiscípulos del Instituto Nacional, ahora ya incorporados a la Universidad. Entre ellos, Mario Carrasco. Años más tarde, tuve ocasión de imponerme del mal cerebral que por esa época aquejaba al señor Pablo Ramírez. Resultaba paradójico que al recuperarse de su enfermedad, el ex ministro no recordaba haber ordenado la destrucción de la biblioteca del Instituto.

Con posterioridad, muchas veces he pensado que nuestra promoción quedó emo-

cionalmente marcada por este episodio vituperable. Talvez en ello debiéramos buscar la raíz y sustrato del noble gesto de Mario Carrasco Barrios, que hoy sus compañeros del v Año F de 1929, nos complacemos en materializar en su nombre y en representación de su esposa, al hacer entrega de los 306 libros de su biblioteca particular, entre los cuales figuran dos de sus obras de creación literaria: "Voces" y "Del Amor y otras cosas...".

Esta donación postmortem hecha por nuestro inolvidable amigo, traduce su amor por el Instituto Nacional y su recuerdo de esta dolorosa vivencia que tanto lo emocionó en 1929.

En 1931, recién egresado del Instituto, el Rector don Ulises Vergara me invitó a servir como asistente del bibliotecario, a la sazón el culto profesor don Francisco Sérsel. Mi tarea, durante un año, fue rehacer el catálogo de los libros rescatados de la destrucción y, a la vez, tratar de recuperar algunos de los volúmenes repartidos a particulares, mediante tarjetas del ex ministro. Así pude verificar los vacíos en ciertas colecciones de publicaciones periódicas y obras seriadas, muy difíciles de conseguir en las librerías nacionales o del exterior. Recuerdo que algunos compañeros que conocían mi ocupación, venían a visitarme a la biblioteca. Varios de ellos, lamentablemente, ya se han alejado definitivamente de entre nosotros. Entre ellos recuerdo vivamente a Mario Carrasco, entonces alumno de la vecina Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. Todos ellos pudieron así imponerse de la gravedad del despojo y destrucción de la biblioteca de nuestro querido Instituto.

Mario Carrasco inició en 1931 los estudios de leyes y los terminó en 1936, titulándose de abogado. Su memoria de prueba versó sobre "Problemas de la Delincuencia Infantil". Una vez titulado viajó a Europa, recorrió Francia, Bélgica y España. Durante cinco años prosiguió sus estudios de postgrado en la Universidad de La Sorbonne, en París, y obtuvo el grado de doctor en Ciencias Jurídicas, en 1942, mediante la presentación de una tesis en la Facultad de Letras de la Universidad de París, titulada "Théories sur les causes de la criminalité infantile et juvénil. Étude Critique". Antes, en 1936, se había diplomado en el Instituto de Criminología de esa Universidad, con una tesis titulada "La condition de la femme au Chili".

Fruto de esa estada, fue la asimilación de la cultura milenaria de Francia y el dominio perfecto del idioma francés. Por esos mismos años su inquietud social lo llevó a España, para conocer de cerca los dramas de la guerra civil, ocurrida entre los años 1936 y 1939, que desangró tan intensamente a la Madre Patria. También a Mario le tocó vivir de cerca el drama de la ocupación de París por las tropas alemanas, en el verano de 1940.

En un coloquio de amigos, nos relató el desfile organizado por el ejército alemán por las mismas calles y plazas que habían sido testigos de las glorias napoleónicas; la plaza de la Concordia, la avenida de los Campos Elíseos, el arco de L'Etoile, entre otros. Los parisienses se recluyeron en sus casas, con las ventanas cerradas. El silencio era la expresión de su dolor. Ningún francés salió a la calle. Sólo algunos extranjeros; nuestro recordado compañero y amigo quiso ser testigo de este espectáculo histórico y salió a verlo; pero, antes que terminara el desfile militar, corrió a encerrarse en su casa, compartiendo así, el dolor del pueblo francés.

En 1941 contrajo matrimonio en París con quien había de ser su digna esposa, doña Fernanda Orvieto, asistente social que por esos años seguía cursos de especialización en reeducación de niños anormales y delincuentes, asunto que le preocupaba tanto

como a Mario Carrasco.

De regreso en Chile, en 1944, Mario fue designado Juez del Segundo Juzgado de Menores de Santiago y, más tarde, en 1962, ganó el concurso para ocupar el cargo de Director de la Escuela de Prisiones. Satisfizo, con ello, su vocación de educador, empeñado en la rehabilitación de los delincuentes, aplicando en ese empeño los más humanitarios y educativos principios y métodos para conseguir su readaptación social.

Pero, al lado de este espíritu de educador, sentía una profunda vocación poética y le atraía el cultivo de las letras. Escribió inspirados poemas, algunos de los cuales fueron impresos en dos libros. Uno de ellos, titulado "Del Amor y otras cosas..." fue laureado con la medalla de oro en la Semana del Arte de los abogados, celebrada en 1959.

Fue miembro del "Centro de ex alumnos del v Año F de 1929", concurriendo a muchos de nuestros periódicos encuentros. En 1949 fue designado para saludar a los alumnos de la promoción de ese año. Conservo el texto de su alocución y, de ella, extractaré algunos párrafos que traducen sus virtudes espirituales y sus dotes literarias:

"Alumnos del 5º año F de 1949: vosotros y nosotros somos imágenes de ese fluyente caudal que es la vida de Chile; en ese río inmenso que va hacia los destinos de nuestra tierra. Vosotros sois la fuente y la alborada; nosotros simbolizamos el mediodía. Mañana seremos lo que fue o lo que pudo ser y otros hombres serán la vida y lo que podría ser. Muchos de los de 1929 ya han talvez perdido la fe y la aptitud de soñar. La vida es dura, terriblemente dura e implacable. Otros están enhiestos, firmes como peñascos de montaña, creando en uno u otro dominio. Otros, continúan preparándose, esperan y sueñan...

"Cuánto acontecer desde ese lejano 1929; cuánto esfuerzo inútil; cuánta esperanza frustrada; cuántas vacilaciones y dudas; cuántos caminos se angostan o desaparecen. Y siempre, asiéndonos desesperados a la brizna de fe y de ensoñación. Y también, ¡cuántos instantes de goce, de sentimiento nítido de progreso, de superación espiritual!

"Y hoy, muchachos de 1949, si fuera permitido a los de 1929 deciros un mensaje, éste sería: pese a todo, pese a las decepciones y a las amarguras, un mensaje de fe y de esperanza. Quisiéramos gritaros: soñad, juventud, que vuestro corazón ría y sufra a la emoción de la gran aventura del ideal. Creed, ahora, en el hombre; creed ahora en el destino del hombre, de nuestra tierra y del mundo. Y sentid, en vuestras almas, el anhelo imperioso de aportar a su realización lo mejor de vuestra savia y de vuestra decisión.

"No olvidéis que los jóvenes son jóvenes porque son capaces de fe y de ensueño y que quien ha sido capaz de experimentar hondamente estos sentimientos, por mucho que el destino lo amarre o lo atenace cruelmente, aun cuando sienta dolor de mediocridad en su existencia, siempre, en el fondo, alborarán luminosos soles de juventud, que le impedirán ser realmente mediocre o perverso. El joven sin la aptitud de la fe y sin la voluntad de crear y de dar, es un pseudojoven; es un viejo auténtico y un joven sólo en apariencias".

Con justa razón su distinguida hermana y escritora ilustre, doña Margarita Carrasco Barrios (Carmen de Alonso, su pseudónimo literario), recuerda su extraordinario "espíritu de solidaridad, su mente grande en la creación, su poder de justicia, de verdad, su alegría de dar".

Dentro de sus afanes y atareada existencia, siempre estuvo dispuesto a dar, a entregarse a los demás y a soñar. Tan pronto como en nuestro Centro se conversó

sobre el ciclo de charlas que daríamos a los alumnos del Instituto Nacional, en 1983, Mario Carrasco, espontáneamente, ofreció una acerca de la creación literaria. El destino no quiso darle la oportunidad de cumplir con esta muestra de servicio, pues una enfermedad implacable lo atenaceó hasta destruirlo. Murió en paz consigo mismo y con el mundo el 26 de junio de 1984.

Hoy renace en espíritu al entregar a la Biblioteca del Instituto Nacional un conjunto selecto de las obras que alimentaron su espíritu y su vastísima cultura. Su recuerdo perdurará en cada uno de los lectores que se asome a esos libros, así como permanece vivo entre todos sus compañeros y amigos. En forma especial entre los que integramos el grupo quijotesco del Centro de Alumnos del v Año F 1929, fundado por iniciativa de nuestro inolvidable maestro Profesor don Horacio Aravena y mantenido por ese fervor por las grandes causas que supo inspirarnos.

He querido cerrar estos recuerdos con algunos rasgos de la vida de don Horacio Aravena. Su palabra amistosa, su compañía, su afecto y comprensión nos acompañó desde 1929 hasta el día de su alejamiento definitivo de entre nosotros: el 25 de febrero de 1976.

Si tenemos presente sus dotes intelectuales, morales y culturales, no es de extrañar que años más tarde, en 1945, don Horacio Aravena obtuviera, por concurso, la cátedra universitaria de Química en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Chile. A continuación, sirvió, entre 1950 y 1957, como Secretario de dicha Facultad y, poco después, como profesor de la Universidad Técnica del Estado (designada a partir de 1980 como Universidad de Santiago de Chile). En 1959 fue elegido Rector de dicha Universidad, posición que desempeñó con dignidad hasta abril de 1968, en que se acogió a retiro. Aquí —como en sus anteriores funciones— su labor magistral fue de enorme provecho y beneficio educacional. Todavía se le recuerda como uno de los más eminentes educadores chilenos. Así lo acaba de expresar el profesor don Mario Meza Flores, quien ha escrito sobre él algunas remembranzas: "Solía decir que formar parte de la Universidad implica deberes, derechos y honores. Para cumplir con el deber universitario, es preciso tener conciencia universitaria, mente universitaria y aportar al ambiente universitario" (Ref. Rev. Occidente, Año xl. Nº 308, pág. 15 septiembre-octubre, 1984).

Igual jerarquía universitaria demostró entre los años 1936 a 1940, en que se desempeñó en Venezuela, contratado para servir de miembro de la comisión organizadora del Instituto Pedagógico de ese país. Lo mismo ocurrió en las diversas escuelas en que impartió sus enseñanzas, con singular acierto y con el aprecio, estimación y respeto de quienes tuvieron la fortuna de ser sus alumnos.

Por lo anterior nos ha parecido de justicia asociar el recuerdo de Mario Carrasco Barrios, un gran discípulo, al de su eminente y por muchos títulos, inolvidable maestro, don Horacio Aravena Andaur.

Ambos perdurarán unidos en nuestra memoria.



Andrés Sabella Gálvez

# ANDRES SABELLA GALVEZ (1912)

Andrés Sabella es una de las voces líricas más importantes del Norte Grande, título de una de sus obras y que dio origen a la actual denominación de esa zona geográfica.

Hijo de un joyero palestino y de una madre copiapina, es hoy un escritor polifacético, dueño de una vastísima producción artística que abarca prácticamente todos los géneros literarios: poesía, cuento, novela, ensayo, teatro. Es además periodista, dibujante, charlista ameno e impulsor de cuanta actividad cultural se realiza en Antofagasta, ciudad en la que nació el 13 de diciembre de 1912, y donde reside actualmente.

Allí estudió las humanidades en el Liceo Fiscal y en el Colegio San Luis. Después viaja a Santiago para seguir Derecho en la Universidad de Chile. En la capital alternó las ocupaciones estudiantiles con la vida literaria. Fue un eterno alumno de leyes. El poeta confesó más de una vez que no tenía prisa en recibirse de abogado, porque su padre le había dicho que cuando esto sucediera, se "moriría de gusto". Y naturalmente no quería que su padre se muriera.

Se dice que sus exámenes eran notables, porque las respuestas contenían citas de Rimbaud y Lautrémont y hacían la defensa del mito como elemento de prueba jurídico.

Mientras estudia derecho, pausadamente, sirve la ayudantía de dos cátedras: "Derecho del Trabajo" y "Filosofía del Derecho".

Frecuenté su compañía a comienzos de la década del 50, cuando numerosos poetas hacían de la Fuente de Soda "Iris" el centro de la bohemia literaria.

Andrés Sabella me sugirió el título de mi primer libro "La Noria" e ilustró la portada y algunas de sus páginas.

Bajo, de apariencia abacial, bondadoso y exuberante, Andrés es un escritor con alma de niño. Sus manos todo lo transmutan en poesía y amistad. Charlador infatigable, la conversación fluye de sus labios espontánea y vital. Sus poemas, de caprichosa forma, nos señalan a un hombre de honda raíz imaginista, con absoluto dominio del oficio y magia poéticos.

A los 17 años publica Rumbo Indeciso (1930); en 1934, estrena su obra teatral La Mugre. Luego se suceden ininterrumpidamente: Biografía de la Llaga, 1935; Gómez Rojas, realidad y símbolo, 1937; Popularización de Gómez Rojas, 1939; La sangre y sus estatuas, 1940; Crónica mínima de una gran poesía, 1941; Vecindario de palomas, 1941; La Estrella Soviética, 1942; Los viajeros opuestos, 1943; Norte Grande (novela), 1944; Chile, fértil provincia (lecturas para niños), 1945; Sobre la Biblia un pan duro (cuentos), 1946; Martín Gala (poesía), 1952; El caballo en mi mano (poesía), 1953; El Mar de Chile (ensayo), 1953; Pueblo del Salar Grande

(poesía), 1954; La estrella del hombre (cuentos), 1954; Semblanzas del Norte Chileno, 1955; Poemas de la ciudad donde el sol canta, 1963; Canciones para que el mar juegue con nosotros (poesía), 1964; Hombre de cuatro rumbos (antología del Norte Grande), 1966; Altacopa (poesía), 1970; Un niño más el mar (poesía), 1972; Juan Marín y la nueva generación (ensayo), 1973; Tú no tienes fin (poesía), 1981; Cetro de Bufón (poesía), 1984; A las puertas del alba (poesía), 1987.

Sabella es un divulgador de los poetas chilenos. Ya en su adolescencia dirigió "Carcaj" (hoja de poesía). Más tarde siguió "Antof", en 1930. La fundación de la revista "Hacia" en 1933 constituye un caso singular, ya que ha sobrepasado los cien números, lo que significa una de las publicaciones más perdurables en la literatura chilena. En su época de estudiante universitario colaboró en "Nuestra Juventud", y "Barbusse". También dirigió "Síntesis" (órgano oficial de la antigua Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile).

Andrés Sabella fue uno de los más activos colaboradores de Benedicto Chuaqui en el Círculo de Amigos de la Cultura Arabe.

El autor de "Norte Grande" y Mario Ferrero realizaron numerosas actividades culturales en Santiago. Ellos habían advertido que los "canutos" tenían bastante audiencia en las calles y plazas públicas. Un día les propusieron una especie de sociedad; es decir, hablarían alternadamente. Una vez los

"canutos" y otra, los dos poetas.

"En efecto —dice Ferrero— el domingo siguiente, a las tres de la tarde, ya estábamos trabajando juntos en la Plaza de los Moteros, al otro lado del río Mapocho. Terminaban los canutos en su esquina y Andrés se subía a una piedra, que había debajo de un canelo, y leía un poema de Gabriela Mistral o de Pezoa Véliz. De nuevo otra prédica y me subía yo y hablaba de Baldomero Lillo y sus cuentos mineros. La cosa iba de lo más bien, hasta el día en que a Andrés, en la esquina de Franklin con San Diego, se le ocurrió la malhadada idea de hacerle un homenaje al vino, en los versos de Baudelaire. Los canutos creyeron que se trataba de una burla a sus principios y sin decir agua va, nos agarraron a guitarrazo limpio" 15.

Mientras tanto Sabella vive la bohemia en plenitud. Las calles Bandera, San Pablo, etcétera, constituían el escenario de sus veladas nocturnas, sobre todo Bandera, cuando esa céntrica calle era el núcleo de la noche santiaguina. "Todas las reuniones, manifiestos, planes, etc.—dice Ferrero—, los realizábamos en *La Antoñana*, un restaurante bailable de la calle Bandera, del que Sabella era una especie de cliente honorario. Allí hicimos así completa nuestra campaña de la paz y obtuvimos no menos de quinientas firmas para el famoso llamado de Estocolmo. Los adherentes eran muy extraños: músicos de mala fama, comerciantes ambulantes, niñas mustias, profesores amargos y destar-

<sup>&</sup>lt;sup>15</sup>Campana, Lorenzo (seudónimo de Mario Ferrero): "La Nación", 1 de VIII-1965.

talados y, muy de vez en cuando, un personaje auténtico que solía caer atrapado en la llama de la noche.

Allí también se estrenaron los grandes éxitos musicales de Sabella, porque nadie sabe que Andrés, además de escritor, dibujante, pintor, actor y conferenciante, escribía canciones, especialmente boleros románticos que el Guatón Zamora estrenaba, en las noches de gala, frente a su orquesta de La Antoñana.

Los boliches de la calle Bandera eran frecuentados, en ese tiempo, por gente pintoresca y abigarrada. Dipsómanos sin remedio, artistas, charlatanes, maromeros. Entre ellos, el Mono Flores, que había sido compañero de Andrés en la Escuela de Derecho, y cuya irresistible afición a la bebida lo había hecho caer en la condición más abyecta. El Mono cuidaba automóviles frente al Zeppelín y en sus ratos de ocio, que eran los más, oficiaba de lustrabotas. En cuanto nos veía llegar a La Antoñana se iba a nuestra mesa y colocaba sus horribles garras, porque no eran manos, en la forma más ostentosa posible. Eran masas de alquitrán de carbón coke, que habían resistido miles de lustradas sin que jamás, ni por broma, se le hubiese ocurrido lavárselas.

Una noche llegó allí Carlos Sander, en compañía de una poetisa muy buena moza. Y naturalmente reclamó de nuestra amistad con el Mono y del espectáculo macabro que daban sus manos. Andrés, muy a su pesar, habló con Flores y le pidió que no se sentara más a nuestra mesa, porque había recibido serios reclamos. El Mono se fue triste, pero a la noche siguiente regresó con unos espectaculares guantes patos que le llegaban hasta el codo. Y siguió lustrando con guantes hasta que murió. No todo era juerga naturalmente —continúa Ferrero— Paz y poesía era la consigna sabelleana, consigna que después recorrió el país en tarjetas de saludo, dibujadas a mano, o cruzó las fronteras en las cajas de fósforos ilustradas, con que Andrés obsequiaba a sus amigos que partían hacia los cuatro puntos cardinales"<sup>16</sup>.

Habría que recordar que siendo Andrés descendiente de palestino, la tierra bíblica está presente, de alguna manera, en muchos de sus libros, por ejemplo en la dedicatoria a su padre en "Norte Grande" y en "La Paloma de Cemento". En la segunda parte de este último libro, hay una sección que se intitula "Cielos de Belén", cuyos poemas tienen como fondo la Tierra Santa, puesto que se refieren a Jesús.

Las fuentes literarias de Sabella son universales. Admira a Villon, Baudelaire, Corbiére, Quevedo, Rubén Darío, Antonio y Manuel Machado, Herrera y Reissig, Eguren, Vallejo, Neruda, la Condesa de Noailles y Gabriela Mistral,

entre otros escritores.

La palabra es para Andrés "La vida". "Por la palabra existo y soy hombre en servicio de amor y paz". En otra parte dice: "La poesía es el traje de domingo de las palabras", lo que refleja la alta estima y dignidad con que concibe el

<sup>16</sup> Ibidem

oficio poético. De ahí la constante preocupación por la imagen y la metáfora. Sabella exhibe varias facetas en su poesía: una, que revela su origen árabe y que se caracteriza por cierta opulencia verbal, una imaginación desbordante y suave melancolía, y otra, nortina, fuerte y combativa.

Sabella recuerda a su progenitor, con admiración y nostalgia: "Tenía mi padre una vista panorámica de Jerusalén. La contemplaba, cada mañana, como si recogiese de allí las energías suficientes para sus labores. Frecuentemente, me conducía ante la vasta fotografía para indicarme, por sus cúpulas, las iglesias sobresalientes de la viejísima ciudad y para recordarme que por esas calles anduvo jugando su infancia: —Hijo —me decía— tú eres, un poco, de allá, advirtiéndome con estas palabras una responsabilidad de sangre: la de guardar a Jerusalén en el corazón".

Sus rasgos nortinos son también evidentes. Andrés Sabella "nortiniza", así como yo "ensurezco" expresa Pablo Neruda. Este llamaba afectuosamente a Sabella, "Andrefagasta". Su amor por el mar y Antofagasta son indiscutibles; "Sería feliz si viviera en un viejo cascarón a orillas del mar, con un puente que me llevara y me trajera a tierra. Un barco donde yo pudiera escribir todo lo que deseo y que día a día descubro en una rosa, en un poema de Baudelaire, en la mirada de un niño, en la calle, en los cerros, en la tierra, en mis gaviotas de Antofagasta".

En otra página afirma: "Soy el pirata más feliz cuando puedo abrazar al mar, en la costa de Iquique, Antofagasta, Tocopilla, Taltal...".

Una de sus obras más significativas es "Hombre de cuatro rumbos", textos que comprenden poemas y prosas de 1942 a 1972, en la segunda edición de Nascimento, Santiago, 1978.

En dicho volumen, el autor recoge, con fidelidad y añoranza, a la vez, los espacios perdidos: el mundo de los pioneros que amasaron grandes fortunas, la explotación del mineral, las viejas leyendas salitreras, el carácter fantasmal del desierto de Atacama, etcétera. También recuerda, con admiración, a los viejos líderes obreros, las luchas por alcanzar sitiales más dignos de libertad y de justicia.

Tal vez uno de los poemas más notables de "Hombre de cuatro rumbos" sea "Elegía por unas botas mineras".

No sé cuándo las vi, ni en qué sombras de la casa.

Venían, tal vez, conmigo, caminando desde el tiempo Olían a polvo de cien años, a sudor, a viejos soles. Yo las temía.

Pensaba
que, súbitamente,
avanzaría una canilla
para llenarla con su frío:
y luego,
la carne
y las hambres de camino.

¿Cuál era su historia de riscos y arenales? ¿Corrieron alicantos con mi abuelo?

Acaso, de noche, trajinasen los recuerdos, vagaron por el pueblo clavado a las estrellas.

Aún tiemblo, recordando su color de mieles muertas, su estar de cántaros para guardar la sombra.

Un día lentamente, escaparon solas, como si la nostalgia las calzara. (p. 93).

Las Botas alcanzan la categoría de símbolo existencial. La vida que camina entre lunas y soles de los tiempos. Así aparece de pronto con la imposibilidad de retener fechas o nombres: "No sé cuándo las vi/ni en qué sombras/de la casa". Reflejan la condición humana: la de ser transeúntes. Ellas vienen con nosotros desde siempre, atraviesan caminos inabarcables: "polvo de cien años" y revelan esfuerzo y sufrimiento: "sudor", pero también encierran la calidez de las cosas amadas "viejos soles".

Calzan las inquietudes del ser humano, sus imperiosas necesidades cotidianas: el frío, la sed, el hambre del camino. Su andar es lento y fatigoso, en su

trepar por riscos y arenales.

Ellas representan la historia de todos los mortales que recorren la noche y la

soledad. El hombre, habitante de sueños y cielos desconocidos, intenta alcanzar las estrellas en un vuelo fantástico. Por eso, pese a la precariedad del mundo y de las cosas, el hablante se regocija recordando el pasado esplendoroso, los ideales juveniles, el sabor de cántaros frescos y mieles delirantes.

La sombra, símbolo de protección, en el poema, produce un íntimo estremecimiento en el poeta, cuando evoca los días gozosos "de su estar de cántaros/para guardar la sombra"; es decir, el pasado feliz, la plenitud existencial.

Pero siempre llega un día —situación insoslayable de la naturaleza humana— en que la vida se escapa, los sueños huyen hacia la nada o el olvido, y las alegrías y esperanzas se alejan en busca de otros horizontes: "Un día,/lentamente/escaparon solas/como si la nostalgia las calzara".

El autor emplea, con frecuencia, la personificación, precisamente para revivir otros tiempos, otros lugares, ya casi olvidados. Sin duda este antiguo recurso contribuye a dar vida a los elementos vinculados con el ayer.

Todos los procedimientos estilísticos: aliteraciones, hipérbatos, reiteraciones, elipsis, encabalgamientos, sinestesias, epítetos, etcétera, conforman una atmósfera poética de ritmo ágil. Dicho ritmo leve da la sensación de un viaje inmemorial. De ahí la presencia de las metáforas y demás figuras que indican temporalidad: "viejos soles", "polvo de cien años", "Historia de riscos y arenales", que confieren un tono de nostalgia y de vaguedad, insinuando espacios inasibles e imprecisos como la vida misma.

En "Hombre de cuatro rumbos" existen numerosos elementos reales: geográficos, botánicos, históricos, ambientales y otros referentes a ciudades, pueblos y villorrios, que reafirman la preocupación por el norte chileno.

El ciclo de poesía infantil de Sabella abarca obras como: "Martín Gala", "Caballo en mi mano", "Canciones para que el mar juegue con nosotros" y "Un niño más el mar".

En "Canciones para que el mar juegue con nosotros", el mar y los demás elementos de la naturaleza adquieren un aire lúdico y amable.

El poeta se siente conmovido por el espectáculo del mundo y el canto nace suave, pleno de lirismo, incontenible y vital.

Con naturalidad, casi al azar, cobran nuevo sentido: palomas, nubes, campanas, notarios, canguros, juglares, duendes, castillos, sirenas, el viento...

Lamento a lamento
la veleta oficia
tan grave noticia:
se ha perdido el viento.
("Tercera fábula boba", p. 29).

El verso corto, diáfano y ágil, despierta hondas resonancias en el alma infantil. Por algo Gabriela Mistral, en una carta a Sabella, le expresaba: "Leí y celebré en muchas partes sus poemas de niños, agradeciéndole a cada paso el que se

haya acordado de ellos y el que no trabaje solamente para los grandes. Y le he agradecido haber puesto una infinidad de poesía de metáforas y de amor palpable en un libro pequeño y generoso a la vez".

Sus poemas para niños interesan también a los adultos porque poseen

magia, ingenio y una inmensa ternura.

Flecha viva,
la gacela,
fugitiva,
se desvela.
Salta días
sin orillas,
lejanías amarillas.
("Corranda de la Gacela", p. 21).

La preocupación social se manifiesta en forma clara y sostenida en la obra sabelliana. En "A las puertas del alba", se le ve conjugando, auténticamente, su conocido lema "Paz y Poesía". Denuncia la explotación del hombre, la tortura y la injusticia. En "El Cristo de los Mendrugos" y "Soneto Oscuro" hay tanto dolor aprisionado, tanto verso llagado por la muerte. Sin embargo, más allá de la áspera furia, de la guerra, del odio, el hablante divisa un ardoroso horizonte de paz y de esperanza.

Aquí, del hombre hicieron un escombro. Colmena serás tú, sitial del canto, el nido de la próxima ternura.

Otra de las facetas de su obra lírica es aquella que tiene un sentido metafísico y existencial. El poeta es un altivo caminante de nubes y desiertos, hermano de la pampa y del cielo que se deshace en máscaras. El corazón del hablante siente que los días resquebrajan los espejos y la muerte nos saluda en cada madrugada. Por eso exclama, con profundidad y belleza:

El tren brama Es el tren que no veré jamás y de cuyas ventanas me saludan los muertos de esa madrugada.

Andrés Sabella es al mismo tiempo un excelente prosista. Su obra *Norte Grande* (subtitulada: novela del salitre) constituye la primera gran novela de la pampa salitrera. El autor ha dicho al respecto: "En *Norte Grande* he querido resolver una forma nueva de novela, violando todos los límites y entroncándola al

poema, al ensayo, a la historia y al símbolo, sin otra unidad que la cronológica".

No cabe duda de que tiene mucho de prosa lírica, pero también de epopeya. Contiene elementos de historia y de tragedia. Advertimos en el transcurso de la narración, personajes que nacen y desaparecen. Todos, sin embargo, conforman una vida humana, una imagen total, un protagonista que es la actividad de hombres y mujeres en el escenario baldío de la pampa. En ella vemos el nacimiento de las ideas sociales, las luchas de los obreros, huelgas, masacres y bajezas, y, al mismo tiempo, aparecen espíritus dignos que fueron la simiente del porvenir de esa región.

El narrador nos habla del pimiento, el árbol noble y generoso, fiel compañero del hombre. Nos descubre la vida del cateador, del pampino en la Guerra del Pacífico. Por eso se dice que "Norte Grande" es historia y novela, documento y poesía a la vez. Es, como alguien la definiera, la maravilla desolada del desierto con jirones de luchas y hechos vitales.

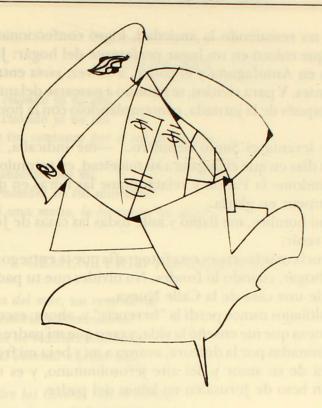
Vicente Mengod dice sobre "Norte Grande": "Estamos frente a un personaje colectivo, nebuloso; en consecuencia *Norte Grande*, por su contenido humano, por su clima social, es una obra que enlaza sus nervios con el realismo combativo. En su estilo se dan, acordes, la visión concreta y el arabesco poético".

Como cuentista, Andrés Sabella, posee, entre otras narraciones, un libro imaginativo, poético, original, titulado "Sobre la Biblia, un Pan Duro", donde "toma de la vida hechos amargos, dramáticos cuadros, que no dejan de existir a pesar de los años, y de la evolución económica y político-social. El *Cielo Colorado* presenta la existencia triste y el desamparo en que se encuentra una parte de nuestro pueblo. Y como contraste señala la opulencia y la felicidad de otros" 17.

Su labor en el periodismo chileno ha sido fructífera e imponderable. Durante más de medio siglo ha escrito en diarios y revistas del país, y a veces, del extranjero. En la actualidad escribe interesantes crónicas en "Las Ultimas Noticias" y en "La Estrella" de Antofagasta. Sus artículos enfocan los temas más diversos del acontecer humano, en un estilo dinámico y sugerente, no exento de poesía y de fino humor.

Andrés Sabella, doctor honoris causa de la Universidad del Norte, ha sido candidato al Premio Nacional de Literatura en reiteradas oportunidades. Hombre extraordinario para quien la verdadera miseria consiste en no tener un verso en los bolsillos, es hoy día la más grande figura literaria del norte chileno.

<sup>&</sup>lt;sup>17</sup>Santana, Francisco: La nueva generación de prosistas chilenos. Ed. Nascimento, Santiago, 1949 (p.30).



### INFANCIA DE PAPA

Lo invitaban
las campanas
a jugar con ellas:
vestido de pájaro,
cruzaba el cielo de Jerusalén,
besaba la mejilla de sus amiguitas
y, confundido en un rebaño de sones,
seguía hacia la nubes.

(Inédito, del libro "La luna redonda").

# LA HERENCIA (especial para este libro)

Jerusalén estuvo, desde la infancia, en mi ternura, ternura de hijo lejano que lo sentía —y siente—, como una caricia. Dificultosamente, debí pronunciar *Jerusalén*, entonces, mientras el padre me sonreía y comenzaba a contarme, piedra a piedra, torre a torre, la ciudad de su sangre. Entré a la vida protegido por la sombra de sus calles, donde la sombra pura y ensangrentada de Jesús se extendía, como su fortuna.

El padre, de ojos velados por la nostalgia, necesitaba ver la Jerusalén de su

juventud y, no resistiendo la ansiedad, logró confeccionar una larga vista fotográfica que colocó en un lugar preferente del hogar: Jerusalén, de este modo, estaba en Antofagasta y el padre, a su vez, vivía entre los olivos y los amigos distantes. Y para vivirlos, se habituó a pasearse delante del cuadro, por las tardes, después de la jornada, contemplándolo con la honda mirada de los recuerdos:

—Allá, se levanta el Santo Sepulcro... —me indicaba, aproximando su corazón a los días en que él llegaba a su majestad, en trémulo paso de oración. El iba señalándome la Pasión y relatándome las horas en que las campanas parecían competir en gloria.

Cuando fui hombre, me llamó y ante todas las casas de Jerusalén, habló a

mi vida por venir:

—Mi herencia más fuerte es esta fotografía que te entrego: debes cuidarla y llevarla a tu hogar, cuando lo fundes. No olvides que tu padre se encuentra, ahí, dentro de una casa de la Calle Nueva...

Y en mis altibajos nunca perdí la "herencia" y, ahora, escribiendo la observo, con la terneza que me enseñó la vida, y creo que mi padre sale de alguna de las calles, iluminadas por la dulzura, avanza a mí y besa mi frente, y el beso me trae la tibieza de su amor y del aire jerosolimitano, y es un beso fuerte y profundo: un beso de Jerusalén en labios del padre.

## AUTORRETRATO DE ESTOS AÑOS

¡Qué solo voy quedando en esta guerra, apenas con la sombra de otra gente! Yo soy un desolado combatiente, un viejo centinela de la Tierra.

Tanto muerto a mi lado no me aterra, no me aterra pelear con diez o veinte. Me aterra el desamparo de esta frente, la llaga del hermano que no cierra. (De "A las puertas del alba")

### **BUFA EL BUFON**

Si mi pueblo se amustia en los rigores de esta vida llagada por el hambre, yo saldré con mi pueblo hacia el combate: ¿dónde está el pan, la rosa de los pobres, la libertad de pie en el horizonte? (De "A las puertas del alba").

#### A UNA CASA

Tú estabas cuando yo no era.

Tú estarás cuando yo no sea.

Pregunto a tus ventanas por el sol de los que murieron

Otros preguntarán por mí.

Escribo mi nombre en tus murallas:
¿lo borrará una mano, lo borrarán los días?

### CEMENTERIO ABANDONADO

Casi encima del mar, un cementerio de roída memoria y desmemoria: es un puerto de mástiles siniestros donde la cal inventa nuevas olas.

Camino entre las tumbas con el viento, ¡a dos trancos de mí ríe la costa! Si raspara la angustia de estos huesos, encontraría al mar, de sombra a sombra.

### LA SILLA

En esta silla donde el tiempo sueña soñó mi padre su timón de abejas. Hoy sueño con el sol entre las cejas: mi frente es una cítara pequeña.

# A CARLOS PEZOA VELIZ

Te escribo, Carlos, tras la paletada; todos se fueron ya, quedé en mi ruina. La soledad se abraza a la neblina. Ahora empieza de verdad la nada.

Viviendo oscuramente la jornada, gané sólo esta muerte peregrina, pobre diablo de albergue y de cantina, con espanto de sombra en la mirada. Tanto helor de amargura y de cadena, incierto el pecho, pero no la pena. Pronto la tierra me dará su nombre.

Yo quiero, Carlos, que la vida siga en el rostro sereno de la espiga, sentado el sol entero junto al hombre.

## EL PASTORCILLO Y LA ESTRELLA De Célula Cristo, 1972

La noche se mostraba serena en la majestad de sus estrellas. Las sombras, agazapadas en sí, no parecían moverse. Ni siquiera un silbo rompía el aire. El áspid dormía. Y dormían los animales de hocico feroz. Unicamente, los buenos animales de la ternura dormitaban, como si aguardaran una orden para acudir a donde les llamasen.

Un pastor infortunado, tendido en la hierba húmeda, contemplaba el cielo. El enjambre estelar destellaba, poderosamente, como si la luz del universo palpitase, allá, exaltada y anhelante.

Suspiró el muchacho. El suspiro voló de la soledad al misterio.

¿Qué maravillosa historia cruzaría por el mundo, que las cosas se engalanaban? ¿Qué aventura fascinadora viviría el hombre, que los árboles sonreían en sus verdores, que los pájaros revoloteaban en embriaguez y las olas del mar se emblanquecían, mágicamente, encegueciendo el viento?

El viento, a su vez, era distinto al de otras noches. Si es verdad que se le oía saltar, violentamente, de una montaña a un valle, ahora su fuerza no era agresiva, porque era la fuerza del que, ansiosamente, espera abrazarse con alguien, hasta fundirse y tornarse tiempo de amor, en este abrazo.

Para el pastor sin ovejas que yacía, espiando el vals de las nubes, las miradas que, a ratos, intercambiaban las estrellas, imaginando que el hombre nos las descubre, el qué de la noche aquella no se le revelaba y dejaba escurrir los instantes que fluían, a pie desnudo, por encima de su cuerpo.

Suspiró, inquieto.

Repentinamente, por entre las estrellas vio surgir una desconocida que aparecía, alborotando la unidad de la noche. Era una estrella purísima en su diamante, una estrella para ser recostada en el seno de las finas sementeras.

-¡Oh, prodigio de estrella!-. No pensó esto el pastorcillo. Mas, sintió en su

deslumbramiento el ser de estas palabras.

Se puso en pie, impulsado por un súbito goce de sorpresa. Hubiera celebrado que una honda misteriosa lo arrojara a los aires, disparado al blanco frío de la estrella. Hubiera cantado.

La estrella sin prevención ni cuidado, principió a deslizarse, velozmente, en dirección al pastorcillo. No demoró en estar a dos vuelos de gaviota. El pobre muchacho calculó que la estrella se estrellaría... Lívido, tembloroso, alcanzó a gritarle:

-¡Cuidado, loca!

La estrella, como una equilibrista maestra, se paró, súbitamente, replicándole:

-¡Tonto, no tengas miedo! Yo ejerzo mi oficio.

No le gustó al pastorcillo que le tratara de tonto. Pero, la voz de la estrella era tan grata, que olvidó, al momento, su pequeño agravio. La estrella le dijo:

-No hay tiempo que perder. Como eres pastor, debes alcanzar al lugar que te

señalaré.

El muchacho se ofendió: ¿por qué la intrusa disponía de él?

-No iré a ese lugar, no iré a ninguno, porque yo soy el dueño de mis piernas.

- —Nadie discute el dominio de tus piernas. Lo importante es que me obedezcas.
- -¿Por qué debo obedecerte? ¿Qué autoridad eres tú para mí?
- —Soy La Estrella. Si no realizas lo que te indico, no cumpliré mi tarea, fracasará esta Noche y, tal vez, mañana, un hombrecito no podrá escribir un cuento, ponderando nuestros trabajos...

El pastorcillo se iluminó. La estrella no era un astro astroso...

—Bien, bien —repuso, resignado—, ejecutaré lo que desees.

Las puntas de la estrella despidieron una música alegre:

—Irás al Portal y te agregarás a los pastores que cantarán al Niño de los Niños, llevándole tus ovejas, como regalo. Es todo lo que debes cumplir.

El encargo se agravó, de palabra en palabra. El pastorcillo juzgó que era su deber confesarlo:

—Todo marchaba sin tropiezo, estrella, hasta que hablaste de ovejas.

-¿No eres pastor?

Se avergonzó el muchacho. Tras un silencio, murmuró, cortando las sílabas, con dolor:

-Sí, pero soy un pastor tan pobre, que no velo ni un carnerito...

La estrella se compadeció. El pastorcillo tiritaba. La estrella descendió para besar su frente. Sonrió el muchacho, agradecido. La estrella reunió su inteligencia en esta frase vaga, que se prolongó en una vaga esperanza.

-Parte no más... A lo mejor, a lo mejor...

Aspiró, hondamente, el pastorcillo las energías del augurio, intentó estrechar las manos de la estrella; al iniciar el movimiento, recordó que las estrellas hablan, pero sufren sin brazos ni piernas. Se conformó con echarle un ligero ademán cariñoso, galopando hacia el Portal.

La estrella quedóse, cavilando: ¿cómo sustanciar este "A lo mejor..." que empujaba al muchacho? Volviéndose ella misma una oveja. Era parte de una solución, acaso, la más justa. No demoró en resbalar por tierra, por ensayar un balido. De pronto, notó que se cubría de lana, que perdía su fuero astral, que estaba casi concluida, como una bizarra ovejita juguetona. Asaltáronle deseos de mordisquear la hierba. Pero se contuvo. La gula no era lo que convenía al trance de esta hora. Se mordió la lengua y partió, corriendo, delicadamente.

A poco de camino, un árbol la detuvo:

- -¿Por qué tan a prisa, oveja?
- —Sígueme y lo sabrás —contestó, en una pausa.
- -No puedo moverme -se lamentó el árbol.
- —Inténtalo. No te defraudarás —argumentó la estrella-oveja, apurando el tranco. El árbol forcejeó contra sus raíces. Puso tanta ilusión en sus empeños, que logró liberarse de ellas. Sonrió, satisfecho. Cuando su tronco se pobló de lana y un balido se le escapó fuera de todo cálculo de fantasía, el árbol-oveja emprendió la marcha.

Y las piedras, ignorando cuanto sucedía, clamaron:

-¡Ay, si fuésemos, como las dos ovejas que acaban de pasar!

Y lo fueron.

El viento, que es un sabelotodo, porque espía todas las conversaciones, lo determinó:

-Yo, también, alcanzaré al Portal.

Y el viento-oveja, de dos soplos, se colocó a la cabeza de las corredoras. El pastorcillo

acezaba. Las estrellas comentaban la carrera. En el Portal, el Niño de los Niños era festejado por Tres Reyes y muchísimos pastores. Los Reyes le dedicaron tres regalos nada más. El Rey-Cola de Perdiz, una paloma. El Rey-Pelo de Choclo, una rosa. Y el Rey-Castillo de Arena, un caracol. Cuando le ofrendaron al Niño sus obsequios, pronunciaron tres breves discursos:

—Recibe la paloma para que siempre haya noticias felices en la tierra.

—Haz que una rosa florezca, cada día, en la frente del hombre.

-Escucha al caracol para escuchar cómo cantan las bellas mentiras del mar.

Los animales del Establo buscaban un orador. Insistía el burro en la potencia de sus cuerdas rebuznales. Naturalmente, todos lo repudiaban. Al final, acordaron suprimir el discurso, demostrando, con su determinación, excelente criterio y buen gusto. El burro continuó, perturbando con sus pretensiones. El Niño de los Niños, sin que lo sospecharan, se condolió del burro y le honró con un cargo que el propio burro ignora: el de reloj natural. Preparábase el burro a lucir su distinción, inspirado por su bienhechor, cuando entró al Portal, radiante, el pastorcillo, seguido de mil ovejas preciosas.

El Rey-Pelo de Choclo sentenció, observándolas, atentamente:

—Son el rebaño más bello que conmovió a mis ojos.

El muchacho saludó al Niño de los Niños, escogiendo, a la suerte, una oveja para regalársela. El Niño de los Niños volcó su cabeza sobre esta lana y, allí durmió su primer sueño.



Roberto Sarah Comandari

# ROBERTO SARAH COMANDARI (1916)

Roberto Sarah Comandari es, sin duda, el mejor dramaturgo chileno de ascendencia árabe. Nació en Parral en 1916. Estudió en colegios de Parral, Los Angeles y Valparaíso. Posteriormente ingresó a la Universidad de Chile para seguir medicina. En 1943 obtiene su título de médico cirujano. Después de algunos años de ejercicio profesional, se especializa en psiquiatría, convirtiéndose en una figura de gran prestigio en dicho campo, hasta su jubilación.

Muchas de sus producciones literarias: dramas, cuentos, novelas, aparecieron con el seudónimo de Andrés Terbay, con el cual obtuvo numerosas distinciones: En 1939 logra el primer premio en el concurso de teatro de la Universidad de Chile, con "Los Idólatras", obra dramática que no ha sido estrenada. En 1941 "Por encima de los dioses" consigue una nueva distinción. Su novela "A nadie daré una droga mortal", 1950, alcanza las palmas en un concurso de narrativa. "Mi querido infierno", cuentos, resulta ganador en el concurso organizado por el Sindicato de Escritores de Chile; "Algún día", 1949, recibe el premio de teatro de la Universidad de Chile y el Premio Municipal en 1950. Obra de notable éxito y que ha sido traducida al inglés y estrenada en Londres. "En la sombra prohibida" (teatro, 1960) consigue el premio de la Sociedad de Autores Teatrales. Este drama, en tres actos, fue llevado al cine en México ese mismo año.

Roberto Sarah posee una sólida cultura científica y humanista. De ahí nace su preocupación por el ser humano integral. Es fundador del programa "Tribunal Humano", que tuvo considerable audiencia en el país. Allí abordaba problemas de variada índole.

Ha sido colaborador habitual en diarios y revistas nacionales sobre temas literarios y científicos. Autor polifacético, domina el oficio de las letras. Narrador y dramaturgo excepcional, conoce a sus personajes por dentro y por fuera, especialmente cuando narra o dramatiza aspectos relacionados con la medicina y la problemática del emigrante.

Su afición por el teatro la adquirió, tal vez, en su infancia, cuando su padre y su tío construyeron un teatro en Parral. "A ese teatro —dice el autor—, el único del pueblo, llegaban no solamente películas, sino, además, compañías de teatro y de vodevil, ilusionistas, malabaristas, cómicos de la legua y todo lo que solía arrojar la resaca artística de segunda categoría —o de tercera—desde los escenarios capitalinos o internacionales, sin contar, obviamente, que las autoridades, las escuelas y comitivas oficiales podían contar con un estrado donde llevar a cabo su cometido.

Aunque no entendía mucho el prístino lenguaje de los textos de las obras de Jacinto Benavente o de Dicenta, mi madre lloraba en nuestro palco escu-

chando a los engolados actores de esa época en las dramáticas escenas de *La Malquerida*, *Tierra Baja*, *La Garra*, *La Mujer X* y otras por el estilo, melodramas que levantaban la temperatura emocional de los pueblos en su cansino ritmo medioeval. Todavía me parece ver la concha del apuntador —se llamaba entonces consueta, palabra que creo no existe— cubierta con un terciopelo encarnado, rodeado a ambos lados por las candilejas...".

"Esas primitivas candilejas iluminaron también a actores y actrices de mayor prestigio, como María Guerrero, Arturo Bhürle, Leonardo Arrieta, Rafael Frontaura y Alejandro Flores. Este último imponía, como en todos los escenarios, un imán varonil innegable; aceleraba el ritmo cardíaco de las mujeres y las hacía llorar con representaciones como Mocosita, Del brazo y por la calle, El Místico, etc. Niño asombrado, jamás pareció cruzarse por mi imaginación que veintitantos años más tarde, en esa misma sala, ese mismo actor encarnaría a un personaje de mi obra de teatro Algún día, en cuyo texto hay muchos pasajes nostálgicos de ese teatro y de ese pueblo, deslizados al correr de la máquina en forma consciente o inconsciente.

Llenas aquella noche de un público abigarrado las aposentadurías del viejo teatro de mi infancia, alcancé, desde las sombras de nuestro gastado palco familiar, a reconocer rostros envejecidos, maduros, sobrevivientes del pueblo de mi niñez, que lloraban en el tercer acto, no sé si por la lacerante escena de Vicente, borracho, o por el autor niño que se había transformado en hombre"<sup>18</sup>.

Mi querido infierno es un conjunto de cinco cuentos multitemáticos y complejos, que reflejan la oscura trama de la existencia actual. El que da título al volumen narra la historia de Nacha, una mujer morfinómana atrapada entre el vicio y el ansia de redención humana. "Es una página arrancada no de un diario, sino de una vida de médico. Es de intensa vida, muy real. Al menos, la redacción del relato da la sensación de un trozo de vida vivida y sentida"<sup>19</sup>.

El primero de los relatos tiene ingredientes de carácter social y contingente, pero con sugerencias más amplias y trascendentes.

Los turcos constituye la novela de los emigrantes árabes al Nuevo Mundo. Aquí aparece la existencia azarosa de los primeros años, su rechazo inicial, sus

angustias y esperanzas, sus éxitos y derrotas.

"Los árabes, forjados en el yunque de los milenios, extendieron su ramaje hacia los países americanos. Les precedió, acaso, una leyenda equívoca. El trabajo y los padecimientos de medio siglo, su fuerte conciencia moral, abrieron, al fin, una brecha en la entraña del continente: los árabes, grandes en el pasado, no habían perdido lo esencial de su naturaleza étnica, ni su vitalidad en el polvo de los siglos.

19M.C.P.: Mi querido infierno. Diario "El Mercurio", Stgo. 16-x11-1951.

<sup>&</sup>lt;sup>18</sup>Lutz, Patricia: El niño que fue. Ed. Nueva Universidad. Universidad Católica de Chile, Santiago, 1975 (pp. 222-223).

El dominio foráneo en la propia tierra, la pobreza, fueron el acicate que empujó a las audaces y melancólicas pléyades a buscar un aire más propicio en el mundo... América era un mito en la imaginación encendida de los jóvenes árabes a comienzos de siglo.

Recibieron el puntapié de la realidad en pleno rostro. Niños todavía, regresaron algunos, humillados, cabizbajos entristecidos hasta la muerte. Otros soportaron la tragedia, resignados, fuertes, ambiciosos. América no comprendió, en un principio, cuánto de dramático había en estas vidas. Padres, hermanos, habían quedado en la gleba remota. Su lengua, forjadora de otras lenguas, era un galimatías extraplanetario, inútil, ridículo, incomprensible.

La victoria económica de los árabes, su despliegue a veces faraónico, es, quién sabe, la compensación, el desquite, de horas negras, y la exhumación de su capacidad en el ancho universo de las posibilidades.

Los Turcos abarca el devenir de tres generaciones, la primera nacida en Palestina. Un retoño de la tercera generación entra a la arena política; abarca hasta nuestros días. Intención soterrada, personaje compuesto, que puede identificarse con algún producto triunfador de carne y hueso, en la batalla social"<sup>20</sup>.

Algún día es la obra dramática más conocida de Roberto Sarah. Presenta la nostalgia y ansiedad de los protagonistas inmigrantes que viven en América, que sueñan con volver al viejo mundo cuando alcancen una sólida situación económica que les permita llegar como triunfadores, a sus lugares de origen. Pero la decisión se ve postergada día a día porque la suerte es más bien esquiva y el hombre nunca alcanza la plenitud de sus ideales.

A nadie daré una droga mortal representa la vacilación del médico que se debate entre dos fuerzas opuestas: la incitación del dinero y la fama, a costa de la utilización de medios ilícitos o la rectitud a su profesión de salvador de vidas humanas, sacrificando expectativas materiales.

De la producción narrativa y teatral de Roberto Sarah, se desprende un sentido nostálgico y una gran profundidad psicológica. Ello se debe a que este autor está dotado de un claro don de dinamismo y naturalidad expresivos. Su obra ocupa por lo mismo un lugar importante en la evolución del teatro y la narrativa chilenos.

### OBRAS

Los idólatras (teatro), 1940. Por encima de los dioses (teatro), 1941. Mi querido infierno (cuentos), 1949.

<sup>&</sup>lt;sup>20</sup>Massis, Mahfud: Entre papeles. Los Turcos. Diario "Las Ultimas Noticias", Santiago 30-vi-1962.

A nadie daré una droga mortal (novela), 1949.

Algún día (teatro), 1949.

Un viajero parte al alba (teatro), 1951.

Mi vida es para ti (teatro), 1952.

El collar rojo (teatro), 1954.

Cuando llegue hacia ti (teatro), 1958.

La voz dulce (teatro), 1958.

Una luz en la lluvia (teatro), 1959.

En la sombra prohibida (teatro), 1960.

Los turcos (novela), 1961.

Plantar un árbol y escribir un libro (teatro).

El niño que fue (en colaboración con otros autores), memorias, 1975.

# MI QUERIDO INFIERNO

-Me llamo Natalia -me dijo-, pero dígame usted Nacha; me llaman así.

La tenía delante de mí con sus ojos afiebrados y sus vestidos sucios y raídos, masticando goma y contoneándose, lanzando miradas oblicuas a la habitación y a los instrumentos.

Era la primera morfinómana que me tocaba atender en mi vida profesional y estaba un poco desconcertado.

Su piel era resquebrajada, casi escamosa, mientras sus ojos, como cargados de electricidad, eran difíciles de sostener al mirarlos fijamente. Sin dejar de rumiar, con una insoportable altanería, murmuró:

—Bueno, ¿quiere usted saber algo de mí? Tengo treinta años. Acostumbro a pincharme hasta cinco veces al día. No necesito desinfectar la aguja: la morfina posee una cualidad esterilizante que usted seguramente ignora. Es demasiado joven. Por lo demás, siempre los enfermos les enseñamos algo a los médicos.

Movía las mandíbulas con lentitud y hablaba, no puedo negarlo, con una simpática distracción, como aburrida, evitando la mirada, tal si les hablase a las paredes.

Delante de mí, en el escritorio, tenía la ficha clínica en blanco y no sabía cómo empezar aquella historia. Frente a esta mujer joven y derrotada me sentía un poco perplejo. La altanería de sus gestos, su voz despectiva y su desdén por todo, parecían empequeñecerme. Y mientras escuchaba el relato atropellado de sus síntomas, había dejado la estilográfica sobre la mesa. Ya no era posible llenar aquella ficha clínica como de costumbre; habría tenido que extenderme muchas páginas y terminarlas como un relato digno de contarse; porque así era su vida: una espantosa novela de degradaciones, de esperanzas destruidas, de voluntad aniquilada y de recuerdos. Algo había, sin embargo, en medio de aquella oscuridad que prometía una salvación. Ese algo era lo que la conducía hasta allí para buscar, una vez más, la posibilidad de despojarse de las cadenas del vicio.

-¿Podría usted hospitalizarme? - preguntó al fin, sin dejar de masticar.

Era una petición absurda. ¿Cómo justificar, en una sala de enfermedades internas, la presencia de una morfinómana? El médico jefe se daría cuenta de ello en su visita semanal y se me llamaría para censurarme... o para expulsarla.

La miré. Parecía preocupada sólo de su goma de mascar. Cualquiera que hubiese sido mi respuesta, le habría dado lo mismo. Si yo cumplía con mi deber, se marcharía, y era probable que no la volviera a ver en la vida. ¿Y si, olvidando los reglamentos, lograse dejarla en la sala? ¿No era acaso ésta una oportunidad para su salvación? Algo parecía decírmelo; mas, a pesar de todo, continuaba indeciso. Estaba yo solo en la sala de examen. Solo con ella. Todavía no había puesto en la ficha otra cosa que su nombre. Lo demás continuaba en blanco.

-Bueno -le dije, después de un rato-. Voy a hacer una excepción con usted...

—¿Cree usted que le estoy pidiendo alguna limosna? —me interrumpió—. Veamos: ¿le intereso o no le intereso? He venido aquí a consultar a un médico, no a escuchar concesiones. ¿No soy acaso una enferma? Sí, no tengo úlceras ni pulmonía, pero tengo una enfermedad, y para eso he venido, para que se me dé un tratamiento.

-Usted no me ha dejado explicarle. Este no es un Servicio de Psiquiatría.

-Lo sé de sobra.

Vacilaba ante el tono cortante de su voz. Me iba acometiendo un sentimiento extraño. A pesar de sus vestidos sucios y de sus cabellos desgreñados, estaba por encima de mí, y esto me exasperaba.

Entonces le propuse inventarle una enfermedad para justificar su permanencia en la sala. Una afección cualquiera; por ejemplo, cálculos a los riñones. Ella debía simularlo y la instruí acerca de los principales síntomas. Vi agrandársele los ojos y expandérsele las aletas de la nariz. Se pasó la mano por el cabello, seco como su piel.

-Me parece que por fin se le ha ocurrido algo decente -murmuró, chasqueando la

lengua.

Consulté la hoja de camas disponibles.

—Quedará en la cama 17 —le dije.

- —¿Diecisiete? Me gusta ese número. Creo que esta vez me irá mejor. ¿Debo ingresar inmediatamente?
  - -Hay que esperar a que desinfecten las ropas: acaba de morir allí alguien.

-¡Eso no importa! No tengo escrúpulos.

Cogió su maleta y atravesó el umbral con la majestad de una emperatriz.

\* \* \*

Aún ignoraba en qué enredo me había metido.

Nacha ocupó la cama 17. Las pacientes vecinas apenas se enteraron de su llegada. Eran lo suficientemente viejas y enfermas como para desentenderse de los nuevos sucesos.

Aquella primera mañana, al día siguiente de su hospitalización, al llegar a su lado, me saludó con frialdad. Al preguntarle cómo había pasado la noche, se agitó en su lecho y repuso con insolencia:

—¡Muy mal! Aquí no hay tranquilidad. Es peor que un hotel de barrio. Al frente, esa moribunda no ha parado de chillar. ¿Por qué no abreviarlo todo? ¿No es preferible a que esté molestando a medio mundo?

Estaba toda despeinada, sin lavar. Usaba una camisa de noche arrugada y sucia.

—¿Qué molestias siente? —le pregunté, intentando el tono reglamentario. Sonrió con ironía.

—¿De qué molestias habla usted? Si es de las físicas, yo no las tengo. Usted debe saber lo que yo siento y debe ayudarme. O, mejor dicho, usted no sabe lo que yo siento. ¿Qué sabe usted de esto? ¿Lo que aprendió en los cursos, bostezando? ¿Lo que ha leído en las novelas? No es dolor, joven: es algo tremendo e intolerable... Y para eso he venido aquí: ¡para que se me ayude!

—Bien, no se exalte —murmuré—; debe tener paciencia.

—Pero, vamos a ver: ¿qué se propone usted? Si es la treta de siempre, la psicoterapia, o las malditas inyecciones de agua destilada, es mejor que no pierda su tiempo. Me sé eso de memoria. Además, yo sé muy bien lo que recibo. Y no tiene que olvidarlo: acostumbro a clavarme hasta seis centígramos diarios.

-¿Pretende usted que le proporcione la morfina cada vez que se le ocurra? -le

interrumpí, ya fuera de mis casillas-. ¿A eso ha venido usted aquí?

—Mire, doctor; no sea usted niño. He venido para que me ayude, y yo también creo que puedo ayudarlo a usted. Pero no pretenda arrancarme "eso" de la noche a la mañana. Le faltaría tacto científico. En este asunto hay que ir despacio. Usted va a

tener que proporcionarme la ampolletas que yo le pida..., por lo menos al principio. Después, seré yo misma quien va a pedir menos..., cada vez menos.

-¿Cuándo?

-Eso, no lo sé, nadie puede saberlo.

-¡Es imposible! En la farmacia controlan las recetas.

—¡Vamos! Usted sabe mejor que yo el sistema; no se haga el ignorante. Ahí en frente tiene a esa vieja moribunda, y más allá la 26 con dolores de cáncer. Puede pedir morfina para ellas. Usted me entiende, ¿verdad?

La miraba con un poco de aturdimiento. Acababa de llegar y ya estaba enterada de

lo que sucedía en la sala y del diagnóstico de las demás enfermas.

-Bueno ¿está de acuerdo? -preguntó, impaciente.

\* \* \*

Pasaba la mayor parte del tiempo sentada al borde de la cama, con sus trajes invariablemente sucios, mirando vagamente hacia el patio o leyendo. Ante mi asombro, descubrí que leía a Rabindranath Tagore y a filósofos alemanes. Me parecía suficiente para comprender que no se trataba de una estúpida. Yo había dado órdenes a la enfermera para que le aplicase dos centígramos de morfina al día. A la mañana siguiente me esperaba iracunda:

—¿Quiere matarme de hambre? —gritó—. ¡Dos centígramos! Eso está bien para una bisoña, pero no para mí. Prefiero que no me dé nada.

Traté de decir algo, pero me detuvo su verborrea explosiva.

—¡Dos centígramos! —repitió—. ¿Me toma por una pordiosera? O hace las cosas bien o me mando a cambiar.

Justo habría sido que yo le dijese: "Pues bien, márchese de una vez por todas". Pero no me salió. Estaba aprisionado por su tono de voz, por sus gestos y su displicencia cínica. Probablemente, si hubiese sido una persona sumisa; suplicante, ya la habría desalojado de la sala; pero aquella endemoniada mujer me ponía abúlico.

En vano traté de reaccionar. Cuando me alejaba de mis deberes hospitalarios, me proponía ser severo y llegar al día siguiente usando de toda la autoridad de que me podía investir, revisarla sin miramientos, suspenderle la droga; pero aquellos propósi-

tos duraban solamente una noche.

Había debilitado mi voluntad, y no tardé en darme cuenta de que aquella influencia se hacía extensiva a la enfermera jefe y a las demás ayudantas de la sala. Atendíanla con deferencia, y cuando circulaba el carro con el almuerzo, le servían abundantes platos y se hacía repetir algunos, como en un restaurante. Todo esto le parecía lógico y jamás agradecía ni se humillaba. Cierta vez, la vi rechazar un plato de verduras, chillando:

-¿Pero qué se creen ustedes, que soy un cerdo? A mí no se me sirve esto sin aliños.

La muchacha que repartía la comida enrojeció hasta las orejas y murmuró algunas palabras. Al calor de aquel incidente acudió la monja, una religiosa francesa con el rostro rubicundo y apacible. Antes de que la chiquilla abriese la boca para explicar lo ocurrido, Nacha se adelantó, y en un francés perfecto y fino empezó, ante mi asombro, a explicarle a la religiosa lo sucedido, a su manera, por supuesto.

Oyéndola hablar en su idioma, la hermana la miró embobada, como si escuchase una música celestial. Un sonrisa de triunfo cubrió su rostro sonrosado. Entonces

apartó a un lado a la muchacha de la comida:

-¡Perdone usted, criatura! -exclamó, en francés, dirigiéndose a la 17-. Esta

chica está recién llegada y no sabe hacer algunas cosas. ¡Yo le serviré a usted!... Y es una excepción, hija mía, ya lo comprende usted..., ¡una excepción hacia usted!...

Nacha la miró con sus ojos afiebrados:

-Bueno, si usted hace el favor de apurarse, hermana...

Desde entonces, la religiosa iba y venía por la sala, deteniéndose en la número 17, con la cual charlaba sin fin, dichosa como una niña, embelesada, incrédula, animada por una nueva inquietud que parecía transformarla.

A todo esto, llegó el viernes, día de la visita general, y apareció el jefe de clínica con sus ayudantes. Yo me uní al grupo, que pasaba de una cama a otra revisando las fichas y viendo a los enfermos nuevos. El profesor hacía los comentarios en voz alta, criticaba los diagnósticos y proponía tratamientos. Todos le temíamos un poco. Al llegar a la cama 17, tomó la historia clínica y empezó a leer los pormenores de una afección renal inventada. Yo estaba pálido y la miraba de soslayo. Allí estaba ella, tranquila, recostada con aire despreocupado, hojeando el libro de Tagore.

- —¿Usted ha ingresado a esta enferma? —preguntó finalmente el profesor, dirigiéndose a mí.
  - —Sí —dije—; hace cinco días.
  - —Según usted, se trata de una litiasis renal. ¿Hay algo que lo compruebe?
- —Hasta ahora, sólo hay sospechas clínicas —repuse—. Se ha pedido una radiografía de contraste, y acaba de llegar un examen de orina, que es normal.
  - -¿Ha tenido dolores?

La voz de ella respondió por mí.

-Varias veces.

Tenía muy abiertos sus ojos febricitantes; se había incorporado. El profesor y los ayudantes la miraban con insistencia.

-Bueno, voy a examinarla -anunció el profesor, acercándose a la cabecera.

Comencé a temblar. Me parecía que frente a un interrogatorio preciso, Nacha iba a hacerse un lío, olvidándose de las instrucciones que le había dado, y entonces yo me vería acorralado y habría tenido que decir la verdad.

- —A ver hija, incorpórate —ordenó el profesor.
- —Tengo treinta años —dijo Nacha—. No es para llamarme hija; puede usted saberlo.
- —¿Quién es usted? —exclamó el catedrático, sacándose los lentes—. ¿A quien cree usted que le está hablando?
- —Usted es un médico; yo soy una enferma. Pues, establezcamos las diferencias. Además, ese tuteo me parece fuera de lugar.

Unos a otros se miraron con gesto de escándalo. El suelo huyó de mis pies. "Ahora se acabó", pensé.

Pero... ¡no sucedió nada!

Aquellas palabras de Nacha y las siguientes aplacaron la tormenta, y, más extrañado que encolerizado, el profesor se puso a escuchar el relato de sus síntomas con una especie de respeto e incredulidad, sonriendo a ratos frente a sus gestos despectivos y a su lenguaje callejero.

Nacha detalló todos sus dolores, dejando en el ánimo del grupo la impresión de que

mi diagnóstico era acertado.

—Bien —exclamó el profesor, finalmente, mirándome con una expresión extraña—. Hay bases para pensar en una litiasis del riñón derecho. Hay que esperar la radiografía. De todos modos, me parece una enferma algo rara. Obsérvela con cuidado, doctor —añadió, retirándose, seguido por el séquito de ayudantes e internos.

Poco más tarde, me acerqué donde Nacha.

-No lo ha hecho mal -exclamé-. Estaba temiendo que dijese tonterías.

Levantó hacia mí los ojos que tenía sobre las páginas de "El Sentido de la Vida", de Tagore.

—Entiendo las cosas con más prontitud de lo que cree. Es algo que puede enorgullecer a los que usamos "eso". —Dio vuelta la página y agregó, sin mirarme—: ¿Se vio usted la cara que tenía? Parecía un tonto. Me daba risa. Y lástima. ¡A su edad! ¿Carece usted de personalidad? Es lo único que vale conservar en la vida, aunque sea un mendigo. Por lo demás, ¿qué es lo que teme? ¿qué lo despidan? Los profesionales no saben hacer otra cosa que lo de su profesión: hacer recetas, levantar edificios, leer el código. Si los sacan de eso, se pierden. ¿Sabe usted hacer un plato de arroz o tallar una canoa? —Tendió la vista en torno suyo y agregó, mirándome impaciente—: Bueno, ¿qué hace usted que no se marcha? Déjeme leer, por favor, y continúe su ronda.

\* \* \*

A medida que pasaban los días, fui perdiendo la esperanza de que Nacha abandonase su vicio. Se le aplicaban diariamente de cuatro a cinco centígramos de la droga, con lo cual recuperaba la quietud: era como darle de comer a un hambriento.

Debí ingeniarme para conseguir morfina fuera del hospital, pues aquel consumo inusitado comenzaba a llamar la atención. Nacha recibía las ampolletas con una naturalidad insultante, y si alguna vez me demoraba en proporcionárselas, me lanzaba reproches, amenazando con mandarse a cambiar.

—O cumple usted con su palabra o me marcho de aquí. ¿Tiene usted nobleza o no?

Pues haga las cosas como hemos convenido.

A veces salía al jardín, donde permanecía largas horas ensimismada en la lectura. Cuando la falta de la droga comenzaba a roerla, iba a su cama y extraía las ampollas, que ella misma se introducía con una jeringuilla sin esterilizar, en la sala de baño o detrás de un biombo.

En cuanto a los exámenes practicados, habían resultado, por supuesto, negativos. Ninguno de ellos revelaba lesión de ninguno de los dos riñones. Ahora su permanencia en la sala no podía justificarse, y en la próxima visita general, que ya se aproximaba, el profesor se encargaría de decírselo..., y esto me serviría como venganza por todas sus insolencias.

Dos días antes de la visita general, vi aparecer a la religiosa de la sala en mi despacho de la policlínica.

—Perdóneme usted, doctor —murmuró—; he venido a molestarle por una enferma de la sala.

-Tome asiento, hermana.

Ocupó una silla, apartando un crucifijo que colgaba de su hábito.
—Se trata de la 17. ¡Pobre criatura! Hay que hacer algo por ella.

—¿Qué sucede?

—Me ha hablado de su vida, me lo ha contado todo. ¡Habla en un francés tan correcto! Y yo que creía que... era una cualquiera. ¡Ha viajado por todo el mundo, doctor! Parece increíble, con sus modales toscos...; es que la vida la ha tratado duro. Trata de olvidar... Tuvo una hija, que se le ha muerto... ¡En fin, hay que ayudarla,

doctor! Es necesario que le demos morfina por un tiempo, hasta quitarle el vicio. ¡Pediremos la ayuda del Señor! Ella es incrédula, pero tengo fe en que la salvaremos. ¡Usted sanará su cuerpo, yo su alma! Es necesario que hagamos algo por ella...

¿Debía decirle que ya lo había hecho todo, que le proporcionaba cuanta morfina quería y que hasta ahora nada parecía hacerla cambiar?

-Cuente usted conmigo, madre -le dije finalmente.

—¡Es como si lo hiciera conmigo! —murmuró, agradecida—. Es preciso rodearla de cariño; le haré dar buena alimentación, escogeré para ella lo mejor. ¡Hay que buscar las almas para encontrarlas! ¡Gracias, doctor, por todo cuanto haga usted por ella!

Hizo ademanes de irse: la detuve para decirle:

—Hay algo que usted debe saber, madre; no basta mi disposición. Para justificar su permanencia en la sala, he inventado una historia clínica falsa. Los exámenes han salido negativos. El profesor, al saberlo, la dará de alta en la próxima visita.

Quedó pensativa.

- —En verdad..., tiene razón. Pero, ¡espérese usted! Tenemos que hacer algo. Esa mentira suya no ofende a Dios: lo hacemos por ayudarla. ¡Ella debe continuar a nuestro lado! ¡Oh, qué hacer, Dios mío! ¿No podemos inventar otra afección..., alguna otra cosa?
  - -No se me ocurre nada.
  - -¿Alguna enfermedad de esas que no se confirman..., algo nervioso, cerebral?

-No olvide que estamos en un servicio de Medicina Interna.

Estrujaba entre sus dedos, nerviosamente, el crucifijo de plata; sus ojos vagaban pensativos. De pronto:

—¡Se me ocurre algo, doctor! —exclamó—. ¡Le haremos producir una ictericia!

-¿Qué dice usted? -pregunté, atónito.

- —¡Ácido pícrico! ¡Eso es! ¡Hay un poco en el botiquín!... ¡Ya lo verá usted!... ¿Cómo, desconoce el sistema? Lo usaron los soldados en la primera guerra, para eludir el frente: ingerían ácido pícrico y parecían ictéricos; se les daba de baja, Fue famoso. ¡Se lo daremos a la 17!
  - -Pero... -la miré desconcertado- esa droga ¡es tóxica!
  - -¡Déjemelo usted a mí, doctor! ¡Todo saldrá como lo pensamos!

La vi ponerse de pie. Me pareció más alta que cuando llegó.

-¡Todo es por su salvación, doctor! Ahora los medios no importan.

Tenía un aspecto de iluminada.

-¡Dios nos ayudará! -suspiró.

Dos días después, al entrar en la sala, vi desde lejos un bulto amarillo que ocupaba la cama 17.

Me acerqué, conteniendo la respiración. Estaba tendida de lado y leía un breviario.

Se incorporó lentamente y por primera vez la vi sonreír.

—¡Cómo está, doctor! Estaba leyendo el Evangelio. Los escritores debían leer de vez en cuando las parábolas para aprender a escribir con sencillez.

-¡Está usted atractiva esta mañana!

—¡Ah, sí, ya ve usted! La monja se ha empeñado en darme tantas golosinas, que me han atacado el hígado. Deberé ponerme a régimen.

-Habrá que suprimirle también la morfina; es dañina cuando el hígado no anda

bien.

—No sea usted bárbaro, doctor. Esta ictericia es benigna. Además, me duele el hígado y hay que calmarme. ¿Tiene usted un cigarrillo?

Le pasé uno.

—No lo fumaré aquí, no tenga miedo. Sé que está prohibido; ¡prohíben tantas cosas en los hospitales! ¿Sabe usted una cosa? Estoy aprendiendo oraciones; me enseña la monja. ¿Se extraña usted? ¡Bah! Cuesta poco. Y además estaba un poco aburrida con los filósofos... Tengo que agradecer en algo las atenciones de la madre... ¿Qué mira usted?

Mis ojos obervaban su mesa de noche, repleta de compotas, huevos, trozos de embutidos y dulces.

Lo guardaré dentro del velador —exclamó—; ya sé que no hace bien en la ictericia. Cuando pase la visita general, sólo habrá espinacas y huesillos; puede quedarse tranquilo.

La visita semanal se efectuó un par de días después.

Seguido por el nutrido séquito de ayudantes e internos, el profesor atravesó la sala y comenzó a detenerse frente a cada una de las enfermas. Al llegar a la cama 17, preguntó atónito:

-¿Qué es esto? ¿No es la enferma de mal genio, la de los riñones?

—Es ella, profesor —dije con voz poco segura.

—¿Entonces?... ¡Esto es una ictericia! Quiere decir que estábamos equivocados. ¿Dónde están los exámenes?

Se los pasé. Los abrió nerviosamente, mirando la radiografía, perfectamente normal, y todo lo demás.

—¡Pero, cómo es posible! Es la primera vez que... Bueno, entonces sus dolores eran hepáticos y no como pensábamos...

—Usted —agregó, mirándola— ¿ha sufrido alguna vez de la vesícula o del hígado? Me puse pálido. La vi responder distraídamente:

—Hace siete años, en España, tuve un derrame igual; estuve en la Clínica de Jiménez Díaz.

—¿Usted estuvo allí? —preguntó el jefe de clínica con admiración emocionada—. ¿Y a qué conclusión llegaron?

—No lo sé; me pusieron una sonda en el intestino y me dieron régimen; salí buena.

El profesor volvió su cara contraída hacia mí.

- —¿Qué significa esto? ¿No ha dejado constancia de estos antecedentes? ¿Qué clase de interrogatorio se hace a las enfermas? He aquí un caso típico de historia biliar.
  - -Es que... -balbucí-- ella no me precisó...
- —¡Precisar! ¡Es el médico quien debe interrogar al paciente! Lo he repetido hasta el cansancio en mis clases... ¡Interrogatorio..., buena anamnesis! He ahí los pilares de una historia clínica. Lo demás viene solo... ¡Espero que no se les olvide, señores! —agregó, dando una mirada circular—. ¡No volveré a tolerar estos errores imperdonables! Bien... ahora voy a examinarla —dijo, inclinándose hacia ella—. Haga el favor de respirar profundo... Relaje bien su vientre...

Nacha obedecía en silencio.

Se oyó de nuevo la voz del médico:

—Signo de Murphy positivo... Probable litiasis... Está todo muy claro... Anote usted, doctor —me dijo, mirándome con expresión acusadora—, y pida los exámenes correspondientes; es un caso interesante.

Dio media vuelta, y dijo pensativo:

-Nos hemos equivocado lamentablemente la semana pasada; aquí la clínica lo está

comprobando. Me basé en la historia; una anamnesis pésimamente mal hecha... Hay que reformar nuestra mentalidad, hay que reformarla, señores. Andamos demasiado a prisa; no vemos a los enfermos, solamente los miramos. ¡Menos libros, más realidad! —repitió alejándose.

El grupo avanzó y se detuvo en la cama siguiente, en medio del rumor de las

palabras irritadas del profesor.

\* \* \*

Comenzaba a odiar cuanto allí había: la sala, las enfermas... y a Nacha, por sobre todo. No deseaba verla más. Me estaba convirtiendo en una víctima, y al pensar que yo alimentaba su vicio, me subía una cólera enceguecedora.

Me parecía que los demás colegas se reían de mí; estaba como humillado. Al acercarme donde Nacha, a la mañana siguiente, la vi incorporarse, somnolienta.

—¡Hola doctor; buenos días!... ¿Por qué está malhumorado? —preguntó, mirándome con fijeza—. Tiene cara de enfermo.

-A usted no le interesa lo que me sucede.

Bajó la vista y murmuró, con una suavidad desconocida:

—Perdóneme, doctor. Ayer pasó usted un mal rato. Yo sé que es usted un buen médico, tal vez mejor que ese viejo que se dice catedrático. ¿Le ha visto usted haciendo mejor el ridículo? Quería decirle la verdad, pero no me atreví. En fin, dejemos que esto siga su curso... Ya le he dicho que algún día sabré agradecérselo... Y ahora le voy a dar una buena noticia... Hoy... ¡no quiero más que un centígramo!

¿Se burlaba? Sus ojos febriles se clavaban en mí con ansiedad desconocida. Había en toda ella algo inédito que parecía embellecerla: estaba bien peinada y se había puesto ropas nuevas. A no ser por el color amarillento de la piel, habría dicho que estaba

hermosa.

- —Debe comprender que lo hago por usted —añadió con voz equívoca.
- —¿Por mí? ¡Yo no he hecho nada! Debería darle las gracias a la monja. Sonrió extraña, duramente.
- —Está usted en un error. Ni los rezos de la monja ni los manjares con que me distingue tienen para mí más valor que el heroísmo suyo. Claro, tengo que fingir un poco para no herirla. Aprendí el Credo y terminaré por comulgar. Es una forma de pagarle; estará feliz; lo único que me aterroriza es la confesión. No sabré qué decir; en fin, veré cómo salto el río.
  - -Dígame una cosa -la interrumpí-: ¿quién la aleccionó para la farsa de ayer?
- —¡Bah!, no es difícil; se mira alrededor, se escuchan conversaciones de los estudiantes; en fin, una no es tonta... ¿No me encuentra usted algo mejor? Mi voluntad se está fortaleciendo.
  - -¿Será por las oraciones?

Me miró intensamente.

—A veces... hay algo más fuerte que eso —murmuró, como hablándose a sí misma.

En los días que siguieron fui creyendo en una transformación, y me pareció que podía empezar a creer en su mejoría. No deseaba más que un centígramo, y cierta mañana, ante mi sorpresa, me pidió que no le dejase la droga. En su rostro se retrataba la decisión; sentí que había ganado la batalla, vi renacer la fe en mi alma.

Dos días más tarde apareció la hermana en mi oficina; chorreaba felicidad.

—¡Doctor! ¿Lo ha visto usted? ¡Dios nos ha escuchado! ¡Nuestra 17 está salvada!...

¡Ha dejado la morfina, se alimenta muy bien, se preocupa de su alma!... Reza diariamente,... ¡y ha prometido comulgar!

-Me parece admirable -dije, temeroso de enturbiar aquella dicha.

La buena hermana no se daba cuenta aún de la magnitud de su sacrificio. ¿Qué esperaba de ella? Si hubiese sabido que a espaldas suyas se burlaba de los rezos, su actitud habría sido diferente; pero yo no me sentía inclinado a despojarla de aquella ilusión.

No varió la actitud de Nacha en los días siguientes. La verdad es que parecía curada de su vicio: su voz era tranquila y sus ojos estaban despojados de aquel ardor febril y enfermizo. Se daba un baño cada mañana... ¡en la comunidad! Era una excepción, pero todo se podía por ella. Aparecía siempre fresca. Su falsa ictericia había desaparecido como por encanto. Los exámenes que se le practicaron dieron, naturalmente, resultados negativos. ¿Se iría, ahora, a descubrir la farsa? Pensé que el mejor camino de terminar con esta historia era dándola de alta; pero, al comunicárselo a la monja, fue como si le hubiese dado una pedrada.

- —¡Doctor, por el amor de Cristo, déjela usted un tiempo más! A un herido a quien operan se le da una convalecencia; ella es también una enferma con sus heridas cicatrizando... ¡No echemos a perder lo que hemos ganado! No la abandonemos ahora...
- —¡Pero tendrá que irse alguna vez! —repliqué—. La miseria volverá a hundirla en el vicio.
  - —¡No! ¡Lo impediremos! La haré venir a la comunidad.
  - —¡Cómo es eso? —exclamé, perplejo—. ¿Va a tomar hábitos? Suspiró.
- —¡Ah! ¡Si Jesucristo hiciese el milagro completo! Pero, al menos, le daremos un hueco donde dormir. Ya he hablado con la Madre Superiora; está de acuerdo en que debemos ayudarla. Le enseñaremos labores, cocina, ayudará a arreglar la capilla... ¡Dios nos tiene reservada esta alma, doctor!...

Me sentía conmovido ante el fuego de aquellas palabras. Era como una madre hablando de su hija, a quien trata de salvar de las asechanzas del mundo. Pero, en el fondo, dudaba de todo aquel optimismo.

Me había alejado, y volví sobre mis pasos para decirle:

—La nueva visita general será el viernes, madre. Los exámenes han salido negativos. El profesor obligará a darla de alta. A mí no se me ocurre ya qué hacer. A menos que tenga usted por ahí otra droga...

Sonrió misteriosamente:

-¡Déjemelo usted a mí, doctor! Eso ya está arreglado; mañana lo verá usted...

Estaba metido en un barrial y no sabía cómo salir de él. Deseaba que terminase pronto, de cualquier manera, tal vez de la peor; pero la monja parecía tener el secreto para prolongar aquel sainete.

Fue al día siguiente, al acercarme a la cama 17, cuando lo comprendí todo... todo lo

que puede hacer la Fe en algo o en Alguien.

—Esto me ha dejado la monja —me dijo Nacha, sonriendo, entregándome un sobre.

Era una radiografía de vesícula biliar... ¡con un cálculo adentro!

Quedé atónito, mirando una y otra vez aquella película, cuyo informe calzaba perfectamente con el caso que se había inventado.

¿De dónde la había obtenido? Habría sido una investigación inútil: para una monja que quiere convertir a una pecadora hay cien caminos insospechados.

Ahora nada faltaba para la prueba, y podía yo afrontar la llegada del viernes con

tranquilidad.

Llegó una vez más el grupo con el profesor a la cabeza y se detuvo frente a la cama 17.

—¡Hm-m-m!... —murmuró el catedrático—. Aquí estamos de nuevo con esta enferma... A ver, ¿cómo andan las cosas? —la miró fijamente, examinándole el revés de los párpados y el dorso de las manos—. ¡Cómo! ¡Ya ha desaparecido la ictericia! Es raro... ¿Tiene por ahí los exámenes, doctor?

—Ha llegado una radiografía —dije, con voz opaca.

Mientras sus ojos recorrían los contornos de la placa, una satisfacción creciente se iba pintando en su rostro; una especie de júbilo clínico.

—¡Hermosísima! —exclamó, triunfante—. ¡Aquí tienen ustedes, señores! ¡Hay un enorme cálculo en la vesícula! ¿Lo ven ustedes? —añadió, levantándola más en alto, a contraluz—. ¡Ahora está todo explicado: obstrucción biliar, ictericia..., cólicos a repetición!... Un caso magnífico para mostrar en clase...

Se había inclinado de nuevo hacia la enferma; una vez más volvió a darle vuelta los párpados, extrañado.

- —Me parece raro... —murmuró—. La ictericia no ha dejado ni una huella. Es un caso excepcional. ¿Tiene usted el valor de la bilirrubinemia?
  - —Una unidad Van der Bergh, normal —leí en voz alta—. Fechado hace dos días.
- —Es curioso —repitió, mirándola con aire de duda—. En fin, será una buena enseñanza. Hay enfermos en la vida, señores, y no cuadros patológicos precisos. Volveremos a verla la próxima semana.

Me encargó repetir algunas pruebas de laboratorio y hacerla llevar a la sala de clases. Luego se alejó, seguido de los demás.

¿Qué podía ocurrir ahora?

Lo peor había pasado; sentía el alma tranquila. La religiosa continuaba en su paraíso; había llenado de flores la cama 17, y por todas partes lucían crucifijos y estampas. Un ramo de rosas blancas yacía a su lado en un pequeño florero, y los cobertores estaban limpios. Todo aquello olía a santidad y a milagro; y la verdad es que lo parecía. La enferma 17 había sufrido una transformación, no sólo en su alma sino en su físico. Tenía un largo cabello que ahora peinaba brillante y oloroso, y su boca carnosa se entreabría para enseñar sus blancos, impecables dientes. ¿Era ésa la misma morfinómana que había visto con cara de monstruo y los ojos calcinados? A pesar de todo, su presencia me producía aún una extraña sensación de viscosidad, y sólo veía en ella a una viciosa corregida. Esto de corregida estaba aún por verse.

Cierta tarde, al salir del turno del hospital, la encontré en el jardín. En sus manos llevaba un libro.

-¿Anda usted en pie a estas horas? -exclamé-. Está prohibido.

—¡Oh, la cama me aburre! Y está siempre la monja con sus rezos. Ayer tuve que tragarme la vida de San Agustín. Me prepara para la comunión, ¿sabe?

—¿Y cómo se siente?

—Como a alguien a quien van a quemar. ¡Yo comiendo hostias! ¿Qué gusto tienen, lo sabe usted?

-A nada; a pan y sal.

Habíamos llegado a la puerta de salida. Cerró el libro y exclamó con aire abstraído:

—Doctor... quería pedirle un favor.

"Hasta aquí llegó la abstinencia" - me dije, preparándome para lo peor.

-¿Qué desea, Nacha? La escucho.

—Tengo sed. ¿Se arriesgaría usted... a tomar una cerveza conmigo, ahora?... ¡Oh, claro, siempre que no tuviera prisa!

Sonreí aliviado.

—¡Vaya!... ¡Con el mayor gusto, Nacha! Si es una cerveza... Tome, aquí tiene... Al frente hay una fuente de soda. Pero no tarde.

Me detuvo la mano con el billete. En sus ojos apareció una mirada asesina.

—¿Pero qué se cree usted, que le pido una limosna? No le pido dinero, sino beber una cerveza en su compañía. ¡Sí, ya lo sé, se avergüenza usted de mí! ¡Soy una morfinómana, una enferma de su sala! ¡Y es usted todo un médico! Vamos, tiene usted razón; lárguese pronto.

Dio media vuelta y se echó a andar por el jardín. La seguí, tomándola de la manga de

su traje.

—Escúcheme... Espero que no se ofenda. No le dije eso por no acompañarla, sino porque tenía prisa. Pues bien, ¿me acepta una cerveza ahora?

Se alzó de hombros; luego repuso, como alguien que concede una limosna:

-¡Está bien! Vamos.

Atravesamos la calle. Ocupamos una mesa en un rincón del establecimiento, junto a una electrola. Se escuchaba una música tropical. Desde que había ingresado al Servicio, era la primera vez que Nacha salía a la calle. Miraba en torno suyo con aire abstraído. Cuando le trajeron la cerveza, se puso a beberla con un placer descontrolado; hice traer algo de comer.

Animada de pronto, masticando un trozo de jamón, me preguntó:

-¿Y usted ignoraba que el portero me impide la salida? Es peor que un cancerbero.

-Entonces... ¿lo ha intentado otras veces?

—Dos o tres. Usted comprende: hay que escapar a ratos de la monja y de los rezos.

Hombres y mujeres charlaban a nuestro lado, mientras tomaban una taza de té o bebían algún refresco. A ese sitio acudían las enfermeras y practicantes del hospital, a veces algunos médicos. Me sentía un poco molesto: estimaba demasiado mi reputación, y no ignoraba que, al vérseme con ella, más de alguien echaría a rodar algún torcido comentario.

—¿Se encuentra usted incómodo? —me preguntó, como adivinando mis pensamientos—. Mira a todos lados con temor. No trate de ocultarlo. Tiene vergüenza de

mí; miedo de que lo vean conmigo.

Me limité a sonreír algo estúpidamente y a dar un mordisco a una galleta.

—Mire, Nacha... no interprete mal las cosas. Si es que algún temor tengo, es precisamente por usted. ¿Qué diría la gente que nos conoce, viéndonos aquí juntos?

—A mí no me importa la gente. Y a fe mía que la conozco mejor que usted; chinos, americanos y negros... y sé bien lo que tengo que decirle a cada uno... ¡Pero usted!..., ¡usted es una criatura!... Un pobre niño asombrado del mundo, que no sabe más que cuatro cosas, hacer algunas recetas y, tal vez, el amor de vez en cuando... No sabe nada del mundo..., ¡nada!

-Nacha..., pero ¿por qué está llorando?

-¡Déjeme!

Era la primera vez que la veía en aquella actitud: vencida, doblegada. ¿Qué había dentro de su alma? Demasiadas cosas aún que yo ignoraba. ¿Qué hacía, qué buscaba en el mundo? Un sentimiento de compasión se apoderó de mí y le tomé una mano torpemente.

-Nacha, levante la cabeza.

Su piel estaba fría, escamosa; temblaban sus dedos entre los míos.

-¿Qué quiere usted? -murmuró.

—Saber por qué llora.

Hizo una mueca, retiró la mano.

-¿Qué puede interesarle? ¡A un niño como usted!

—Un niño que casi tiene su edad.

—¡Un niño!

Se limpió los ojos enrojecidos con un pañuelo diminuto.

—He visto horrores en el mundo —dijo, tras una pausa, mirando hacia el patio—. Tenía una hija, no sé si se lo ha contado la monja... Murió de hambre... Desde entonces, no me ha importado nada ni nadie... También él murió. Por lo demás era un canalla... Recibí también una bala.

Se levantó la falda hasta la altura del muslo; una oscura cicatriz redonda resaltaba encima de la rodilla.

—Conocí el oprobio...; pero nada fuera de mi hija me importaba... Bueno, después fui modelo de pintor, en París; en las noches lavaba platos en un hotel. Luego, cuando estalló la guerra, me vine a Chile; aquí tenía lo único que me quedaba en el mundo: unas tías. Al verme llegar como una pordiosera, se horrorizaron. Me cerraron las puertas... Y aquí hay una calle que lleva el nombre de mi tío. ¿No le da a usted risa? ¡Honor!... Cuando paso por ahí, me dan ganas de tirarle barro a la placa...

Cogió de nuevo el emparedado y le dio un mordisco, como si se desquitase de

alguien.

- —Nacha —le dije, después de un rato de silencio—; dígame, ¿por qué se ha redimido..., es decir..., qué la hace luchar por librarse de su vicio?
  - —No me mencione usted a la monja, por favor; no vaya a creer en milagros.

—Entonces…

—¡Entonces!... ¡Idiota! ¿Que está usted ciego, que no lo ve? ¿Es necesario decírselo? He hecho un terrible sacrificio de voluntad, ¿y por qué cree usted? ¿Por el rosario de las tardes, por la sobrealimentación de la monja? ¡Es usted un ciego!

-Nacha... -pronuncié, con voz confusa.

¡Vamos! Está usted pálido como la cera... Naturalmente, ¡cómo no ha de excitarse! Una enferma le confiesa su amor. Una enferma repugnante, llena de vicios y amargura. ¡Un médico como usted! Todo pulcritud, el cuello siempre limpio... Un hijo de familia... Se casará con cantos y azucenas... y tendrá hijos que llevarán zapatitos de charol... ¡Un panorama de tarjeta postal! ¿Pero qué sabe usted del horror de la vida, del hambre y el desprecio? ¿Qué sabe usted de nada? —exclamó, trémula.

Me quedé mirándola, desconcertado, mudo. Sentí de nuevo el contacto de su mano

fría; su mirada buscaba la mía.

—¡Si usted supiera cuánta necesidad de salvarme tengo! ¡Por usted lo haría todo! Por usted he hecho cuanto he podido... No se me puede pedir más... ¡Sáqueme de esta cueva, no me abandone! Sabrá de lo que soy capaz... ¡Necesito un apoyo para volver a

vivir, un poco de amor!... De lo contrario, seguiré rodando..., volveré a lo de antes. ¿Se atreverá usted a tenderme la mano? ¡Oh, no me importa que usted no me ame! Sólo le pido que se deje querer. ¡Yo se lo daría todo! Con mi amor, lo impulsaré y usted triunfará...; yo lo haré triunfar... ¡Le falta que lo remezcan un poco, que lo sacudan de esta monotonía en que está metido! ¿Me comprende usted? ¡Yo lo haré llegar a la gloria; yo, una despreciable viciosa!...

Quedé inmóvil. Ninguna palabra salía de mis labios; en mi cerebro había oscuridad

y aturdimiento. Estaba atónito, desarmado para la más mínima reflexión.

Su vista estaba clavada en mí, esperando una frase, pero yo no la encontraba. La vi sonreír y ponerse de pie, mientras sus dedos se desprendían de los míos.

-Bueno -murmuró -. No me haga usted caso...

-Nacha, escúcheme...

- —¡Oh, no hay que tomarme en serio! Todo lo que acaba de oír, ¿sabe usted?, era sólo una broma... Es que tampoco a usted se le puede tomar en serio. ¡Está demasiado preocupado de su mundo, y, al fin y al cabo, el mío es un poco diferente! Usted es como una avecilla que necesita un clima adecuado, una temperatura racional. No es posible librarlo de su ambiente: se asfixiaría solo... Bien... ha sido usted muy amable, doctor... No olvidaré fácilmente este rato. El té estaba delicioso..., y gracias por su compañía. ¿Tiene hora?
  - -Las siete.

—¡Ya han cerrado la puerta! El portero pondrá dificultades; tendrá usted que darle algunas explicaciones para que me admita.

Atravesamos la calle; la enorme puerta estaba, en efecto, cerrada. Golpeé, y al abrir el portero, me saludó amablemente: le hice una seña para que la permitiera entrar. Nacha me extendió la mano:

—¡Gracias, doctor, una vez más! Y olvide todo cuanto le dije; olvídelo todo —repitió, mirándome furtivamente.

\* \* \*

Fue para mí aquélla una noche de desasosiego. La imagen de Natalia ardía en mi cerebro con insistencia. Recién parecía comprender la realidad de mi vida; había en ella sólo blandura y bienestar. Aquella mujer derrotada abría un boquete en mi horizonte, mostrándome paisajes desconocidos. Sí, mi vida era ésa, iba a ser siempre la misma. No había en ella otro deber que el de continuar una tradición: crecer, luchar, amar, tener hijos y morir. Después, nada; ninguna huella. Un hombre que atravesó el mundo, haciendo lo que cualquier otro mortal habría hecho con las mismas herramientas. Desconocía las raíces del sufrimiento, ignoraba el sentido del abandono y del hambre, y todo lo tenía a mi disposición, desde un automóvil hasta una novia. Mas, ¿qué leyes me ataban a todo eso? ¿No podía acaso librarme de la rutina y vivir como me placiese? Pero es que ignoraba cuál era esa vida que deseaba vivir. Lo único que comprendía era que aquella mujer me había remecido con sus palabras; volvía a oír su voz áspera e hiriente, veía sus ojos transformados..., y con un poco de terror me di cuenta de que comenzaba a interesarme... Sí, no podía negar que ahora comenzaba a gustarme. ¿No lo había advertido antes? Es que hasta entonces sólo era una enferma, la 17; desde ahora se convertía en una mujer, Natalia... Y esa mujer podía orientar mi vida sin destellos..., ella me podría llenar de luzy de fuerza... ¿Por qué no amarla? ¿Qué podía impedirlo? El camino estaba abierto; ella lo entregaría todo. Y se salvaría. Estaba cierto de eso... Era necesario que la incorporase a mi vida..., era necesario...

Transcurrieron las horas con una lentitud asfixiante. El insomnio se había apoderado de mí. Anhelaba la llegada del amanecer para verla de nuevo, sacarla de aquel sitio humillante, devolverla a la vida.

El día era gris y frío a la mañana siguiente.

Las enfermeras atravesaban los corredores del hospital envueltas en sus hopalandas oscuras; el jardín, sin sol y cubierto de hojas secas, parecía abandonado. Poco antes de entrar en la sala, una enfermera se acercó a decirme que la hermana deseaba hablar conmigo; me esperaba en la comunidad.

Golpeé a la alta puerta, abatido por un extraño presentimiento. La monja estaba junto a un escritorio; la vi acercarse con una expresión extraña en los ojos.

- -Doctor, ¡se ha marchado! -exclamó.
- -¿Nacha?
- —Sí! ¡Anoche! No se sabe cómo. Parece que escaló la tapia del jardín... Nadie la ha visto... Me ha dejado esto —agregó, señalando un montón de libros, estampas y algunos crucifijos—: ¡todo lo que le di! ¡Dios mío, ha sido inútil, inútil!...

Estaba pálida: parecía envejecida.

—¡Oh! Era demasiado mala —suspiró—. ¡Así ha pagado nuestros esfuerzos! ¡Después que casi estaba salvada! ¡Era todo una comedia!... Ha dejado este papel: lea usted, doctor... ¡Créame que estoy desilusionada; Dios me perdone!

"Gracias, madre, por todo lo que usted ha hecho. Le devuelvo sus simpáticos obsequios. No me han servido mucho. Pasé días muy tranquilos en la sala, gané de peso y... llegué a olvidar un poco las malditas ampolletas...; pero, ya ve, vuelvo a ellas. Es superior a mí. Son demasiados años de vicio. Me vence. Adiós, y gracias una vez más".

P.S. Le ruego me despida del doctor; también le estoy agradecida por sus esfuerzos.

Natalia

Permanecí algún rato mirando aquella despedida, escrita en correcto idioma francés. Aquella post data era como una afilada hoja que se me entraba en las carnes. Estaba abrumado. Era un epílogo estúpido, decepcionante, tras una batalla material y espiritual. Me sentía, como la religiosa, entorpecido e incapaz de coordinar las ideas. Habíamos sido burlados. Estábamos —lo estuvimos durante meses— aprisionados por un rencor sordo. Sólo el tiempo podía encargarse de ir hundiendo el recuerdo hasta transformarlo en olvido e indiferencia. ¿Era posible?

No podía entonces saberlo.

Ahora sí lo sé.

Diez años han transcurrido desde que desapareciera, y jamás he vuelto a saber de ella. Ignoro si ha muerto o si, distante como siempre, arrastra su soledad por caminos tortuosos de otros mundos. ¿Es feliz? ¿O yace, quizá, consumida por su vicio, destrozada, sin haber encontrado un amparo espiritual? Lo que ahora sé es que la recuerdo con intensidad y que me asalta un remordimiento inexpresable. Pienso que pude haberla salvado con un poco de ternura, con un poco de mentira... No necesitaba más para ser feliz. Un poco de amor, real o no, no importaba. Habría llegado hasta donde hubiese querido, hasta donde la monja no hubiese soñado; hasta la pureza, redimida del lodo y el asco. Pero ya es demasiado tarde. Natalia ha retornado a su infierno. El cielo está brumoso y tengo deseos de recordar... o de olvidar. Es un día que se parece demasiado al de una mañana pálida de hace diez años...



# Abraham Hirmas Riade

cionó su arte de asesinar, hasta el extremo de desconcertar a un país entero.

# ABRAHAM HIRMAS RIADE (1916-1988)

Periodista antofagastino, nacido el 10 de noviembre de 1916. Cursó las humanidades en el Liceo de Antofagasta y en el Liceo "Federico Hansen" de Santiago.

Desde muy joven ingresa al periodismo, donde ejerce variadas actividades. Fue director de la Revista de Criminología de Investigaciones, durante el gobierno del general Carlos Ibáñez del Campo, director de la revista *Flash*, subdirector del diario "La Nación", columnista de "La Crónica" de Concepción, redactor y reportero policial en la revista "¿Qué Pasó?" y redactor de temas especiales en "El Mercurio" de Antofagasta, "Las Ultimas Noticias", "La Segunda" y revista "Ercilla".

En 1952 obtuvo la estatuilla "Camilio Henríquez" por su destacada labor profesional, especialmente en la divulgación científica.

En 1957 dirigió la revista "Cascabel".

Sin duda los reportajes policiales fueron los más notables en su carrera periodística. En ellos utiliza una modalidad ágil y un enfoque humano y documentado.

Es autor de cuentos y poemas publicados en diarios nacionales y extranjeros.

Abraham Hirmas, en su novela histórica "Emilio Dubois, un genio del crimen", logra recrear, hábilmente, la vida azarosa del célebre criminal Luis Brihier.

El libro es un reportaje novelado, que abarca desde el nacimiento hasta la ejecución de Emilio Dubois. El escritor concuerda con la opinión del siquiatra argentino, que tuvo a su cargo el informe psicológico del victimario, el cual expresa: "Es el tipo de la bestia humana. En él se reúne una enorme cantidad de cualidades humanas, dominadas todas por una inteligencia superior. Dedicado a alguna rama de la ciencia habría sido monumental".

La obra exhibe cualidades nada comunes: una concienzuda información de la época y de las circunstancias en que fueron cometidos los crímenes, un estilo sencillo y atrayente, junto al realismo narrativo y a la penetración sicológica.

"Personajes santiaguinos y porteños surgen como lejanos fantasmas del relato del periodista y escritor, para caer abatidos por Dubois, quien perfeccionó su arte de asesinar, hasta el extremo de desconcertar a un país entero, incluyendo a su policía y servicios de seguridad"<sup>21</sup>.

<sup>&</sup>lt;sup>21</sup>GONZÁLEZ V., VÍCTOR: Dubois, un asesino que ahora hablará en inglés. Diario "La Tercera", Santiago 18-x1-1972.

Hirmas construye un relato apasionante. Al comentar su curiosa preferencia por el "genio del crimen", ha dicho: "Emilio Dubois no podía quedar atrapado en la telaraña de la imaginación. Había que liberarlo, devolverle su sangre y sus nervios, sus músculos y su cuerpo, su mente y sus pensamientos, y enseguida ponerlo a caminar de nuevo por las mismas calles donde vivió y mató, donde amó y murió".

En otra parte de sus declaraciones, expresa: "Insensiblemente, sin darme cuenta, poco a poco fueron acumulándose en mi archivo otros datos, folletos burdos de la época, fotografías y más recortes de diarios y revistas, que iban construyendo la imagen difusa y distante de Dubois. En la misma forma, lentamente, el célebre criminal francés fue creciendo, agitándose, convirtiéndose en un hombre novelesco". "Emilio Dubois, un genio del crimen" ha sido traducido al inglés. Abraham Hirmas falleció en Santiago el 9 de febrero de 1988.

#### OBRA

Emilio Dubois, un genio del crimen. Ed. Zig-Zag, Santiago, 1966.

# EMILIO DUBOIS, GENIO DEL CRIMEN (Fragmento)

#### EL PRIMER DELITO

Un día llega al caserío un hombretón entrecano. Viene a pasar sus últimos días bajo ese cielo apacible. Ha jubilado como policía en París y trae también a su hija, la que no tarda en despertar en Luis una pasión que más tarde llevará ardiendo en su sangre, como un carbón encendido, de mujer en mujer. El muchacho es ya un mozo de dieciocho años, y ella, su primera chispa sentimental.

La joven corresponde a Luis, y todo marcha bien al principio. El ex agente se hace cliente habitual de María Rosa y suele quedarse bebiendo hasta pasada la medianoche. Los enamorados aprovechan esta ausencia para verse, a ocultas, en el huerto de la casa de ella. Para encontrarla, Luis tiene que saltar la tapia. Más adelante, no se conforman con amarse las primeras horas de la noche. Descubren que el padre, al volver a casa, se duerme profundamente bajo los efectos del licor. Esto los alienta a proseguir su idilio por más tiempo.

Pero una noche, la pareja siente que alguien camina entre el follaje, en dirección hacia ellos. Es el ex policía, que se ha escondido para sorprenderlos. La sombra avanza con resolución. Al reconocerlo, la hija lanza un grito y se arroja a los pies de su padre, implorándole perdón. No obstante, el viejo arremete furioso contra Luis, a quien golpea brutalmente. Luis se defiende con bravura. Es un animal acorralado, pero tiene que vencer! En la sombra no se ve la terca lucha cuerpo a cuerpo. El joven es inesperadamente derribado. En el suelo, Luis manotea un garrote y se incorpora con más bríos. Da un salto y le descarga al rival un feroz garrotazo. El hombre cae tomándose la cabeza con las manos y con un alarido que parte la noche en dos.

Ha nacido la hiena.

Luis huye a su casa, pero al alba escapa de ella. Minutos antes le han avisado que la policía de Etaples irá a detenerlo. Hace un bulto con sus escasas ropas y se va. Los padres lloran y lo besan. Es primera vez que deja su hogar. ¿Hacia dónde ir? Rueda de aldea en aldea, se ofrece para cualquier menester, duerme en camas apestadas de chinches, sufre fríos y jamás se lamenta de su suerte. ¡Está tan acostumbrado a las penurias! Si desde niño se ha hecho hombre para ayudar a los suyos, ¿qué puede esperar ahora de los extraños? Luis va endureciéndose como el cemento recién fraguado.

Un día llega a las minas de Courrières, en el Paso de Calais, y el mayordomo lo recibe con alegría. Entre sus obreros no hay ninguno más fornido que el flamante huésped. Su cuello de toro, pese a su baja estatura, es un indicio de que podrá soportar las tareas más pesadas. Y las soporta durante dos años. En ese tiempo, Luis Brihier acude normalmente a su trabajo. Es puntual y laborioso. En raras ocasiones se embriaga. Nadie se queja de él. Tiene sus ratos taciturnos, y cuando se irrita, surge la riña. No se sabe cómo hizo del puñal un arte, un verdadero arte, así como el pincel en manos de un artista. Quizá lo aprendió a manejar obligado por el medio en que vive, empujado por los propios mineros, que suelen herir o matar a sus enemigos con la navaja. Y descubre que el puñal es la razón, la necesidad de su vida. Se convierte en el maestro de

la estocada a fondo, en pleno corazón, y en el vencedor de todos los duelos. Sin proponérselo tal vez, con el puñal en la mano, ha adquirido el oficio de sangre, el crimen como su pasión, la muerte como instrumento para ganarse la vida.

No hay que provocarlo, no hay que punzarlo. Es peligroso. El garrotazo en la cabeza del ex agente de policía en Etaples despertó en Luis Brihier Lacroix el animal sin entrañas que dormía en su interior, un animal que ahora sabe usar el puñal. Mostrarle los dientes es ofrecerle el corazón para que se lo parta certeramente con la hoja.

Una tarde, el mismo mayordomo que le diera trabajo dos años antes lo amonesta sin intención de agraviarlo; pero Luis se siente lastimado, manotea su puñal y trata de liquidar la injuria. El mayordomo, más fuerte que él, lo sujeta heroicamente y le quita el arma, derrotándolo delante de sus regocijados compañeros de trabajo.

A Luis se le inyectan los ojos. Acepta la derrota, la primera de su incipiente carrera de criminal, y simula el desquite entre los pliegues secretos de su alma emponzoñada. Sigue acudiendo a su ocupación como todos los días, sin notársele que su rencor busca el instante propicio, el encuentro a solas con el mayordomo de la discordia. Como a las dos semanas del incidente, el mayordomo es hallado muerto en la cancha de metales, con los brazos en cruz, el rostro al cielo y un hoyo profundo en el corazón. Todos piensan que el asesino es Luis Brihier Lacroix, pero ¿cómo probarlo?, ¿cómo señalarle con el dedo?

Es su primer crimen.

Brihier se revela ya como lo será siempre. En ese primer crimen a mansalva pone su impresión digital. Le basta un gesto agrio o una mueca hostil para que se sienta herido y le hierva la sangre en la cabeza. Nada lo detiene entonces para esgrimir y dejar caer el cuchillo, y cuando el cuerpo cae a sus pies, recién se siente satisfecho, tranquilo, como si la sangre fuera miel para sus labios, manjar para su estómago.

Semanas después de matar al mayordomo, le pide al nuevo capataz, una mañana, antes de entrar a la mina, que le liquide su jornal.

—¿Te vas?

—Sí, voy a Etaples —responde Luis—, a casa de mis padres. Hace años que no los veo.

Es invierno y hay mucha nieve en los caminos. Brihier hace el trayecto a pie. En su conciencia no cabe el remordimiento. ¿De qué? ¿De haber muerto al mayordomo? El recuerdo de ese crimen ni siquiera le hace encogerse de hombros. Llega a Etaples un atardecer, y aguarda en las playas de su infancia a que oscurezca para entrar a su casa. No olvida que si lo ven, puede ir a prisión por el garrotazo al ex policía. Su madre es la que más se alegra de vover a verlo.

Está sólo dos días con los suyos. Constata que aún los sigue queriendo, pero ya se ha acostumbrado a estar sin ellos. Además, no puede seguir viviendo allí, como un león prisionero, con el temor a cuestas de que pueden arrestarlo en cualquier minuto, en cuanto se sepa que ha regresado. Se despide de sus padres, que, comprendiendo la situación de Luis, prefieren que siga vagando a ser arrastrado a la cárcel.

Antes de dejar su hogar, Luis pregunta por la hija del policía jubilado.

-Se casó hace un año -le informa su madre.

La noticia es amarga. El joven se queda mirando el vacío fijamente, como si alguien le hubiera clavado un alfiler en el pecho y no pudiera respirar. No tiene nada más que hacer en Etaples, y se va de su pueblo natal para no volver jamás.

Con el nuevo peregrinaje. Luis comienza también su mala vida, la pendiente, la rodada. En Arras lo sorprenden robando una maleta y tiene que permanecer dos

meses preso. Al dejar la cárcel, sale con la idea de saltar a la América española, a esas tierras nuevas de gente sencilla y confiada, de puertas entornadas y existencia quieta. Allá nadie lo conoce, podrá hacer fortuna, ganarse la vida más fácilmente que en su Francia. Podrá amar y matar con impunidad, segar vidas en el misterio a cambio de dinero, falsificar títulos deslumbrantes, escamotear con imaginación no conocida entre los latinoamericanos.

Los dos meses en la prisión de Arras le han servido para meditar y calcular, para decidir y planear, para aprender a fabricar laques fatales y actuar por sorpresa. De Arras se dirige a El Havre, y allí pide, en una empresa naviera, que lo admitan como marinero en alguno de los barcos que viajan hasta América. Es aceptado en el acto, pues en esos tiempos son pocos los jóvenes que se enrolan en las tripulaciones mercantes. Cuando el capitán de la nave le pregunta su nombre, Luis Brihier Lacroix le responde sin inmutarse:

-Emilio Dubois...

¿De dónde sacó ese nombre alucinante? ¿Pertenecía a alguno de sus compañeros de prisión en Arras o lo inventó él? Es nombre de héroe, de caudillo, tiene aureola y magia, música y simpatía. Es nombre que abre puertas, que impone, domina y queda como arrullo en el oído. Le sirve para dejar atrás su vida anterior y comenzar otra, la auténtica.

Tiene veinte años. Al final del viaje lo espera un mundo enteramente nuevo y excitante para su ardiente sangre de criminal, para sus manos ávidas de lo ajeno.



Mahfud Massis

## MAHFUD MASSIS (1916)

Mahfud Massís posee un acento singularísimo en la poesía chilena contemporánea. Nació en Iquique el 19 de marzo de 1916. Estudió en el "Iquique English College". Más tarde prosiguió su formación literaria y cultural como autodidacto. Contrajo matrimonio con Lukó de Rokha, talentosa pintora, hija del poeta Pablo de Rokha.

Ha sido director del Sindicato de Escritores, en 1945 y 1948, y uno de sus fundadores, y secretario de la Sociedad de Escritores de Chile en 1955. Ha sido, también, director del Instituto Chileno Arabe de Cultura y colaborador de "Las Ultimas Noticias".

Durante muchos años escribió en diarios y revistas del país y del extranjero, especialmente memorables son sus artículos en la polémica revista "Multitud".

Fue agregado cultural de Chile en Caracas en la década del 70. Desde entonces reside en Venezuela, donde dirigió un centro cultural venezolano-árabe. En la actualidad dirige diversos programas radiales en una importante

radioemisora caraqueña.

Se inició en la vida literaria con un libro titulado "Litoral Celeste" (1940), cuando aún se llamaba Antonio Massís. Pero a partir de "Las Bestias del Duelo" (1949) cambia su nombre de Antonio, por el arabísimo de Mahfud. Este cambio no sólo se refleja en el nombre, sino especialmente en su poesía. "La obra de Mahfud nos presenta una dramatización violenta de la realidad y fantasía, sin separar ambos planos, sino sojuzgándolos en el lenguaje, trabándolos en imágenes a menudo contrapuestas. La crítica, en general, le ha reconocido la creación de una nueva modalidad literaria, a la vez pesimista y vital... La muerte es el eje alrededor del cual resuelve su poética angustiada"<sup>22</sup>.

Massís cultiva, con acierto, la poesía, el cuento y el ensayo. En dichos géneros ha obtenido importantes distinciones: "Las bestias del duelo" fue considerado por la prensa nacional el mejor libro publicado en 1949; "Walt Whitman, el visionario de Long Island" obtuvo el Premio Unico de la Sociedad de Escritores de Chile, en 1952, y el Premio Municipal de Ensayo en 1953; "El desesperado", uno de los cuentos que integran "Los sueños de Caín" (1853), consiguió el premio en el Concurso Renovación del Ministerio de Educación. Además ha conquistado galardones en los Juegos Literarios "Pedro de Oña" de la Municipalidad de Ñuñoa.

Mi vida ha sido dura y cruel; Mis versos son duros y crueles.

<sup>&</sup>lt;sup>22</sup>Diccionario de la literatura latinoamericana. Chile. Unión Panamericana. W.D.C., 1958 (p. 123).

Este epígrafe de Mahfud Massís, que antecede a "Sonatas del Gallo Negro", es altamente revelador, pues nos permite captar en su integridad el sentido de su poesía. Al leer "Sonata del Gallo Negro" encontramos una verdadera declaración de principios de su poética, la que se manifiesta en rebeldía con la belleza (entendida ésta en su forma tradicional), ya que proclama el feísmo, es decir, el desprecio por las palabras bellas, pero carentes de fuerza y símbolos adánicos.

Massís prefiere la realidad de un mundo visceral y anárquico.

Es verdad: yo cosí a puñaladas a la Belleza.

De tristeza y azarcón cubrí sus vestimentas de diosa,
devoré sus intestinos, sus pobres vísceras:
(eché tierra en su ojo resplandeciente.
Y al anochecer levanté la cresta en un grito largo y melancólico).

Jean Aristeguieta, prologuista de la obra dice: "Cuando el despiadado torrente funeral del mensaje poético de Mahfud Massís nos asombra bajo la advocación de las imágenes, hay ecos de otras vidas y desencajados ardores en el cauce de su propio fondo. La flora ensangrentada, doliente, enigmática, encendida, blasfema, da la señal con que Mahfud se ha convertido en el Gallo Negro de su destrucción y de su victoria, merece, por lo menos de parte de quienes servimos a la poesía, el fervoroso testimonio de la comprensión, de la diáfana comprensión".

La voz barroca, vigorosa, siempre acerada y combatiente de Massís revela reminiscencias de culturas orientales. El mismo afirma: "Mis antepasados me han legado una carga mortal que no consigue superar mi condición de retoño americano". Existe un subconsciente poético que lo subyuga, seguramente por su origen árabe: "Y el Juez era sabio, y había leído en los libros de Cheops que habían muerto hasta ciento veinte mil hombres en la construcción de la Gran Pirámide".

Si bien el dramatismo de su poesía puede tener raíces orientales, en modo alguno se advierte condescendencia o aceptación resignada de un destino adverso.

"La recreación de una mitología destrozada, putrefacta, hacinada en tumbas de antepasados muertos, cuyos restos han sido aventados por el viento negro de la peste y otras plagas aludidas permanentemente en su poesía, constituye en Massís el símbolo de su protesta contra lo establecido, contra todo lo que se pretende imponer como estático e imperecedero"<sup>23</sup>.

La connotación humana es clara en una poesía que refleja el hecho político y social sin tapujos. Por eso en su obra están presentes la historia y la leyenda,

<sup>&</sup>lt;sup>23</sup>Espinoza Orellana, Manuel: Testamentos sobre la piedra. "La Nación", Santiago, 12-xii-1971.

incluso los elementos apocalípticos: "la que parió en el desierto un animal atónito, de rostro casi humano,/ el que perdió la cabeza y sobrevive a las inundaciones,/ preguntando su horóscopo a los perros, y se desploma sobre los espejos,/ anonadado, solo".

El poeta lucha por un mundo fraterno, igualitario, donde el hombre no sea el lobo del hombre. Para conseguirlo convierte la poesía en un arma de combate. Por eso el verso restalla como un látigo sobre los mercaderes y los prevaricadores. "Y volviéndose a los siervos, dijo: "Bebe vuestra sangre, mas vosotros bendecís el mendrugo. Levantáis pirámides y ciudades, y dirá él: Yo las hice. Y vosotros empujáis el carro, ancho como carro de faraón, y desensilláis sus caballos". Y entre otro pasaje expresa: "Ayer fue cordero, mañana será león en la espesura./ Porque la mano que se extendió para bendecir, reaparecerá armada; y no quedará hueso sobre hueso, ni tendón sobre tendón que no sea desgarrado, porque se acerca el día de la justicia".

Alguien lo ha definido como "un francotirador de la poesía chilena". Por lo demás su lenguaje es el apropiado para una visión funesta del mundo. "Hay ratas y magnolias en mi lenguaje" —dice Massís. Es decir, conviven en su verbo creador el acero de la espada y la ternura varonil del oriente planetario.

Testamento sobre la piedra tiene el vigor de un manifiesto y la serenidad de una oda al mañana.

"Entristecido, como Odiseo, como un enano muerto en el fondo de una copa, remonto este estadio negro, buscando a Dios, enflaquecido de andar por la tierra".

"Si te dicen que me he sacado los ojos, que una gran mosca negra, como aleta de muerto, recorre el Mar de los Degollados, que todos los perseguidos de este mundo te estamos llorando en estas calles en que se acabó la luna, te juraría que es verdad, lo juraría por tus manos cortadas que viajaron del lavadero de Vallegrande, donde fuiste mostrado como un ígneo dios caído en una red de piojos, o un potro blanco de cabeza de oro derribado en las cloacas...". (Fragmento de "Sangre al Guerrillero").

# OBRAS

Los tres (ensayo), 1943.

Las bestias del duelo (poemas), 1949.

Walt Whitman, el visionario de Long Island (ensayo), 1953.

Los sueños de Caín (cuentos), 1953.

Elegía bajo la tierra (poemas), 1955.

Sonatas del Gallo Negro (poemas), 1958.

Los derrotados (teatro), 1961.

Leyendas del Cristo Negro (poemas), 1963.

El libro de los astros apagados (poemas), 1964.

Testamento sobre la piedra (poemas) 1971. El hombre y su circunstancia (crónicas), 1981. Imagen y persistencia de Andrés Eloy Blanco (ensayo) s/f. Llanto del exiliado (poemas), 1986.

#### **DESNUDO**

al pie de esta Cordillera despiadada y blanca, yo,
Mahfud Massis,
cuajo de Palestina en el Continente Americano
habitante del Tercer Mundo,
del tercer ojo,
de esta luna vacía,
alzo mi voz como un potro contra el firmamento oscuro.

### BIOGRAFIA INFINITA (1942)

De Las bestias del duelo

Mis bestias de amianto buscan el valle del emir que vive con un pulmón de cisne. Bebido estoy del vino del nadir, el vino armado de recuerdos y de lanzas. Vedme desnudo. Mi única arma es el beso, y en mis manos apenas cabría la muerte de un poeta.

Mas, ¿qué aroma de chacales os perfuma las sienes? ¿Por qué estos negros pájaros sobre vuestra morada? Mi alma sólo precisa del amor y del dulce haschisch que duerme en vuestros ojos.

Pero, ¿qué piedras, qué heredad, qué ventura azarosa, qué garfios me atan como a un perro a la estatua y al pie de este bosque maldito? Imploro a la inmensidad, a los monstruos errantes amarrados al cielo. A la estrellas que caen a los pequeños lagos.

Pero, ay, las cadenas me ciñen todavía más lejos, hacia donde la luz boga hace ciclos de selvas y de años, y los peces caerían por tanta sed de vuelo. Más allá del divino espacio adivinado donde hasta las aletas de Dios se quebrarían: vivo atado al negro musgo de mi alma.

# BUSQUEDA DEL PRINCIPE DEGOLLADO (1942)

Buscad mi corazón en la hostería de los príncipes muertos. En mis nervios se nutre un canto de leopardos y hay un delfín dormido

al pie de las clemátides.

Pero decidme, ¿dónde está el príncipe comido por las lianas, su blanco pantalón de lino, su puro rocío devorado?

Yo sospecho del conde con los ojos de distinto color, del centurión helado, y los peces que de noche alimentaba la amortajada del pozo.

Buscad en qué cisterna, en qué podrido acuario, como una flor de lámpara alejada en la vida oscila vaga y mece su cuello degollado! ¿Qué viento de lacería por los álamos brama? ¿Quién llora por el príncipe, decídmelo quién llora?

En sus cuencas hay espacio y caben la sombra, el cielo, el lobo y la abubilla. Su esqueleto se pudre en un nicho de plomo, amparadle. Yo no podría, mis manos están ocupadas en el sueño y el dulce Galip está lavando los viejos puñales. Los que pasáis por este nicho, golpead la puerta. Soy el príncipe ilota.

#### POEMA 1

De Elegia bajo la Tierra (1955)

Cierta noche los lobos durmieron en la casa, royeron el viejo hueso familiar, y una pavana de costumbres estoicas caía del naranjo, y eran piedra de oro, bebida, sagrienta para los extraños.

Yo era el Hombre de Java de la familia. Comía en una sartén, dormía como un salvaje sobre los tejados.

Nadie leyó en mi corazón en la ciudad enterrada.

Perdonadme por lo que fui, por lo que seré aún todavía, por lo que no podré ser sin enviar al mercado mi alma. Un señor con una cola larga me saludó un día, y desde entonces pregunto a los transeúntes cuál es mi nombre.

#### POEMA 3

Soy Mahfud Massís, el Esclavo, el heresiarca de piel negra, el loco, el desertor, el papanatas helado bajo la nieve. Escondo mis dientes de cabro, mi cola de rey babilónico, mientras camino por la ciudad junto al angosto río. Entre lívido aceite, mi vieja sombra atrabiliaria atraviesa las ciénagas, ladrando a la majestad lunar con mi oscura casaca de muerto.

Puedes tocar mi rostro, su lejana mariposa de hueso. Mi semblante de ídolo prevalece perdido, sin alternativa en los sacos de la noche. Vagué mil años con mi ojo miserable, comí bajo los muros, y cierta madrugada comencé a cantar con mi gruesa voz de asesino, a escribir estas coplas de antiguos herreros.

Como un pequeño dios celeste y pálido, camino ahora por el mundo con mis ojos de perro, escarbando la tierra, entre insectos y podridas anémonas, buscando una cabeza querida, un rostro perdido hace mucho tiempo.

#### POEMA 15

Gladiadora en el lecho nupcial, las hienas vienen a comer de tu carne amorosa en la noche. Una reja se abre, penetro en tu alcoba oscura. Nuestros cuernos chocan contra el ónix sombrío, y nos amamos, vaciándonos los ojos, haciendo discurrir la lengua como un tigre bajo la luna de noviembre. Entre vasos de ginebra yace tu cuerpo, galgo frío, envuelto en la paja del pubis silencioso. Alguien asalta entonces tus ojos de caoba,

y la cabeza

maldita del ángel sobre la flor quemada del agua, empuja tu estatua vacía hacia los archipiélagos, tus ojos inaprensibles comidos por las raposas.

Sobre tu vientre caen aves de pico rojo, y la boca que balbuceó la frase perdida y querida tiembla bajo el diente fino de los roedores.

#### CANTO 18

Sobre este corazón comido por las piedras, sobre este pecho raído, escondía mi rostro en la desnuda infancia, cuando el largo cuervo de la noche, cuando las campanas de la otra vida hendían mi sueño de vapor y precoz tormenta.

Alguien ponía los dedos sobre la gruesa aldaba, asomaba su cuerno rodeado de luciérnagas, y su risa, como una parra de ceniza frío, arrojaba en el lecho un escorpión de sombra.

Cada mañana recogía mi cadáver, esos dedos secos, como una flor amarilla, unos labios, ahora inencontrables, encendían los lúgubres mecheros de mis ojos.

#### POEMA DE LAS MANOS MUERTAS

De El libro de los astros apagados (1965)

Toma mi mano, este hueso que estará un día perdido. Apriétala, ponla sobre tu corazón mientras dura la noche. Con ella escribo esta estrofa muerta, reviento una mariposa cada mañana. Con ella te digo adiós, pájaro viejo. Mira mis manos, sólo así comprenderás mi tristeza. Si te rompieran el corazón, si te comieran el cerebro, tendrías estas mismas manos, coronadas de aire invisible, de pámpanos muertos. Con ellas beberías la sopa enlutada del invierno, rodeado de escarabajos y de hijos.

Padre nuestro que estás en los cielos ¡defiéndeme estas manos! Que no se cubran de gusanos sino en la hora en que los hurones levantan sus patas al atardecer y otras manos escriban "fue un extraño salvaje en la tierra".

Encontrarás mi mano sobre el velador alguna noche, rodeada de carbón, incapaz de abrazar tu cintura, agarrando la sombra, el tabaco del cigarro funeral en el viento.

En mi rostro

despiadado y distante, hallarás sólo una pagoda de hueso, el resto de una verdad enterrada.

#### SALMO CERO

Ojos cargados de alucinaciones, ¿quién muere dentro de ti esta noche? No me arrojes adentro de la muerte, desdóblate, hunde tu negra frente en el mar, desata tu belleza pálida, saltando sobre el cuero del abismo, mientras mato por la espalda la ilusión, mientras los deberes se arrastran como saltamontes heridos en la cabeza.

Deslízate, ave de piedra, consérvate hierática sobre los sepulcros. ¡No hagas sonar las viejas monedas!

El corazón gotea

herrumbe de eternidad. Mi pierna de palo, mi alma de pobre soñador comienza su última jornada, echándome sobre el espacio curvo, alejándome de aquello que amo con intensidad, como el aire al venado rojo.

Ahora, corrompiéndome bajo el agua, entre el silo y la vacada negra, con la cabeza de Belcebú en el pecho, oh Rastreador, verde vasallo que me cubres, distíngueme entre el oleaje. Padre Muerto: distíngueme entre la arena!

¡Levántame!

Deja caer tu mano seca en mi cuello. Tu cordel seco. Tu hueso seco.

Padre de los pastos y la viruela, Señor de los Difuntos, tú que controlas el sueño, la menstruación de las mujeres, tú que matas en la cuna al infante rosado, ¡acuérdate del Salmista de Ojos Amarillos!

#### YO GUERRILLERO

De Testamentos sobre la piedra (1971)

Ya no sé cómo vivo balbuciendo esta lengua, desconocida a mi propio corazón, lengua sólida y líquida de procaces llamaradas, lengua de santo humillado, de generaciones que derribó el mar sobre el hueso pardo del hambre.

Hay ratas y magnolias en mi lenguaje.

Hay lluvia.

dientes, labios amarillos, una lámpara de asesino clavada en la puerta. Una noche enterré a mi padre. Anduve solo. Siempre había un muerto en mi copa, una mirada, una alondra que lloraba en el lenguaje más oscuro.

Destruí

mis zapatos

caminando.

La pobreza se colgó de mi cuello como un ganso salvaje.

De mi corazón
manó
sangre negra
como de un niño ahorcado, un poco
de agua, y este tabaco intemporal de guerrillero de este mundo.

#### POEMA VI

De "Llanto del exiliado" (1986)

Con un tambor y un poco de hierba negra, pienso que cualquier lugar es bueno para morir, pero hoy, qué tristeza, qué ganas de morder las piedras, porque hoy, precisamente hoy, mi pequeña madre ha muerto en su casa de Santiago, a diez mil kilómetros de aquí, a un millón de mis manos que envejecen cada tarde.

Y me pregunto qué hago en medio de esta destrucción, en esta autopista en la que estoy colgado, sin saber qué hacer, caminando entre árboles de terrible verdor.

Otros hijos viste destrozados o caídos en la noria, triturados o carcomidos o sedientos de púrpura, como vasos reventados en la frente de un dios.

Pero guardabas
tus lágrimas en el fondo del antiguo
baúl, y todo se fue volviendo grava, manto miserable,
en tanto el ausente, el hijo viejo,
evocando esqueletos queridos, te enviaba
botellas de ácido
cruel, un poco de sal arrancada a la boca de los perros,
o hablaba como un caballo que hubiera perdido la razón,
entre vejámenes y la lenta lluvia.

#### EL INVOLUCRADO

Poemas inéditos

Cuando mató a su amante, yo estaba involucrado. Cuando murió de tristeza, yo estaba involucrado. Cuando se declaró la guerra en Occidente yo estaba

involucrado.

Me fui a lavar, pero estaba lleno de sangre.

No había suficiente jabón ni arena marina.
¡Adelante, vendedores de detergentes y de lejías blancas!

Seré vuestro consumidor.

El más delirante!

Estoy comprometido con las manchas del mundo. Involucrado en sus crímenes, en sus obscenidades. No hay piltrafa que no cuelgue de mi oreja. No hay basura que no caiga en el centro de mi ojo. ¡No hay un niño muerto al que no haya empujado!

Ocurre entonces que no puedo dormir de noche, que debo sostener un elefante mientras duermo. Y pregunto a cada instante quién soy,

qué he hecho.

Si hay otros hombres como yo, y por qué duermen. Si hay otros asesinos como yo y por qué duermen.

Yacen inmóviles.
escucho sus ronquidos.
Respiran sin rencor, inexorablemente.
Ninguno vomita en su piyama de noche.
Sólo yo tengo llena de suciedad la almohada.
¡Solo yo escupo sobre mi propia boca!

#### EL CIRCO

Yo estaba peludo, triste.

Habían
pedido una libra de mi piel y nada
pudo estremecer el corazón de los señores.
Así me dejaron
tus leones, César de mirada errabunda,
así en esta calle de pájaros muertos.
Después, los gladiadores, la multitud, el olor
de la carroña. Aquellos carruajes
sobre las piedras.
Entonces
apareciste tú, trastornando el enigma.
Mi nombre es Rómulo, dije con las cuencas vacías.
Y no me importó morir entre tus piernas.

#### RENDICION

Entrego mi cabeza al tribunal, con sus ensueños, sus estreptococos, quiero librarme

del ángel que me arroja a estos dominios.

¡Basta ya de esparadrapos, de antiguas navegaciones! Pequeña reina, sálvame de aquella mujer de piernas torcidas ahora que estoy en el banquillo.

Me entrego voluntariamente para trabajar en la cocina, o preparar venenos silenciosos, con aquel joven tullido, o esa gran dama vestida de blanco que es una gallina ciega.



# Guillermo Atías Martín

12.1

## GUILLERMO ATIAS MARTIN (1917-1979)

Anuar Atías o Guillermo Atías nació en Ovalle el 6 de febrero de 1917. Pertenece a la generación neorrealista del 38 o del 42, aunque en algunas obras se acerca, por su técnica narrativa, a la del 57.

Estudió humanidades en el Instituto Nacional y desempeñó funciones

administrativas en algunas oficinas bancarias de Santiago.

Practicó el periodismo combativo; fue creador y director de la revista "PLAN", y presidente de la Sociedad de Escritores de Chile. Obtuvo los premios "Pedro de Oña" y "Gabriela Mistral".

Luis Merino Reyes traza brevemente el perfil de Atías: "De origen libanés por la línea paterna, es varón rubio, miope, muy cordial y sensible. Esta última condición le brota de la piel, hasta el extremo de que a veces se le ve acorazado en una terquedad que se rompe fácilmente con su hablar pausado y su risa bondadosa".

Su primer escrito de carácter narrativo aparece en "La Antología del verdadero cuento en Chile", de Miguel Serrano (1938). Es un cuento poético titulado "La escala". Pero la obra que le dio renombre fue la novela "El tiempo banal" (1955), agraciada con el Premio del Sindicato de Escritores de Chile y el

Premio Municipal de Santiago.

"El tiempo banal" es un poco la radiografía de la capital, vista a través de las peripecias de dos parejas: una de la clase alta y la otra, de la clase media burocrática, representada por un cartero y su mujer. Dos figuras bohemias: Cora y Alberto, establecen el nexo estructural de la obra. Alberto explicita el título de la novela: "Existe un tiempo de la nada, cuando los desarrollos se gestan. Hay una germinación oculta, más allá de la conciencia del hombre, de la representación de las cosas. Los hombres sospechan cuando está ocurriendo e, impotentes, aguardan y callan"<sup>24</sup>.

Merino Reyes dice de "Tiempo banal": "Es una novela bien construida, de hermoso ropaje literario y denso respaldo cultural. Están opuestos y entrelazados, un ambiente social aristocrático, con esnobismo intelectual, la subclase media y el pueblo. La observación humana es precisa y la poesía de la forma determina que el autor no incurra en naturalismo pedestre; al contrario, sus personajes son reales y fantásticos".

"Su técnica no es novedosa: narra en varios planos simultáneamente, desarrollando dos tramas paralelas y sin preocuparse por resolverlas en un desenlace unilateral. El mundo que le interesa es el de ciertas gentes dinámi-

<sup>&</sup>lt;sup>24</sup>IÑIGO MADRIGAL, LUIS: Sobreletras. Y corría el billete. "La Nación", Santiago 2-IV-1972.

cas a quienes una crisis les sorprende con el impacto de una catástrofe íntima irreparable. Atías les deja hacer y hablar. Va siguiéndoles como una sombra y cercándoles con su tela de araña, tenaz y sutilmente. Cuando ha terminado de examinarles, esas vidas quedan frente al lector desnudas y palpitantes. Sus héroes han caído heridos por una desgracia que tardan en comprender y, aunque se rebelan y combaten, nada pueden: sólo consiguen agrandarse en su miseria"<sup>25</sup>.

"A la sombra de los días" (1965) es una novela más madura. En ella ahonda en la psicología de sus personajes. El amor y la muerte configuran realidades imposibles de soslayar. "Sus creaturas aman, sufren, luchan, temen, pasan hambres, corren peligros, se ven mezclados en una catástrofe. Nada lo inmuta. Todo lo escribe y lo describe sin alterarse" (Alone).

Guillermo Atías sabe recrear ambientes, con rasgos finos, certeros, definitorios. "Los vendedores hablan con agilidad, acostumbrados a mover la lengua, a parlar sobre lo que tocara, era su profesión. Esas palabras iban a quedar en el bar de Renco, como cosas blandas y pegajosas, adheridas al piso estropeado, a los muros...".

Su valor, dice Vicente Mengod: "radica en la certeza del análisis. En un hálito humano que brota de las situaciones evocadas. La fusión de las escenas íntimas y de los cuadros sociales no muestra fisuras. Su enlace es armónico. Posibles dislocaciones del fluir temporal le prestan dinamismo a esta obra, tan llena de alusiones auna crisis social y anímica, ahora instaurada en diversas latitudes de Hispanoamérica".

La novela exhibe una trama interesante. Mauricio Gálvez, dirigente socialista, tiene amoríos con Sara, una joven sentimentalmente indecisa. Ella "juega al amor entre Mauricio y Lambert, un profesor de francés, de ideas nazis", "Mauricio se consideraba un hombre íntegro, con perspectivas claras. Y era justificado, porque desde la Universidad se hizo cargo de puestos directivos en la izquierda. Algo encontraron en el estudiante de tez morena, como de centroamericano, que usaba un registro de voz vibrante, apropiado para las asambleas. Lambert había mostrado incapacidad para disciplinar a los niños. Era mucho más difícil dirigir a los jóvenes en un momento en que el Frente Popular echaba mano del apoyo de los estudiantes, hasta los secundarios, que se sentían participantes del movimiento político nacional y consideraban, con cierto desdén, la disciplina del plantel".

Es particularmente atractiva la narración que hace el autor de los sucesos ocurridos con la toma del Seguro Obrero, por estudiantes partidarios del Movimiento Nacional Socialista Chileno, partido nazi que dirigía Jorge González von Marées.

Y corría el billete (1972) "novela panfletaria", según la subtitula el propio

<sup>&</sup>lt;sup>25</sup>Alegría, Fernando: La Literatura Chilena del siglo xx. Ed. Zig-Zag, Santiago 1962, (pp. 85-86).

autor. El propósito de la narración es obvio: "dar a conocer el boicot de los antiguos patrones a la estatificación de la fábrica". La novela, escrita sobre la marcha, alcanza una categoría de testimonio y de documento, pues los hechos se desarrollan, dramáticamente, con hombres nuevos, con escenario chileno y con sucesos del minuto...

La acción se nos entrega a través del monólogo, con todos los altos y bajos

del pensamiento discursivo, con sus lagunas, con su precipitación.

"Es una obra representativa de la novela política, de la que tanto se habla, se debate y se teme, sin que tengamos de ella sino muy aisladas representaciones" 26.

"La técnica que ha usado Atías ya nada tiene que ver con su poético cuento La escala, cuya acción está suspendida en los filamentos más sutiles de la emoción. Ahora se trata de hacer vivir por medio del lenguaje, apartes y soliloquios, cuyo riesgo es convertir al autor en ventrílocuo de sus creaciones. Pero afortunadamente ese riesgo no se precipita, terminando la novela por convencer y emocionar"<sup>27</sup>.

Después de Guevara (ensayo), 1968, causó numerosas polémicas en el ambiente literario y político nacional, especialmente entre los integrantes de partidos y movimientos marxistas.

Allí donde la tierra termina es un conjunto de cuentos, publicado en París en 1978. Constituye un retrato humano, histórico y geográfico de Chile, con

mensajes en prosa, poesía, fotos, documentos y mapas.

Le sang dans les rues (escrita primero en versión francesa y luego en castellano, La sangre en las calles), 1979, conforma una novela lúcida que narra los últimos meses del Gobierno de la Unidad Popular. Ellos son el telón de fondo de una novela, donde los personajes, reales o imaginarios, aparecen en la obra de Atías a través del relato de un periodista extranjero que observa la evolución de los acontecimientos y las reacciones de la izquierda y de la derecha chilenas.

Guillermo Atías falleció en París el 8 de noviembre de 1979, ansiando regresar al país que tanto amaba. Alfonso Calderón escribió al saber la noticia de su muerte: "Vivió entre la ideología y la bohemia, las antologías nuevas —o novísimas— del cuento, los debates increíbles del surrealismo y la Mandrágora, el criollismo y el angurrientismo, Neruda, Huidobro o De Rokha"<sup>28</sup>.

<sup>28</sup>CALDERÓN, ALFONSO: *Hoy*, Nº 122, Santiago, 21-xi-1979.

<sup>&</sup>lt;sup>26</sup>Arenas, Braulio: Arriba la literatura. Y corría el billete. "Ultima Hora", Santiago 21-111-1972.

<sup>&</sup>lt;sup>27</sup>Merino Reyes, Luis: Aproximación a Guillermo Atías. "La Nación", Santiago, 28-v-1972.

#### OBRAS

El tiempo banal (novela), 1955. Un día de luz (cuentos), 1959. A la sombra de los días (novela), 1965. Después de Guevara (ensayo), 1968. Y corría el billete (novela), 1972. Allí donde la tierra termina (cuentos), 1978. La sangre en las calles (novela), 1979.

### EL TIEMPO BANAL (Fragmento)

#### XXXXIX

El cartero había sido arrestado.

Esa mañana, la sala de carteros semejaba una posta de guerra. No eran sacos de correspondencia los que se tenía que despachar, sino toneladas. Durante la huelga se acumularon, como era de suponer, montones de cartas. Podría decirse que la interrupción del servicio había creado en el público un ánimo de represalia, como si todo el país se hubiese propuesto escribirse entre sí. Porque hasta burdas esquelas de saludo llegadas de pueblos vecinos, que perfectamente pudieron aguardar una ocasión más favorable para ser enviadas, ayudaban a aumentar la confusión, a irritar el ánimo ya exaltado de los encargados del despacho, que no terminaban de vaciar bolsas de cartas sobre las mesas de recepción.

-¡Parece que llegaron más esquelas que cartas!... -se quejaban estos hombres atareados, mientras iban y venían desde las bodegas del Correo con los sacos a cuestas.

Al cabo de dos horas de esta faena, que mejor recordaba las labores de carga en un muelle, la tarea no alcanzaba a la mitad de lo que había que hacer. Las mesas de recibo comenzaron a hacerse insuficientes y hubo que dejar que las cartas se amontonaran en el suelo. Los carteros, que aguardaban desde temprano que se iniciara el reparto, de pie al lado de esas largas mesas, debieron replegarse a los extremos de la sala. Más bien se les obligó a hacerlo, a medida que la correspondencia llenaba el piso. Hubo un momento en que todo el mundo andaba sobre cartas, sobre pequeños paquetes que quizás qué cosa podrían contener.

-¡Es mejor que los carteros esperen afuera! -se llegó a decir.

Adosadas a los muros de la sala, existían viejas bancas de tabla que nadie usaba en los días corrientes, salvo cuando un familiar o un niño aguardaba a algún cartero. Allá fueron a sentarse los malhumorados huelguistas. Calculaban el trabajo que les esperaba; los siete días de huelga tenían que reponerlos en unas pocas horas de intensa marcha. Los comentarios giraban en torno a los pormenores del conflicto. Se hacían críticas a los dirigentes por ciertas debilidades ante la administración. Las pocas ventajas obtenidas habían sido logradas a costa de un alza de las tarifas de entrega... Con esto quedaba dicho todo.

El cartero estaba entre ellos. Tenía que atender las innumerables preguntas que se le hacían, los sarcásticos comentarios de algunos compañeros. Se rumoreaba que el comando, basado en un estúpido orgullo, nunca fue a solicitar un verdadero apoyo a otros sectores del Correo.

-No hemos fracasado -decía el cartero-, al contrario, hemos aprendido.

Mostraba una extraña calma. Estaba afeitado y a pesar de cierto desdén por todo, que se adivinaba en su rostro, contestaba las consultas con exactitud.

Estaba preparado para reiniciar su trabajo, ésta parecía ser su resolución íntima. Ansiaba trabajar, marchar todo ese día y el otro y el siguiente, hasta entregar la última carta. Esperaba mucho de la enorme tarea que tenía por delante ese día; creía que el trabajo podía ayudarlo. "Yo soy un cartero —se decía— y este es mi trabajo". Miraba casi con ansia a los despachadores; pronto saldría con el bolsón repleto, tal vez tendría que procurarse otro para llevar toda su parte.

Era una resignación, pero al mismo tiempo, la búsqueda de un valor al que aferrarse: su trabajo, La vergüenza que roía su ánimo, cierta repugnancia por su propia existencia, le señalaron una salida que encontró a ciegas después de esa noche oprobiosa. Toda esa historia de amor no era más que una miserable basura que era necesario arrojar al olvido. Había perdido mucho más que una muchacha a quien amaba en esos días. Llegó a ser un desdichado sin honor. Cuando se encontró como un sobreviviente en la pensión, sobre su cama, después de caminar toda la noche al azar por la ciudad, la única fuerza que conservaba y le permitía continuar viviendo, era el asco que sentía de sí, la urgencia por limpiar su alma.

Hubo un revuelo en la sala de carteros cuando apareció la policía. Llegaba como toda policía del mundo, abriéndose paso, creando expectación a su alrededor. Era la B.H. y se hacía acompañar por el jefe del Correo. Esos detectives, es probable, jamás habían visto una sala de carteros, la vasta maniobra que significa el reparto de la correspondencia. Cuando entraron a esa gran sala atestada de papeles, de hombres que seguían vaciando sacos de sobres en el suelo, no se detuvieron a hacer consideraciones sobre el particular; el oficio, la diversidad de ambientes extraños a los que tenían que penetrar, casi siempre de improviso, les negaba esa oportunidad. Venían ahora en busca de un cartero y resultaba más o menos lógico que el lugar estuviese plagado de cartas. Eso era todo.

Avanzaron pisando la correspondencia hasta el centro de la sala, sin escuchar las explicaciones del jefe de Correo que trataba de darles a conocer que acababa de terminar una huelga. Tenían en la mano la filiación del cartero y deseaban encontrarse con él de inmediato.

La labor de despacho se detuvo, como era natural. La incertidumbre del personal era explicable. Siempre se temió que el gobierno aplicara la "Ley de Defensa" a los dirigentes; pero ahora parecía extemporánea esa medida cuando ya el conflicto se encontraba solucionado. De manera que cuando vieron llegar a esos hombres, a quienes todos como por instinto, reconocieron al primer golpe de vista como miembros de la policía, no alcanzaron a comprender la causa de la inspección.

La sorpresa aumentó cuando uno de los agentes, el que parecía jefe del grupo, preguntó en voz alta, mirando en torno a la sala:

—¿Dónde está el cartero? —la pregunta era superflua. Aún más, resultaba estúpida en una sala llena de carteros y así pareció al mismo detective quien se corrigió de inmediato—: Me refiero a un cartero grande. Debe ser el más alto de todos ustedes —dijo, dirigiendo una mirada sagaz al extremo del recinto donde se agrupaban los carteros, a quienes era fácil de reconocer por sus gorras con visera.

Todas las miradas fueron unánimes para volverse hacia el cartero después de estas palabras. Era el delegado de Quinta Normal al que llamaban, ese que observaba con mayor desinterés que el resto de sus compañeros el despliegue policial.

La B.H. no tuvo ya dudas acerca de la identidad del personaje que buscaba. Allá, en el fondo de la sala, se destacaba netamente la figura del cartero.

El jefe del grupo, casi con júbilo, lo llamó en alta voz desde el centro del recinto:

—Sí, usted, el grande... haga el favor de venir —mientras el cartero venía, se dirigió al jefe del Correo para preguntarle por algo que llamó su atención—: ¿Y ustedes entregan estas cartas así, con estas pisadas encima?

—Tenemos "aseadores" —replicó el jefe—. Las cartas se limpian antes de ser despachadas.

El policía fue un tanto incrédulo ante esta información.

Pero el cartero no se había movido de su sitio, del rincón que estaba ocupando desde que llegó. La alusión a su tamaño la consideraba demasiado imprecisa para sentirse llamado directamente.

Como era un asunto urgente que no admitía retraso, dos miembros de la B.H., por propia iniciativa se acercaron al cartero y lo tomaron de un brazo.

-Es a usted -le dijeron-. Acompáñenos.

El cartero, incrédulo, pensando en una equivocación que se aclararía en seguida, se dejó llevar hasta el centro de la sala, ante la ansiedad de sus compañeros. El jefe del grupo lo recibió con unos papeles en la mano y comprobó que era el hombre que buscaba.

—Sí, es él —dijo—; tiene que acompañarnos a la Prefectura.

El cartero alcanzó a divisar entre los papeles una foto suya de quince años atrás; llevaba la gorra que se usaba entonces, con un ridículo número en el centro, obligación ya liquidada por el gremio.

-¡Ah! Y es uno de los cabecillas... -comentó el jefe del Correo, con el suficiente

sarcasmo como para aumentar la confusión de los camaradas del cartero.

La B.H. estimó terminada su labor y se dispuso a salir con su hombre. Lo empujaron ligeramente para que los siguiera, pero se encontraron con que éste no aceptaba moverse. Necesitaba una explicación; quería que el error se aclarara delante de todos.

-¿Qué pasa? -preguntó, como si por primera vez entendiera que se referían a él.

—Síganos —le dijo el jefe del grupo acercándose al cartero—. Usted sabe; se trata del Chano. El prefecto Martínez Holiday quiere hacerle algunas preguntas...

\* \* \*

En la pequeña antesala del prefecto ya esperaba otra persona; era Fernando Blanco. Había sólo dos sillas y el cartero debió sentarse en la que estaba desocupada, frente a ese hombre que lo miró con asombro cuando los detectives dieron por terminada su misión dejándolo en la puerta.

El prefecto Martínez Holiday no había llegado. Se le esperaba de un momento a otro, pero era posible que se retrasara. Deberes imprevistos hacían del horario de ese jefe una verdadera interrogante; nadie sabía en qué momento podía aparecer. De noche y de día había que estar alerta para atraparlo, si se quería llevar una investigación adelante.

Eran las once de la mañana y hacía calor. Fernando observaba la pared vacía. Se alcanzaba a ver por la puerta entreabierta de la oficina del prefecto, algunas fotos ampliadas de carnets, prendidas al muro. Aparecían tipos de frente y de perfil con una serie de números en la parte inferior. Miró al que acababa de llegar. No comprendió por qué ambos aguardaban en esa sala tan estrecha. El que tenía al frente era un cartero.

La espera se prolongaba sin que se pudiera saber en qué momento eso iba a adquirir otro carácter. Nadie entraba a la oficina y sólo de tarde en tarde, se asomaba algún detective que se retiraba en seguida al comprobar que el jefe no había llegado.

Fernando sacó un cigarrillo, pero no tenía cómo encenderlo. Después de vacilar, se decidió a hablar a su acompañante.

—¿Tiene un fósforo, por favor? —le dijo al cartero, mirándolo por primera vez directamente.

El cartero buscó en su chaqueta sin encontrar la caja, pero por fin la sacó de uno de los bolsillos del pantalón. Se levantó y anduvo hasta su vecino después de constatar que quedaban fósforos.

—"¡Caramba, qué hombre tan grande!" —se dijo Fernando al verlo avanzar hasta

él.



Emilio Mohor Zummers

# EMILIO MOHOR ZUMMERS (1920)

Nació en Concepción el 20 de mayo de 1920, ciudad donde realizó los estudios secundarios. Allí también siguió la carrera de Medicina en la Universidad local. Más tarde continuó los cursos de educación superior en la Universidad de Chile, obteniendo su título de médico cirujano en 1945.

Ejerció labores profesionales en el Hospital Clínico José Joaquín Aguirre y en otras instituciones públicas.

Entre 1952 y 1953 viajó por diversos países de Europa, Africa y América del Sur.

Su preocupación por las letras se manifiesta durante los años de estudiante, al editar la "Revista del Centro de Alumnos de la Escuela de Medicina" de la Universidad de Concepción.

Ha sido director del Instituto Chileno-Arabe de Cultura y crítico literario del diario "La Nación" de Santiago.

En la actualidad es socio honorario de la Cooperativa Internacional de Escritores de Montevideo, Uruguay.

Ha escrito ensayos sobre obras y autores en diarios y revistas nacionales. También ha cultivado el cuento, entre los cuales podemos citar: "Tristeza perruna" (Premio Unico del "Concurso Nacional del Cuento Inédito" de la Fundación Tichauer (1976)), "Ensueño", "La aldea de Zebdane" y "Noche rusa".

Su poesía, sencilla y vital, expresa el amor a la tierra chilena y el recuerdo ancestral del mundo árabe.

Emilio Mohor se inspira en esta doble vertiente para cantar, con espontaneidad y sentimiento, ajeno a normas esotéricas o a complejidades estéticas.

Poesía en que se entremezclan amores y penas, alegrías y tragedias; es decir, la vida misma que transcurre en afanes cotidianos. Algunos poemas exhiben claro influjo del "Romancero Gitano" de García Lorca.

El profesor egipcio Lutfi Abdel Badi, se ha referido a la obra poética de Emilio Mohor, en los siguientes términos: "Su poesía lleva un mensaje solidario y humano, y es posible captar en él un exótico sabor de amargura y felicidad".

#### OBRAS

Pulso, poemas. Edit. Heidelberg, Santiago, 1970. Oda al Líbano (Asociación libanesa cultural mundial. Beirut), 1976. Semilla del tiempo, poemas (inédito). Tierra verde (novela), inédita.

#### TARIK

Año de setecientos once... Gritos de guerra sonaron en las arenas de cobre: ¡Allah-u-Akbar!

Tarik dirige sus huestes hacia la tierra cristiana. Lleva los hombres más fuertes que diera la noble Arabia.

Tarik garboso camina por las arenas del Africa.

Trescientos recios varones lleva consigo a la hazaña.

—¿Varones? —Digo leones, que quieren tomar España.

Y doce mil berberiscos que forman la retaguardia.

Por el cielo turquí corren albores de la mañana, los rayos del sol cabriolan en el filo de las lanzas.

El mar Ibérico espera a los señores de Allah.

En bellas naves doradas llegan a tierra cristiana. El jefe ordena incendiar los barcos de la jornada.

Hecho que siglos más tarde Hernán Cortés imitara.

Don Rodrigo y visigodos en la tierra jerezana... El horizonte se enciende con el fragor de las armas.

Tarik garboso camina por las tierras de Granada. Bermejo se tornó el cielo como corazón de grana, los alfanjes refulgían con las carnes destrozadas.

Polvillo fino de oro ahogaba las gargantas.

Cimitarras y gumías, rubí de sangre cristiana. Al aclarar la mañana don Rodrigo agonizaba.

Tarik garboso camina por el jardín de Granada.

#### INFINITUD

Tierra, bebe mi llanto y mi alegría. Tierra, bebe mi sangre,

Tu humedad es mi canto, tu corazón, los ocultos senderos que conducen a Dios.



# Waldo Atías Martín

minuos, con sua virtudes y miserias; que sons a; es decir, seres que viven:.". Waldo Atlas falleció en Santiago en 1978.

OBRAS

## WALDO ATIAS MARTIN (1920-1978)

Periodista y novelista nacido en Santiago en 1920. Realizó las humanidades en el Liceo Valentín Letelier. Luego ingresó a la Universidad de Chile para cursar las carreras de Pedagogía en Castellano y Derecho, las que abandonó para dedicarse al periodismo. Fue también funcionario de la Caja de Crédito Prendario. Participó activamente en labores gremiales y sindicales. Ocupó el cargo de director del Departamento de Cultura de la Presidencia de la República durante el gobierno de la Unidad Popular.

Es autor de una novela En vez de la rutina (1959), cuyo escenario lo conforma la vida burocrática de una oficina pública, en la cual los personajes vegetan en la mediocridad y en la monotonía. La obra contiene elementos de crítica social y de hondo verismo. Esta novela obtuvo el tercer premio en Los Juegos Literarios "Gabriela Mistral", organizados por la Municipalidad de Santiago en 1958.

Gustavo Mujica Cervantes dice: "Hasta ahora, en la novela chilena, las oficinas públicas y los funcionarios que allí laboran habían sido abordados desde otros ángulos. Este libro nos pinta otra visión sorprendentemente nueva. Por eso nos explicamos su título En vez de la rutina....

Cómo luchan los empleados prendarios; sus condiciones de trabajo; la gestación de un conflicto; cómo aman, se divierten o mueren. Mesón por medio, aparece el abigarrado público que acude a solicitar los favores de la *Tía Rica*, tan conocida por todos los chilenos. En medio de todo este ambiente, florece, además del amor, la ternura, la camaradería. Aquí actúan seres humanos, con sus virtudes y miserias; que aman y odian, generosos o intrigantes; es decir, seres que viven...".

Waldo Atías falleció en Santiago en 1978.

### OBRAS

En vez de la rutina. Stgo. 1959.

## EN VEZ DE LA RUTINA (Fragmento)

#### CAPÍTULO X

El "Oso" en su madriguera... Nervioso tamborileaba con los nudillos en la cubierta del imponente escritorio. En la sala de espera estaba la directiva de la Asociación.

Tenía perfecta noción de la gravedad de los acontecimientos. Aunque escéptico con respecto al desencadenamiento de una huelga, calculaba sus posibles alcances. No era la primera vez que enfrentaba ese tipo de amenazas; años atrás, en dos o tres oportunidades, el personal había acordado huelgas en medio de gran algarabía; pero, con gran inconsecuencia, iban al día siguiente al trabajo, como si tal cosa.

Esta vez podría ocurrir algo parecido. De todas maneras, era conveniente estar prevenido, por un descuido baladí podía echar a perder su prestigiosa situación administrativa. Además, en esa oportunidad, no tenía el absoluto dominio de los acontecimientos, bien lo experimentaba a diario. Parecía que hacia él confluyeran factores disímiles y aun opuestos, pero coincidentes en atentar contra su posición. Llegaba a plantearse la cuestión de si realmente valía la pena continuar en la brega; total, si tomaba el asunto con frialdad, podía iniciar de inmediato su expediente de jubilación dejando con un palmo de narices a todo el mundo, ¡que otro viniera a cargar con el pesado fardo!

En este punto se emocionaba hasta las lágrimas. Veía su jubilación y el advenimiento del caos en el servicio; sólo entonces abrirían los ojos en las altas esferas del Gobierno... ¡Qué diablos, no en vano había sabido sortear por más de tres lustros los mil afilados dientecillos del engranaje burocrático!...

Pero esos raptos eran fugaces; el hombre de acción, el maquinador, reaparecía; ahuyentaba sentimentalismos y se aprestaba para el combate.

Despachaba la documentación de rutina con parsimoniosa lentitud, era conveniente que el Comité sintiera el peso de su poder a través de la larga espera, que no fueran a imaginarse que eran el centro de sus preocupaciones.

Miró con satisfacción, casi con ternura, su amplio despacho. Recién no más terminaban de hacérsele reparaciones que lo transformaban totalmente. Los muebles modernos formaban curioso contraste con las gruesas cortinas que pendían de los muros, y que daban la impresión de una esfera hermética y sorda, cuyos misterios sólo él dominaba.

El tablero con timbres, colocado a un costado del escritorio, era una constante tentación, ¿a quién llamar para que lo asesorara en la entrevista? Sus dedos se deslizaron voluptuosamente por los botoncillos negros. Bastaría sólo una leve presión para que un oído atento, aunque estuviera situado en una oficina a decenas de metros, recogiera con respeto su llamado. Si en un rapto de humor o de inocente demencia apretara todos los botones simultáneamente, se produciría una extraña confusión y acudirían todos los subalternos en tropel. Le sucedía a veces imaginar una niñería: él sostenía una entrevista con imprecisos y amenazadores personajes; en un momento, la conversación se violentaba y, viéndolo solo y desamparado, llegaban a amenazarlo con armas; él, con un movimiento inadvertido, su rostro impasible, se apoyaría en el

tablero y, en un patatús, los asaltantes se verían aplastados por los fieles soldados de aquellos timbres...

Pero en ese prosaico devenir administrativo no había lugar para fantasías. Debía preocuparse seriamente de la entrevista con los que aguardaban afuera ya por más de media hora... Pasó desganada revista a los jefes de departamento que pudieran acompañarlo. ¿Podía en realidad fiarse enteramente de alguno? Sospechaba que a sus espaldas se urdían no pocas intrigas para desembarazarse de él y así poder pasar a ocupar su lugar. Sin embargo, llamó por el citófono (otro aparato al servicio de su poder) al Contador General que podía ser una valiosa carta por la estimación que el personal le tenía; al Inspector Jefe que de acuerdo con su apodo de Torquemada, podía desempeñar un papel altamente ofensivo; y, por último, al Fiscal cuyos conocimientos legales podían causar serias bajas en los dirigentes. Como se ve, se trataba de una audiencia preparada con todas las de la ley.

Los jefes llamados hicieron su entrada por una puerta privada. Entonces comenza-

ron los preparativos finales.

—Es preciso demostrar firmeza y seguridad, nada de vacilaciones —recomendaba el Director—. Según mis informes, tienen decidido darnos un plazo de cuarenta y ocho horas para que paguemos esa absurda gratificación; en caso contrario anuncian huelga...

—¿Y no es posible acceder, señor Director? —aventuró el Contador General, tal vez pensando en el buen tónico que para sus escuálidas finanzas, representarían esos tres meses de sueldo extras. Era un gigantón de ojos claros y rostro ingenuo, extraordinariamente versado en números y balances, pero que de estos asuntos entendía maldita la cosa.

El Director sonrió al oír la simplista proposición.

- —¡Pero, señor Contador!... Si estuviera en nuestras manos ya habríamos dado satisfacción al personal. ¡No faltaba más!... No se trata de una cuestión de dineros más o balances menos, el asunto tiene mayores complicaciones. Precisamente acabo de conversar el problema con el Ministro... Cualquiera flaqueza de nuestra parte tendría repercusiones políticas. Representamos en este caso a toda la administración pública. ¡Ejem!... ¿Y cómo está el aspecto legal, mi estimado señor Fiscal?
  - —Por donde se estudie, está usted en la razón, señor Director.
- —¡Estamos, señor, estamos!... No olvide de pluralizar; no se trata de mi persona, sino de la Dirección como tal que se juega la vida en este conflicto.
- —Todo es cuestión de que respondamos golpe por golpe —intervino el Inspector Jefe. Pese a no alcanzar al hombro del Contador, manifestaba más energía; había lanzado una risita nerviosa, siniestra, como el ronroneo del gato cuando captura al ratón—. ¡Nada de amedrentarse, señor Director!... ¡Me abanico con la amenaza de huelga! Perro que ladra no muerde... Estoy seguro de que si cometen la estupidez de llegar a eso, sufrirán un fracaso espectacular. Estaremos en condiciones de hacer funcionar las diferentes sucursales; tengo un plan al respecto...
  - -Me complace ese optimismo... Me gustaría conocer ese plan.
- —Perfectamente, señor Director; cuando usted guste... ¿Quiénes vienen a la entrevista?
- —Como diez o quince empleados, ¡qué sé yo!... Como si no hubiera trabajo en las oficinas... ¡Verdaderamente esta agitación sindical lo tiene todo patas arriba!... Pero por la cantidad no nos van a amedrentar, así vinieran todos, el personal completo en

masa. Claro está que los que llevan la voz cantante son los de siempre: ese hablantín de Pancho Moreno que desde que es dirigente no le trabaja un minuto al servicio; el "Cardenal", sobre quien huelgan comentarios; a este dúo parece haberse agregado en los últimos días Julián Perales, un estudiante fracasado de Derecho, que parece cargar a mi haber su frustración.

—Sería interesante examinar la facultad legal que les asiste para asociarse y actuar como dirigentes —insinuó el Fiscal con una sonrisilla misteriosa—. A lo mejor las ovejitas están descarriadas y podría aplicárseles las sanciones contempladas en el Estatuto Administrativo...

—Estudie el asunto, Fiscal, y traiga proposiciones concretas. Bien poco sacamos con teorizar mientras ellos están a veinte pasos de aquí atisbando la oportunidad para liquidarnos. Lo que necesitamos, señores, es acción; ¡hechos y no palabras!...

El Director, olvidando formalidades, vapuleaba amostazado a sus colaboradores. Todos eran excelentes azuzadores, querían que él pusiera las manos del gato para sacar las castañas; pero de ahí a asumir responsabilidades individuales... ¡Ni pensarlo!

Un molesto silencio se hizo presente. El "Oso", pese a su aparente desenvoltura, se sentía deprimido, abandonado, terriblemente solo. ¿Quién podría avalar la seriedad de las garantías otorgadas por el Ministro? Bien sabía que el hilo se corta por lo más delgado; en caso de dificultades, él podría ser la víctima. En cuanto a sus asesores, ¿no estaba expuesto a recibir una zancadilla en el momento más inesperado? En fin, eran los gajes del oficio...

En el fondo envidiaba a los dirigentes de la Asociación; ellos, por lo menos, parecían guardar la indispensable camaradería entre sí. En cambio él, pese al forzado plural que utilizaba — "nosotros pensamos esto, resolvemos eso, no estamos en condiciones de aceptar aquello"— comprendía que al primer traspié pagaría caro los errores. Con verdadera amargura comprobaba que después de tantos años no contaba con verdaderos amigos; tal vez el mayordomo y el chófer eran los únicos cabalmente leales; si hasta en la secretaria había notado modales despectivos.

Con un gesto de impaciencia, molesto consigo mismo, se puso de pie. Bastaba ya de cavilaciones. Reaparecía el dinamismo. El ideal hubiera sido poder explayarse llanamente con los tres jefes, preparar una buena mise en escene para la entrevista; por ejemplo, ellos podrían estar en la salita privada y, en el momento preciso y culminante, a una señal suya, hacer súbita irrupción, dando el golpe de gracia por sorpresa a los peticionarios. La seriedad, la rigidez del cargo le impedían dar salida a estos planes que serían considerados un tanto extravagantes. Sin embargo... ¿Y si fuera audaz? ¿Por qué no intentarlo aunque fuera en forma solapada?...

Dulcificó la voz.

—Les ruego que esperen en la salita contigua mientras cambio las primeras frases; es bueno que no vean a nuestra plana mayor esperándolos en cuerpo, que se den cuenta que a esta audiencia sólo le asignamos su estricta importancia... Luego, cuando oigan una señal mía, cuando eleve la voz, o mejor cuando carraspee así: ¡ejem, ejem!... ustedes aparecen y proceden a dar remate a mi faena. ¿Qué opinan de este plan?

Sintió pueril alegría cuando accedieron; el asunto comenzaba a marchar viento en popa. Un optimismo vivificante descongestionaba su pecho. ¡Ya verían esos campeones sindicales con quién se las habían!... Tocó el timbre indicando que podían pasar.

La docena de integrantes del Comité hicieron su entrada en confuso arrastrar de pies. Como no se habían puesto de acuerdo previamente, se formó un taco en la puerta: cada cual, con natural cortesía, cedía el paso al otro.

El "Oso" aparecía abstraído en el estudio de los expedientes que estaban en su escritorio; con su estilográfica granate hacía ágiles correcciones en un documento. Pareció no darse cuenta de la llegada de los visitantes; luego hizo un gesto cortés con su mano libre, como implorando que aguardaran el término de tan importante tarea; por último dejó la lapicera con un gesto de cansancio e, iniciando una amable sonrisa de sorpresa al reconocer a los recién llegados, se puso de pie y dio la mano a cada uno de ellos.

—Asiento, señores...; Caramba, faltan sillas!... Como no acostumbro recibir visitas tan numerosas...

Se acomodaron como pudieron, algunos en los brazos de los sillones, Julián quedó ubicado precisamente frente al Director. Martín Madariaga, por su parte, habíase quedado de pie, mirando de reojo por el balcón, en su habitual actitud secundaria, tal vez un tanto despectiva.

En breves segundos el "Oso" repasó los rostros de los circunstantes, como el ave de presa analiza la pollada antes de lanzar el ataque. Una mirada vacilante, una sonrisa tímida o benevolente podían señalar un eventual aliado. Al encontrarse su mirada con la de Julián, acentuó la sonrisa, que no se pensara que guardaba rencores hacia nadie. En cuanto al "Cardenal", su actitud le pareció impertinente e intentó un escarmiento.

—A ver usted, señor... Martínez, ¿no?... (que no se imaginara que lo individualizaba).

-Madariaga, Director, Martín Madariaga, para servirlo...

Con pica notó que se dirigía a él con la denominación "Director" a secas, quitándole el consabido y precedente "señor"; con todo desparpajo, lo mismo que un parlamentario o el Ministro.

—¡Eso es!... ¡Vaya esta memoria!... Si gusta tome asiento aquí, en la única silla disponible, precisamente a mi lado. Total, como van las cosas, es mejor que se aproximen a mi asiento, luego van a mandar ustedes más que el Director...

No quedaban ya más preliminares; se podía dar comienzo a la entrevista. Pancho Moreno tomó la palabra.



# Eduardo Abufhele Halabi

Par nesspre jampe. 1985, es un libro dividido en custro partes. La primera. La tango y su historia" consta de treinta y ocho capítulos, donde había de candombe, el tango andatuz y la habanera, que se consideran los origene unusicales del ritmo porteño. Cambien se refiere a los paradores, al luntardo los primeros instrumentos, el bandoncón, el tango-cancion, sos lecristat, etce

En la segunda, se entregan más de cuen biografías de cuinsceix del conpo. Lo tercera parte está dedicada a Carlos Gardel. En la última, sómic a los esta destacados valores del tango, a los principales inscrumentalistas y los tacados la constante de la co

ráfica expresión de un periodista santiaguno.

Pilipia de libros. Popus para un domingo. "El bierrencio", Samongo, 13-10-1977.

# EDUARDO ABUFHELE HALABI (1926)

Periodista, nacido en la ciudad de Los Angeles, Octava Región, el 24 de abril de 1926. Desde muy joven incursionó en la radiotelefonía, donde creó los programas "Por los senderos del Cine", "Oriente en el micrófono", "Serpentina musical", "Al margen de la ley", "Tangos nada más" y "Pentagrama de arrabal".

En 1956 ingresa al diario "La Tercera". Allí ejerce funciones de cronista deportivo, redactor de espectáculos y reportero policial. Entre 1957 y 1966 labora en "Las Ultimas Noticias" y "La Segunda". Más tarde dirige una revista deportiva y escribe en "Vea", "Desfile" y el suplemento de espectáculos "Estreno", perteneciente a "La Tercera".

En 1976 publicó *Temas para un domingo*, que constituyen breves artículos o crónicas de la gran ciudad . "Son destellos de ingenio, resumen de observaciones, puntos de vista en los cuales se nos ofrece la nota romántica, la meditación dicha sin intenciones moralistas" <sup>29</sup>.

En la obra aparecen la anciana silenciosa, ovillada frente a una iglesia, un charlatán callejero, un tangómano que se embriaga y olvida. En síntesis, personajes que "están en el hogar, en el bar, en alguna plazuela, en un estadio o en cualquier lugar. Un día pasaron por nuestro lado o quizá nosotros nos encontramos con ellos al azar".

Hay en los ciento seis relatos un agudo don de observación y una clara simpatía. Exhibe, como dice Ricardo Bindis, su prologuista: "Un dejo nostálgico, un hondo sentimiento de amor por los barrios, las esquinas y edificios de la gran urbe...".

Por siempre tango, 1985, es un libro dividido en cuatro partes. La primera "El tango y su historia" consta de treinta y ocho capítulos, donde habla del candombe, el tango andaluz y la habanera, que se consideran los orígenes musicales del ritmo porteño. También se refiere a los payadores, al lunfardo, los primeros instrumentos, el bandoneón, el tango-canción, los letristas, etcétera.

En la segunda, se entregan más de cien biografías de cultores del tango. La tercera parte está dedicada a Carlos Gardel. En la última, alude a los más destacados valores del tango, a los principales instrumentalistas y los mejores intérpretes.

Por siempre tango es una obra a media luz entre el tango y la literatura, según gráfica expresión de un periodista santiaguino.

<sup>&</sup>lt;sup>29</sup>Guía de libros. Temas para un domingo. "El Mercurio", Santiago, 13-ш-1977.

La prosa de Eduardo Abufhele se caracteriza por la sencillez y la funcionalidad, no exenta de cierta dignidad literaria.

#### OBRAS

Alborada de estrellas (prosa poética), 1950. Temas para un domingo, 1976 Por siempre tango, 1985.

## EL BOHEMIO

Para el bohemio la noche es una poesía. Y él tiene alma de poeta. A veces cree tener talento de actor o condiciones y virtudes de dramaturgo. Tiene por amigas fieles y confidentes a las estrellas y parece que su espíritu se enciende en resplandores cuando comienzan a titilar en el cielo.

Es un conversador inagotable. Le agrada la charla sobre teatro, cine, poesía y literatura. No le gusta mucho hablar de política. Los anteriores son sus temas favoritos. Los maneja con destreza. Con conocimientos. Con pasión y calor polémico.

Necesariamente no necesita estar acompañado. Puede fácilmente estar solo y ver el desfile de las horas sentado en un restaurante. Frente a una botella. Frente a un trago. En su soledad medita. Su monólogo es en silencio. Examina sus reflexiones. Las refuerza con nuevos pensamientos. Las vigoriza o simplemente las destruye. En el fondo es un poco filósofo. Un filósofo de la noche. Teoriza sobre la vida y sus múltiples facetas. Se hunde en sus cavilaciones y lentamente saca conclusiones. Bebe un sorbo de licor. Aspira una bocanada de humo y mira a su alrededor. Luego de pasear su mirada indiferentemente, vuelve con renovados bríos a lo suyo. A su tema. A sus apreciaciones.

Fuma desesperadamente. A veces con nerviosismo. Le extrae al cigarrillo su más íntimo secreto y satisfecho de su habilidad expele el humo con orgullo como si hubiese logrado una importante conquista.

El bohemio auténtico jamás mira su reloj. Se guía simplemente por la noche. Por las estrellas. Y el tiempo se le escurre huidizamente en el torrente de su charla.

En ciertas ocasiones las horas confabulan contra él. Le mezquinan el festejo interior. Llega la mañana sin aviso. De sorpresa. Atropelladamente. Lo dejan en medio de su charla. En medio de su intento. Prácticamente a la intemperie. Como en pleno día del desierto: pleno de luz. Pero sin estrellas.

La claridad de la mañana le hiere las pupilas y enturbia sus pensamientos. Lo que en la noche, una frase, le parece genial, en la luminosidad del día la observa torpe. Sin gracia. Sin vida.

El sueño jamás lo interrumpe. No se entiende un bohemio con sueño. No sería auténtico. No tendría talento. No tendría clase ni enjundia. Sería simplemente un remedo. Sencillamente un trasnochador casual. Un aficionado. El bohemio de verdad ni siquiera pestañea. No tiene tiempo para ello. Tampoco deseos ni cansancio para justificar el agotamiento. Hacerlo sería una irreverencia. Una falta de respeto para consigo mismo. Sería mal visto. El bohemio de alcurnia, el que se vanagloria de su prestigio, charla de punta a cabo. Desde el filo de la medianoche hasta el retiro de la última estrella.

Conversa con los amigos ininterrumpidamente. Saca a la superficie un tema olvidado y lo desmenuza con inteligencia. Penetra en su fondo y emerge triunfaror. Permite controversias. Accede al debate abierto y franco, pero no acepta la destrucción de sus ideales. Los defiende con valentía. Con ardor. Como si cada noche comenzara una nueva batalla. Como si cada noche el mismo tema —el que a veces se repite frecuentemente— tuviera un sabor especial. Un aroma distinto. Un significado expectante. De

suspenso. Un cierto dramatismo cautivador. Es que cada noche el bohemio se evade un poco. Escapa con las estrellas.

Cuando las horas quedan atrás, arrinconadas en el recuerdo, cuando asoma el nuevo día, el nuevo amanecer, el bohemio se esfuma con los rayos del sol.



Olga Lolas Nazrala

OBRAS

aledad, Imp. América, Sigo., 1913. mondo squere el filentismo. Ed. San Felipe, 1940.

# OLGA LOLAS NAZRALA

Profesora, poetisa y ensayista nacida en San Felipe. Cursó pedagogía en Castellano en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Después de obtener su título profesional, realizó estudios de doctorado en la Universidad Central de Madrid. A su regreso al país, ejerció la docencia en diversos establecimientos educacionales de enseñanza media y en el Instituto Pedagógico, donde tuvo a su cargo algunas cátedras de literatura.

Autora de interesantes artículos sobre literatura árabe, uno de los cuales constituye un enjundioso ensayo titulado "Visión de la realidad en el Profeta" de Gibrán Jalil Gibrán. Entre sus apreciaciones críticas, expresa: "La preocupación por el hombre que atraviesa toda la obra de Gibrán y resuena como voz inmortal, lo es por su eternidad, por la belleza de su eternidad. Cuando le habla al pueblo de Orphalese de la belleza, le dice: La belleza es la vida, cuando la vida levanta el velo de su rostro sagrado. La belleza es la eternidad contemplándose amorosamente en un espejo; pero vosotros sois la eternidad y vosotros sois el espejo.

"Una mirada a Rabindranath Tagore" es un estudio significativo sobre el notable poeta hindú. "La voz de Tagore" —señala—, su lírica, nos aproxima a los elementos primarios de la naturaleza, a los grandes temas universales; aquello que vive en el hombre y busca morada en su palabra para sentirse expresado, pero sin que ello revele su arcano. Porque la poesía de Tagore, en su transparente sencillez, trasmite el temblor del misterio, la eternidad de la belleza y el ansia de querer descifrarla".

Sus libros Soledad (1943) y Cuando muere el plenilunio (1949) representan finas muestras de prosa poética. El último contiene una tenue anécdota narrativa y es apenas un pretexto para la ensoñación y la melancolía. Podrían denominarse estampas románticas, siempre equidistante de añejas retóricas o exaltados gritos de pasión. Por el contrario, se advierte el alma adolescente que sueña rutas ilusorias, en un estilo diáfano, pleno de gracia y cromatismo.

# OBRAS

Soledad. Imp. América. Stgo., 1943. Cuando muere el plenilunio. Ed. San Felipe, 1949.

## LA POSTRERA SOMBRA

Yo no he llegado nunca hasta el desierto y sin embargo vengo del "hasta" del confín sin nombre donde el sol se derrama hasta alcanzar los pies dormidos de la Media Luna.

Yo vengo de la pupila de un sueño del fragor del corazón reposando en los aljibes hondos, milenarias penumbras donde siguen pasando y pasando por mi sangre las caravanas insomnes del destino.

Hago sonar mi voz y un golpe de luz convoca los silencios de los que vendrán a cosechar la muerte y su siembra de promesa floreciendo.

Los ojos del espanto partieron las piedras y la pasajera sombra del recuerdo se quedó colgando de las ramas de un árbol seco mientras la sangre delirante buscaba el seno de la tierra donde ya la muerte no tiene nombre ni figura.

Sólo destino es su poder terrible, sólo el grito llegando a lo sin linde despertando en pueblo su florecer de raíz y de agua viva para amparar a los sedientos respondiendo a los mudos ojos del amor sin mengua v a su nunca consumada palabra.

Aquí o allá la arena ciega por igual no canta no dice ni sabe cuando los plazos vencen o puede el viento despertar a los muertos.

Porque sólo lo solo del que sufre espera el oasis final la llaga verde.

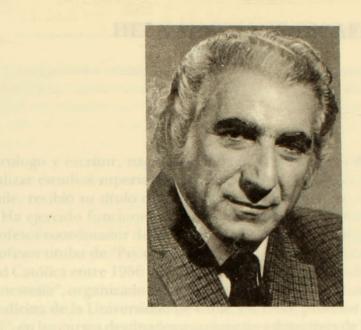
Caminante me llamo caminantes somos voy buscando mi huella por la arena interrogando a los ojos de los camellos y sólo me abren la ruta de los anchos cielos a su carga de sombras.

Mi padre y mi madre son toda la tierra anduve por las manos de mi padre y en los ojos de mi madre creció la lejanía. Estuvo mi sombra en los miradores de Granada y el Cristo de los Faroles me encontró en su noche.

Me surge de la bruma desierto y camino siempre el vivir en trance de esto o de lo otro los confines desde mi ser aquí de cumbre y nieve persigo un no sé qué...

Desconocido río
de mi herida abierta
y su oculto designio
me navegan los
vientos, el azar,
el albur
"Cerrar podrá mis ojos"...
Mientras alguien
un muecín lejano
pasa llorando
entre las mudas
sombras de los viejos
muros...

Ya no distingo la nostalgia mora de esta voz de Castilla despidiendo los desgarrados sones de un laúd y "la postrera sombra".



# Hernán Tuane Escaff

Humanas de Gobierno, desde 1978 a 1978, Setretano Ljeculto del Consey.

Social de Ministros entre 1976 y 1977.

Ha efectuado importantes trabajos de investigación relacionados con li
policifigis, los cuales ha publicado en revistas micronales y extranjeras. Perte
nece a la Sociedad Chilena de Hipnosis Clinica y Experimentat, de la que fo
su presidente en 1959; miembro honorario de la Sociedad Argentina d
Hipnoterapia. Asimismo ha assuado a varios congresos de criminologio
pulcologia en el extranjero.

Su fibro Rodrigo trata del rapro y ascainato del nión Rodrigo Anticio hecho que conmovió al país hace algunos años. El caso Rodrigo ha pasa lo conformar uno de los bloques más importantes en las anales policiales judiciales chilenos, siendo de evidente convenencia dias elas las probacidades de los mencionados determinantes. Estano prudente —ther el autor-

escrito explicando a la gente interesada del presente y del tunuo, que pos con Rodrigo"

Destino criminal son historias reales, fruto de veinte anos de expenero la c

La obra esta dividida en tres partes: En el primer capitulo Douma commuplantes la luporesis. Existen, dice, crimenes que sólo se explican analizando la

# HERNAN TUANE ESCAFF (1927)

Psicólogo y escritor, nació en Santiago el 7 de enero de 1927. Después de realizar estudios superiores en la Escuela de Psicología de la Universidad de Chile, recibió su título de psicólogo el 4 de agosto de 1954.

Ha ejercido funciones docentes en las universidades de Chile y Católica: profesor coordinador de la cátedra de "Técnicas psicológicas de tratamiento"; profesor titular de "Psicopatología", en la Escuela de Psicología de la Universidad Católica entre 1956 y 1957. También fue profesor del curso de "Hipnosis y anestesia", organizado por el Departamento de Graduados de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, en 1968; profesor de "Psicología criminal", en los cursos destinados a aspirantes a detectives de la Escuela Técnica de Investigaciones desde 1967 a 1970.

Entre sus numerosas actividades profesionales están la de psicólogo jefe del Departamento de Psicología Clínica en el Hospital José Joaquín Aguirre, psicólogo jefe del Departamento de Investigaciones Criminológicas de la Dirección General de Investigaciones, creador de la Brigada de Represión de Delitos Sexuales, en la misma Dirección General, Director de Relaciones Humanas de Gobierno, desde 1973 a 1975, Secretario Ejecutivo del Consejo Social de Ministros entre 1976 y 1977.

Ha efectuado importantes trabajos de investigación relacionados con la psicología, los cuales ha publicado en revistas nacionales y extranjeras. Pertenece a la Sociedad Chilena de Hipnosis Clínica y Experimental, de la que fue su presidente en 1959; miembro honorario de la Sociedad Argentina de Hipnoterapia. Asimismo ha asistido a varios congresos de criminología y psicología en el extranjero.

Su libro *Rodrigo* trata del rapto y asesinato del niño Rodrigo Anfruns, hecho que conmovió al país hace algunos años. "El caso Rodrigo ha pasado a conformar uno de los bloques más importantes en los anales policiales y judiciales chilenos, siendo de evidente conveniencia dilucidar las profundidades de los mencionados determinantes. Estimo prudente —dice el autor—dejar consignado, ahora que el caso está cerrado por la justicia, un testimonio escrito explicando a la gente interesada del presente y del futuro, qué pasó con Rodrigo".

Destino criminal son historias reales, fruto de veinte años de experiencia en Investigaciones, que presentan aspectos comunes, como es la aparente falta de razón de los crímenes cometidos.

La obra está dividida en tres partes: En el primer capítulo *Destino criminal* plantea la hipótesis. Existen, dice, crímenes que sólo se explican analizando la mente humana desde una nueva perspectiva. "Son los cometidos por perso-

nas comunes y corrientes, que, aparentemente, no tenían motivo alguno para llegar al hecho de sangre. Para entenderlos, es necesario, tener presente un nuevo concepto, la atemporalidad del inconsciente". En opinión de Tuane, los sucesos guardados por el inconsciente en el transcurso de la vida del individuo "permanecen vivos". "Quedan tal como se almacenaron. No pierden su virulencia. El individuo cree que son simples experiencias que se vivieron y después olvidaron. Yo planteo, por el contrario, dice, que están en plena vigencia, con todo su peso, y sólo falta la presencia de un detonante para hacerlos aflorar".

Los "hechos" los define como experiencias penosas vividas, que dejan una conmoción sicológica. El "detonante" es otra experiencia que se asocia por motivación con la aparentemene dormida.

La segunda parte titulada La Máquina es un ensayo sobre su visión de la sociedad. "La sociedad tiene la obligación de permitir la realización de sus miembros —dice—. Yo no acepto que un tipo esté corriendo para bajar de peso porque come demasiado, mientras hay otros que no tienen qué comer". Propone el camino de la integración social a fin de disminuir las tensiones y erradicar las injusticias. Sostiene que el fracaso de la convivencia social es la causa fundamental de la delincuencia y que el objetivo del ser humano debería ser "conformar una sociedad opuesta a la Máquina Humana, donde los más, y no los menos, expongan los auténticos valores humanos. Es menester dar a los otros, lo que a nosotros nos gustaría recibir".

La tercera parte, conformada por siete casos, que son los crímenes cometidos por las "personas comunes y corrientes", que un día cualquiera, se transformaron en actores de un hecho de sangre. Dichos relatos "Patética obsesión", "La mujer del paquete", "La purificación", "Reencuentro", "A la hora del crepúsculo", "Una huella que acusa" y "La prueba final" representan acciones reales que impactan al lector.

Estas historias van acompañadas de sus respectivas explicaciones, en un intento por demostrar la atemporalidad del inconsciente. Son protagonizadas por personas de distintos estratos socioeconómicos y culturales. Allí hay de todo. "Desde crímenes cometidos por distinguidos profesionales hasta aquellos en que los actores son simples analfabetos. Están al nivel de la mejor novela policial, con un agregado, son reales" 30.

En todos los casos el autor estuvo presente en los sitios del suceso y también en las investigaciones que siguieron. Su aporte personal a criminología lo expresa de esta manera: "El perfil psicológico del sitio del suceso. Creo que estudiando el lugar donde se ha cometido un homicidio, analizando sus características, se pueden obtener valiosos antecedentes sobre la personalidad del autor. El universo para su identificación se reduce así enormemente".

<sup>&</sup>lt;sup>30</sup>SESNIC, RODOLFO. Hernán Tuane: Cualquiera es un criminal latente. "La Segunda", Santiago, 14-vi-1988.

Hernán Tuane sabe conjugar armónicamente la investigación científica, de índole psicológica, con la amenidad del relato y la fluidez expresiva. Sus relatos están escritos con sencillez y en un estilo directo y funcional.

## OBRAS

Rodrigo. Una interpretación psicológica. Ed. Planeta, Barcelona, 1982.
Destino criminal (consideraciones psicológicas sobre el crimen). Imp. Salesianos, Santiago, 1988.

#### OBRAS INEDITAS

En otro planeta llamado Tierra (novela de corte histórico, axiológico y religioso). Víboras blancas (novela de índole médico-psicológica). Reencuentro (adaptación teatral de la historia del mismo nombre).



Farid Metuaze Gazale

O.B.R.A.S.

# FARID METUAZE GAZALE (1929)

Farid Metuaze nació en Cañete el 14 de agosto de 1929. Estudió las humanidades en el Liceo de Aplicación de Santiago y posteriormente siguió cursos de administración de empresas.

Sus principales actividades están relacionadas con el comercio, la industria y la agricultura. Hombre de inquietudes políticas y sociales, fue elegido dos veces regidor por la comuna de Curanilahue, habiendo sido también candidato a diputado por la provincia de Arauco.

Vivió algunos años en Santiago y regresó hace poco a sus tierras de Arauco,

donde reside en la actualidad.

Su poesía, de indudable raíz telúrica, exhibe casi siempre, un tono de nostalgia y trascendencia. "Geografía Mojada" constituye el descubrimiento lírico de la provincia, entre la bruma de los sueños y la magia del paisaje sureño.

Versos asordinados y leves, de clara estirpe cósmica, en la que afloran el amor y los desvelos sociales, la defensa del hombre, hermano del viento y de

los pájaros.

Vicente Mengod ha dicho de su obra: "El poeta ha pulsado diversas cuerdas del lirismo, prefiriendo los fuertes contrastes. Los temas del amor buscan su cabal raíz en los desvanes del recuerdo. A veces, la realidad del mundo circundante entrega a su poesía un dejo de protesta".

En su segundo libro Y llueve angustia diversifica su expresión en sugerentes metáforas sobre la temporalidad y el destino humano. "Digo el parque dulce,

el tren, barco que parte/ hacia el silencio".

Farid Metuaze es un poeta auténtico y sencillo, que sabe descifrar las voces misteriosas del ser y de la vida.

# OBRAS

Geografía mojada. Ed. Marsa, Santiago, 1952. Y llueve angustia. Ed. del Pacífico, Santiago, 1964.

## UN DIA PARTIRAS

Un día partirás, armado de una lágrima, deshecho por el beso de tu madre ya anciana, cogerás con tus manos el alba de su pelo y en sus ojos sin luz, tenues y desolados fijarás para siempre tu rostro de hijo amado.

Luego serán tus pasos, tus palabras alegres, la bella melodía de tu vieja guitarra; serás como el silencio de una flauta encantada que anochece en el bosque de muerte y de nostalgia.

Debajo de tus carnes donde el sol no penetra y el pulso de tu sangre es como un timbre muerto, oirás la lejana, la invisible llamada de quien, como fantasma camina por el huerto y palpa con sus manos ávidas de esperanza y besa el trompo azul de tus juegos de niño.

## PASEO POR LA PLAYA

Vuelvo de mi pequeño paseo por la playa y el olor de las olas florece en mis sentidos. Oigo el rumor del viento que juega con las nubes y se esconde en los viejos tejados de las casas.

El pueblo está en mis ojos con sus calles desnudas y las luces que alumbran tenues y desgarradas el paso de la gente y el amor que arde oscuro detrás de las esquinas.

Es así. Nada cambia.

Los muros encorvados y el ladrido de un perro que ladra entre las sobras.

## LOS ALAMOS

Posada del camino. ¿Cuántas almas respiran la soledad que crece con todos los luceros?

Cantan en tus veredas transparentes de ausencias los niños y los pájaros.

De tus casas asoman mariposas de musgo y muchachas que esperan...

Vigía del silencio, celda de corazones primitivos.

# POEMA DE UNA TARDE DE JULIO

¿Qué parezco tras los vidrios? Puesto mi rostro silencioso detrás de los barrotes. Algunos árboles despedazados por el viento apenas sostienen el peso de los huesos. Las nubes arrastradas por trineos de muerte abren un ojo... muy triste y llueve angustia.

Y llueve una derrota de hombres mansos y humildes.

Oigo el rumor de un lirio que se apaga, el paso detenido de repente; la voz de un sacerdote en un domingo de agua funeraria. Digo el parque dulce, el tren, barco que parte hacia el silencio.

¡Tantas cosas, Dios mío, como si en un minuto todo fuera y no fuera!

Como si en un minuto, tras los vidrios, la lluvia se posara como un adiós de náufragos o una triste sonrisa de vida cabizbaja.



Matías Rafide Batarce

# MATIAS RAFIDE: SERENIDAD DE UNA VOCACION LITERARIA (1929)

EUGENIO GARCÍA-DÍAZ

En 1960, hace casi treinta años, recibimos desde Antofagasta un primer recado de Matías Rafide. En las Colecciones Hacia que con perseverancia ejemplar mantiene hasta estos días Andrés Sabella, nos llegó El corazón transparente, un conjunto de hermosos poemas que reflejaban el firme desplazarse de un poeta que anteriormente había publicado La noria, 1950; Ritual de soledad, 1952; Itinerario del olvido, 1955; Fugitivo cielo, 1957. Todos volúmenes de poesía y un texto titulado Literatura chilena, 1959, en segunda edición.

El corazón transparente nos pareció en aquella época y lo corroboramos ahora, en esta relectura plena de reminiscencias, un hito insoslayable en la creación de Matías Rafide; sentimos que con toda propiedad esa obra es la clave que nos facilita el inicio de esta semblanza que anhela hacer justicia a un creador que generosamente se ha manifestado en tantas facetas del quehacer

intelectual: poeta, ensavista, investigador, profesor, académico.

Este hombre de visión literaria múltiple nació en Curepto en 1929, pequeña ciudad sureña. Para que Matías Rafide naciera en esos lares fue preciso que sus antepasados cruzaran mares procelosos, subieran a nuestras cordilleras para extender su mirada y contemplar el horizonte de prometedores territorios que serían su segunda patria; su padre venía de muy lejos, desde la legendaria Jerusalén, esta Jerusalén que nos duele en el corazón con su cotidiano duelo de lágrimas y de muertes.

Lo dice el propio Matías cuando en su ¿Quién es Quién en las Letras Chilenas? expresa: Nunca supe por qué mi padre atravesó océanos y cordilleras para venir a establecerse en Curepto, valle lejano y desconocido, situado entre serranías intermedias,

casi a orillas del río Mataquito.

Recordará Matías esta epopeya transcontinental de la sufrida diáspora de los hombres de los bíblicos troncos étnicos, que tuvieron que cerrar las puertas de los hogares paternos y echarse a los caminos en busca de otras tierras:

Amaba el mar como los ríos. Venía de tan lejos y en cada ola ponía su esperanza. Su sonrisa, balcones navegando en el aire. Atrás quedan pájaros insomnes, ecos de pasos, ajenos sueños en espejos sonámbulos.

Tiene el poeta estos nobles ancestros, esa progenie que tan hondo penetró en nuestra esencialidad hispana y, podemos decir que ese dominio de siglos se ha proyectado con fuerza en este largo territorio, porque los árabes, romeros impenitentes, alcanzaron nuestras costas, se afincaron en muchos lugares casi desconocidos de nuestra geografía y han aportado su trabajo tesonero y el fulgor de una cultura a la que tanto debe la Humanidad.

Un ejemplo vívido de esta contribución valiosa es la generosa existencia de Matías Rafide, quien se ha abierto un camino propio, auténticamente personal, en el que predomina el trabajo sistemático de facetas simultáneas, medular y responsable, munificente por el aporte permanente de sus conocimien-

tos en sus largas jornadas de docencia.

Es la honda preocupación que linda en la tragedia personal la que desazona a los creadores a quienes la vida presiona con esa medida deshumanizada del tiempo, lo dice Matías: he vivido atiborrado de clases y ocupaciones secundarias, sintiendo la angustia de no encontrar la soledad fecunda, no aquella egoísta o misógena, sino el ocio creador, libre de horarios y reglamentos, de reuniones improductivas o permanencias frustrantes.

El tiempo se funde como un metal sin dimensión posible en la existencia misma del hombre; la retórica pierde significación cuando se enfrenta el tema: el tiempo y, a tantos años de este encuentro con la poesía de Matías Rafide, ese corazón transparente conserva la lozanía de una edad auroral:

Que dura soledad la de no verte. Laberinto de amor, fuego y cilicio. Vivir un breve sueño. Sólo indicio. Pensar la rosa en fuga hacia la muerte.

En su extensión, la obra trasunta el modus vivendi de una poesía coloquial que nace plenamente del sentimiento, es el hombre-creador que encuentra en la expresión poética su modo más legítimo de expresión. Así es la poesía de Matías Rafide en su totalidad.

Hablemos del hombre. Nace en Curepto, sus padres trajeron para su retoño la visión sobrecogida de los romeros que se asoman a nuestras latitudes, que dudan en la bifurcación de los caminos, pero que con la decisión propia de quienes pertenecen a las razas fundacionales del género humano, siguen la luz de un lucero o de una estrella; el niño Matías vive el azar de toda infancia; sus años de estudiante los convive en diversos colegios y liceos, para posteriormente ingresar al Seminario San Pelayo de Talca, el que abandona al comprobar su poca disposición para el sacerdocio.

Es la época en la que aflora la vocación del escritor, que se había anunciado en tantos concursos estudiantiles, ganando galardones, contribuyendo con su trabajo en las publicaciones liceanas y en los diarios regionales.

Titulado profesor de castellano en 1956 en la Universidad Católica, obtie-

ne en España, en la Universidad Central, el doctorado en Filosofía y Letras y ejerce a su regreso de la Madre Patria, como profesor auxiliar de Estética en la Universidad Católica, sustentando como un discípulo avanzado, las teorías estéticas introducidas en el país por el P. Raimundo Kupareo, en su cátedra de la Universidad Católica.

Ha ejercido su interesante magisterio en literatura y estética en los claustros universitarios y ha desempeñado diversos cargos administrativos en la Universidad del Norte de Antofagasta, en la sede Talca de la Universidad de Chile, en la sede Maule de la Universidad Católica y ha dirigido las publicaciones universitarias: Revista Maule-UC y Revista Panorama Universitario.

Profesor visitante en la Universidad Católica de Bolivia, ha sabido con sapiencia entregar a generaciones de jóvenes ese valioso acervo literario, filosófico, estético, adquirido a través de sus estudios intensos, vigorizado por la visión personal en sus largos recorridos por Europa y el Oriente, en su contacto personal con pensadores, académicos y profesores; singular experiencia vivió recibiendo las valiosas lecciones de Carlos Bousoño uno de los más importantes teóricos del fenómeno literario, su tratado *Teoría de la expresión poética* es un libro insoslayable para quien anhele estar al día en los estudios del proceso de la creación literaria.

Leopoldo Panero, Luis Rosales, José María Souvirón, José García Nieto y otros importantes intelectuales hispanos, contribuyen sin duda a la forja de esa visión decantada que Matías Rafide ofrece en su quehacer múltiple.

España, Italia, Egipto, entre otros países, configuran para el poeta un encuentro de culturas que se interpenetran con la consistencia de sabidurías que han resistido el paso de las épocas, conservando su grandeza primigenia, que el viajero observa absorto frente a los monumentos de la antigüedad para ir al encuentro de un pasado increíble y mágico.

La diversidad de su experiencia docente lo enriquece y le permite atesorar un conocimiento del hombre que contribuye a vigorizar su verbo, no sólo en lo que atañe a su expresión poética, sino en la forja de sus numerosos trabajos: ensayos, estudios, artículos periodísticos, monografías, conferencias.

La disciplina pedagógica le aporta las herramientas que facilitan su trabajo de investigador y, en este aspecto, es importante su diversificado aporte al estudio de nuestra literatura. Mencionemos sus libros: Poetas de la región del Maule, 1973; La novela hispanoamericana actual, ensayo, 1975; Introducción a la poesía chilena actual, ensayo, 1978 y el Diccionario de autores de la región del Maule, 1984, en el que se estudian 320 autores nacidos y algunos avecindados en las zonas ribereñas del Maule, que se revela como un río de profundo cauce literario.

En este trabajo, ejemplo de laboriosidad y acuciosidad de investigador, señala los rasgos biográficos esenciales de cada autor, ofrece su opinión crítica sobre la obra en general, incorpora un listado de los libros publicados por cada autor reseñado y luego aporta las fuentes bibliográficas del caso. Este

libro es una contribución valiosa al estudio de la literatura chilena, en él se incluyen importantes nombres que enaltecen nuestra literatura.

Si a esta obra escrita y editada, sumamos las incontables conferencias, charlas, coloquios en los que permanentemente está presente Matías Rafide, su quehacer se amplifica en muchas direcciones y en gran dimensión.

Debemos considerar su participación en reuniones internacionales de la categoría del Congreso Mundial de Escritores realizado en Atenas, por la Sociedad de Escritores Helénicos en el año 1978, en el que disertó en torno al tema El aporte de Chile a la literatura de nuestro tiempo.

Todo el trabajo de Matías está concatenado, no podría el más exigente de sus exégetas discernir con propiedad respecto de las fronteras de su afán universalista; a nuestro juicio se establecen valiosos vasos comunicantes entre el poeta, fundamentalmente, con el ensayista, el pedagogo, el académico, el humanista; esta peculiaridad enriquece globalmente su trabajo creador. La sensibilidad lírica, muchas veces plasmada en un discurso poético de proyecciones, se insume en el investigador para dar plasticidad a sus ensayos, monografías, artículos; es el aire propio de una insoslayable herencia creativa que predomina en su ejecutoria literaria: una límpida expresión en la más pura línea de un lenguaje sabiamente manejado, con pluralidad de imágenes y una perspectiva semántica genuina, muy propia de quien ha sabido atesorar el valioso patrimonio de un idioma de hondas sonoridades.

Su incorporación como Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua, correspondiente de la Real Española, es un hecho muy significativo en su vida, más allá por cierto del honor que ello importa. Lo expresa Ernesto Livacic, quien lo recibe en la docta entidad: llega a Académico de Número porque de modo unánime los electores reconocieron sus dotes personales, su obra y sus promisorias perspectivas, y luego agrega en una pincelada académica excepcional por su cabalidad: Matías se nos hace presente a modo de un lago en que su placidez y cierta timidez dibujan una tersa superficie, bajo cuyas aguas bulle la energía de un volcán.

Tal aserto se corrobora si observamos al hombre y a su obra, tiene la expresión tranquila de quien mira con mucha profundidad a su interlocutor o al paisaje que lo rodea, tal vez en ello tenga que ver esa conjunción de elementos primigenios que hicieron del peregrino, contemplativo al distinguir el crepúsculo, vehemente en la visión del próximo porvenir.

Luego, en su obra, epiloga un lenguaje estructurado en el que secretas corrientes de un perspectivismo ancestral, coordina ideas y verbo para producir la sensación de un coloquio que nunca alza más de lo conveniente el acento de una sílaba, para que el recado llegue con la fuerza de las propias ideas al destino que el autor ha precisado.

Insistimos, su llegada a la Academia es un hecho trascendente en la existencia de este escritor de ascendencia árabe y por ello, en las propias palabras de

su introductor, nos hacemos, razonablemente esa misma pregunta: ¿qué habrá llevado hasta el mundo de la poesía a ese muchacho pueblerino, hijo de un esforzado comerciante venido desde Palestina? ¿Habrá sido un soterrado impulso generado por los viejos ancestros, por aquellas cien generaciones de invisibles camelleros, que dice en uno de sus versos, a modo de resabio o fruto de las introspecciones y esperanzas acumuladas mientras se llena con una música interior el largo trajín por el desierto en pos de remotos pero seguros oasis?

Cabalgan por la ruta de mi sangre cien generaciones de invisibles camelleros.

Y siento que el Oriente gravita en mis entrañas, y se asoma a mis ojos la angustia del desierto.

Me hieren sus arenas desnudas y salobres y un ritmo misterioso acompasa mis sueños.

El laúd se despierta sollozando por mis venas y diluye en el río infinito su lamento.

Las palmeras alargan sus umbelas de sombra como estandartes puros sobre mi campo yermo.

Debemos expresar que ninguna monografía o estudio sobre este autor puede prescindir de este poema que con tanto sentimiento ahonda en su linaje, establece esa relación vital con su ascendencia, lo sitúa en la raigambre que lo sustenta, lo eleva, purifica y fortalece su verbo, escribe a la sombra de un pasado que es parte del alma de la Humanidad.

La agudeza conceptual del estudioso del fenómeno poético queda de manifiesto con generosidad en su discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Lengua; en efecto, de sus palabras sustanciamos tres conceptos que nos parecen en su estructura y en la madurez de su contenido, verdaderas lecciones de poética; ante el fenómeno poético expresa Matías: el poeta presente busca trascender las limitaciones lingüísticas, otorgando al poema una connotación distinta de la función socializable. Pretende liberar a las palabras de su contexto rutinario y pragmático. Se emplean ciertamente las mismas palabras, pero éstas son usadas autónomamente creando una realidad poética excepcional e irrepetible.

Analiza a continuación aquel elemento consustancial al poema que ha merecido severos estudios y dice: la metáfora actual soslaya o al menos hace invisible, el nexo entre la idea y la cosa comparada. Como resultado de esta fusión se produce una sugerencia de identidad entre signo y significado.

La asociación se realiza de manera inexplicable. No se trata de una comparación explícita, abierta, convencional, sino de un acercamiento de dos realidades lejanas, que

el poeta reúne subconscientemente, de modo inefable.

Respecto de la poesía de hoy, Matías Rafide concretamente manifiesta: la

poesía actual desestima la obviedad expresiva y conceptual y exige por lo mismo un lector cómplice, capaz de descubrir caminos no hollados por el uso metafórico.

Ese espíritu observador emerge vigoroso cuando el ensayista ahonda en aspectos tan específicos del desarrollo literario: sus estudios ofrecen esa expresión activa de su afán de investigador que no toma reposo, que busca, hurga, se inserta en la historia, en la realidad, en la memoria colectiva del mundo, para entregar, producto de su espíritu crítico, una visión objetiva, decantada de los temas que con tanta propiedad aborda.

Se funden en la personalidad de Matías Rafide la ancestral visión del mundo de su ascendencia oriental con la novísima visión del Nuevo Mundo; de allí surge el poeta, el ensayista, el académico, el docente, el hombre pleno

de humanismo.

# CABALGAN POR LA RUTA DE MI SANGRE

A mis padres Salomón y Emilia

Cabalgan por la ruta de mi sangre cien generaciones de invisibles camelleros.

Y siento que el Oriente gravita en mis entrañas, y se asoma a mis ojos la angustia del desierto.

Me hieren sus arenas desnudas y salobres y un ritmo misterioso acompasa mis sueños.

El laúd se despierta sollozando por mis venas y diluye en el río infinito su lamento.

Las palmeras alargan sus umbelas de sombra como estandartes puros sobre mi campo yermo.

(De La Noria)

## POEMA V

HOY he regresado a ti definitivamente. En el espejo de tu sonrisa indómita bogan mis ojos dulcemente.

Salí una noche pertinaz y lenta en busca de un extraño río dorado y centelleante.

Mis pasos febriles semejaban fantasmas en la cálida sombra.

Pero el río aquel era tan sólo frío reflejo de una vacía espada...

Fui en el retorno, árbol inerte, con un solitario nombre hacia el olvido. Mas súbitamente me dijiste: —"Aquí crece un árbol nuevo, un río azul y un aire altísimo, como un diáfano monarca".

Y entre los leves juncos sentí tu voz —verde chorro de música poblarme el corazón de luminosos pájaros.

(De El Corazón Transparente)

# TRANSEUNTE NEGRO

El asfalto dobla las últimas esquinas. Y asciende un transeúnte negro.

En sus bolsillos duerme la ceniza del día.

Gesticulan luces en la lluvia —fantasmas de equívocas muchachas—.

Oscilan árboles en tránsito a sus ojos. Y el horizonte segrega pájaros fatídicos.

DOS OLAS

A Marisol

Mi hija en la penumbra. Tiene llaves ocultas en el sueño. ¿Qué vientos soplarán en primavera?

¿Sombras ascenderán por ventanas de su pequeño cielo?

Sus ojos adivinan los años sigilosos. Ráfagas de un ayer incierto.

¿Se fugará la tierra algún día?

No todo acaba en el río. Dos olas el mismo mar tumbará luego en la orilla.

(De El Huésped).

# EXTRAÑO VIAJERO

## HIJO

Se desprende de un sueño. Camina entre niebla y transparencia hacia la plenitud terrestre.

Oh extraño viajero que juegas con pompas de jabón a las estatuas.

(De Autobiografía Minúscula).

## GIRASOL

El girasol
—a mediodía—
alza sonrisas
amarillas.

En la noche es negra paloma abandonada.

(De Autobiografía Minúscula).

## AMABA EL MAR

A mi padre en su muerte

Amaba el mar como los ríos. Venía de tan lejos y en cada ola ponía su esperanza. Su sonrisa, balcones navegando en el aire.

Atrás quedan pájaros insomnes, ecos de pasos, ajenos sueños en espejos sonámbulos.

Suenan voces en medio de naufragios. Ruinas de una ciudad deshabitada. Oh rostro prisionero de la muerte que pasa...

(De "Antevíspera")

# NO SE SI SOY MI ANTEPASADO PLANETARIO

Hijos del sol y de la noche volverán desde el silencio. Idénticas sombras descolgarán balcones argonautas.

Paisajes familiares transgreden la memoria. Un mismo nombre esboza antiguos gestos.

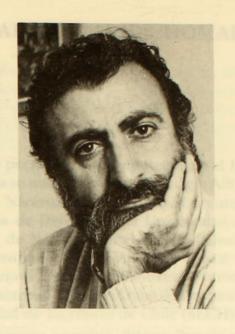
No sé si soy mi antepasado planetario o un nuevo y solitario transeúnte.

(Poema inédito)

# AQUEL HOMBRE

Aquel hombre con su maleta de abalorios es una pieza de museo en la ciudad devorada por dragones.

(Poema Inédito)



# Walter Garib Chomali

011

Festin para ramalidac — seguin palabrus del autor — "aurgos de variadas es pe

# WALTER GARIB CHOMALI (1933)

Cuentista, novelista y periodista, nació en Requínoa el 16 de marzo de 1933. En plena adolescencia se trasladó a vivir a Santiago. Allí cursó las humanidades en el Internado Nacional Barros Arana. Durante dos años —1955 y 1956— sigue estudios de Derecho en la Universidad de Chile. Creador y conductor del Taller de Narrativa en el Estadio Palestino en 1976. Al año siguiente funda el Grupo de Teatro Alí Babá, el cual representó obras de Chejov, Sergio Vodanovic, Alejandro Sieveking y otros autores.

Fue director del Instituto Chileno-Arabe de Cultura entre 1979 y 1980 y tesorero de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH) de 1982 a 1985.

Ha obtenido numerosos premios: Primer Premio en novela, Concurso Nicomedes Guzmán, de la SECH, por "Festín para inválidos" (1971); Mención en novela, en los Juegos Literarios "Gabriela Mistral", de la Ilustre Municipalidad de Santiago, por "Hay perros en la ventana", obra que también obtuvo una mención en el concurso de la Editorial Andrés Bello. Tiene también a su haber otras distinciones: Segundo Premio en novela por "Ya nadie quiere morir al amanecer", en Concurso Gabriela Mistral de la Municipalidad capitalina; Mención en novela por "De cómo fue el exilio de Lázaro Carvajal", por la Editorial Andrés Bello. Dicha obra fue finalista en el concurso de novela Herralde de la Editorial Anagrama, España; "Las noches del Juicio Final", mención en novela en el Primer-Certamen Internacional de la Editorial Atlántida (Argentina).

En 1972 un periodista describía así a Garib: "Es un hombre de rasgos firmes, de rizada cabellera negra, de nariz semita, alto y en mitad del camino de la vida. Los ojos negros profundos, nada de escurridizos".

Hoy día Walter Garib conserva los mismos rasgos, a excepción de algunas

canas en la abundante cabellera y profusa barba.

Festín para inválidos — según palabras del autor — "surgió de variadas experiencias y observaciones acumuladas desde el despertar de la pubertad y alcanza hasta los días presentes. El protagonista, cuya identidad se oculta casi hasta las páginas finales de la novela (como una forma de crear tensión e interés en el relato), es el típico empleadito de oficina que sufre la variada y tiránica explotación y humillación de sus superiores. Es así como a causa de lo que él cree la muerte de su mujer o amada (no hay seguridad de que ella haya muerto), el protagonista comienza a desmoronarse. El personaje lucha o cree luchar para reunir energías y combatir a sus enemigos reales o ficticios. No obstante, éstos consiguen acorralarlo, e incluso con la participación de su amada muerta, le infligen sucesivas derrotas, hasta destruirlo de una manera singular...".

La novela se sitúa en Santiago, aunque existe una cierta ambigüedad espacial. De estilo desenvuelto, ágil, directo, nos introduce, sin preámbulos, en el acontecer narrativo. "No sé. Algo me sucede. Ayer tenía el inquebrantable propósito de reintegrarme al trabajo. Hoy sólo deseo descansar, elaborar algún plan de importancia para aplicarlo a mis futuras actividades...".

La obra constituye una denuncia de la realidad social chilena. Por eso se explica la sátira, el humor "hacia el hombre atrapado en la ciudad, por el engranaje horrendo de la maquinaria administrativa, de los personajes inválidos oficinescos. Del hombre de cuello blanco acogotado, zambullido y atado a la noria, dando vueltas dentro de un sistema de siervos y un amo protector".

Travesuras de un pequeño tirano (1986) exhibe la descarnada radiografía de una dictadura latinoamericana. Allí aparece el mundo "esperpéntico" de los miembros del gobierno, sus familiares, pintorescos embajadores, militares que guerrean contra ejércitos desconocidos. Todos ellos atrapados en las redes de una autocracia omnímoda, rayana en lo grotesco.

Atanasio del Real —el protagonista— es un ser contradictorio: ignorante y rangoso, astuto e ingenuo, al mismo tiempo. Gobierna el minúsculo país por cinco períodos. Teme a su madre, un personaje vulgar y obstinado, que, sin

embargo, maneja secretamente los hilos del poder.

Garib despliega un humor ácido, más cerca de la sátira que de la ironía. "Tres meses después en la soledad de sus habitaciones privadas, sentado en el sofá donde se escribieron páginas gloriosas de su vida, otras no tan gloriosas, se aburría como un convalesciente aislado; ya no sabía cómo entretenerse".

La novela —estructurada "in media res"— exhibe claro dinamismo y fluidez expresiva. Sin duda porque en ella prima la acción del acontecer novelesco sobre los elementos estáticos, como las descripciones y comentarios de índole sicológica, sociológica y moral. Se entremezclan hábilmente la realidad y la ficción, la crudeza de algunas escenas con la fantasía poética, la seriedad con el humor disolvente.

De cómo fue el destierro de Lázaro Carvajal (1988) es una novela "donde los héroes—o antihéroes— son Lázaro Carvajal, sus mujeres, sus hijos, su uniforme, los hombres y las casas de Quilacoya, el Biobío y los botes que lo desafían".

Este libro, que acusa cierto influjo de Gabriel García Márquez, circunstancia que no disminuye su valor narrativo, es una obra de ficción donde el autor hace gala de su destreza, humor y desenfado. Hay una intención desacralizadora del mundo, una denuncia a la inautenticidad y a los estereotipos. Su lectura es grata y natural. Quilacoya es un Macondo criollo, algo fantasmal y ruinoso. Hay espacios de ambigüedad que contribuyen a la indeterminación del relato que contrastan con la exactitud de otros ambientes y sucesos.

"A partir de allí —en el supuesto que sea verdad esta historia— su huella se pierde para siempre, aunque en Quilacoya todavía se le siga esperando, pero

no ya para cumplir un nuevo exilio".

Walter Garib es un narrador importante entre los novelistas de su generación.

## OBRAS

La cuerda tensa (cuentos). Ed. Universitaria, Santiago, 1963.

Festín para inválidos (novela). Ed. Quimantú, Santiago, 1972.

El pescador y el gigante (adaptación de un cuento infantil). Ed. Quimantú, Santiago, 1973.

Agonía para un hombre solo (novela que apareció con el seudónimo de Dionisio Albarrán), Ed. Pueblo Nuevo, México, 1977.

Travesuras de un pequeño tirano (novela). Ed. Sinfronteras, Santiago, 1986.

De cómo fue el destierro de Lázaro Carvajal (novela). Ed. Bat, Santiago, 1988.

#### OBRAS INEDITAS O EN PRENSA

Las noches del juicio final (novela) (en prensa).

El alacrán en el insectario (novela).

Las muertes del diluvio (novela).

Cuatro relatos (cuentos).

Hay perros en la ventana (novela).

Ya nadie quiere morir al amanecer (novela).

Destierro en la propia tierra (novela).

Dos incitaciones (cuentos).

El viajero de la alfombra mágica (novela).

La muerte no deseada de una vida radiante (novela).

Un crimen olvidado, vuelto a recordar (novela).

# TRAVESURAS DE UN PEQUEÑO TIRANO (Fragmento)

Recién se firmaba el armisticio de la guerra del Chaco y en la lejana Europa, de un modo febril los países se preparaban para intervenir en otra guerra, como si los efectos persuasivos, intimidatorios de la del 14 y las enseñanzas para desanimar los espíritus bélicos, no hubiesen sido suficiente castigo. Los embajadores europeos acreditados en la república del Chaco, se desvivían por obtener los recursos naturales del país a precios viles. Como la corrupción en la pequeña república era generalizada, los embajadores lograban sus propósitos no bien introducían las manos a las faltriqueras o enviaban regalos a los funcionarios de gobierno. En la cúspide, Atanasio del Real se favorecía con largura de las manipulaciones de sus subalternos, pero como desconfiaba de doña Zoila, (también ella discurría para obtener sus propios ingresos independientes de los que le entregaba el erario nacional) hombres de su confianza absoluta —por darles un título digno— recaudaban un impuesto a los sobornos.

Entre los más generosos para ofrecer dádivas descollaba el embajador de Alemania, el príncipe Wagner von Wagner que curiosamente había logrado sobrevivir a los continuos cambios políticos de su país. A menudo se refería con extrema familiaridad al führer con quien explicaba, lo unía una amistad de años, pues ambos salían a cazar a la selva negra cuando el príncipe visitaba Alemania una vez al año.

Atanasio aceptó gustoso un retrato del führer, porque también recibía sus dineros. Sin tardanza lo puso en su escritorio junto a uno del rey de Inglaterra, como para testimoniar la unidad entre ambos gobiernos y el suyo. "Si Alemania e Inglaterra permanecen unidas, dominarán al mundo", le confidenció al príncipe Wagner von Wagner cuando éste lo visitó para comprometer a Atanasio del Real a apoyar al gobierno alemán si había guerra. Wagner von Wagner sonrió por la ocurrencia para enseguida hacer un exhaustivo análisis de las razones de porqué Alemania e Inglaterra tendrían que enfrentarse tarde o temprano. "Es cuestión de temperamento, si bien estamos unidos por una historia común, raza, religión e intereses económicos, sin embargo pesan otros valores que en años han separado a los dos pueblos creando las condiciones para que sólo con la guerra aparezca una solución global y definitiva al diferendo. Nadie podrá ser tan insensato que piense que la guerra es lo mejor; pero en honor a esa misma insensatez, Alemania se ve empujada a cumplir sus aspiraciones, aun cuando ello desencadene la guerra y mueran inocentes".

A Atanasio se le ocurrió que el príncipe aumentaba de estatura mientras su pecho se expandía, luego de esa exposición convincente y realista. Cuánto habría dado él por tener un ministro de relaciones como el príncipe, quizás un poco más elevado de estatura. "Si es preciso, Alemania luchará contra todo el mundo". Atanasio se emocionó al escuchar esa creencia tan categórica e hizo las comparaciones inevitables entre su país y aquél, porque desde hacía tiempo buscaba una nación poderosa de ultramar que le sirviese de modelo, guía, inspiración. En conversaciones sucesivas con el gringo Johnny, al comienzo se había inclinado por Estados Unidos, país triunfador en la última guerra, mas con prontitud se desencantó de esa nación, porque su embajador tenía una esposa desabrida, grande y él no era tan obsequioso como sus colegas. En cambio los ingleses le habían regalado el retrato del rey, una miniatura del barco de

guerra Liverpool victorioso en el combate naval del canal de La Mancha, y un pito, quizás su mejor aliado para hacerlo sonar en una emergencia. Los franceses le enviaban vinos, quesos, telas y perfumes para doña Zoila. También los alemanes lo distinguían con largura sin quedar a la zaga en generosidad al compararlo con ingleses y franceses.

Si el amor de Atanasio por ciertos países de Europa se debía en parte a la magnificencia de sus embajadores, también lo era por la admiración que experimentaba hacia quienes regían sus destinos. Al comienzo fue Napoleón, mas cuando se le produjo el desencanto, sus inclinaciones se orientaron hacia el rey de Inglaterra poseedor de una expresión tranquila, equilibrada. Al recibir el retrato del füher sus preferencias sufrieron un nuevo cambio, pues la mirada de éste poseía una rara fuerza parecida a la de un padre severo amonestando al hijo. Como Atanasio tenía un recuerdo vago de su padre, se le ocurrió que éste y el führer miraban de la misma manera. Por horas se quedaba embobado atisbando al führer en busca de un gesto imperceptible a primera vista, ese rictus tenue como para ir descubriendo nuevos rasgos de su personalidad, de su genio.

El príncipe le había mencionado una serie de características del führer y Atanasio en su intento por descubrirlas, encontraba otras o creía hallarlas en su empeño por demostrar que él conocía las intimidades del alma. Su admiración por ese hombre crecía de un modo acelerado, lleno de matices; en el momento de la invasión a Checoslovaquia, llegó al delirio su idolatría, pues besó repetidas veces el retrato para luego encenderle velas porque un estratega de esa magnitud merecía el mayor reconocimiento posible de quien dirigía una guerra interminable por defender las fronteras. Para averiguar las alternativas de la guerra, invitaba a lo menos dos veces por semana al príncipe Wagner von Wagner a comer a su residencia, el cual después de la cena, sobre la mesa del comedor en un enorme mapa de Europa, le explicaba a su anfitrión con banderitas nazis de lata, los avances del ejército alemán.

Wagner von Wagner disfrutaba al señalizar los países invadidos llegando su desenfreno a veces, a dar por conquistado territorios libres. Sobre el mapa, la figura del embajador parecía la de un coleóptero reluciente, negro, tendido de vientre buscando los puntos dónde clavar sus fatídicas banderitas rojinegras. "Nuestro avance es arrollador, incontenible; en meses (y levantaba un puño) Europa será nuestra desde el polo norte hasta el Mediterráneo; más que el sueño de Carlomagno, de Napoleón, o Carlos V". Esas palabras también hacían soñar a Atanasio y si bien la república del Chaco era minúscula e ignorada en muchos mapas, él la veía importante, sólida, en expansión aun cuando ese último tiempo las fronteras permanecían inseguras.

"¿Y si Alemania pierde la guerra?", se atrevió a suponer Atanasio del Real, volviendo a clavar en Varsovia una banderita que se había caído, como si estuviese atravesando un insecto. Inclinado sobre la mesa y afirmado en la yema de los dedos, el príncipe carraspeó para mirar sorprendido a Atanasio por encima de sus lentes, quizás aguardando que el presidente rectificase su opinión, pero éste volvió a repetirla acentuando las palabras, dándole un aire entre zumbón e ingenuo. Pequeño, breve como una letra minúscula, el príncipe de seguro educado en las mejores academias diplomáticas del orbe, cogió dos banderitas para clavar una en Londres y otra en Moscú ilusionado con señalizar el objetivo final de las campañas bélicas de su país.

"Nuestra superioridad sobre el resto de Europa es manifiesta; nuestros ejércitos han demostrado que son invencibles, de lo contrario las campañas de Polonia, Francia

y el Danzing, habrían constituido un desastre mayúsculo". Parsimonioso sacó de una cartera la cajita de rapé y con sus dedos finos tomó una porción, se la puso en una ventanilla de la nariz y absorvió con deleite; después la otra cerrando apenas los ojos. ¿Cómo no expresar satisfacción si los ejércitos victoriosos de Alemania ensanchaban sus fronteras aniquilando adversarios, conquistando a sus vecinos, manchando la tierra? Sobre el mapa de Europa, las infinitas banderas de lata de la Alemania nazi se desparramaban —desde oriente a occidente— hostiles con su cruz gamada, desafiante, marcando la ruta por donde pasaban los ejércitos invasores en un avance arrollador e incontenible. "Es una cuestión de meses", precisó Wagner von Wagner cuando Atanasio le preguntó la duración de la guerra, pues ésta ya había entrado en una etapa encarnizada, violenta. "Desde todos los frentes llegan noticias de nuevas victorias nuestras. Cuestión de meses, excelencia".

Afuera, la noche permanecía quieta, estrellada; una brisa cálida, suave soplaba desde el oriente, como un mal presagio de esa parte del mundo llena de horrores. Atanasio se aproximó a un ventanal y corriendo la pesada cortina de brocato, miró en dirección a Europa por si alcanzaba a ver el relampagueo de los cañonazos, el vuelo de los aviones dejando caer sus bombas mortíferas, los buques de guerra desplazándose rumbo a lejanos objetivos para destruirlos. "Esta guerra va a ser infinitamente más feroz y larga que la del 14", le había manifestado el gringo, el día que Inglaterra declaró la guerra a Alemania. "No en vano han transcurrido veinte años de tregua, donde los mismos adversarios han venido armándose hasta los dientes", prosiguió Johnny Smith mientras se rascaba la nariz. Apenas si volaba en su hidroavión a causa de las exigencias de doña Zoila; también porque la máquina padecía de una vejez comprensible y era reparada con repuestos hechizos por el propio Johnny, cuya inventiva para mantenerla en vuelo le producía frecuentes dolores de cabeza. "Cuando vuelas —se quejaba doña Zoila— siento una angustia aquí en el pecho, igual a esas ocasiones cuando se me murieron uno a uno tres hijos pequeños".

En silencio el príncipe se aproximó al ventanal; casi topando con su nariz el vidrio, buscó en la oscuridad exterior cualquiera cosa para hacer un comentario. Ahí afuera no estaba el lago Constanza, sí el artificial construido para el solaz de Atanasio, en cuyas aguas se mecía placentero como una bestia acuática, el hidroavión por largos períodos entregado a la inactividad contagiosa, a servir de símbolo de una prosperidad inexistente o lejana, confundida con épocas de esplendor. ¿Eran acaso los vestigios de un pasado glorioso aguardando extinguirse para siempre sin dejar huella alguna? "Sólo el progreso y la guerra alteran el rostro de la civilización. Vendrán días mejores para la humanidad, si Alemania resulta victoriosa, presidente; y como me asiste la convicción que así será, deseo brindar por ello". Ambos cogieron en silencio sendas copas rebosantes de coñac y las alzaron a la altura de los ojos en un rito habitual; luego de extasiarse mirando el líquido, su transparencia y color, apuraron el contenido hasta el fondo de las copas.

"Es una guerra sucia" se lamentaba Johnny cuando Atanasio le preguntaba su parecer en las oportunidades que los hombres salían a pasear por los jardines del palacio de gobierno después de almuerzo, para estirar las piernas y bajar la comida. En esas ocasiones ambos se entretenían lanzándole migas de pan a unos pececillos multicolores que había en una pileta ubicada al costado izquierdo del palacio, hecha construir por Atanasio a sugerencia de Juliana, porque la mujer quería alegrar esa parte del jardín incorporándole un elemento exótico. Ella había traído asimismo flamencos,

garzas reales, pero las aves zancudas por falta de adaptación murieron en apenas unas semanas. Luego del inconveniente, Juliana a manera de compensación llevó a los jardines del palacio una variedad infinita de faisanes, aves del paraíso, tucanes y otras especies cuyos nombres aún no habían sido determinados por los ornitólogos. Hubo quienes sobrevivieron al cautiverio; en cambio la mayoría murió lentamente, mas como Juliana no deseaba quedarse sin sus aves, las hizo embalsamar para ubicarlas dentro del palacio en lugares de privilegio desplazando cuadros, bustos de connotados patriotas, obras de arte falsificadas.

"Es una guerra sucia" insistía Johnny ante los nuevos acontecimientos de la guerra mientras los ejércitos alemanes avanzaban como ríos de lava por Europa atónita, a punto de sucumbir. Aburrido, nostálgico quizás de su país, subrepticiamente lograba escapar del cerco de doña Zoila, para remontar en su hidroavión el Pilcomayo en vuelos rasantes como si va la vida no tuviese la significación de otras épocas, sobre todo cuando luchaba en el frente alemán. Habían transcurrido más de veinte años; las imágenes de ese suceso periódicamente lo perseguían como una advertencia necesaria. obligándolo a recordar momentos ingratos; otros no tan ásperos cuando amaba a su falsa princesa húngara, a infinidad de mujeres sin identidad en miserables hotelitos próximos al Sena. ¿Qué había sido de cada una de esas mujeres, de sus compañeros de regimiento? Aún se reía de las fantásticas ocurrencias de Mac Quinn para proveerse de whisky en el mercado negro, o las artimañas de Stewart para permanecer enfermo largos períodos en el hospital comiendo raciones dobles de pollo. También en el grupo estaba Wilk o Wilke a quien había conocido en el barco que los llevó a Marsella; al descendiente de griego Papadópulos, y Connell un flaco larguirucho, introvertido, el cual tocaba a menudo la flauta dulce. A nadie había vuelto a ver. Al firmarse el armisticio el grupo se había dispersado, regresando unos a Estados Unidos; otros optaron por quedarse en Europa ignorando qué hacer. Stewart en la única batalla que participó en serio, había perdido un brazo y él con humor manifestaba que si no hubiese permanecido tanto tiempo en el hospital haciéndose el enfermo de seguro habría perdido ambos brazos. Cosas del destino, argumentaba Mac Quinn entre sorbo y sorbo empinándose la botella de whisky excitado por las noticias que hablaban del fin de la guerra; entretanto, Connell en cuclillas tocaba en la flauta dulce a Mozart, la mirada ausente, herido quizás por la visión de quienes morían junto a él con los puños encrispados maldiciendo al enemigo o a quienes los habían empujado al holocausto. Qué destino cabrón, vociferaba Wilke al pincharse los dedos mientras zurcía sus calcetines con unas puntadas de aprendiz usando un hilo inapropiado. Enseguida brotaban las risotadas, los dichos picantes de doble sentido y lo último que se escuchaba cuando se iban apagando las voces, era la melodía de Mozart, solitaria manifestación de

En su énfasis por sobrevolar el Pilcomayo a baja altura, Johnny cierta mañana pudo desnucarse, pues con un flotador rozó una rama sobresaliente perdiendo por momentos el control de la máquina. Por primera vez en muchos años, tuvo la sensación que se iba a matar. En una secuencia apretada revivió los hechos más sobresalientes de su existencia, la guerra, las oportunidades en que pudo morir, amó, las reprimendas de papá y su adolescencia en Boston. Connell también era de Boston, nacido en un barrio donde la mayoría tocaba un instrumento. Cuando supo que Johnny Smith había tenido clases de violín con Miss Anne, quien había sido su profesora unos años después, se emocionó. Al menos en los campos de batalla existía un vínculo espiritual

con un desconocido. Ambos recordaban a la profesora por su nariz grande, la cual se llenaba de sudor en gotitas cuando se enfadaba; un recuerdo baladí de la triste concertista frustrada, arisca, jamás dispuesta a pronunciar una palabra amable. ¿Qué había sido de ella? Johnny Smith recién llegaba a Boston y antes de definir su futuro dolido por la muerte de su padre en un manicomio, durante semanas recorrió la ciudad en su empeño por impregnarse de su atmósfera, ansioso por volver a frecuentar sus calles, el parque Wilder. En sus andanzas sin quererlo, llegó a casa de Miss Anne Williams. Asomada a la ventana con una regla en la mano, la mujer enseñaba a tocar piano a un alumno pequeño, quien parecía aterrorizado. Johnny se detuvo para mirarla como si la mujer fuese el símbolo de la ciudad, aquella parte viva y latente que perdura a través de los años sin experimentar transformaciones. Parecía ser la misma, quizás algo más encorvada, flaca. Quiso saludarla, pero temió las inevitables preguntas, el interrogatorio frío, calculado, ¿Johnny Smith? La verdad señor, que no lo recuerdo; tantos han sido mis alumnos... Se alejó hacia el sur por la calle Edgar A. Poe. En aquel momento la ciudad a esa hora ruidosa, cargada de voces, se le antojó violenta como cualquiera de esas batallas en el frente occidental. Trató de cruzar la calle en varios intentos fallidos, como si tuviese la sensación que podrían arrollarlo; los tranvías rechinaban sobre los rieles semejante al tableteo de la metralla; en medio de automóviles, carretones tirados por caballos, se escuchaba el pitazo distante de una embarcación alejándose del muelle.

"Es una guerra sucia" reiteró Johnny mientras hojeaba un diario que había encima del escritorio de Atanasio del Real. "Tanto o más sangrienta —precisó— que la del Chaco". En su rostro se insinuó un gesto de desagrado, como si una fetidez inaguantable hubiese penetrado de súbito por la ventana entreabierta. Desde allí se veía el lago artificial, el hidroavión; más allá el comienzo del Chaco Boreal, silencioso como el vuelo de las aves. Lejos, allende el océano, el cielo azul de Europa se manchaba de humo, nubes de tierra; el olor a pólvora entre explosiones y llamaradas multicolores, impregnaba la atmósfera de uno a otro extremo del continente.

Sin guerras, la oposición aplastada o al menos oculta, parte de ella en el exilio y no teniendo a quién combatir -excepto a Juliana en las intimidades de la alcoba-Atanasio del Real se aburría en junio de 1940 cuando Francia vencida, firmaba el armisticio en uno de los tantos días negros de su historia. Recostado en un sofá, en el colmo de su fastidio contaba una y otra vez las tablas ensambladas del cielo de la habitación, moviendo la cabeza sin arribar a resultados iguales. Si se encaramaba en una escalera, podría ir marcándolas con tiza para descubrir sin equívocos la cantidad exacta de tablas, pero subirse implicaba más de algún esfuerzo, una preocupación nueva e incluso hasta podía caerse; él no se iba a arriesgar por tablas más o tablas menos -aun cuando la cantidad de ellas no lo dejaba en paz- asunto que poco a poco principiaba a constituirse en un desafío; en fin, como le gustaban los desafíos, quizás haría traer una escala o era mejor subirse encima de una mesa y con una pértiga que tuviese en su punta un trozo de tiza, procedería a marcar. No obstante, después había que borrarlas, transformándose eso en una nueva preocupación. Si alguien lo sorprendía en una actividad tan extraña como inútil, quizás lo podría tildar de chiflado, aunque él no iba a arriesgarse a un calificativo así en los momentos que aspiraba a una nueva reelección por otro quinquenio, hasta cumplir un cuarto de siglo en el poder; mas el tiempo le parecía insuficiente, demasiado corto porque aún quedaban infinidad de objetivos por realizar. Hacía tres meses había cumplido veinte años en el poder y la fecha ya no poseía los encantos de otras oportunidades; quizás era por acostumbramiento, pero mamá Zoila había vivido obsesionada con asistir a la ceremonia en carroza, pese a que el vehículo había sido abandonado hacía años por inservible; para colmos, en todo el país no existía un cochero idóneo para guiarlo, ni caballos adiestrados.

Johnny se limitaba a encogerse de hombros sin atreverse a desaprobar o manifestarse partidario de las intenciones de su amante, llena de vitalidad dirigiendo la reparación de la carroza, seleccionando cocheros y pajes, desoyendo los consejos de funcionarios de gobierno empeñados en hacerla renunciar a una fastuosidad innecesaria. Pese a todo, no cejó así que su llegada en carroza el día de la reelección de su hijo, estuyo rodeada por el boato que ella había elegido y preparado por meses. Para no ofenderla. Johnny aceptó acompañarla en carroza, si bien se sentía incómodo sin atreverse a mirar a quienes contemplaban risueños el paso del carruaje por la calle principal del pueblo. Se están burlando de nosotros, pronosticó el gringo para sí al observar la multitud apostada a los costados de la calle, que agitaba banderitas tricolores de diferentes diseños, mientras lanzaba hurras con un desgano sospechoso. "El pueblo daría su vida por defender a Atanasio", argumentó doña Zoila saludando con la mano enguantada a través del vidrio a un grupo de escolares uniformados. "Así parece", respondió el gringo tratando de ocultarse, avergonzado, molesto consigo mismo. Esa fastuosidad lo incomodaba como si él fuese desnudo en el pescante, o peor cuando mamá lo sorprendió en el vestíbulo acariciando a la mujer que hacía el aseo en la casa de Boston. Ese mismo día la mujer renunció a su trabajo. En la noche a la hora de comida, papá increpó a Johnny cuando los hermanos pequeños se retiraron a dormir. "Está bien que a los 18 tengas necesidades, hijo, pero no con la servidumbre; es por el ejemplo a tus hermanos menores, ¿sabes?". Sí. Papá comprendía plenamente al extremo de indicarle un tiempo después, a casa de qué mujeres podría ir a nombre suyo, para que le enseñaran a hacerse hombre. Pobre papá; había muerto en un manicomio, mortificado por ideas estrafalarias. Johnny cargado de condecoraciones regresaba sin tener a quién mostrárselas. Sólo mamá, inválida, vencida por la diáspora de sus tres hijos que habían marchado a Canadá, lo fue a recibir en medio de una muchedumbre frenética, aclamando a sus héroes; gloriosos despojos de la guerra.

Hasta el mismo palacio de gobierno, doña Zoila continuó con su mano levantada saludando al pueblo, a su amado pueblo, ahí sobrecogido por la emoción al verla en carroza dorada como esas reinas de cuentos. Y como siempre hay percances estúpidos, fastidiosas anomalías, al bajarse enredó el vestido largo en la escalinata del carruaje, forzándola a quedarse un buen rato pegada allí, mientras Johnny encuclillas trataba de desprenderlo sin destrozar la prenda, amostazado, movido por un afán incontenible de darle un tirón para concluir el ridículo de ambos. Escuchó risas pero se sobrepuso, como si estuviese reparando una delicada avería de su hidroavión en pleno vuelo. Entretanto doña Zoila con las manos en alto, respondía a los reiterados saludos del pueblo, a las risas en una actitud de gran dama mostrando los dientes. De seguro Serafín Pérez, su marido, habría exaltado esa manera de superar aquél desagradable momento valiéndose de un subterfugio ideado por ella, nada de torpe. Borracho y todo sabía distinguir las actitudes nobles de las vulgares, reconocer las virtudes de Zoila y respetarla, aunque ella lo acusaba de dilapidar su exiguo sueldo en refocilaciones con mujerzuelas y amigos.

Al fin, Johnny desenredó el vestido cuando la situación se hacía intolerable, llevándolo incluso a pensar que lo mejor era cortar con unas tijeras la tela, verdadero cordón

umbilical que unía a la mujer a la placenta en forma de carroza. Ya libre, ufana caminó del brazo de Johnny Smith entre dos hileras de soldados que le rendía honores; quizás su modo solemne, seguro, infundió en muchos la convicción que ella sí que merecía el mayor aprecio, luego de superar un bochorno nada de sencillo. Otra cualquiera habría llorado como una niña a la cual le han destrozado su muñeca, mas doña Zoila en posesión de una dignidad superior, apenas si hizo un gesto de malestar al sentir el tirón.

La impaciencia de Atanasio por la demora de mamá se transformó en euforia al verla aparecer en el salón, atestado desde tempranas horas. Entre los embajadores de España y Francia fue ubicada por el protocolo, pues las relaciones entre ambos países no andaban bien en ese tiempo y quizás si doña Zoila lograba establecer un acercamiento o provocaba un cisma mayor, siendo esto último el deseo del embajador de Alemania, el príncipe Wagner von Wagner. Y como doña Zoila ignoraba las intimidades diplomáticas, las razones del porqué Alemania guerreaba y el propósito del príncipe de enemistar aún más a Francia con España, se condujo con la ingenuidad de siempre tratando de conversar con uno y otro asuntos baladíes, nada de propicios para reconciliar a los dos países.

Mientras Atanasio del Real pronunciaba su discurso, doña Zoila se entretuvo en observar a las mujeres que habían en el salón para analizar sus indumentarias, la forma del peinado, el maquillaje o cualquiera otra cuestión de interés. Impresionada, se detuvo en Juliana ataviada con ropas finas, entorchados y pasamanerías, como si se tratase de un personaje de la corte de un rey. En su cabeza donde coexistían las ideas de siempre, tenía un armazón para elevar el peinado sujeto con una diadema, incrustada de esmeraldas y rubíes. Con la mano izquierda asía una especie de báculo de ébano cubierto con escamas de oro y plata. Por momentos, doña Zoila sintió mareos, la extraña sensación que esa mujer estaba allí porque Atanasio había decidido casarse con ella al concluir la ceremonia. Ya veía que su hijo se aproximaba a Juliana para anunciar que a partir de esa fecha memorable, ambos se unían en matrimonio.

Un dolor agudo, repentino se le puso en el pecho y como corolario, experimentó sensaciones de angustia, ahogo, obligándola a aumentar el ritmo de su respiración: jadeaba. Solícito, el embajador de España le preguntó si se sentía bien; no es nada, adujo; entonces con ambas manos se sujetó la cabeza porque le daba vueltas como un trompo temiendo perder el equilibrio. Desde el estrado, Atanasio proseguía con su discurso promisorio, lleno de cifras, datos anexos en una suerte de pieza oratoria sobre política, jamás escuchada en ese hemiciclo desde el día mismo de la independencia cuando Víctor Paniagua y Troncoso la proclamó en un discurso encendido, desde el balcón de la casa del escribano.

Sentado tres filas más atrás de doña Zoila, Johnny Smith parecía meditar sobre asuntos superficiales, pero en realidad pensaba en la guerra que en marzo de 1940 tenía a un vencedor indiscutible. El discurso de Atanasio ya había superado la tercera hora de duración, sin indicios que concluyese pronto. Se estaba haciendo fastidioso, insoportable, casi igual al de los años anteriores. La originalidad consistía en el cambio de la puntuación, las cifras, fechas y ciertas palabras.

Al costado izquierdo de Johnny en primera fila, Juliana seguía expectante el discurso, como si el presidente fuese a anunciar un hecho significativo, alejado de la realidad, porque si se le ocurría decir que él y Juliana se iban a casar después de la ceremonia del juramento, doña Zoila sufriría un síncope, si bien en el ánimo de los

amantes no estaba precisamente delineada una idea así de grave como truculenta. Atanasio amaba a su madre con nobleza y aunque a veces se trenzaban en discusiones agrias, nada de familiares donde la relación filial parecía sucumbir, hacerse añicos, ella por lo común desarmaba el entredicho haciendo recordar a su hijo los años negros de amarillo Pérez, cuando ella realizaba cualquier trabajo para darle de comer.

Hasta ese punto llegaba la discusión y Atanasio se disculpaba prometiendo no reincidir, responsabilizando al exceso de preocupación su irritabilidad, ese modo inconsecuente de hablar con mamá Zoila, inclinada sobre la artesa fregando ropas ajenas o vendiendo baratijas en el mercado de abastos; soportando las pullas, insultos de gente vulgar, los infaltables requiebros, porque ella se empeñaba en vestirse en forma decente para captar a la clientela masculina. "Hay que vender los colchones o si no, mañana no tendremos qué comer", auguró doña Zoila contemplando amargada la cama que había compartido por años con Serafín Pérez, donde habían muerto tres de sus hijos y parido. El amarillo Pérez comprendió a medias el significado dramático de la proposición materna para quedarse profundamente dormido por última vez, sobre los colchones que al día siguiente iba a comprar un ropavejero por una suma vil, pues doña Zoila se negaba sistemáticamente a ir a la casa de éste a beber aguardiente y a conversar.

En junio de 1940 al cumplirse tres meses de su quinto período como presidente, Atanasio se debatía en una mezcla de aburrimiento e incertidumbre. Sus enemigos políticos ya no lo inquietaban, aun cuando sus consejeros políticos le habían prevenido que en Argentina un numeroso grupo de exiliados pretendía ingresar a la república de Chaco por Formosa para agitar a los campesinos. Con desgano patente se levantó del sofá para caminar entre los muebles de la habitación buscando algo que ni él mismo podía precisar. Abrió cajones al azar, revisó libros, levantó objetos desde la repisa para examinarlos apenas en una demostración palpable que su aburrimiento adquiría contornos dramáticos, que se dejaba arrastrar maniatado a esa situación sin oponerse un ápice. Las tablas ensambladas del cielo de la habitación seguían siendo las mismas sin variar su cantidad aun cuando Atanasio las veces que procedió a contarlas, llegaba a resultados distintos. ¿Existía acaso un viejo maleficio para que eso aconteciese? Regresó al sofá donde acostumbraba dormitar después de almuerzo, mueble que en una oportunidad le sirvió de espléndido lecho para amar a Juliana cuando ella fue a interceder por su marido acusado de conspirar. "Es inocente; es inocente", aseguró llorosa aquella lejana noche sentada en el sofá, mientras se cubría el rostro con ambas manos.

Desde un comienzo Atanasio supuso que todo era una farsa, mas la joven era exquisita, ingenua, por cuyo descote se le insinuaban formas perfectas, apetecidas; de allí que superó sin esfuerzo el eventual engaño sentándose mimoso junto a ella para consolarla; también él creía en la inocencia de Inostroza, pues no entendía cómo un hombre de su lealtad pudiese estar involucrado en una traición. Juliana lo abrazó con espontaneidad; ahí de súbito se sintieron ágiles, libres, comunicativos, porque las caricias se iniciaron sin tropiezos y tanto Juliana como Atanasio se prodigaban en suministrarlas igual a dos amantes a punto de separarse. De esa aventura habían ya transcurrido muchos años, pero él la tenía presente porque la recatada Juliana se entregó a una frenética noche de amor, ignorando si su marido iba a ser perdonado.

A partir de ese día glorioso, Atanasio comenzó a desear a Juliana, a pensar demasiado en ella viéndola permanentemente a medio vestir tendida en el sofá, la boca entreabierta, húmeda, el aliento cálido. Si hacía fusilar a Inostroza la dejaba viuda, pero desconocía si la mujer iba a superar con el tiempo el trance para después aceptarlo. Ya buscaría los mecanismos adecuados para alejar a Inostroza sin escandalera, dignamente. Asimismo sabía cómo burlar el excesivo control de mamá Zoila, implacable en alejarle cualquier mujer, temerosa que éstas pudiesen debilitar el gobierno de su hijo. Por ello, la vida sentimental de Atanasio se desarrolló incompleta, en secreto, manteniendo entrevistas furtivas con toda laya de mujeres, acostándose con sirvientas, rameras y de tarde en tarde doblegando a las esposas de quienes aspiraban a prebendas o ascensos. En veinte años y tres meses como presidente, sólo Juliana con intervalos había transitado a lo largo de su vida; él para corresponder a esa dedicación, a esa lealtad nada de común, el día del juramento de su quinto período presidencial, la nombró chambelán, quizás transformándose ella por esa extraña decisión, en la primera mujer de la historia en ocupar un cargo de esa naturaleza.

Wagner von Wagner conocedor de los mecanismos que reglan el funcionamiento de las cámaras del palacio y sus dependencias, no pudo disimular su asombro, mas en un gesto principesco mientras alzaba las cejas, se cubrió la boca con la punta de los dedos. Otros embajadores recibieron el nombramiento como un hecho atendible, si se piensa que Juliana hacía tiempo frecuentaba las dependencias del palacio de gobierno—sobre todo las habitaciones privadas de Atanasio— como quien transita por la casa propia.

Mamá Zoila se contuvo para no interrumpir a su hijo y desautorizarlo, y si bien conocía a través de rumores las relaciones de su hijo y Juliana, las aceptaba como un mal menor. Ese día mamá no imaginó a los excesos que podría llegar Atanasio en su locura por conservar a la viuda del general Inostroza. La palabra chambelán nada le decía, mas supuso que se trataba de un título importante, de una distinción apetecida; por algo Juliana se había presentado al juramento ataviada así, como una especie de báculo que mamá Zoila vio tallar imaginando que su hijo pensaba obsequiárselo, pues hacía algún tiempo ella había comenzado a cojear afectada de gota. Para no permanecer en ascuas sobre el significado de la palabra —tampoco no queriendo demostrar su ignorancia— preguntó al embajador de España si había chambelanes en su país. "Sí; pero en nuestro país lo desempeñan gentilhombres". No se atrevió después de esta explicación a seguir indagando; había que aguardar, mantener un discreto silencio, observar cómo se desenvolvían los acontecimientos futuros. Quizás Johnny después de la ceremonia le aclaraba cuál era la función de un chambelán; miró hacia atrás para sonreírle al gringo. Atanasio alerta a las reacciones de ella alcanzó a percatarse del gesto; ahí sus aprensiones se desvanecieron en momentos de enormes dudas para él, ignorando cuál iba a ser la reacción de mamá por el anuncio.

Tres meses después en la soledad de sus habitaciones privadas, sentado en el sofá donde se escribieron páginas gloriosas de su vida, otras no tan gloriosas, se aburría como un convaleciente aislado; ya no sabía cómo entretenerse. Decidió salir a pasear por los jardines del palacio, mas de sólo pensar en levantarse, caminar el trecho que había entre el jardín y el sofá, le produjo un mayor tedio. Oscurecía con lentitud habitual, como si capas delgadas de sombra se fuesen superponiendo unas tras otras sobre los objetos. El rojo del sofá adquirió una tonalidad granate, opaca. La figura de un guerrero moro en bronce pátina sobre un pedestal circular de madera negra, principió a desdibujarse, a perder volumen al confundirse con la pared. ¿Y si detrás de la figura de bronce emergía de súbito un hombre dispuesto a asesinarle? Cualquier

cosa podría suceder en medio de las sombras. Se sobrepuso al temor de su idea porque junto al sofá, había una cómoda donde guardaba un revólver. De un brinco se aproximó al mueble. Hacía tiempo que había desdeñado el pito por su limitada efectividad y lo incómodo de su uso; entre hacerlo sonar y que acudiesen en su socorro, podrían suceder infinidad de cosas, pero un revólver le daba la oportunidad de rechazar al agresor en forma inmediata. A tientas palpó los cajones de la cómoda y los halló suaves como nunca.

Juliana desde el mediodía no se encontraba en el palacio, pues al cumplirse un nuevo aniversario de la desaparición del general Inostroza, había ido al cementerio en compañía de una sirvienta a dejarle flores al mausoleo de la familia, donde sobre un altar de mármol permanecía la foto de su malogrado esposo, guarnecida por dos floreros de bronce. Ella como chambelán demostró desde un comienzo poseer dotes excepcionales, pues las habitaciones de Atanasio las había alhajado agregando estatuas, cuadros, alfombras enviadas por el general Pavez desde Turquía —que por años estuvieron enrolladas en un desván— e infinidad de muebles recolectados de diversas casas del pueblo, para reemplazar los antiguos con excepción del sofá que le traía sabrosos recuerdos de épocas pretéritas.

Con unción triste se arrodilló frente a la foto del general Inostroza, retratado con uniforme de gala. Inclinando la cabeza rezó por el eterno descanso de su alma. A lo menos permaneció treinta minutos en el mausoleo entregada a su obligación de viuda consecuente, hacendosa; limpió el vidrio de la foto, el marco de plata, el mármol de la tumba vacía del general Inostroza —donde figuraba su nombre, fecha de nacimiento y el año de su presunta desaparición— los floreros de bronce, sacando la pátina con una mezcla de tiza molida y agua. Entretanto, la sirvienta aseaba los vitrales de la puerta del mausoleo, nada de tranquila, pues los cementerios le producían julepe aun cuando era de día y no pocas personas transitaban por allí llevando flores. A cada minuto se santiguaba y cualquier ruido que no podía identificar le aumentaba los pálpitos del corazón, el ritmo de su trabajo. Se heló cuando un hombre de aspecto pobre y viejo le tocó por sorpresa el hombro para indagar si ese era el mausoleo del general Inostroza. Apenas si la sirvienta movió la cabeza para responder afirmativamente. Como Juliana había oído al hombre, le preguntó a su vez quién era.

Sacándose el sombrero raído, aplastado por el uso, descolorido por las inclemencias del tiempo, replicó que él había luchado junto con el general Inostroza en las batallas de río Turbio, La Emplanada y Caracol, donde no hubo vencedores ni vencidos. Como esa tarde había ido al cementerio a visitar a sus padres, aprovechaba la coyuntura para rendirle un homenaje a quien había sido su jefe. Juliana lo invitó a pasar; el hombre se arrodilló frente al altar con la cabeza gacha y musitó unas palabras que no parecían oración.

Si bien las ropas del viejo eran pobres, tenían cierta dignidad. Sus zapatos poseían el aspecto de haberle servido para realizar caminatas interminables en busca de horizontes tranquilos, lejanos, en pos quién sabe si de formas de vida primitiva. Juliana creyó ver sonreír al extraño, cuando éste al levantarse, un buen rato la quedó mirando como si examinara a una persona a la cual se desea identificar. Se despidió con una venia descubriéndose la cabeza. Después, las mujeres lo vieron desaparecer entre las tumbas haciendo un camino que parecía conocer al dedillo. Si al menos hubiese sabido su nombre, se lamentó Juliana al salir del cementerio, cuando las probabilidades de ubicar al hombre resultaban dudosas.

De regreso al palacio presidencial, Juliana le refirió a Atanasio el incidente con el viejo. Atanasio le advirtió que infinidad de soldados desertores, dados de baja o inválidos recorrían los caminos del país en busca de nuevos horizontes. "Miraba de un modo extraño" reveló Juliana, pero enseguida agregó que ello no le produjo temor alguno, quizás curiosidad por averiguar más de ese hombre que había conocido a su desventurado esposo.

Ya era de noche; las lámparas a carburo iluminaban los aposentos reservados del presidente, devolviendo a las figuras ahí expuestas, su forma y volumen, color, regresándolas al tiempo presente. Como trofeo, el sofá rojo continuaba siendo el mueble preferido de los amantes; la tentación universal, blando y acogedor. Ahí se sentaron a hacerse remilgos, caricias prolongadas, a espantar el tedio de una noche igual a otras noches cogidos por la monotonía de siempre, las frases de siempre. Cuando Juliana adujo que no era primera vez que había visto a ese hombre del cementerio, Atanasio que estaba a un pelo de herir el horizonte próximo de la mujer, dio un salto y corrió a asegurar puertas y ventanas, porque a lo mejor se trataba de un opositor que venía desde el extranjero a asesinarle.



Raúl Hasbún Zaror

## RAUL HASBUN ZAROR (1933)

Raúl Hasbún, sacerdote y comentarista de televisión, nació en San Bernardo el 6 junio de 1933. Estudió en el Colegio San Ignacio, Instituto Nacional y Liceo de Aplicación. Durante tres años siguió Derecho y Filosofía en la Universidad Católica de Chile, carreras que abandona para ingresar al Seminario Pontificio de Santiago, donde recibe la ordenación sacerdotal en 1962.

Ha sido director espiritual del Seminario Menor, asesor arquidiocesano de la Acción Católica Universitaria. En 1964 asistió al Concilio Ecuménico en Roma. Entre sus numerosos trabajos eclesiales, cabe mencionar la de delegado del Arzobispo de Santiago para los Medios de Comunicación Social, de 1967 a 1981. Desde hace muchos años realiza sus comentarios televisivos en el Canal 13, y escribe, habitualmente, en diarios y revistas de la capital.

Mantiene desde 1975 la cátedra de Teología Moral en el Seminario Pontificio de Santiago. Es licenciado en Teología por la Universidad Católica (1961).

Raúl Hasbún exhibe una considerable cultura humanística y bíblica, y sabe matizar los acontecimientos contingentes con reflexiones profundas, de contenido religioso y trascendente.

Su estilo directo, no exento de humor, en ocasiones, revela riqueza idiomá-

tica y fluidez expresiva.

#### OBRAS

En el corazón del libro (estudio de teología bíblica).

Como Abraham en el monte (exposición de la vida y obra del P. José Kentenich, fundador de Schönstatt).

El Amor nuestro de cada día (compendio de teología del amor). Stgo., 1983.

Buenos días, país (recopilación de crónicas periodísticas). Stgo., 1983.

El valor de la palabra (recopilación de comentarios en Canal 13). Stgo., 1985.

El cuerpo y el amor (exposición de teología, moral y pedagogía del amor y sexualidad).

### HOJAS DE PARRA RELLENAS De Buenos días, país

Mis padres fueron bautizados, en Belén, muy cerca de la tierra y del río en que se bautizó Jesús.

Desde niños se habituaron a los venerables ritos de la Iglesia Ortodoxa, a los sacerdotes de hermosa barba, al canto solemne en árabe y en griego, al incienso, a los íconos, a la comunión en ambas especies y al pan bendito para llevar a casa.

Su pertenencia a la Iglesia Ortodoxa les grabó en el corazón algunas convicciones indelebles: que Dios existe y es providente, y que su voluntad es siempre lo mejor; que Jesucristo es el Hijo de Dios, vencedor de la muerte; que María es verdadera Madre de Dios y soberana del mundo en el orden de la gracia; que el hijo respetuoso y amante de sus padres merece especial bendición de Dios; que el amor humano se hace santo en el matrimonio, monógamo y fiel; que cada uno ha de vivir del trabajo de sus manos, y que ayudarse en la desgracia y perdonarse en la querella—sobre todo antes de comulgar—son exigencias básicas de la moral cristiana.

Pero también se les grabaron otras cosas. Mis padres nacieron y crecieron en un ambiente donde los cristianos católicos y los cristianos ortodoxos se miraban con indecible desconfianza; a ratos superior al recelo que mediaba entre cristianos y musulmanes. Ellos fueron testigos de cuántas muchachas católicas se quedaban solteras, sólo porque siendo los católicos minoría, sus padres se negaban pertinazmente a dejarlas casar con jóvenes ortodoxos.

Oían a los curas de uno y otro rito atronar con amenazas de excomunión a quienes osaran contraer nupcias con alguien de la otra Iglesia. Algunos orientales, émulos de Romeo y Julieta, prefirieron arrostrar estas iras eclesiásticas y paternas antes que renunciar a su amor.

Llegados a Chile —todavía niños—, mis padres continuaron profesando la fe ortodoxa, y en ese rito contrajeron matrimonio. Pero a todos sus hijos nos hicieron bautizar en la fe católica, y confiaron nuestra educación a un colegio católico. Cuando yo fui llamado al sacerdocio, mi madre, deseosa de comulgar de mis manos, fue notificada por un funcionario eclesiástico de que, para hacerlo, debía renegar solemnemente de su fe ortodoxa y hacerse bautizar de nuevo, como si nunca lo hubiera estado.

Mis buenos maestros de religión me inculcaron que no puede haber salvación sino en la Santa Iglesia Católica Romana. Yo miraba a mis abuelos —todos ellos ortodo-xos— y sentía escalofríos. Vivían santamente, tenían una fe indestructible, una fidelidad heroica, se consumían sirviendo y haciendo el bien a todos. Una abuela mía acogía en su casa a todos los mendigos ambulantes y, siguiendo el ejemplo de las santas mujeres de la cristiandad primitiva, les lavaba los pies... ¡Y siendo así se iban a condenar!

En mis estudios de Teología empecé a calmarme. Aprendí que en definitiva Dios juzga a cada cual según la fidelidad a su honesta conciencia. Y que nadie, que sin su propia culpa ignore que en la Iglesia Católica se encuentra el camino revelado por Dios para salvarse, puede por ese solo hecho ser objeto de condenación divina.

También aprendí que las iglesias cristianas de Oriente tienen preciosos tesoros litúrgicos, himnos, oraciones, devoción a la Virgen y a los Santos, amor a la Sagrada Escritura, mártires, doctores y maestros de la fe, una inagotable riqueza de vida religiosa —monacato, virginidad— y de fecundidad teológica.

¿Entonces, por qué el cisma? ¿Por qué esta división entre iglesias cristianas, abiertamente contraria a la voluntad de Cristo y escándalo para el mundo? Comenzó a gestarse desde el siglo viii, por cuestiones que hoy nos parecen insustanciales: la legitimidad de las imágenes religiosas; la fecha de celebración de la Semana Santa; la levadura en el pan eucarístico; la barba de los sacerdotes. Había, naturalmente, otras cuestiones de mayor entidad: la formulación precisa de la doctrina sobre el Espíritu Santo; la extensión del celibato a todos los sacerdotes y no sólo al Obispo; y el primado y capitalidad de la Iglesia Romana.

Ninguna que no pudiera solucionarse, entonces y ahora, dejando a un lado las razones del prestigio u orgullo y encarando las cosas con serena caridad.

Ese es el nuevo espíritu que, sobre todo desde el Concilio Vaticano II, preside ahora las relaciones entre la Iglesia Ortodoxa y la Católica. En 1964, Pablo VI y Atenágoras se estrecharon en emocionado abrazo de reconciliación. Al año siguiente, concluido el Concilio, las iglesias de Roma y Constantinopla levantaron simultáneamente la excomunión recíproca pronunciada nueve siglos atrás: "Queremos —dijo Pablo VI—enterrarla, y anularla, y relegarla al olvido. Lamentamos los hechos y palabras de aquel tiempo, que no pueden aprobarse". "Ha habido culpa de hombres de una y otra parte —había admitido el Concilio—, pero a todos los que se nutren con la fe de Cristo, la Iglesia Católica los abraza con respeto y amor y los reconoce sus hermanos en el Señor".

Por eso está Juan Pablo II en Turquía. Asistiendo a la misa celebrada por el Patriarca Ortodoxo, Demetrio I. Anunciando que se abre ya el diálogo teológico de Iglesia a Iglesia, como un todo. Poniendo fin al drama y escándalo de que discípulos del mismo y único Maestro no puedan participar del mismo altar ni exhibir con su ejemplo de distintivo del Señor: la unidad.

También aquí en Chile saludo, con todo mi cariño y respeto, a mis hermanos ortodoxos, sacerdotes, teólogos y fieles. Comiendo juntos hojas de parra rellenas con carne y arroz, y dulces de masa de hojas con nuez molida y almíbar, podemos ir preparando el día feliz en que estaremos todos sentados a la única mesa de Dios, nuestro Padre común.

(1.12.1979)



Norma Yunis

## NORMA YUNIS (1937)

Novelista nacida en Santiago el 7 de mayo de 1937. Realizó los estudios básicos y medios en el Colegio Santa María de Cervellón. Más tarde ingresó a la Universidad Católica de Chile para seguir pedagogía en Castellano, carrera que interrumpió al contraer matrimonio con Carlos Zaror Atalah.

Ha participado en diversos talleres literarios, incursionando de preferencia en el género narrativo. Se inició escribiendo cuentos, pero después derivó

hacia la novela.

Nada más que la lluvia, obtuvo una mención honrosa en el Concurso de Novela "Andrés Bello", en 1987. Trata un tema que le obsesionó durante varios años: la naturaleza del ser humano, oscilante entre lo superficial y lo profundo. De esta manera creó los dos personajes de su obra —Paulette y Camila—, cuyos destinos siempre se encuentran, aunque por sendas distintas y paralelas.

El ideal, bello e irrealizable a la vez, sería, según la autora, que ambos

personajes pudieran fundirse en uno solo.

"Una es la imagen misma del vivir ahora, disfrutando al máximo, exacerbando sus deseos y obsesiones. Una mujer que obtiene todo lo que desea, especialmente de los hombres. La otra, es el espíritu, la calma, el alma, llena de inquietudes que incluso la llevan a tomar los hábitos.

Los acontecimientos se suceden rápidamente, dando vuelcos inesperados a las vidas de ambas jóvenes, donde nada es imposible". La novela está escrita en un estilo fluido y esencial. Su prosa, plena de equilibrio y sensibilidad, se deja

leer fácilmente.

Norma Yunis es actualmente directora de la Comisión de Cultura del Estadio Palestino. En 1983 publicó (en colaboración con Ketty Berr de Zacarías) "Lo mejor de la cocina árabe", luego de recopilar, probar y adaptar diversas recetas de países del Medio Oriente.

### NADA MAS QUE LA LLUVIA (Fragmento)

Días después de visitar el seminario, Camila se trasladó a su hogar. Los padres llegaban de Europa.

El regreso fue alegre y emotivo. Pero bajo la felicidad, un poco de tristeza. Después del viaje, en cada reencuentro, surgía esta sensación incómoda, invariable, y que

podría compararse a la del patito feo.

Cómo empezar de nuevo, que la consideraran de más valor, que la apreciasen sin tratar de hacerla cambiar. Ahora esto no debería tener importancia, estaban junto a ella, preparándose para iniciar esa etapa, los tres en casa, queriéndose, ayudándose uno al otro. Pero no. El pasado se imponía porfiadamente, con una crueldad que no atendía razones; a las primeras palabras, al emitir su opinión después de tantos años, volvió a ver a la madre como a su propio juez, un juez intransigente que al mismo tiempo era débil, inestable. Y dependía de ella; no lograba pasar por alto ciertas actitudes (palabras casuales, dichas al vuelo, que no dejaban de herir su sensibilidad), aun sabiendo que no iba a conseguir agradarle en forma pareja, pues doña Blanca era una persona incapaz de mantener una posición confiable ni segura.

A veces le comentaba a su hija un grave problema que debía afrontar y Camila la escuchaba, absorbiendo y haciendo suyo ese pesar de la madre. Pero ésta lo olvidaba, regresando a su estado de semiinconsciencia, preocupada sólo de sus viajes y sus tardes de póker. A los problemas de horas antes les tenía alguna solución ideada por ella, bastante subjetiva y por cierto, sin una base real sólida. Al menos ésta le permitía poner

fin a su preocupación.

El vivir tanto tiempo en Francia había añadido sofisticación a sus modales y un acento poco definido. Pero no habían cambiado. Siempre la severa y callada ternura de su padre; y ella con esa expresión de indiferencia y la pequeña sequedad que se dulcificaba por momentos:

—Camila, debes rehacer tu vida. Daremos una fiesta, para celebrar el regreso.

La atendía mientras saboreaba el plato que era la especialidad de su madre: arroz a la valenciana.

—Mamá, no nos precipitemos, te agradezco la idea de la fiesta; hace mucho tiempo que no asisto a ninguna y me agradaría volver a reunirme con tantos amigos. Sin embargo, prefiero que no lo hagas por ahora. Lo principal es que estamos los tres reunidos.

-Bueno, será cuando tú quieras - respondió, condescendiente.

"Aún hay tiempo —pensó Camila—; con paciencia y adaptándome un poco a su modo de pensar, espero que algún día pueda obtener esa comunicación que ansío desde niña".

Después de almuerzo, mientras ellos dormían la siesta, Camila se fue a la biblioteca. Admiró de nuevo el orden, la distinción de los objetos antiguos junto a los libros, mapas y cuadros. Revisando los libros, su atención se detuvo en uno delgado, de tapas gruesas. Al hojearlo, un papel cayó al suelo. Era una carta que había escrito poco antes de entrar al Noviciado y que por alguna razón no envió.

Ruda. Madre Brunilda del Sagrado Corazón.

Roma.

#### Recordada madre:

Hace días que lucho contra el deseo de escribirle. Se encuentra tan lejos que no sé si podrá comprenderme, o si tengo derecho a seguir molestándola con mis pequeñeces. No resistí la tentación. Usted es la única persona que me conoce y puede hacerme ver lo que pasa dentro de mí.

Gracias por ese libro extraordinario que me regaló. Al leer "La metamorfosis", no percibí el carácter de su autor. Pero en la historia de su vida atormentada, veo claramente sus motivaciones, los ideales secretos, la imposibilidad de alcanzar el lugar de los demás seres humanos. Me he reconocido en este escritor. Yo soy él, vivo dentro de él, o quizás él dentro de mí. Nuestras vidas son gemelas, aun cuando perteneció a otra época, lugar y situación. Yo soy Kafka.

No es que pueda llegar a convertirme en escritora; no me refería a eso. Su modo de pensar; su vida espiritual, sus conflictos. En ese aspecto nos parecemos tanto... Pero creo que usted lo sabe y es por eso que me regaló el libro. Quiere ayudarme a descubrir por qué soy así, ofreciéndome la posibilidad de mejorar.

Voy a contarle algo relacionado con Marcelo. Días atrás vino a verme. Como siempre, me habló de lo nuestro. Insistió en que no deseaba esperar más tiempo, que me quería demasiado. Asegurándome que yo también lo amaba me tomó entre sus brazos. Me dejé estrechar por él y creí que éste sería el fin de mi dilema. Pero no. Estaba en sus brazos sin abandonarme a ellos, sin gozar el placer de sentirme querida. Ese dulce abrazo lo eché a perder con preguntas, no sabiendo aceptar lo que se me brindaba. Quisiera ver a Marcelo en el estado de ánimo en que me encuentro ahora. Pero creo que no vendrá.

¿Por qué no me atrevo a sentir amor, simplemente amor, madre Brunilda...?

El me reiteró que me quería mucho, que me apreciaba en todo sentido. Pero me cuesta demasiado creerlo. Es difícil pensar que puedo llegar al corazón de alguien... Si lo he logrado, sería maravilloso; como una ilusión que me deleita y acaricia, mientras dura. Porque volveré a contemplar la vida con desconfianza y frialdad.

Quisiera decirle a él todo lo que siento. Esto que es tristeza, amor y recelo, al mismo tiempo. Algo me impide abandonar este mundo infantil que me hace daño. Sigo deseando amor y más amor, demostraciones efusivas que no logran convencerme.

Creo que yo lo amo. Y, a pesar de esto, su presencia no me conmueve. Sólo cuando se aleja, afloran mis sentimientos y lo necesito.

Reconozco que a Marcelo debe herirle mi conducta, porque le es incomprensible. No puede darse cuenta de estos conflictos que se me presentan a diario. Tengo deseos de dormir o de llorar. Me sucedió muchas veces cuando niña, pero ya soy una mujer. ¿Lo soy, madre Brunilda? Cumplí diecinueve años y me siento igual que cuando tenía trece.

Necesito su apoyo, su palabra, como siempre. Sé que esta vez no dejará de responderme. Cariños,

Camila.

\* \* \*

Camila soñó como tantas veces con la casa de su niñez. Y sintió el secreto impulso de visitarla. Lo había reprimido todas las veces en que despertó llena de reminiscencias, con ganas de volver atrás en el tiempo y sentirse amada y protegida. Saber, escudriñar...

Esta vez no contuvo el deseo; dejó que la embargara y le permitió expandirse, crecer; sin sentimiento de ridículo, ni siquiera pensando que su idea podía ser inapropiada.

Se apoyó en una pequeña mentira para entrar y se sintió bien en el papel de probable arrendataria, estudiando minuciosamente cada detalle de la casa. La actual dueña no podía sospechar que, mientras le informaba sobre las rejas de fierro en las ventanas, la solidez o la ubicación comercial de la propiedad, Camila estaba tratando de recordar, a toda marcha, el color del sillón que ocupó leyendo todos los jueves "El Peneca", o esa sala desnuda y sucia, donde su madre tenía el comedor de diario, rincón preferido para las tareas y los juegos de naipes.

La encontró más pequeña. Cada habitación tenía menos metros, menos centímetros. Tampoco había muchos recuerdos como esperaba hallar, agotados a fuerza de soñarlos e imaginarlos tantas veces. Unicamente reconoció unas baldosas en la cocina con caprichosos dibujos y la tina de baño inmensa con el estanque sobre la ducha, donde le vino el recuerdo de papá bañándola, muy chica y lavándole el cabello con una paciencia desconocida. Aquel perfume liviano y fresco del jabón Flores de Pravia retornó a su sentidos. Se emocionó profundamente y apenas pudo evitar las lágrimas. Los últimos meses de su vida pasaron como una ráfaga por su cerebro.

Desde que sus padres llegaron y fue a vivir a casa, Camila hizo todo lo posible por acercarse a ellos, por compartirlo todo. Pero fue inútil. Existía un muro invisible, una separación que no lograba entender y, aunque ya no era una niña, esto la hizo sufrir mucho. Quería tener una relación más íntima con su padre y con su madre. Se sabía parte de ellos, pero parecían ignorarlo. Eran dos seres hechos el uno para el otro, que tenían su propia vida y nada de lo que su hija les pidiera o aconsejara podría hacerlos modificar su actitud.

Un día, don Heriberto le dijo mientras almorzaba:

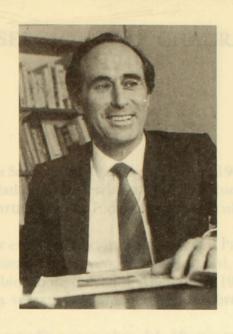
- -Iremos a Francia, Camila. Debemos partir la próxima semana.
- —Qué pena, papá... ¿Y yo no podría ir con ustedes?
- —Esta vez no, hija. Es el último viaje que hago por la empresa. Voy a terminar unos negocios allá. Más adelante podremos viajar juntos.
  - -¿Mamá va contigo?
  - -Sí, ella sí.
- —No puedo dejarlo ir solo —aclaró doña Blanca—. Tu padre está acostumbrado a que lo acompañe y me preocupe de sus cosas.

Tres meses más tarde había cablegrafiado avisando el regreso. Pero durante horas esperaron en Pudahuel el avión ya anunciado por los parlantes. Jamás llegó. Por semanas se trató de localizar el aparato sin resultado: se extravió en la cordillera y no fue posible obtener ninguna información sobre él. Dios le había enviado esta horrible tristeza y ni siquiera tuvo el consuelo de poder velarlos y darles sepultura.

Camila contó con sus amigas; Victoria y Elena la acompañaron día y noche. María Eugenia empleó sus mejores técnicas y experiencias para aliviar el dolor de la joven, y Karim le envió una carta muy sentida, la cual contribuyó a aquietar su espíritu. Paulette se mantuvo a su lado, comprendiendo la tragedia que también había sufrido en carne propia. La invitó a vivir con ella en un departamento, pues ya no quería continuar con su padre y Beatriz. Pero Camila prefirió quedarse sola, únicamente con la fiel empleada que sirvió a sus padres por muchos años.

Apenas hubo concluido la visita a la vieja casa, su vista se fijó en un punto. Atraída por él, se acercó a un espléndido aromo cuya sombra alcanzaba su antigua ventana. Era el mismo árbol, aunque había crecido bastante. Cerca de él jugó a las bolitas, al trompo, rodeada de niños de la vecindad. Pero sintió otra sensación más poderosa, una

alucinante sensación venida de sus noches de ensueños, claroscuros y agitados desvelos, tan comunes en su infancia: de rodillas, hundía sus manos en la tierra, alrededor del árbol, y hurgaba con sus dedos extrayendo unas monedas lustrosas y doradas, con avidez y encendida avaricia, y, apenas Camila las recogía, iban brotando más y más y más...



## Sergio Bitar Chacra

son, una apartada posesión chilena en el extremo austral, obicada en un punto peográfico equivalente a Alaska y donde estos principera de garra permanecieron por más de seis nieses".

Bitar escribe con sencillez y en estilo directo. "Relata con ejemplar antesedad su experiencia como preso político. Bitar no adjetiva, no recrusso describe, informa, toma nota. Y es precisamente en esa parquedad donde reside la merza persuasiva de su sestimonio".

maldad, que no es otra cosa en el fondo, que cierto pudor y objetividad propios de un auténtico espíritu humanista.

Sersio Bitar, al iniciar su exilio en 1974, visió invitado por la Universidad.

le Harvard. Posteriormente residió en Venezuela donde desarrollo una impresa manufacturera. Luego vivió en Washington, gracias a una mustación lel Washington Centor, hasta su regreso a Chile en 1984.

conferenciaste en diversos medios informativos y la actividad política

"BLANCO, GUILLERMOI Floy, Nº 558, del 28 de marso al 5 de abril de 1988.

## SERGIO BITAR CHACRA (1940)

Sergio Bitar nació en Santiago el 30 de diciembre de 1940. Estudió Ingeniería Civil en la Universidad de Chile, en cuya Casa de Estudios Superiores llegó a ser director del Departamento de Industrias de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas.

Obtuvo un master en Planificación Económica en París, en 1965, y otro en Administración Pública en la Universidad de Harvard, en 1970. Fue Ministro de Minería en el gobierno de Salvador Allende en 1973.

Sus publicaciones versan fundamentalmente sobre economía, política y temas contingentes.

Se incluye en este estudio por su obra *Isla 10*, que constituye "el relato que escribió, en los meses siguientes a su detención en varios campos de concentración chilenos" (Dawson, Ritoque, Puchuncaví).

El texto conforma una apasionante crónica de registro sobre las condiciones de vida de altos funcionarios de la Unidad Popular detenidos por el gobierno militar. Isla 10 (nombre con el que Bitar fue designado durante su prisión) es el primer libro que se publica en Chile narrando las experiencias cotidianas —semana a semana— del medio centenar de protagonistas pertenecientes a un trozo de la historia chilena prácticamente desconocida para sus contemporáneos. Los sucesos se centran fundamentalmente en la isla Dawson, una apartada posesión chilena en el extremo austral, ubicada en un punto geográfico equivalente a Alaska y donde estos *prisioneros de guerra* permanecieron por más de seis meses".

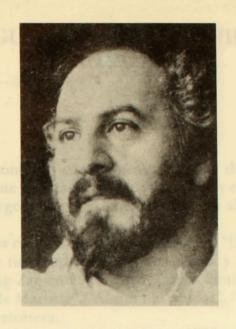
Bitar escribe con sencillez y en estilo directo. "Relata con ejemplar sobriedad su experiencia como preso político. Bitar no adjetiva, no *reacciona*: describe, informa, toma nota. Y es precisamente en esa parquedad donde reside la fuerza persuasiva de su testimonio"<sup>31</sup>.

Estos relatos testimoniales impactan y emocionan, no obstante la aparente frialdad, que no es otra cosa en el fondo, que cierto pudor y objetividad, propios de un auténtico espíritu humanista.

Sergio Bitar, al iniciar su exilio en 1974, viajó invitado por la Universidad de Harvard. Posteriormente residió en Venezuela donde desarrolló una empresa manufacturera. Luego vivió en Washington, gracias a una invitación del Washington Center, hasta su regreso a Chile en 1984.

En la actualidad divide su trabajo entre la docencia, su labor de columnista y conferenciante en diversos medios informativos y la actividad política.

 $<sup>^{31}\</sup>mbox{Blanco},$  Guillermo: Hoy, N° 558, del 28 de marzo al 3 de abril de 1988.



## Miguel Littin Kukumidis

# MIGUEL LITTIN KUKUMIDIS (1942)

Miguel Littin, más conocido como cineasta, actor y director de teatro, ha triunfado ampliamente en estas actividades en Chile y en el extranjero. Pero es también dramaturgo, autor de obras influidas en alguna manera por el teatro del absurdo.

Su labor de director cinematográfico se advierte en "El chacal de Nahueltoro" (1970), obra que tiene, además, una vivisección y guión de la película,
publicada por Ed. Zig-Zag en 1970. Otros títulos fílmicos son "Compañero
presidente", "Actas de Marusía", "Alsino y el cóndor", "Viva el presidente" y
"La viuda Montiel", etcétera.

La mariposa debajo del zapato, estrenada en 1965 por el Taller de Arte Dramático, es de carácter simbólico y constituye una crítica al consumismo actual.

La trama es curiosa: "Un señor, dueño de Créditos Credimac, tiene un empleado puertas adentro, José, cuyo trabajo es salir a la calle a vocear sus productos, éstos pueden ser desde una insignificante cucharita hasta un avión y todo a crédito. Para poder cumplir con las exigencias del trabajo, José necesita estar bien alimentado, pero su jefe considera que es mejor y más barato inflarlo con aire. Aparte, se da la situación personal de José: él es casado, pero al estar empleado puertas adentro, no ha podido consumar su matrimonio, ni tener relaciones normales con su mujer. A pesar de la insistencia de Margarita, su mujer, y de su esfuerzo por mejorar la relación que llevan, se da cuenta que han quedado inhibidos frente al acto sexual. Un día llega un violinista ciego que trata de liberar a la pareja y hacerlos tomar conciencia de sus posibilidades a través de una poesía que les dirige: El tiempo de la canción aún no termina.

La pieza teatral posee ribetes polémicos y acusadores. Plantea una dura crítica a la explotación de un sistema inhumano y degradante. Aunque no muestra una salida, exhibe una esperanza en contra de tal situación, por boca del tocador de guitarra, quien dice: "una piedra, una honda, un fusil...".

La mariposa representa a los desposeídos y el zapato, al explotador. Como podemos ver la connotación social es evidente.

### OBRAS

El hombre de la estrella, 1963. La mariposa debajo del zapato, 1965. Tres para un paraguas, 1965. Frente al muro. Ed. Mimbre, 1965.



## Nain Nomez

## NAIN NOMEZ (1946)

Poeta y ensayista, nació en Talca en 1946. Cursó estudios secundarios en el Instituto Comercial de esa ciudad. Luego ingresó a la Universidad de Chile para seguir Filosofía y posteriormente Literatura en Carleton University y en la Universidad de Toronto, donde recibió su doctorado.

Ha sido profesor en la Universidad Técnica del Estado, en la Universidad de Chile y en Queen's University, Canadá.

Después de más de diez años de permanencia en el extranjero, regresó a Chile en 1986.

Su poesía llena de interrogantes existenciales, es, según palabras del propio autor "como un puente que permite andar y desandar el camino que va de la tradición chilena del pasado a la canadiense del presente, y de ambas a la transnacional del futuro en un trazo que quiere permanecer como movimiento y mediación en una creación continua. Puente que se abre y se cierra a punta de encuentros y desencuentros entre visiones de mundo casi opuestas, pero que buscan sus trabazones existenciales y sociales".

No descarta el lenguaje coloquial ni la sátira como elementos de crítica y desenmascaramiento de un mundo inauténtico o de falsos mitos. "Hablando de exportaciones sólo nos va quedando la estación Mapocho y la calle Londres".

Publica con frecuencia poemas y artículos en revistas de América y Europa. Naín Nómez es esencialmente un intelectual a quien interesan los problemas de la teoría y de la crítica literarias. Su poesía, con fuerte tendencia al versículo, expresa reiteradamente los sentimientos de la nostalgia y el desarraigo. Antes que la búsqueda de la belleza o el mero sentido estético, pretende despertar la conciencia del lector.

"Este es el tiempo de la sombra. Aprenderemos la lengua de los reyes/ y volveremos cubriéndonos las llagas, poderosos y ahítos./ Este es el tiempo de la luz, el tiempo de los regresos,/ de las transfiguraciones y las voces que se dispersan en el viento,/ el tiempo en que los oídos y las bocas se encuentran en el aire".

Su libro *Países como puentes levadizos* obtuvo el primer premio del concurso Apedeche de la Universidad de Alberta (1985) y fue finalista del Premio Casa de las Américas (1986).

#### OBRAS

Stories of a guarded kindom/Historias del reino vigilado (antología de poesía bilingüe), Ottawa, 1981.

Chilean literature in Canada/Literatura chilena en Canadá (antología bilingüe de escritores chileno-canadienses), Ottawa, 1982.

Written for a meeting place/Escrito para un lugar de reunión (poesía y cuento), coedición con Sebastián Nómez, Toronto, 1983.

Países como puentes levadizos, Santiago, 1986.

Pablo de Rokha. Nueva Antología (selección y prólogo), 1987.

Burning Bridges (poemas traducidos al inglés por Cristina Shantz), Ontario, 1987. Pablo de Rokha. Una escritura en movimiento (estudio sobre la obra del gran poeta),

Santiago, 1988.

Memorias de Pablo de Rokha. El amigo Piedra (introducción y edición), Santiago, 1988.

#### **INCOGNITA**

¿Y qué hago yo colgando de aquel ala en la tiniebla?

Me declaro sorprendido de este vuelo metafísico y atrapado por el ojo de medusa.

Las ciudades estallan como un charco en el cielo y en medio de la vida nos hacemos coágulos de asombro

Nada nos espera fuera de este movimiento impreso en los cabellos y esta catarata de humo entre los dedos.

¿Yo qué hago aquí desnudo y sangrando como un ángel en medio de la luz?

### FINAL DEL JUEGO

En primer plano el rostro carmesí, el ojo en llamas, la cólera arrugando los párpados, un brazo levantándose en el ademán de lanzar los objetos.

(Toma interior)
Sorbo mi café con gesto impasible.
Alzo un brazo para que no me hieras la cara.
Reclino la cabeza mirando de soslayo, inmutable anuncio mi entereza,
mi disfraz de vivir los géneros desde otro lado.

(Sensaciones)
Tu estrella parda silueteando mi faz.
Tu reto detrás del muslo amenazante,
la estela del café mordiendo mis rodillas

indefensas.

Cómo te amo en esta faltriquera de gestos que me construyo con los dedos y la torcedura de la boca, en estos latigazos de sílabas que te desbastan, con este rictus de odio que te solitaria el futuro. Cómo te deseo la piel que se escurre en el pliegue, el ombligo que se yergue en su oscuridad protestando.

(Visiones) la pupila aún sujetando la luz del pasado, esa piel que se hincha con el pudor de la insolencia, ese vientre desplazándose en el tiempo.

Se tarda tantos años en descubrir que uno está muerto.

(Toma interior)
Mi mirada lasciva ya pura mordedura,
mi ternura sujeta a las necesidades del momento,
mi pura sobrevivencia.
¿Puede el nudo que fue atado
llegar a desatarse?

(Mirada exterior) Irreconocible, miras de soslayo tu propio porvenir en esa mesa junto a la taza de té (café) fría.

#### Enunciado:

había un deseo antiguo del fulgir, como los venaditos en el bosque o la taza de cumpleaños en la alacena, había un deseo de amanecer perfectos.

#### Otros enunciados:

Si tomamos la dirección opuesta, sabremos que nunca empezamos nada realmente serio o por lo menos prometedor. Nuestra memoria bloqueada por una escena conyugal no prevista.

(Toma interior)
No me queda otra cosa
que ver crecer los días,
este estremecimiento momentáneo
en un cuarto vacío.

(Plano del espectador) Aún espera conjurar un acto de valor un momento de alivio, aún espera que la salves.

(Plano del actor) Pero como reconstruir la historia. No hay memoria sino sólo fantasmas, palabras y elecciones que siempre son erradas.

(Plano del narrador)
Aún espera lo irreal o lo futil,
el gesto insano que la rodee como la cordillera
o la alegría,
que lo torcido se enderece
y la falange de la mano
se convierta en un signo de amor.

yo: no existe elección que lleve al punto de partida, mi discurso es sólo el sentido del impulso: la rueda ciega que nos degrada y aflige.

(Otro narrador) Ya ni siquiera mira, deshila el gesto de destejer su propio afecto sobre el otro.

yo/desgarrado: soy el mismo atareado en el resentimiento (el cuerpo relajado la mente en blanco)

molesto ansioso he soslayado todos los puentes (proyecta solamente una luz vacilante) sin remordimientos ni lamentaciones (reconstruye su ausencia como una leyenda) creo que nunca hubo nadie allí (mirando por la ventana viendo un paisaje distinto) Que nunca hubo nadie allí

En primer plano una página atiborrada de signos el vidrio apenas rozado por un deseo sin raíces

un rostro carmesí un ojo en llamas

un brazo levantándose en el aire un objeto zumbando

un cuchillo en el agua detenido en su estela

Que nunca hubo nadie



## María Lidia Neghme Ruzza

# MARIA LIDIA NEGHME RUZZA (1947)

Profesora y ensayista, nació en Santiago el 22 de febrero de 1947. Cursó estudios secundarios en el Colegio María Inmaculada de la capital. En 1964 inicia la carrera de Pedagogía en Castellano en la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, obteniendo su título de profesora de español en 1969.

Ha ejercido funciones docentes en la Universidad de Chile y en universidades de Brasil. Junto con realizar numerosos cursos de postgrado, ha participado también en congresos y seminarios internacionales sobre literatura.

Pertenece a importantes entidades culturales de Iberoamérica y de los Estados Unidos.

Actualmente la Dra. María Lidia Neghme es profesora de Letras Modernas en la Universidad de San Pablo, Brasil.

Es autora de innumerables ensayos en revistas extranjeras, de fascículos sobre temas culturales, reseñas de obras y autores, antologías, etcétera, que la acreditan como una notable investigadora y estudiosa de los fenómenos literarios latinoamericanos. En todos ellos demuestra conocimiento, sentido crítico y un estilo digno y funcional.

#### OBRAS PRINCIPALES

Pinceladas (poesía), 1964. La literatura hispanoamericana a través de los textos (ensayo), 1971. La poesía de Pablo Neruda (antología y crítica), 1971. Antología del cuento surrealista del nuevo mundo, 1971. Poesía brasileira (selección y notas), 1982.



## Jaime Hales Dib

## JAIME HALES DIB (1948)

Jaime Hales Dib nació el 21 de marzo de 1948. Realizó los estudios de enseñanza media en el Colegio de los Sagrados Corazones. Allí participó en la Academia Literaria del establecimiento. Al finalizar las humanidades publicó su primer libro, que contenía cuentos y poemas, "Literatura de gente joven", en colaboración con un amigo.

Más tarde ingresó a la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, donde se recibió de abogado. Ha desarrollado su actividad profesional fundamentalmente en el campo penal y en especial en la defensa de los derechos humanos, colaborando con la Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de

Santiago.

Ha escrito ocasional o permanentemente en diversos medios de comunicación ("Análisis", "Apsi", "Hoy", "Mensaje", "Política y Espíritu", "Diario La Epoca", etc.), además de haber sido comentarista en radios Cooperativa y Carrera, ambas de la capital.

Hombre inquieto, ha participado en calidad de dirigente en numerosas instituciones gremiales, políticas, sociales y culturales. Actualmente es Presidente de Espacio Abierto y miembro del directorio de la Sociedad de Escritores de Chile.

Su poesía amorosa y combativa, expresa, con un lenguaje vital y directo, la realidad del amor y de la justicia:

Sentí la vida, como una verdad y una mentira.

La pasión conlleva alegría y esperanza, dolor e incertidumbre: "Amé tu canto una/ mañana,/ como si estuvieras muerta./ Descubrí la bondad/ y las caricias,/ los genios tristes/ y las manos tibias".

Los poemas de Jaime Hales son intuitivos, lejos de toda retórica y cerebra-

lismo.

Filebo, refiriéndose a "Encuentros", ha dicho: "Encuentros" es un tratado del "mal de amor". Un dramático alto en el camino. Un detenerse para quitar las espinas que a uno, tarde o temprano, le recuerdan su mortalidad viviente. A Jaime Hales la pasión le dispara de mampuesto. Su lenguaje debe improvisarse como un recurso desesperado. La suya no es una lengua estrictamente poética.

Los sentimientos alimentan la caldera, pero no potencian el decir poético. Jaime Hales ofrece el espectáculo de un vuelo a ciegas por el aire fino del

lirismo erótico.

#### OBRAS

Literatura de Gente Joven (prosa y poesía en conjunto con Ricardo Salvador), Santiago, 1965.

Encuentros (poesía), Ed. Aconcagua, Santiago, 1982.

Palmeras y otros recuerdos (prosa y poesía), Santiago, 1984.

Los caminos de Chile (ensayo de interpretación política), Santiago, 1986.

Para ti, compañera (casette de poesía con la voz del autor), 1987.

De cúpulas y amores (prosa y poesía), Santiago, 1987.

Para ti, compañera (poesía), Santiago, 1988.

### SUPE QUE TE AMABA

De pronto supe que te amaba. Como el rocío, profunda y quedamente, más allá de lamentos de palabras dolores y pasiones. Supe que te amaba con la punta de los dedos tocando, viviendo, sabiendo que más allá del tiempo y de la noche están el amor y tu palabra. Supe que te amaba con todos mis complejos y mis manos y mi sexo y mi tragedia y mi alegría y mi dolor enorme en este lado de mi cuerpo. Supe que te amaba porque tú eres tú, eres distinta, no eres parte de mí aunque lo fuiste y a veces deseo que lo seas. Te supe libre, te sentí distante y tan querida! y te amé como el rocío.

#### LA CARTA

La gente dice que me has escrito una carta.

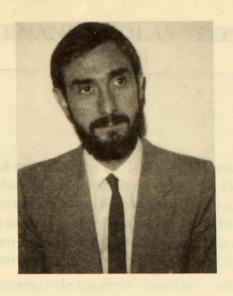
Que tomaste la rama de un alerce la untaste en savia de abedul redactaste encima de un durazno las más hermosas frases de pasión.

La gente dice que te fuiste saltando y entregaste la carta a una paloma. La gente dice que me has escrito una carta.

La gente dice que yo al saberlo me puse mi sombrero me saqué la corbata y los zapatos y corrí cantando una canción.

Le gente dice que yo estaba loco porque salí a pasear con un gorrión y hablé con todos de tu amor.

La gente que diga lo que quiera. Yo no he leído tu carta, no la he visto, no la abrí. Sé que no porque tú misma me dijiste llorando como niña que no sabías escribir ni siquiera la palabra Amor.



Fernando Lolas Stepke

# FERNANDO LOLAS STEPKE (1948)

Fernando Lolas nació en Santiago en 1948. En la actualidad es un notable científico e investigador de la Universidad de Chile. Desempeña el cargo de subdirector del Departamento de Fisiología y Biofísica, a la vez que ejerce varias cátedras universitarias. También atiende privadamente su profesión de médico, especialista en medicina psicosomática y psiquiatría.

Ha cumplido numerosos cargos profesionales en Chile y en el extranjero.

Escritor preferentemente de carácter científico —diez libros de esa índole lo confirman—, es, asimismo creador de un interesante ensayo literario "Notas al margen", sobre el cual nos referiremos en estas páginas, por tratarse nuestro estudio sobre el aporte de los árabes y sus descendientes a la literatura chilena y no de sus vinculaciones con otras áreas del saber.

Es autor de más de ciento cincuenta publicaciones especializadas en revistas nacionales y extranjeras.

Fernando Lolas divide su tiempo entre la investigación científica, la docencia y la actividad literaria.

En Notas al margen (Colección Travesía, Santiago, 1985), incursiona en los complejos ámbitos de la historia, la psicología y la filosofía de las ciencias. En esta obra reúne tres ensayos que merecieron el Premio "Gabriela Mistral" de la Municipalidad de Santiago en 1974, 1979 y 1984. Ellos son Temas y digresiones; Los azares de la cientificidad y Notas al margen.

Estos ensayos —dice el autor en la presentación— quieren ser sólo formas visibles de pensamientos, impúdicamente exhibidos como algo inacabado y marginal, que precisan ser complementados y enriquecidos por sus lectores.

En "Temas y digresiones", Fernando Lolas nos sugiere que los escritos son conversaciones, cuyo objetivo es dialogar y por lo tanto, es posible disentir de su contenido. Uno de los temas más atractivos versa sobre americanidad. "La búsqueda de nuestro carácter americano es un factor nuclear en el pensamiento que se expone y de allí anotamos que la individualidad de lo latinoamericano es algo que debe construirse, y luego que emergerá lo latinoamericano con autenticidad plena y fisonomía propia en el preciso instante en que América y con ella los americanos se definan como un ámbito".

En un correlato de ideas, el autor establece con propiedad las posibilidades de crear una conciencia americana. Luego en los textos que dan título al libro "Notas al margen", Fernando Lolas nos entrega renovados enfoques de temas como el origen de las cruzadas, vinculando esta epopeya cristiana a los extensos poemas épicos "que leídos en nuestra adolescencia, redescubrimos

en la madurez para ingresar a ese mundo original de La canción de Rolando o el Poema del Cid<sup>32</sup>.

Otros temas importantes son: "La imagen del padre en Occidente", "De la brujería" y "Notas sobre la emergencia de la persona en la medicina".

El estilo de Lolas es claro y digno. Logra, al mismo tiempo, establecer una corriente de simpatía entre el lector y las ideas expuestas con amenidad.

"En el libro *Notas al margen* se conjuga perfectamente un pensamiento científico y humanista y una manera elegante de expresarse"<sup>33</sup>.

 <sup>&</sup>lt;sup>32</sup>GARCÍA-DÍAZ, EUGENIO: Notas al margen. Occidente, mayo-junio, Stgo., 1986.
 <sup>33</sup>GÓMEZ MILLAS, JUAN: Discurso de presentación del libro. Notas al margen. 17 dic. 1985.

#### DE LA BRUJERIA

Dos elementos hay, en opinión de Michelet, que caracterizan la condición del vasallo en la Edad Media. El primero de ellos es la fijeza de las instituciones sociales; inmutabilidad estratificada de la comunidad medieval que se polariza en el señor y el villano. Y el segundo, la incertidumbre en que éste se encuentra respecto de su futuro, cuya seguridad depende en mayor o menor grado de los caprichos del señor.

Estas condiciones no fueron siempre así. Al comienzo, señor y vasallo habrían acordado un pacto recíproco, con entera libertad por ambas partes. El juramento más primitivo es sin duda aquél en el cual el caballero expresa al feudatario que él desmontará para ayudarle si así lo requiriese, y que puede alejarse de su lado cuando le parezca propicio. El vasallo, en la etimología de esta expresión, es el valiente; el hombre que, sin renegar de su condición de hombre libre, se pone al servicio de un señor.

Repentinamente, por hondas y obscuras transformaciones del espíritu social, esta relación se hace férrea, se constituye la sociedad feudal con el despotismo con que la han de conocer y criticar —probablemente interpretándola mal— las edades posteriores. El vasallo pierde sus derechos, pierde su libertad, sus fueros, queda librado al arbitrio del castillo.

La sociedad feudal se convierte en opresiva. Impera allí sin contrapeso el espíritu de la autoridad. Autoridad temporal, de los señores autárquicos. Autoridad intemporal, de la iglesia, que tiene prohibiciones para todas y cada una de las acciones humanas. Este sólo carácter de la sociedad feudal basta para explicar, entre otras cosas, el aparecimiento de muy grandes y persistentes fenómenos, porque cuando estas prohibiciones chocan con el alma rudimentaria y simple del pueblo—y no hay autoridad que no se exprese por prohibiciones—, cuando ellas entran en conflicto con sus anhelos naturales y con sus creencias naturales, el pueblo se refugia más que nunca en ellas y las hace su reducto. Quizá Michelet exagera al decir que la tónica fundamental de todo esto fue la desesperación. Como un escape, surge la brujería, el satanismo, el culto del "príncipe del mundo".

Se cuenta que al terminar la Antigüedad, con el advenimiento del espíritu cristiano en gloria y majestad, una voz imperceptible habría recorrido los campos de Europa anunciando: "El gran Pan ha muerto". Con él morían los viejos dioses, las viejas creencias que afirmaban lo natural, que hacían del mundo el reino del hombre y su mayor tesoro. Pero no estaban tan muertos. La creencia cristiana traía un anhelo antinatural, que en la Edad Media se representó —o queremos que así sea, mirando desde la lejanía del tiempo— por la apetencia de un Dios desligado del hombre, por el desprecio del mundo. Y este nuevo Dios se conjugaba con la autoridad secular de la iglesia católica formando un todo con la máquina opresora de la polarización feudal. ¿Podemos afirmar, o negar, que ha sido la iglesia la responsable de la aparición de la brujería, que a ella debemos imputar el cargo de haberla creado, mantenido y alimentado con su antagonismo sordo, sin ser capaz de anularla? En su tesis, Michelet no duda en culpar a la iglesia. Y da para ello como prueba el que la brujería en sus comienzos, y sobre todo a través de sus manifestaciones masivas como el aquelarre, fue primariamente una expresión del alma popular —del alma de los oprimidos, que amaban al

mundo porque Dios les era inaccesible—. Nunca como entonces fue la iglesia una prebenda para los caballeros y señores, nunca como entonces algo que ellos podían utilizar y manejar a su antojo. Porque allí donde había para el señor dispensa papal, perdón, sólo estaba la condenación para el pueblo. No es de extrañar pues que durante todo este largo período el adulterio haya sido una institución social, el incesto una realidad que halla su explicación en causas económicas, la infecundidad de la mujer una necesidad impuesta por las duras condiciones de la vida. Habría que agregar a ello el terror ante lo desconocido y las explicaciones del mundo teñidas de visiones.

Un escritor del 1500, Sprenger, afirma que no hay que hablar de la brujería de los brujos sino de la de las brujas. Es un fenómeno esencialmente femenino. La mujer. apegada por naturaleza a las tradiciones, a la conservación de lo existente, sigue descubriendo en la naturaleza los geniecillos, haciéndolos sus amantes, alimentándolos. Primero inocente y confiadamente. El geniecillo de la casa es al principio un buen espíritu risueño y juguetón que acompaña a la mujer en sus horas de trabajo. Pero el marido está oprimido por el despotismo, es pobre, desearía dinero, poder, librarse del yugo de esa pesada atmósfera. Entonces el geniecillo ofrece dar algo, un poco, a cambio de otro poco. Y empieza el maleficio; la mujer, mediadora entre este mundo y los espíritus, empieza a concebir en su seno la brujería, a alumbrar en lento y no indoloro parto el fenómeno. Más tarde, rechazada por la sociedad se va al monte, al campo, a la naturaleza, se hace la bruja —respetada y temida— que desde su escondido refugio lanzará dardos contra los señores, contra el castillo, la que dará al paje ambicioso el filtro mágico que le permitirá seducir a la castellana, la que hará caer más caballeros por maleficios que en combate. Hasta que rechazada incluso por el hombre, su propio marido, se irá a vivir con el príncipe del mundo en lejanos y solitarios parajes.

Es un momento de sublime iniquidad. Es la bondad vuelta al revés, como una misa negra. Y será la mujer la figura principal tanto del culto impío como de la leyenda. Será ella —la bella donna— la que con sus drogas y pócimas bombardeará el mundo, llenando de gozo a algunos y sumiendo en desesperación a otros. Satán se presenta no tanto como la maldad, como lo despreciable cuanto como el espíritu natural, el amor al mundo que la iglesia pretende ahogar. Porque mientras el hombre caza, ara la tierra, forja los metales, la mujer se sume en el ensueño y se hace vidente; conserva para sí el mundo y no reniega de él. Y eso es rebelión. Eso fue brujería.

Este fenómeno de la brujería es impresionante. No puede tacharse de frívolo algo que ha costado tanta sangre y tanto dolor.

Sin embargo, incluso el nuevo espíritu empieza a no ser propicio a Satán. El demonio se populariza, se hace vulgar, es objeto de mofa; hasta se reniega de él. Los casos narrados por el historiador, el de las posesas de Aix, de Loudun o de Louviers no son sino supercherías, y de las más innobles. Son hechos donde la inmoralidad que aflora de los conventos de religiosas se junta con la farsa más dolorosa que puede concebirse y los proyectos más negros que puede forjar el alma humana. Incluso el misticismo se hace sospechoso, los demonios son tan abundantes que una de los posesas ha arrojado seis mil de su cuerpo, cada uno con nombre. Satán, en la jerga de los demonólogos, pierde su sublimidad, se hace ridículo.

Paracelso se vanagloriaba de haber aprendido más de las brujas que de sus doctos maestros. La mujer bruja, que se aferró a lo natural del mundo, que ofició de consoladora, de médico, que hizo de todo ello un arte —el arte de desencadenar los fenómenos naturales a través de lo sobrenatural— y que sufrió por ello, de alguna

manera representa una rebelión. La rebelión de Satán. Y de ello ha derivado toda una vasta serie de rebeliones; no entre las menores, la rebelión de la ciencia que la misma bruja ayudó a crear y que inspiró en sus primeros movimientos. Hasta que este espíritu de aferrarse a lo natural del mundo, a lo espontáneo y vital, en oposición a otro que significa renegar de él engendró el deseo de hacer, de dominar el mundo, de leer "el libro de la naturaleza". La brujería, así entendida, es un movimiento que reivindicó a los viejos dioses de las aguas y de los bosques, dioses mundanos y por eso mismo, naturales. Dioses que hablaban y le señalaban maleficios. Mundo. Vida.

La brujería fue. Ya no es. Quizá pervivan aún algunos resabios de ella bajo la forma de inofensivo ocuparse de lo sobrenatural. Pero su momento pasó. Fue mientras era combatida, mientras Satán era temido y respetado, al menos tenido en cuenta. Las rebeliones posteriores han sido de alguna manera deudoras de ese movimiento del espíritu que fue la brujería, que en una época donde los doctos mantenían sus ojos clavados en el sistema y los teólogos y hombres de fe renegaban del mundo y de la humilde condición natural —hasta perversa, solía decirse— del hombre, ella mantuvo vivo el espíritu mundano, espontáneo y vital y enseñó a buscar —que ya era rebelión—y enseñó a sanar —que también fue rebelión porque significaba no aceptar contritamente el flagelo de la enfermedad enviado por Dios a la humanidad pecadora—.

Pero, ¿qué hay de verdad en todo ello?

El maniqueísmo de nuestras más caras instituciones sociales quisiera hacernos creer que el mundo está siempre dispuesto en contrarios antagónicos. Vivimos pensando en pueblos escogidos, en clases mesiánicas que por su pureza obraran efectos benéficos sobre la humanidad, en grupos ideológicos que poseen verdades. Aun en los reductos más sagrados de la racionalidad pareciera como si siempre hubiera un lugar para brujos y brujas. Toda ortodoxia lleva en sí la disidencia. En realidad, sólo es ortodoxia en la medida que alimente una disidencia.

Toda ortodoxia es, en último análisis, una reglamentación de la vida. Toda brujería, su negación. Ninguna existe sin la otra en la siempre misteriosa dialéctica del tiempo histórico. Hay un sístole y un diástole en la vida social, merced a los cuales aflora, de tiempo en tiempo, todo lo que queda reprimido o anulado.

La brujería, hoy como en el medievo, es manifestación de los irreprimibles movimientos del alma colectiva en su permanente diálogo con lo sobrenatural. Lo sobrenatural no es necesariamente escatológico. Sin embargo, es aquello que sólo puede tener algún sentido mirado en la perspectiva del todo. Es como esas hipótesis, a veces absurdas pero siempre útiles que los científicos y los hombres corrientes se ven forzados a incluir en sus argumentos a fin de darles coherencia y belleza. Un mundo privado de sobrenaturalidad sería el menos natural de los mundos porque sería inexplicable. Así como la ciencia de la naturaleza se nutre de invisibles, así también la vida misma, para ser vida plena, debe alimentarse de ficciones. Ficción no debe ser entendida como falsedad o mentira. Debe ser más bien elevada al rango de constituyente esencial de la realidad. Es el oxígeno que sin verse es necesario para que haya algo que ver.

Esto no es, ni con mucho, una explicación de la brujería. A lo sumo, es una descripción de las condiciones que la posibilitan. De ellas tal vez no están siempre conscientes quienes las viven o sufren. ¿Qué fanatismo no se alimenta, en el fondo, de

una acendrada incredulidad? ¿En qué inquisidor no habita un hereje?

Tanto en la emergencia de la brujería como en su represión más extrema hay que

ver el mismo fenómeno. La necesidad que todos tenemos de hacer participar lo sobrenatural en la cotidianidad de la vida. A veces como reivindicación de un espíritu del mundo añorado y llorado en un pasado inexistente. A veces como temor de las propias fuerzas que se liberarían poderosas si no se las sometiera a sujeción permanente. Los perseguidos —brujos, iconoclastas, rebeldes— tienen en esto una solidaridad implícita con los perseguidores. Juegan el juego de los contrarios, por el cual se gesta la tensión necesaria para vivir. Le dan el impulso necesario al péndulo de los tiempos para que los perseguidos de hoy sean los perseguidores de mañana. Para que unos, por terror a los otros, y éstos, por temor a sí mismos, desmientan una y otra vez el viejo anhelo de la paz universal y de la dicha intemporal. En esto se comportan unos y otros como siguiendo designios trascendentes, por todos sufridos y por nadie comprendidos.

Estos designios trascendentes —siempre útiles, nunca verdaderos— son la raíz de lo sobrenatural. Negar la eficacia de lo sobrenatural es negar la vida misma del hombre.



Diamela Eltit González

### DIAMELA ELTIT GONZALEZ (1949)

Diamela Eltit nació en Santiago en 1949. Cursó estudios de pedagogía en Castellano en la Universidad Católica de Chile, donde recibió su título profesional. Poco después obtiene una licenciatura en la Universidad de Chile. Ha hecho uso de becas de la Fundación Guggenheim y Social Sciencia Research Council de Estados Unidos. Ha ofrecido conferencias en Francia y Canadá. En la actualidad es profesora del Instituto Profesional de Santiago.

Diamela Eltit rompe todos los esquemas narrativos al procurar el juego lingüístico absolutamente experimental. Su novela *Lumpérica* carece de argumento, pues no hay caracteres ni personajes definidos. Los diez capítulos que conforman la obra constituyen una sucesión de perspectivas o panoramas, que apuntan hacia un escenario: una plaza nocturna de Santiago o de cual-

quier parte.

"Creo que la novela intenta —y a menudo consigue— una extraña fusión de tres elementos: lo visual luminoso, lo sexual orgiástico y lo verbal bautismal. Desde el nombre de la mujer en adelante, la luz es un verdadero protagonista de la acción: luz nocturna, artificial, eléctrica, como para borrar toda huella de *naturaleza* en este sofisticado espectáculo"<sup>34</sup>.

La protagonista de *Lumpérica* —expresa Diamela Eltit— "es un sujeto mujer, es la síntesis de lo femenino en el lumpen. Sucede en la noche, con toque de queda en un espacio viciado. Ella quiebra las normas de la noche y establece un espectáculo curioso con aquellos que acceden a ese lugar desde la marginalidad: se produce una contemplación del entorno y un *ser contemplada*, a la vez".

"Hay un reconocimiento, una interacción entre ella y la ciudad. Es como apropiarse del espacio público que nos ha sido usurpado arbitrariamente. Los

únicos que se atreven a transgredirlo son los vagabundos".

Por la Patria, segundo libro de esta autora, "edifica su metáfora sobre un personaje femenino, Coya Coa, a través del cual comparece el mundo del hampa y del habla mutante de los barrios periféricos. El bar, el sitio eriazo y la cárcel son los espacios donde se configura una suerte de épica de la desposesión. La corporalidad de lo promiscuo; la sexualidad como dominancia y sometimiento; la madre, el padre y la hija como trilogía que funda su alianza en el incesto, son los tópicos que en el texto son animados por el lenguaje, que busca en la contorsión una vía distinta para contar su cuento" 35.

<sup>&</sup>lt;sup>34</sup>Valente, Ignacio: Diamela Eltit: Una novela experimental. "El Mercurio", Santiago, 25-111-1984.

<sup>&</sup>lt;sup>35</sup>Donoso, Claudia: Tenemos puesto el espejo para el otro lado. Revista "Apsi", Nº 191 (26-enero al 8-febrero, 1987).

El personaje femenino de la novela —Coya Coa— es una clara alusión a lo

indígena y a la vez al lenguaje del hampa.

"Coya—dice Diamela Eltit— era la hermana del inca y a la vez su mujer y la madre del futuro inca. Por otra parte, estaba el coa, que es el lenguaje delictual que excede ese ámbito para traspasar los estratos más desposeídos. Fue ahí donde encontré el pivote para la construcción de Coya como la generadora de una estirpe que se va pervirtiendo porque tiene su origen en el incesto, hasta llegar a esa especie de hampa proletaria".

El incesto en el lenguaje pasa por el mestizaje del coa con normas cultas, y más que el incesto carnal, que aparece en la novela como tema, me interesa el incesto lingüístico como una manera de pervertir la norma culta y transfor-

mar el coa en lenguaje literario.

En *El cuarto mundo* aparecen dos protagonistas —dos mellizos— un hombre y una mujer "tomados desde su gestación en el útero materno y trabajados como figuras simbólicas de la pareja humana" 6.

Las novelas de Diamela Eltit, como ya lo hemos reiterado, acusan fuertemente la presencia de personajes femeninos, sus ángulos de observación son también propios de la sensibilidad femenina, incluso su erotismo. "Me cuesta encasillarme en tendencias —agrega la autora—. Me interesa mucho la teoría feminista, pero libero para mí la posibilidad de pensar y repensar mi propia circunstancia. Más allá de la teoría feminista, es un dato de la sociedad actual que es el hombre quien detenta el poder. Es también indiscutible su fracaso. Chile es un ejemplo de esto, extremo y caricaturesco. Aquí, el fracaso del poder patriarcal es tan agudo que precisa de un dictador padre para administrarlo".

Diamela Eltit es incuestionablemente una escritora para minorías literarias.

#### OBRAS

Lumpérica. Ed. Ornitorrinco, Santiago, 1983.

Por la patria. Ed. Ornitorrinco, Santiago, 1986.

El cuarto poder. Ed. Planeta, Colección Biblioteca del Sur, 1988.

<sup>&</sup>lt;sup>36</sup>FOXLEY, ANA MARÍA: Literatura y libros. Me interesa todo aquello que esté a contrapelo del poder. "La Epoca", Santiago, 20-xi-1988.

## LUMPERICA (Fragmento)

Me preguntó: -¿Cuál es la utilidad de la plaza pública?

Yo miré extrañado a ese hombre que me hacía una pregunta tan rara y le dije un tanto molesto: —Para que jueguen los niños.

Pero su mirada siguió pegada a la mía y me dijo: ¿Sólo para eso? Bueno —le respondí— es un área verde, trae oxígeno al ambiente.

Pero cuando ya creía que se iba a ir a otro tema, me dijo: ¿De veras que es sólo para eso?, piensa un poco más. Entonces empecé realmente a esforzarme por recordar las escasas veces que yo había permanecido allí, lo que había visto y le contesté: —En verdad es un sitio de recreación, aunque también llegan muchos enamorados, ahora que lo pienso, está también llena de enamorados.

- -¿Y qué hacen los enamorados en la plaza pública?
- -Se besan y se abrazan, le dije.
- -¿Y qué más hacen allí?, continuó.
- -A veces he visto que tocan sus cuerpos, contesté.
- -¿Qué quieres decir con que tocan sus cuerpos?, insistió el otro.
- -Se acarician, dijo el que interrogaban.
- -¿Y en qué lugar exactamente ocurre eso?, dijo el interrogador.
- —Generalmente están sentados en los bancos de la plaza, aunque a veces están apoyados en los árboles pero esto pasa menos. Ellos se tocan acariciándose sentados sobre los bancos.
  - -Así lo hacen.

El interrogatorio pareció detenerse, o al menos, el silencio lo indicaba así. Por eso, cuando la voz del otro se levantó de nuevo el interrogado se sobresaltó.

-¿Y qué más has visto en la plaza?, preguntó con energía.

El interrogado se demoró unos instantes en contestar:

—He visto viejos que también se sientan en los bancos, especialmente con sol hay muchos viejos, dijo.

-¿Y qué hacen los viejos sentados en los bancos? ¿cuánto tiempo se quedan?,

preguntó el interrogador.

—No hacen nada, piensan, pero si alguien se sienta a su lado ellos intentan conversar, por eso tal vez siempre están solos o bien se sientan de a dos o tres, pero nunca conversan entre ellos, sólo hablan cuando su vecino de banco no es un anciano, respondió el interrogado.

-Pero no contestaste toda la pregunta, dijo el otro, ¿cuánto tiempo se quedan allí?

-Por muchas horas, contestó.

-¿Quiénes más acuden a la plaza?, insistió el que lo interrogaba.

Se agotaban sus respuestas. Tuvo que concentrarse una vez más en su magra observación de la plaza hasta que una imagen llegó a su mente. Por eso le dijo con tono seguro:

-Mendigos, se ven algunos mendigos. Eso dijo.

-¿Mendigos?, ¿y qué hacen ésos?

- —Se tienden en el pasto y he visto algunos que lo hacen sobre los bancos. Duermen de cara al sol cuando lo hay, o bien si es invierno y hace frío se tapan con trapos o con diarios, dijo el que interrogaban.
  - -Y los demás ¿se molestan por sus presencias?
- —Nadie se acerca a ellos y si hay niños cerca, éstos son llamados por sus madres. Donde ellos están se produce un vacío. Creo haber oído alguna vez que está prohibido dormir en las plazas, dijo el interrogado con un dejo de entusiasmo en la voz.

-¿Quiénes más, preguntó el que lo interrogaba, aparecen por allí?

El creyó que ya no tendría respuesta. Qué más podría haber en la plaza fuera de unos cuantos que mataban allí su ocio. Dios mío, quiénes más acudían a ese lugar. Sabía sin embargo que debía responder, más le valía al menos, por eso dijo:

- —Algunos desquiciados, llegan algunos locos que están muchas horas igual que los demás, pero éstos, a diferencia de los otros, hablan solos e incluso hacen discursos incoherentes—se expresaba ahora más sueltamente— pero la gente, si bien también se aleja de ellos, no tiene la misma actitud que hacia los mendigos como si supieran que ninguno les va a hacer daño. No es frecuente que aparezcan, pero tampoco es tan extraño verlos allí.
  - —¿Y cómo sabes tú que son locos?, dijo el que lo interrogaba.
- —Bueno, contestó, es fácil; por sus gestos, por lo que dicen, no sé, hay algo en sus miradas que hace imposible confundirlos. Se ve de inmediato que son enfermos, que algo anda desajustado en ellos, están en otra parte, su mente está en otra parte.
  - -¿Recuerdas a alguno en especial?, inquirió el interrogador.
- —No, a ninguno en particular. Me parecen tipificados, como si se constituyeran por suma, dijo, o tal vez es siempre el mismo que se presenta más desgastado cada vez.

No sabía qué más podría venir si seguían en eso. Ya el haber incluido a los dementes en la plaza le parecía asombroso, pues en realidad, casi no había reparado en ellos. Siempre su permanencia en la plaza era más bien un intermedio entre una cosa y otra y como tal, ese lugar no llamaba su atención. Por eso le parecía ahora que era una especie de observación inconsciente lo que afloraba y que vio mucho más allá de lo que había imaginado. Así estaban las cosas. Pero estaba seguro que las preguntas se habían agotado.

Pero no. Se alzó la voz para decir:

—Está bien, revisemos todo de nuevo, ahora en forma ordenada y coherente. Describe la plaza, sólo eso, descríbela en forma objetiva.

Era absurdo, definitivamente lo era. No iba a proseguir con ese juego, por eso dijo:

-No, no lo haré, es algo estúpido.

El interrogador lo miró y le respondió:

- -Hazlo. Simplemente eso dijo.
- —Es un cuadrado —contestó el que interrogaban— su piso es de cemento, más específicamente baldosas grises con un diseño en el mismo color. Hay árboles muy altos y antiguos y césped. A su alrededor se disponen los bancos; algunos de piedra y otros de madera. Los bancos de madera están pintados de verde y entra en concordancia con el color del pasto y de las ramas de los árboles. Algunos de estos bancos están deteriorados por el uso, faltan tablones en los respaldos de los asientos, o bien listones en los asientos mismos. Los que se encuentran en buen estado son los bancos de piedra, de seguro por su material.
- —¿Y los cables de luz eléctrica y los faroles?, dijo el interrogador, ¿acaso no los has visto?

—Sí, es verdad, respondió el otro, hay cables y faroles. Se divisan los cables por entre las ramas de los árboles y los faroles se disponen alrededor de la plaza. También están pintados de verde. Pero no se prestan para una mayor observación. Su función se evidencia en la noche cuando se enciende la luz.

-¿Y qué efectos dan cuando la luz está encendida?, dijo el que lo interrogaba.

-Se ve fantasmagórica la plaza, como algo irreal, dijo.

Para ejemplificar parece un sitio de opereta o un espacio para la representación. Todo eso está muy desolado entonces.

-¿Has estado allí en la noche?, preguntó, quiero decir: ¿has permanecido?

—No, dijo, nunca he permanecido allí en la noche, sólo he pasado cuando he ido en camino a otra parte, pero quedarme, jamás.

-Está bien, dijo el interrogador. Dejaremos este punto por el momento, pero dime

entonces, en el día: ¿quiénes llegan a la plaza?

Tenía que seguir el juego. En esa situación el comportamiento adecuado era no dejarse vencer por la ira ni por el cansancio.

La obediencia era lo que correspondía.

Por eso calmadamente contestó:

—He visto niños que juegan allí acompañados por sus madres o una empleada que los vigila sentadas en los bancos de la plaza. Conversan entre ellas mirando de rato en rato a los niños que no se alejan mayormente. Algunos pequeños de corta edad se caen y se golpean en el cemento, entonces, las madres o la persona encargada se levanta y los consuela hasta que los llantos cesan. A veces pelean entre ellos lo que obliga al adulto que está a su cargo a levantarse de su asiento interrumpiendo la conversación para separarlos.

A los niños les gusta extraordinariamente el césped, ruedan sobre él, lo arrancan y de esa manera no sólo ensucian sus manos, sino que además sus ropas. Las madres a veces no los ven hasta que los niños se acercan y entonces les dirigen palabras de reconvención. Algunas madres tejen e incluso otras bordan y llevan en sus bolsos alimentos para los pequeños. Al atardecer se levantan despidiéndose y se alejan con los niños en los brazos o de la mano. La hora exacta va a depender del clima, pero salvo en caso de lluvia siempre hay niños en la plaza.

Lo dijo de un tirón, como una lección bien aprendida, en tono suave como se recitaría una buena pieza literaria, así lo dijo.

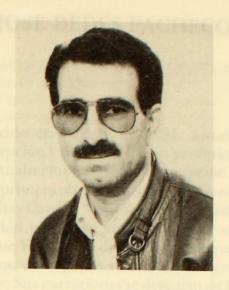
—Pero también llegan viejos a la plaza, continuó, están siempre abrigados, sea Invierno o Verano. Están solos y buscan sentarse al lado de alguien para iniciar una conversación. El pretexto siempre son los niños, pero generalmente la otra persona se cambia de asiento y por ello es frecuente ver dos o tres ancianos compartiendo el mismo banco en silencio. Prefieren los bancos de madera evitando los de piedra. Se quedan por varias horas ahí con la mirada que va de un lado a otro. Las mujeres también tejen y los hombres leen el diario a medias, pues sus miradas se distraen ante el panorama general de la plaza. A menudo se retiran dejando el diario sobre el asiento cuidadosamente doblado.

Pensó que debía agregar mucho más sobre ellos, podría hacerlo, pero no lo hizo.

—También llegan enamorados, dijo. Parejas que se sientan en los bancos tomados de la mano. Hablan muy despacio y de cuando en cuando se besan. A veces están sentados en el mismo banco que algún anciano, el que visiblemente molesto mira hacia otro lado. Las parejas ríen y la mujer acaricia a algún niño cuando jugando se acerca.

También la plaza es a veces escenario del fin de alguna historia. Conversan largamente y alguna vez la mujer llora sin disimulo. El hombre entonces se siente visiblemente avergonzado a causa de los otros que miran la escena y abraza a la mujer, no por gesto amoroso, sino para cubrirla ante la mirada de extraños, como si temiese que los demás lo culpasen. En esos instantes la mujer olvida el entorno, pero el hombre está pendiente de lo que los demás pudieran pensar de él. Generalmente el hombre convence a la mujer de irse con rapidez y ella abandona la plaza llorando.

Se puede observar también a otras parejas que se juntan clandestinamente. Se sientan en los bancos apartados, miran la hora a menudo y la impaciencia condiciona cada uno de sus gestos. Esos siempre parecieran que están al borde del fin. Uno de los dos está a la fuerza, como requiriendo un lugar más íntimo, pero paradójicamente abundan en la plaza, como preámbulo para algo. Ellos no se quedan mucho tiempo, pero siempre tienen un ritmo distinto al resto de la plaza. No se percatan de los demás, por un presunto terror a ser descubiertos en su clandestinidad. Bajan el rostro cuando una mirada se cruza con la de ellos. En resumen, están allí a su pesar como una manera de diluirse jugando con el azar.



José Dedes Pacheco

#### JOSE DEDES PACHECO (1951)

Poeta y cuentista nacido en Linares en 1951. Estudió odontología en la Universidad de Concepción y obtuvo su título profesional en la Universidad de Chile en 1976. Actualmente reside en Concepción.

En 1983 publica su primera obra literaria, El traje de tres mangas, que al decir de su prologuista Matías Cardal, "conforma un puñado de narraciones que

tienen, sin duda, calidad y resultan interesantes por su trama".

Por su parte, Enrique Villablanca dice: "Dedes sabe narrar, posee imaginación, planea sus relatos, maneja con soltura el diálogo; cualidades larvarias que podrían esculpirse. Sus narraciones se desgajan de la arboladura contemporánea. Desde lo cotidiano, concreto, salta a lo sorpresivo, al absurdo en un contexto de irrealismo. Sus cuentos no tienen nada de solemnes; se advierten vetas de humor negro y desenfado" 37.

Dedes maneja diestramente las situaciones confusas en que se mueven sus personajes. Combina certeramente la ironía con los instantes dramáticos, reflejo de la contradictoria existencia del hombre de nuestro tiempo.

Utiliza técnicas modernas, aunque simples, desdeñando la morosidad descriptiva. "Teje la trama desde dentro de sus muñecos, desnudándolos un poco en sus pliegues y repliegues, como jugando. Pero, tras ese ludus, se percibe un trasfondo, un apuntar hacia inquietantes situaciones" 38.

El cuento que da título al volumen, *El traje de tres mangas* parte de un hecho corriente —el asalto a un banco— hasta transformarse en un final insólito y burlesco.

¿Quién mueve los hilos? —otro de los retratos— presenta claras reminiscencias de la teoría unamuniana acerca del poder absoluto del creador sobre sus personajes novelescos.

En 1985 publica La última esperanza de la rosa, poemario existencial, sencillo, a ratos coloquial, cercano a la prosa, su espacio más logrado y permanente.

#### OBRAS

El traje de tres mangas y otros cuentos. Ed. Universitaria, Santiago 1983. La última esperanza de la rosa. Imp. Arancibia Hnos. Santiago 1985. Bajo la piel. Ed. Sur. Concepción 1989.

 <sup>&</sup>lt;sup>37</sup>Villablanca, Enrique: El traje de tres mangas. "El Heraldo", Linares, 16 de IX, 1983.
 <sup>38</sup>Cardal, Matías: En prólogo a Traje de tres mangas (p. 11).

#### EL TRAJE DE TRES MANGAS

Despertó sintiendo que se ahogaba, que no podía respirar; debía ser el asma. Lo raro era que nunca había sabido que tuviera asma. Saltó de la cama y empezó a vestirse para ir en busca de un medicamento. Afortunadamente ya era entrada la mañana.

Cuando terminó de colocarse la chaqueta sintió que algo le incomodaba en la espalda. Se acercó a un espejo y descubrió que tenía tres mangas; la tercera colgaba de la parte de atrás. ¡Muy de mal gusto la bromita!, pensó. Con toda seguridad había sido su socio en el asalto el que le había hecho la gracia.

El asalto había sido el día anterior y había resultado sumamente fácil, sin ninguna complicación. Por algo había sido bien planeado. Cuando los vieron entrar al banco, elegantemente vestidos, cada uno con un maletín y algunos papeles de depósito en las manos, nadie se preocupó de ellos, ni les prestaron atención. Sin embargo, cuando sacaron sus metralletas y los pusieron a todos contra la pared, con las manos en la nuca, entonces sí que se habían asustado. ¡Si parecían ratones perseguidos por un gato!

Primero se había puesto el pantalón, pero, recién ahora, al mirarse al espejo, se dio cuenta que le faltaba una pierna. Por supuesto, era la que estaba pegada a la espalda de su chaqueta. ¡Qué cómico se habría visto en la calle vistiendo de esta forma si no se hubiera dado cuenta a tiempo! ¡Cómo se habrían reído a costa de él!

El asma le seguía robando la respiración. Se acercó apresurado al clóset, pero lo encontró vacío. Lógico por lo demás, ya que no se encontraba en su casa sino en un hotel. El plan era que ambos se fueran a sus casas después del asalto, como si nada hubiera pasado; para así llamar menos la atención; pero su socio propuso que se fueran a un hotel y lo había hecho desistir del plan original, indicándole que lo mejor era alquilar un par de piezas donde esconderse por unos días; así si sospechaban de ellos sería más difícil que los encontraran. Considerando esto como un mejor plan de acción arrendaron dos piezas en un hotel de segunda, donde se registraron con nombres falsos. Allí se encontraban ahora, cada uno en habitaciones contiguas.

No le quedaba otra cosa que hacer sino la de arreglar el traje. Sobre el velador encontró aguja e hilo, seguramente puestos allí por su socio luego de hacerle la broma, ya que no recordaba haberlos visto cuando llegaron, la tarde del día anterior. Se puso rápidamente manos a la obra y en corto rato ya tenía solucionado el problema. Cada cosa estaba en su lugar. Se colocó primero la chaqueta para comprobar si había hecho un buen trabajo y, cuando se aproximó al espejo para verse, la imagen que lo retrataba le dijo que le faltaba una mano; más bien, ésta no aparecía en la punta de la manga. Entonces se dio cuenta del error: equivocadamente había despegado la manga verdadera y se la había colocado al pantalón; y la pierna del pantalón, que despegó antes de la espalda, se la había puesto a la misma chaqueta pegándola ahora desde el hombro. ¡Qué desagradable! Ahora tenía que repetir todo el trabajo, sólo por no fijarse bien; y esa maldita y repentina asma lo seguía oprimiendo y quitándole el aire. ¡Buen momento había elegido su socio para gastarle una broma! Jamás había tomado conciencia de lo preciado que era el aire como en este momento. ¡Bueno!, estaba el consuelo del botín, nada menos que tres millones de pesos para repartir sólo entre dos, todos en billetes, o sea, llegar y gastar. Con una cantidad así de dinero cualquiera tendría deseos de hacer bromas y cualquiera, también, de aceptarlas con buen humor. Lo único malo era que el momento no había sido de los mejores, con esa maldita asma mortificándolo.

Había que empezar todo de nuevo, y rápido. Pero esta vez se fijaría bien antes de hacerlo, para no cometer el mismo error, así no perdería más tiempo en remiendos. Lo único importante era poder salir a la calle con ellas en forma decente, para comprar su remedio y no llamar la atención (jese maldito socio y sus bromas!). Luego esas ropas irían a la basura, pues pronto podría adquirir de las mejores y cuántas quisiera; total, para eso tenía ahora dinero suficiente y podría comprar lo que deseara sin tener que medirse para nada. El botín estaba bien seguro y esperándolo en su clóset. Allí lo había colocado aduciendo mayor seguridad, ya que éste tenía en su parte superior un compartimiento que era más o menos secreto; compartimiento con el que no contaba el clóset de la habitación que disponía su socio: A decir verdad, esto le había servido de excusa. En realidad se había propuesto ocultar allí el botín porque no confiaba en su socio, por ninguna otra razón; simple razón de seguridad personal. Bastante se había arriesgado planeándolo todo y participando en el asalto, como para permitir que su amigo se fuera a escapar con todo, dejándole sólo con el placer del trabajo como recompensa. Además, había sido el cerebro de la "operación bancaria" y bien se merecía disfrutar de la proximidad del dinero.

Al fin el entuerto estaba reparado, y le había quedado impecable. ¡Ni que fuera sastre! La chaqueta ya contaba tan sólo con sus dos mangas, como se habían usado siempre. El pantalón con sus dos piernas, como debía ser, que le cubrían levemente los zapatos. Pero... ahora que mencionaba los zapatos se daba cuenta que no tenía calcetines, se los habían quitado; y los zapatos... no eran los suyos, éstos le quedaban grandes y, para colmo, eran de distintos colores. O sea que la broma no se había limitado al pantalón y la chaqueta. En todo caso lo principal estaba superado. Los calcetines no se veían, quedaban tapados por los zapatos, así que llevarlos puestos o no, además de ser algo incómodo, no era mayor problema. Y en cuanto a los zapatos, era cosa de ir al cuarto de su socio y cambiarlos, y asunto solucionado. ¡Claro, cómo no lo pensó antes, ahora lo veía todo con claridad!, ¡ahora lo comprendía! La broma no era tal; todo había sido un subterfugio de su socio para asegurarse que él no saliera a la calle solo, llevándose el botín. O sea que su socio también había tomado medidas de seguridad para que el dinero siguiera a salvo en el clóset de su pieza. ¡Qué desconfiado!

Se disponía a abrir la puerta para ir en busca de su amigo y contarle de su enfermedad, pero sintió una picazón en el cuerpo que le obligó a detenerse; era como si mil diminutos pies caminaran sobre su piel, desde la cintura hacia arriba. Se metió las manos bajo el suéter y se percató que no llevaba puesta la camisa. Seguramente, con el apremio de su ahogo y con todo ese embrollo del traje, se había olvidado de colocársela. Entonces no se trataba de asma, recién lo comprendía, sino de la alergia que siempre había sufrido al contacto con la lana. Buscó la camisa y la encontró sobre la cama. Simplemente había sido olvido; no se trataba esta vez de otra bromita de su amigo, el socio.

La picazón en el cuerpo y la falta de aire en sus pulmones aumentaban, así que rápidamente empezó a quitarse el suéter para colocarse la camisa. Metió las manos por la cintura y empezó a tirarlo. No quiso salir. Era lo más lógico; antes había que quitarse la chaqueta. Lo hizo apresuradamente y volvió a su labor de sacarse el suéter; se lo tiró hacia arriba, a la vez que levantaba sus brazos para quitar las mangas, pero se le atascó

en la cabeza. ¡Claro, éste era el problema de usar suéter con cuello redondo y subido! Además, algo le presionaba por el cuello, apretándoselo con mayor intensidad y privando aún más a sus pobres pulmones del poco aire que todavía les quedaba. ¡Oué estúpido, con corbata y sin camisa! Más aún, si el suéter era subido y no la necesitaba. Trató de volver el suéter hacia abajo para liberar sus manos y poder quitar la corbata. pero los brazos se le quedaron enredados no supo dónde, y no logró hacerlo. Mientras tanto, la picazón de su cuerpo aumentaba, el suéter le aprisionaba el tórax y la corbata le apretaba el cuello. Empezó a desesperarse, sentía que se ahogaba, que a través de su garganta no entraba ni una gota de aire, que los pulmones ya no resistirían más y en cualquier momento iban a explotar. Y justo ahora que el botín lo esperaba, ahora que tres millones de pesos aguardaban por él y su socio, metidos en un cajón del clóset. Siguió luchando; dio un fuerte brinco y se fue de cabeza al suelo quedando debajo de la cama. Trató de salir, pero la cama le pesaba y se lo impedía; y más encima sus propias manos le apretaban ahora el cuello. El había logrado meterlas allí para liberarse un poco de la presión que ejercía la corbata. Sin embargo, ellas parecían haberse confabulado también en su contra y ayudaban a la corbata en su afán de estrangularlo.

Estaba transpirando. Con un brusco movimiento logró enderezarse un poco, pero las sábanas seguían cubriéndole el rostro. Con desesperados manotazos logró quitarlas de su cara y vio el rostro del hombre que hacía fuerzas y lo miraba fijamente, con la ambición reflejada en los ojos.

El socio siguió presionando en su garganta hasta estrangularlo. Luego lo cubrió con las sábanas hasta el cuello y ordenó las ropas de la cama, como si simplemente se encontrara dormido. Se dirigió al clóset, sacó el maletín y se marchó sonriendo.



Farid Hidd Nassar

#### FARID HIDD NASSAR

(1952)

Farid Eleazar Hidd Nassar nació en Talcahuano el 26 de diciembre de 1952. "Abrí una ventana hacia la vida en el puerto de Talcahuano una madrugada después de Navidad. Desde los cerros aún se escuchaban cánticos celestes, y en el mar, buscando sigilosamente las orillas, se reunían las resacas de los juegos de artificio. En los primeros años me entretenía mirando los barcos que trazaban eses en el agua y oliscando entre las redes algún pecesillo olvidado.

La escuela donde aprendí el ABC me enseñó otro rostro en mi padre y mis

primeros problemas con la aritmética.

Leí a Baudelaire, Apollinaire, Rimbaud, Mallarmé, tan pronto pude descifrar algo del francés. León Felipe me cambió el sentido de las cosas y García Lorca ha sido mi mejor profesor de música, la que nunca escuché tan magistralmente creada"<sup>39</sup>.

Farid Hidd estudió pedagogía en Castellano en la Universidad de Chile, sede Temuco, ciudad donde obtuvo su título profesional. Actualmente es Inspector General en el Liceo de Curacaví.

Ha colaborado en casi todos los diarios de la cadena Sopesur, especialmente en "El Diario Austral" de Temuco, con artículos sobre poesía y arte. Fue director del Teatro Universitario de la Universidad de la Frontera y ahora dirige un Grupo de Teatro para adultos en Curacaví.

La poesía de Hidd Nassar tiene sus raíces en la tierra y en el hombre. Es íntima y social, al mismo tiempo. Conviven en ella los sueños láricos y sus imágenes de infancia, con las urgencias existenciales de los más pobres y abandonados. Poesía, que es a la vez, canción de amor y grito de rebeldía.

Los elementos ancestrales y los cotidianos se conjugan para entregar un

mensaje de fe y optimismo en el destino humano.

Víctor Molina Neira señala que la obra de Hidd "se podría caracterizar sustancialmente por su intencionalidad humanista. El hombre es el centro de su preocupación poética. Pero se trata, en primer lugar, del hombre caído. Farid empieza por concebir y conceptuar lo humano en sus aspectos desgarrados y deficitarios.

Las innumerables formas de la soledad, el desamor, la pobreza, la opresión".

<sup>&</sup>lt;sup>39</sup>Revista Umbral: "Testimonio. U. de Chile", Temuco, 1979.

#### OBRAS

Alfinal de la fantasía donde empieza la soledad. Ed. Universidad Austral de Valdivia, 1977. Los rostros del silencio. Biblioteca Municipal, Temuco, 1978. Confesiones de un renegado. Ed. Unión de Escritores Jóvenes de Magallanes, 1979. Oratorio sinfónico-escénico Temuco-100. Ed. Universidad de la Frontera, 1981.

#### PIEDAD

¡Quién no espera vencer está vencido! (No es mártir quien llega a su calvario sin haber batallado en el camino).

Estoy armando un ataúd con la madera más resistente de mi pueblo para enterrar los tanques en mis desiertos o en las mismas trincheras donde la muerte ha saciado su sed de siglos.

Vengo en clamar piedad: ¡Piedad para los ríos! ¡Piedad para las fábricas! ¡Piedad para ese libro que emocionó a generaciones!

¡Piedad para el amor Aunque sea para el mal querer

de esa mujer que me dejó solo frente al universo de sus ojos!

¡Piedad!
Aunque sea para los besos frustrados
o para las ansias más locas.
¡Piedad para las cartas
que traen las últimas noticias
y para las manos que ansiosas esperan!
Y sobre todo
Piedad
para los que no tienen un después.

#### **GENERACION**

Nacimos
Cuando nuestros abuelos
—amos del bosque—
Decidieron
Acercar sus viviendas
Para conversar un poco
Al final del día.

#### LA ARENGA

(Al pueblo mapuche)

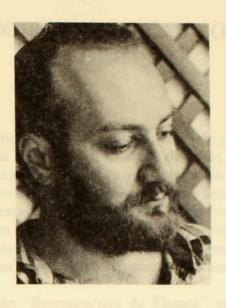
Apenas me limpie los ojos del polvo de la derrota Me encontraré de nuevo Con la victoria.

#### **DEFENSA DE COLON**

Dos o tres sutilezas. Colón No tuvo la culpa.

El sólo buscó las especias Las dos o tres sutilezas para la mesa del amo.

Y encontró América: Un gran plato auténtico Sin aliños Sin sales y sin pimienta.



Teodoro El-Saca Aboid

# TEODORO EL-SACA ABOID (1958)

Escritor y artista plástico, nació en Santiago el 25 de julio de 1958. Estudió diseño en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Desde muy joven se inicia en las letras, luego en la pintura y la fotografía.

Participa permanentemente en seminarios sobre literatura y arte. En 1984 asiste a la Feria Internacional del Libro, realizada en Frankfurt, Alemania. En 1985 su obra poética es incluida en una lectura de escritores latinoamericanos en el Salon du Livre, en el Grand Palais de París. Ese mismo año es invitado a participar en el "Primer Encuentro Hispanoamericano de Jóvenes Creadores", en Madrid.

Sobre su exposición "Retrospectiva de Elssaca", en la Galería Diálogo, Bruselas, Bélgica, en 1986, A. Merlo dijo: "Su cosmovisión comunica un conocimiento, su poesía es síntesis y revelación".

En relación con su plástica, S. Montero van Rysselberghe, escribe en 1988: "El impacto que causa, la emoción, el sentimiento universal, más allá de las imágenes formalmente perfectas, El-Saca penetra en lo más recóndito de la creación humana... con una hondura artística y estética digna de los grandes maestros del arte. La sintaxis de la imagen excede al soporte y la materia: se mueve entre lo real y el ensueño, proyectándose en lo permanente de la existencia y del espíritu". En febrero de 1987 participa en una expedición al Amazonas, donde aprende dialectos y vive un año con una tribu Sharanahua.

Para comprender su visión del mundo conviene citar las propias declaraciones del autor: "La vida siempre es mucho, rebasa lo que percibimos, conocemos e imaginamos; lo esencial está detrás de lo que se ve o de lo que se cree,... es el Universo sugerido, la circunstancia toda. Cada obra es un compromiso con la vida, me enamoro y le entrego una parte del alma".

De su poesía ha dicho Manuel Francisco Mesa Seco, que "nos eleva su imaginación fértil, su palabra rotunda, su espíritu filosófico naturalista...".

Sus versos son sencillos, de pocas imágenes, pero hondamente sugerentes. Mantiene inéditos dos breves ensayos: "Arte y acto de creación" y "Génesis de la visión moderna", como asimismo, el relato vivencial "Amazonas, Cuadernos de viaje".

OBRAS

Aprender a morir, poemas, 1983. Viento sin memoria, poemas, 1984.

#### RETROSPECTIVA

Pasó la infancia veloz, dejando un túnel al que recurro algunas veces para cicatrizar heridas.

# UNA TEMPORADA EN OTROS INFIERNOS a Arthur Rimbaud

Muerte Soledad universal de los hombres celosa mano de la existencia llevad mi alma a otros infiernos.

#### **MIRADOR**

Cruzan nubarrones caballos dantescos, peces ciclópeos, aves perdidas.

Todo va pasando desde aquí en el desvencijado mirador con religiosa exactitud.

Los segundos: una gotera en la cabeza por donde se escurre el tiempo, gota a gota.

¿Cómo extender las alas? ¡tantos barrotes! ¡La sed del pájaro!

Han edificado nuestra casa cerca del camino que lleva hasta la muerte...

#### IV

Pasaron los hombres, los navíos, las montañas. Todo se fue elevando más allá de las gradas de la muerte, rayando en el destiempo de los péndulos.

#### IX

Tengo los bolsillos llenos de sueños, diamantes que debo pulir.

## Otros escritores de origen árabe

Amely Gladach Sature (1938) - poetica nocida en Curepto en 1933, y arrua mente residente en San Bernardo, es autora de Antiny limite, poemas, Santigo, 1964. Sus versos seticillos, exentos de complejidades verbales, expresan inquietud del ser ante la incertificambre del destino humano.

Exhibe motivos esenciales el amor y la anguetta, que revelan murices de la complejidades en entre el amor y la anguetta.

Norman Merchak Apse (1938), médico pediatra, nacido en Santiago. En actualidad reside en Curicó, en cuyo diario "La Prenta", escribe habitualmente sobre temas cotidianos. En autor de "El Mundillo" (Santiago, 1987), conjusto de crónicas y comentarios ironicos acerca de los tipos y costumbres de sociedad chilena contemporanea.

Desfilan por sus páginas, livianza y amenas, uma variedad incresule o sujetos que conforman la "fauna" nativa: los frescos, los bolteros, los geneale gistas, los intrusos, los farsantes, las oportunistas, escétera.

Enis Zeroz Cornejo (1943), tecnologo medico, profesir universitario, investigador y poeta. En 1967 su Parese del lago obtivo el terces premio en Concurso Canto a Valdivia.

En el decis: "Hurgando / los Cuvalos recuerdos / el arco iris / los sueó

hecho islas / o cuando asistimos di parto de la herra / a la vuelta de los senos tengo necesidad de hablar de un de recorrerte como a la piet de una necista. De aprisionar la ola y hacerla harco / de modelar el socno y hacerla labraca / de palpar a la greda y hacerla creamica."

Félix Elías Pérez (1930). Poeta, pintor y cronista, nacido en Chile Chico, es autor de un libro aún inédito Acuarelas del Baker, que contiene estampas emotivas del sur chileno

En un estilo directo, de sabor vernáculo, entremezcla el humor y la picardía criollos con los matices poéticos.

Su poesía tradicional, de imágenes telúricas, recuerda, a veces, las mejores páginas del "Martín Fierro".

Amely Giadach Samur (1933), poetisa nacida en Curepto en 1933, y actualmente residente en San Bernardo, es autora de Ansia y límite, poemas, Santiago, 1964. Sus versos sencillos, exentos de complejidades verbales, expresan la inquietud del ser ante la incertidumbre del destino humano.

Exhibe motivos esenciales: el amor y la angustia, que revelan matices de ternura y emoción, en versos de ingenua diafanidad.

Norman Merchak Apse (1935), médico pediatra, nacido en Santiago. En la actualidad reside en Curicó, en cuyo diario "La Prensa", escribe habitualmente sobre temas cotidianos. Es autor de "El Mundillo" (Santiago, 1987), conjunto de crónicas y comentarios irónicos acerca de los tipos y costumbres de la sociedad chilena contemporánea.

Desfilan por sus páginas, livianas y amenas, una variedad increíble de sujetos que conforman la "fauna" nativa: los frescos, los bolseros, los genealogistas, los intrusos, los farsantes, los oportunistas, etcétera.

Libro pequeño e interesante que exhibe una exacta radiografía del chileno de nuestro tiempo.

Luis Zaror Cornejo (1943), tecnólogo médico, profesor universitario, investigador y poeta. En 1967 su Poema del hijo obtuvo el tercer premio en el Concurso Canto a Valdivia.

En él decía: "Hurgando / los fluviales recuerdos / el arco iris / los sueños hecho islas / o cuando asistimos al parto de la tierra / a la vuelta de los sinos / tengo necesidad de hablar de ti/de recorrerte como a la piel de una mujer/De aprisionar la ola y hacerla barco / de modelar el sueño y hacerlo fábrica / de palpar a la greda y hacerla cerámica".

Obra: "Primer diálogo"; poemas, 1988.

# Escritores residentes en Chile que escribieron en lengua árabe

Si bien es cierto que el presente ensayo se refiere a los escritores árabes o de origen árabe que han escrito en español, creemos conveniente señalar brevemente algunos nombres que utilizando el idioma árabe, contribuyeron de alguna manera a estimular a las nuevas generaciones de poetas, novelistas o dramaturgos de ascendencia arábiga.

Jean Zalaquett Hachain (1913-1976). Poeta libanés, nacido en la ciudad de Zahle, el 15 de febrero de 1913. Allí realizó sus estudios en el Colegio Charkié, los que continuó en el Colegio Patriarcal de Beirut. Más tarde ingresó a la Universidad de Beirut para cursar tres años de leyes y dos de composición literaria.

Viaja a Chile por primera vez en 1932, pero regresa poco después a fin de continuar los estudios universitarios. En 1940 vuelve a Chile, país al que hace suyo afectivamente. Dirige el periódico "Al Watan".

Dictó conferencias en diversos países árabes, donde fue huésped de sus

gobiernos, como reconocimiento a su labor literaria.

Es autor de "El Refugiado", poema de notable sentido patriótico. Cuando se produce la partición de Palestina, escribe "Poema de protesta", que es traducido al francés, debido a su profundo contenido arabista.

Participó también en numerosos congresos de la Unión Libanesa Mundial, en diferentes naciones latinoamericanas. Tomó parte activa en concursos literarios en Londres, París, El Cairo, Kuwait, Argelia, Beirut, Argentina y Brasil, habiendo conseguido importantes distinciones.

En 1971 recibe el Premio de la British Broadcasting Corporation, por su

poema "El emigrante".

Algunas de sus poesías han sido traducidas al francés y al castellano.

El libro *Nostalgias* es considerado de gran valor estético. "Tenía la humildad de los grandes, el silencio de los sabios, el coraje de los cruzados" 40.

Jean Zalaquett falleció el 11 de febrero de 1976.

A continuación una muestra poética de Zalaquett.

<sup>40</sup> HAZBÚN, JULIA: Labor poética y actividad cívica de Jean Zalaquett.

#### **OBSESION**

Eres más dulce para mí que mis dolores.

Y entre mis quimeras eres la quimera más adorable.

Eres mía, eres luz seductora del pecado,

Para reverenciarte, cierro los párpados y oro.

Te sentí en mis deleites y en mis días, antes de que nacieras. Y obsesionado consumí los años buscándote en mis confusas fantasías.

Mary Yanni de Atala (1890-1975). Escritora nacida en Beirut el 15 de enero de 1890. En esa ciudad del Medio Oriente dirigió la revista "Minerva". Al viajar a Chile, constituye una familia muy singular, ya que contrae matrimonio con don Abraham Atala, convirtiéndose en una pareja de filántropos. Ambos dirigieron importantes obras sociales: Hogares del niño y del anciano, establecimientos de educación y esparcimiento para jóvenes, academias y círculos sociales, culturales y de beneficencia. Con tal objeto destinaron sus bienes y su tiempo a la realización de tan nobles fines.

Mary Yanni tradujo al árabe la Historia de Chile de Francisco Valdés Verga-

ra, obra que fue publicada en Beirut en 1957.

El gobierno de Chile le concedió la condécoración "Libertador Bernardo O'Higgins", por su difusión de la cultura chilena y por sus actividades benefactoras.

Poetisa, periodista y escritora, su obra, diáfana y melódica, tuvo como propósito orientar en la búsqueda de la verdad y engrandecer el espíritu humano, a través del cultivo de la belleza, con sencillez y humildad ejemplar.

Falleció en Santiago el 24 de julio de 1975.

**Abraham Atala** (1890-1984). Nació en Homs, Siria, el 23 de diciembre de 1890. En Chile, aparte de sus actividades comerciales, dedicó los mejores esfuerzos a obras de beneficencia, como ya lo hemos dicho. Poseía un espíritu reflexivo y un agudo don de observación. Fruto de esa actitud, es su libro escrito en árabe, cuyo título podría traducirse aproximadamente: *De cada valle, una espiga*, publicado en Imp. Chamy, Santiago, 1940.

Constituye un ensayo de crítica social, donde trata especialmente sobre el comportamiento de los primeros inmigrantes árabes a nuestro país. Los capítulos más representativos expresan claramente la temática de la obra: "Cómo emigramos de nuestra tierra", "Nuestro primer capital", "La quiebra", "La ambición", "Nuestro deber hacia nosotros mismos", "Nuestros socios",

"La franqueza y la crítica", "El bien", "La mentira", "El servicio militar", "Nuestros hijos", "La imitación", "Nuestras fortunas", "Nuestro periodismo", "Nuestra intención al escribir el libro".

Cabe recordar que los derechos de autor fueron cedidos a las escuelas de su ciudad natal, Homs.

Además de la citada publicación, ha escrito unas memorias, que aún permanecen inéditas.

Falleció en Santiago el 1 de julio de 1984.

## Periodismo árabe en Chile

res de la colectividad de origen arabe entre si v con la commondad mecional Podemos cicar, entre otros, a Renedicio Chiagna, sobre quien nús bemos referi do extensamente en este libro, a Jean Zalagnat, a Salamos Grass, que edito con gran dignidad y constancia, un excelente periodico implacio Relatis Arabo, e cual circuló a través de todo el país, por espacio de varios anos, conteniendo un interesame marerial toformativa, interario y attistica y a Jorga Salay Zaro (1891-1973), que fundo el periodico La Reference a 1931 y mas unde Municarato, el primero era decarácter bilingüe, mientran que el segundo se convirto, con el país del tiempo, en una de los periodicos mátivamiquas existentes en America Latima, no solo entre la colectividad mode este son entre notas, la colectividades extranjeras.

Mundo Arabe ha sido por muchas decadas un hemenato que las servidos a la noble causa de los países árabes y a su sinsulacion de los chilesos de ascendencia arábiga con la nación chilena y con la patria de sus actependos.

Durante la Segunda Guerra Mundial debió suspendes su purblección por razones económicas y de política internacional. En 1947 mino, jo su apara con la que con mayor o menor regularidad se sumiente fusta her, Desde 197 Mundo Arabe es dirigido por Elico Salas Cione (1937) and accumidado o

Durante las primeras décadas del siglo veinte, se hicieron varios intentos por publicar algunos periódicos en árabe, en castellano o bilingües, generalmente con poco éxito, lo que revela en todo caso el anhelo de vincular a los integrantes de la colectividad de origen árabe entre sí y con la comunidad nacional. Podemos citar, entre otros, a Benedicto Chuaqui, sobre quien nos hemos referido extensamente en este libro, a Jean Zalaquett, a Salomon Ahués, que editó con gran dignidad y constancia, un excelente periódico titulado Boletín Arabe, el cual circuló a través de todo el país, por espacio de varios años, conteniendo un interesante material informativo, literario y artístico y a Jorge Sabaj Zurob (1891-1973), que fundó el periódico La Reforma en 1931 y más tarde Mundo Arabe, el primero era de carácter bilingüe, mientras que el segundo se convirtió, con el paso del tiempo, en uno de los periódicos más antiguos existentes en América Latina, no sólo entre la colectividad árabe sino entre todas las colectividades extranjeras.

"Mundo Arabe" ha sido por muchas décadas un semanario que ha servido a la noble causa de los países árabes y a su vinculación de los chilenos de ascendencia arábiga con la nación chilena y con la patria de sus antepasados.

Durante la Segunda Guerra Mundial debió suspender su publicación por razones económicas y de política internacional. En 1947 reinició su aparición, la que con mayor o menor regularidad se mantiene hasta hoy. Desde 1973 "Mundo Arabe" es dirigido por *Elías Sabaj Chamy* (1927). Este periódico ha sido el más entusiasta defensor de los pueblos árabes, en especial de la causa palestina.

Existen, además, otros nombres y publicaciones, aunque de menor gravitación, los que omitimos en este trabajo, por no ser el tema de este estudio,

hecho que analizaremos en otra oportunidad y circunstancias.

## Bibliografía fundamental

CASTRO, VÍCTOR: Poesía nueva de Chile. Ed. Zig-Zag, Santiago, 1953.

Céspedes, Mario y Garreaud, L.: Gran diccionario biográfico y cultural de Chile. Santiago, 1987.

CORREA, CARLOS RENÉ: Poetas chilenos del siglo xx, 2 tomos. Ed. Zig-Zag, Santiago, 1972. Diccionario biográfico de Chile. Editores Empresa Periodística de Chile. Decimoséptima edición (1980-1982), Stgo.

DURAN CERDA, JULIO: Repertorio del teatro chileno. Santiago, 1962.

DURÁN CERDA, JULIO: Teatro chileno contemporáneo. Ed. Aguilar, Madrid, 1970.

ELLIOTT, JORGE: Antología crítica de la nueva poesía chilena. Ed. Nacimento, Santiago, 1957.

ESCUDERO, ALFONSO: Apuntes sobre el teatro en Chile. Santiago, 1967.

FERRERO, MARIO: La prosa chilena del medio siglo. Santiago, 1960.

FERRERO, MARIO: Recuerdos autobiográficos. Ed. Universitaria, Santiago, 1971.

FERRERO, MARIO: Escritores a trasluz. Ed. Universitaria, Santiago, 1971.

GOIĆ, CEDOMIL: Historia de la novela hispanoamericana. Ed. Universitarias de Valparaíso, 1972.

GUZMÁN, NICOMEDES: Nuevos cuentistas chilenos. Ed. Cultura, Santiago, 1941.

GUZMÁN, NICOMEDES: Antología de cuentos chilenos. Ed. Nascimento, Santiago, 1969.

HERRERA, EDMUNDO: La poesía chilena actual. Santiago, 1972.

LATCHAM, RICARDO: Carnet crítico. Ed. Alfa, Montevideo, 1962.

LIVACIĆ, E. y Roa, A.: Literatura chilena. Ed. Salesiana, Santiago, 1955.

MENGOD, VICENTE: Historia de la literatura chilena. Ed. Zig-Zag, Santiago, 1967.

MERINO REYES, Luis: Panorama de la literatura chilena. Unión Panamericana, Washington, 1959.

Montes, Hugo y Orlandi, Julio: Historia y antología de la literatura chilena, octava ed. Santiago, 1969.

Montes, Hugo y Orlandi, Julio: Literatura regional de Chile, Santiago, 1977.

Morgado, Benjamín: Poetas de mi tiempo. Talleres Gráficos Periodística Chile Limitada, Santiago, 1961.

MORGADO, BENJAMÍN: Histórica relación del teatro chileno. Coquimbo, 1985.

MORETIC, YERKO y ORELLANA, CARLOS: El nuevo cuento realista chileno. Ed. Universitaria, Santiago, 1962.

NEGHME, AMADOR: La obra literaria de los médicos chilenos. Ed. Andrés Bello, Santiago, 1984.

PLATH, ORESTE: Poetas y poesía de Chile. "La Nación", Santiago, 1941.

RAFIDE, MATÍAS: Diccionario de autores de la región del Maule. Imp. Delta, Talca, 1984.

ROKHA, PABLO DE: Cuarenta y un poetas jóvenes de Chile. Ed. Multitud, Santiago, 1943. SÁNCHEZ LATORRE, LUIS (Filebo): Los expedientes de Filebo. Ed. Zig-Zag, Santiago, 1965.

Santana, Francisco: La nueva generación de prosistas chilenos. Ed. Nascimento, Santiago, 1949.

Santana, Francisco: Evolución de la poesía chilena. Ed. Nascimento, Santiago, 1976. Serrano, Miguel: Antología del verdadero cuento en Chile. Santiago, 1938.

SILVA CASTRO, RAÚL: Panorama de la novela chilena. Fondo de Cultura Económica, México, 1955.

SILVA CASTRO, RAÚL: Panorama literario de Chile. Ed. Universitaria, Santiago, 1961.

Solar, Hernán del: Indice de la poesía chilena contemporánea. Ed. Ercilla, Santiago, 1937.

SZMULEWICZ, EFRAÍN: Diccionario de la literatura chilena. 2ª ed. Andrés Bello, Santiago, 1984.

UNDURRAGA, ANTONIO DE: Atlas de la poesía de Chile. Santiago, 1958.

YANKAS, LAUTARO: La literatura chilena de contenido social. Santiago, 1953.

YÁÑEZ, MARÍA FLORA: Antología del cuento chileno moderno. Ed. Del Pacífico, Santiago, 1958.

Zambelli, Hugo: Trece poetas chilenos. Imp. Roma, Valparaíso, 1948.

#### Revistas y periódicos

Antar Nº 3, Santiago, 1974

Снания́n, Eugenio: *Presencia árabe en Chile*. Revista de Humanidades Nº 4, Santiago, 1983 (pp. 33-44).

Diario "Las Ultimas Noticias": Murió Abraham Hirmas. Santiago, 11 Feb. 1988.

DI DOMÉNICO, M. EUGENIA: La mariposa debajo del zapato. "La Segunda", Santiago, 30-1-1980.

Filebo: El rincón de los libros. E. Abufhele H. Por siempre tango. Diario "Las Ultimas Noticias", Santiago, 24 de Feb. 1985.

GONZÁLEZ G., VÍCTOR: Dubois, un asesino que ahora hablará en inglés. Diario "La Tercera", Santiago, 18-XI-1972.

Orfeo: 33 nombres claves en la actual poesía chilena. Santiago, 1968.

FOXLEY, ANA MARÍA: Diamela Eltit. Diario "La Epoca", Santiago, 20-XI-1988.

Poblete Varas, Hernán: Guía de lectores. De tengo y de risa. Diario "La Tercera", Santiago, 24-III-1985.

Publicaciones del Círculo de amigos de la cultura árabe. Gibrán, Santiago, 1943.

RAMÍREZ CAPELLO, ENRIQUE: Por siempre tango. Diario "Las Ultimas Noticias", Santiago, 4-III-1984.

SABELLA, ANDRÉS: Linterna de papel. El tango. "El Mercurio", Antofagasta 11-IV-1985. SÁNCHEZ LATORRE, LUIS: Circunstancias. Waldo Atías. Diario "Las Ultimas Noticias", Santiago, 20-VII-1978.

Sesnic, Rodolfo: Hernán Tuane: Cualquiera es un criminal latente. Diario "La Segunda", Santiago, 14-VI-1988.

VILLABLANCA, ENRIQUE: El traje de tres mangas. "El Heraldo", Linares, 16-IX-1983.

#### OBRAS DEL AUTOR

- La noria, poemas (Tipografía Chilena). Santiago, 1950.
- Ritual de soledad, poemas (Imprenta Cultura). Santiago, 1952.
- Itinerario del olvido, poemas (Imprenta Cultura). Santiago, 1955.
- Literatura chilena (Apuntes Elementales). Imprenta Cultura, Santiago, 1955.
- Fugitivo cielo, poemas (Imprenta Murillo). Madrid, 1957.
- Literatura chilena (2 ed. ampliada, Imprenta Cultura). Santiago, 1959.
- El corazón transparente, poemas (Colecciones "Hacia"). Antofagasta, 1960.
- Tiempo Ardiente, poemas (Imprenta Murillo). Madrid. 1962.
- Poetas españoles contemporáneos (Antología y estudios estilísticos). Fondo Ed. Educación Moderna, Santiago, 1962.
- El huésped, poemas (Escuela Tipográfica Salesiana). Santiágo, 1970.
- Poetas de la Región del Maule (Antología). Escuela Tipográfica Salesiana, Talca, 1973.
- La novela hispanoamericana actual (Escuela Tipográfica Salesiana). Talca, 1975.
- Autobiografía minúscula, poemas (Colección "Hipótesis"). Cochabamba, 1977.
- Introducción a la nueva poesía chilena contemporánea (Separata revista "Hipótesis"). Cochabamba, 1978.
- Antevíspera, poemas. Imprenta Cergar, Santiago, 1981.
- ¿Quién es quién en las letras chilenas? (Autobiografia). Ed. Nascimento, 1981.
- Diccionario bio-bibliográfico y crítico de autores de la Región del Maule. Imp. Delta, Talca, 1984.
- Francisco Donoso (Monografia). Cuadernos del Centenario de la Academia Chilena de la Lengua, Santiago, 1985.
- La metáfora en la poesía contemporánea (Separata del Boletín de la Academia Chilena de la Lengua). Santiago, 1987.
- Antología poética de Antonio Machado (Análisis y biografía). Biblioteca de Oro del Estudiante, revista "VeA", Santiago 1987.
- Poesía selecta (Góngora y Quevedo) (Análisis y biografia). Biblioteca de Oro del Estudiante, revista "VEA", Santiago, 1987.
- Las mil y una noches (Selección) (Resúmenes, análisis y biografia). Biblioteca de Oro del Estudiante, revista "vea", Santiago, 1987.
- Montaña adentro de Marta Brunet (Análisis y biografía). Biblioteca de Oro del Estudiante, revista "VEA", Santiago, 1987.
- Zalacaín, el aventurero de Pío Baroja (Análisis y biografia). Biblioteca de Oro del Estudiante, revista "VEA", Santiago, 1987.
- Escritores chilenos de origen árabe. (Ed. Universitaria). Santiago, 1989.

En la literatura los árabes también aportaron su presencia significativa.

Benedicto Chuaqui, creador del Círculo de Amigos de la Cultura Arabe y organizador de nobles iniciativas artísticas y culturales; Moisés Mussa, traductor de Gibrán Jalil Gibrán y pedagogo, forjador de numerosas generaciones de maestros; el poeta y ensayista Andrés Sabella, de polifacética textura creativa; Roberto Sarah, notable dramaturgo y psiquiatra; los novelistas Guillermo y Waldo Atías, Walter Garib y Diamela Eltit; los poetas Mahfud Massís, Matías Rafide y Naín Nómez, entre otros y todos los que aquí se incluyen, con mayor o menor fortuna, han participado o participan en las estimables faenas de la creación literaria.

